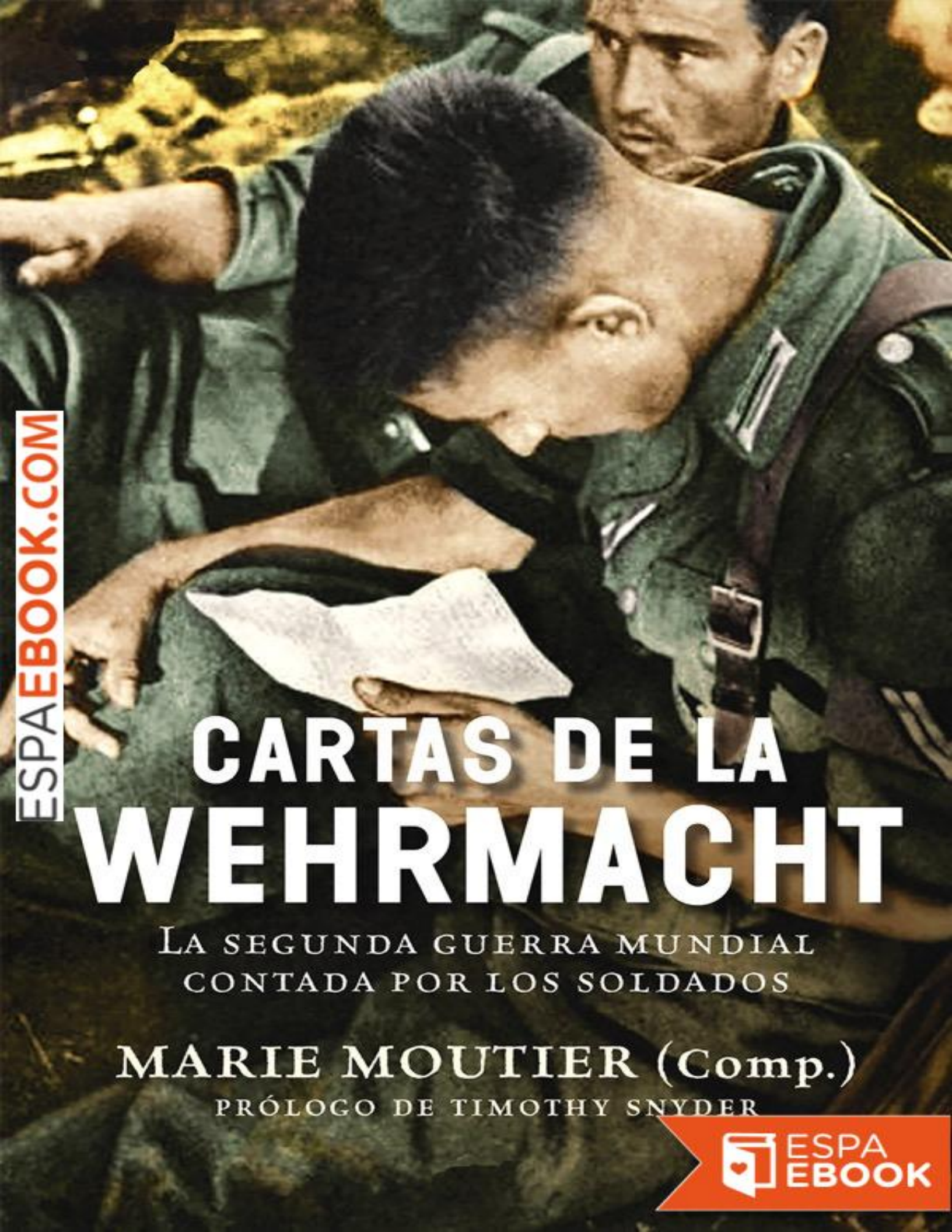

ESPAEBOOK.COM

CARTAS DE LA WEHRMACHT

La segunda guerra mundial contada por los soldados

MARIE MOUTIER (Comp.)

PRÓLOGO DE TIMOTHY SNYDER

ESPA EBOOK

Estas cartas de soldados alemanes, seleccionadas entre las que se guardan en el Deutsche Dienststelle de Berlín, nos ofrecen el testimonio directo de quienes lucharon en los diversos frentes, de Francia a la Unión Soviética, durante cerca de seis años. Unos testimonios que comienzan en septiembre de 1939 en Polonia, tranquilos y confiados, que nos relatan en 1940 y 1941 lo que no pasaba de ser un paseo triunfal por Francia, Checoslovaquia, Noruega o Grecia, que en 1942 y 1943 reflejan todo el horror de los combates en Stalingrado o en los desiertos del norte de África, y acaban, en 1944 y 1945, con la amargura de la derrota.

Las cartas se nos ofrecen aquí con su texto completo, acompañadas de información sobre la personalidad y vida de quienes las escriben, porque lo que más importaba no era reunir noticias sobre la guerra, sino tratar de comprender a quienes la hicieron, seres humanos que se encontraron embarcados en una empresa de muerte contra otros seres humanos.

AA. VV.

Cartas de la Wehrmacht

La Segunda Guerra Mundial contada por los soldados

ePub r1.0
Titivillus 30.10.16

Título original: *Lettres de la Wehrmacht*
AA. VV., 2014
Traducción: Lara Cortés Fernández
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espaebook.com

Introducción

Una caligrafía fina, de letras apretadas, dispuestas sobre un papel grueso que el tiempo ha ido desgastando. Un mechón de cabellos pegado con un sello en el que se distingue la imagen del *Führer*. Una tinta azul diluida en una mancha parda de café o de humedad. Una postal amarillenta con un esbozo a lápiz de un castillo del Loira. Unos ojos jóvenes bajo una gorra reluciente, fijos en algún punto indeterminado del estudio del fotógrafo militar. Siluetas militares en blanco y negro que apenas se distinguen de los árboles en un paisaje nevado…

Los archivos del Museo de la Comunicación se encuentran en un imponente edificio de ladrillo rojo. Desde los grandes vanos de su quinta planta, se puede contemplar cómo el sur de Berlín se extiende a través de una maraña de tendidos eléctricos y de inmuebles de hormigón de los años sesenta. No lejos de allí se levanta el antiguo aeropuerto de Tempelhof, una gigantesca construcción encargada por Hitler y uno de los últimos vestigios del Tercer Reich que se conservan en una capital que quedó arrasada tras la guerra. En esta ciudad quedan pocas huellas de la época del nazismo. Algunas de ellas se encuentran precisamente entre las paredes de este edificio de color rojo intenso.

Cada uno de los legajos grises depositados sobre la gran mesa de madera de pino, suavemente iluminados por el sol de invierno

que empieza a levantarse sobre la ciudad, tiene un nombre diferente. Otto, Werner, Hans… Contienen las cartas originales de los soldados. Su tamaño es variable: la correspondencia de algunos soldados prolijos se guarda en varias cajas; en otros casos, apenas se conserva una carta o un telegrama. El volumen del legajo depende en buena medida del tiempo pasado en la guerra: no todos los soldados combatieron durante los cinco años que duró el conflicto. A menudo, la duración del servicio iba en función de la edad del reclutado. También las heridas, el encarcelamiento o la muerte fueron factores que interrumpieron los intercambios epistolares. Sea como fuere, no todos los soldados mostraron la misma actitud con respecto a la escritura o al mantenimiento del contacto con quienes habían dejado atrás.

Abrimos un legajo. Es de un tal Wolfgang. De repente, una fotografía en blanco y negro se desliza fuera de la solapa y cae sobre la mesa. Es de un hombre joven. De unos veinte años. Sus labios dibujan una incipiente sonrisa. Sus ojos, castaños, probablemente, miran de forma franca y alegre al objetivo. Tiene buen aspecto. Se adivina el tono rosado de sus mejillas. Posa con la cabeza bien erguida. En sus pupilas brilla una pizca de orgullo. Viste de uniforme. El uniforme caqui del ejército de Hitler. A continuación, cogemos las hojas. Están cuidadosamente organizadas por orden alfabético. Algunas de ellas se han pegado entre sí, por efecto del tiempo y la humedad de algún granero.

Estas cartas son donaciones de las familias. Paquetes de hojas ligadas entre sí por un cordel resistente, que se han encontrado entre dos montones de sábanas dentro de algún armario, entre los documentos de una abuela ya fallecida, en el fondo de un cajón lleno de polvo de un aparador de madera barnizada o en el arcón del sótano, en medio de diarios de guerra y condecoraciones

militares. Centenares de folios, en la mayoría de las ocasiones olvidados. ¿Cuántos permanecerán todavía en el granero de alguna granja? ¿Cuántos desaparecieron por los bombardeos, el olvido o la indiferencia? El Museo de la Comunicación de Berlín ha llevado a cabo un trabajo titánico: reunir más de dieciséis mil cartas de soldados alemanes que participaron en la segunda guerra mundial.

Este fondo es excepcional por su contenido: desde las primeras líneas, el lector contempla la segunda guerra mundial a través de los ojos de los soldados. Y esta visión de la contienda a través de sus actores no es neutra. Está cargada de toda la educación, la personalidad y la historia de sus autores.

El proyecto de recopilación de estas cartas comenzó en 2012. Empecé a trabajar en Yahad-In Unum[1] (presidida por el padre Patrick Desbois) en 2009, lo que me brindó la oportunidad de realizar una estancia en los archivos del United States Holocaust Memorial Museum de Washington. Por aquella época buscaba material que pudiese ayudar a las investigaciones sobre las masacres de judíos y gitanos que la asociación estaba realizando en la Europa del Este. Sus equipos llevaban desde 2004 entrevistando a los testigos de los fusilamientos y localizando los escenarios de los asesinatos. Allí encontré un fondo procedente de los archivos militares alemanes de Friburgo. Hubo dos tipos de documentos que me llamaron la atención: los diarios íntimos y las cartas de los soldados de la Wehrmacht. Empecé a leerlo todo. Aquellas palabras en las que se mezclaba lo bélico con lo personal me impactaron de inmediato. Resultaba desconcertante descubrir la guerra a través de aquellos ojos, los ojos de los soldados alemanes. En las frases, la crudeza se alternaba con los detalles triviales de la vida militar, y la brutalidad del conflicto, con la dulzura de las palabras dirigidas a las esposas. Lo más difícil era darse cuenta de que aquellos soldados que precipitaron al mundo a una guerra extremadamente cruenta y genocida no eran ni más ni menos que hombres.

Encarnaban una paradoja: eran seres humanos capaces de dejarse llevar por un furor ideológico y racista y, al mismo tiempo, comportarse como maridos preocupados por los problemas cotidianos del hogar. Quise saber más de ellos.

El Museo de la Comunicación de Berlín se considera uno de los archivos más importantes en materia de correspondencia de la segunda guerra mundial. ¿Cómo realizar una selección razonable en un fondo tan gigantesco? Opté por aplicar una serie de criterios.

En primer lugar, los soldados alemanes fueron los únicos que estuvieron presentes en todos los frentes de Europa y del norte de África. Solo ellos podían aportar una mirada sobre los diferentes escenarios de las operaciones. La campaña de Francia y el frente oriental están presentes en este corpus, como no podía ser de otra forma, pero decidí no pasar por alto otros frentes tradicionalmente poco destacados: Noruega, Grecia, Yugoslavia, Centroeuropa… No obstante, como buena parte de las cartas se redactó en el frente del Este, quise respetar esta proporción. No en vano, 3,6 millones de soldados alemanes participaron en la «Operación Barbarroja».[2] Algunos de ellos llaman la atención: a través de su implicación en los diferentes frentes es posible conocer la evolución de su ánimo, de su lugar en la guerra. Así, por ejemplo, Robert W. sirvió en el Afrikakorps, en Libia, y posteriormente fue destinado al frente oriental, en el que perdió la vida. También es posible seguir el recorrido de Heinz R. por Francia, Checoslovaquia, Ucrania y el Cáucaso.

En la elección de estas cartas también fueron determinantes las fechas: era importante seleccionarlas teniendo en cuenta acontecimientos militares de importancia, como la «Operación Barbarroja», la batalla de Stalingrado, el atentado contra Hitler o el desembarco de Normandía. He optado por presentar las cartas en

tres partes, siguiendo un orden cronológico: de 1939 a 1941, de 1942 a 1943 y de 1944 a 1945. El desarrollo de la guerra así lo exigía.

Los primeros años del conflicto fueron los de las victorias de la Wehrmacht, los de los rápidos avances en Polonia, Noruega, Bélgica, Países Bajos y Francia. Fue en ellos también cuando se establecieron los principales frentes. Por aquel entonces, los soldados estaban entusiasmados ante la idea de una guerra corta, sentían su superioridad sobre el enemigo y los alentaba la convicción de que estaban llevando a cabo un combate justo. Sin embargo, la obstinación del Reino Unido y el fracaso en la Unión Soviética, a principios del invierno de 1941, cayeron sobre ellos como un jarro de agua fría.

Entre 1942 y 1943, la Wehrmacht realizó su mayor expansión territorial —no en vano, empujó su ofensiva hasta los pies del Cáucaso—, pero también experimentó su declive: la retirada del norte de África y la derrota en Stalingrado desencadenaron una sucesión de reveses que obligaron a las tropas a retirarse poco a poco de la Unión Soviética.

Del último período, más breve, hay menos cartas que de los dos anteriores. En realidad, en el corpus general existen menos misivas de esta época: muchos soldados alemanes habían muerto o se habían convertido en prisioneros de guerra, los problemas de logística y comunicaciones dificultaron la correspondencia y la urgencia de los combates limitó en buena medida las posibilidades que tenían los combatientes para escribir. Los años 1944 y 1945 coinciden con el verdadero hundimiento de la Wehrmacht, gravemente debilitada en el Este por las ofensivas del Ejército Rojo y desbordada en el Oeste por la apertura de un nuevo frente tras el desembarco de Normandía. Mientras tanto, las familias de los

soldados que se encontraban dentro de las fronteras del Reich sufrían más bombardeos de los ejércitos aliados.

Por último, he dado prioridad a la diversidad de situaciones por las que pasaban los soldados, con la intención de reunir cartas de un contenido variado, que hablen tanto de los combates como de la vida cotidiana del combatiente, de las sensaciones que les inspiraba el descubrimiento de cada nuevo territorio, de sus declaraciones de amor. Durante la segunda guerra mundial, la vida de los soldados alemanes no se limitaba a librar batallas y realizar maniobras. En su día a día también había momentos de inactividad, en ocasiones incluso de aburrimiento, de fiestas, de visitas, de compañerismo y de contacto con la población local.

Se han traducido las cartas para facilitar una lectura más fluida. En algunos originales existen errores de sintaxis que aquí se han corregido. Los rangos y las denominaciones de unidades se han traducido buscando el equivalente más aproximado posible, para no cargar los textos de notas o de alusiones sistemáticas a un glosario. Además, se han conservado los nombres que recibían en aquella época las diferentes localidades[3] y se han suprimido determinados pasajes poco comprensibles —con información que probablemente solo podían entender el destinatario y el autor de la carta—, así como aquellos que, debido al paso del tiempo, resultan hoy ilegibles. Para respetar la voluntad de determinadas familias que depositaron en su momento la correspondencia en el Museo de la Comunicación, todos los apellidos de los soldados se han sustituido por sus iniciales.

Es cierto que ha habido historiadores de la Wehrmacht, como Omer Bartov, que han utilizado la correspondencia de los soldados para apoyar sus estudios. Sin embargo, en Francia aún no se ha publicado ningún corpus en este sentido. Y en Alemania solo se

han editado varios libros con extractos de cartas sobre problemas muy concretos. En la obra de Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz, [4] por ejemplo, se optó por incluir únicamente algunos fragmentos de las cartas y eliminar todas aquellas referencias que no guardaban relación directa con el conflicto propiamente dicho. Aquí, en cambio, he querido mostrar estas cartas en su contexto militar, desde luego, pero también en su contexto familiar y personal. Los suboficiales de la Wehrmacht no escribían su correspondencia del mismo modo que los soldados rasos. Tampoco se escribía de la misma forma a los padres que a la esposa. Esta obra aspira a poner fin a esa concepción de la Wehrmacht como una maquinaria alemana de guerra y descubrir los sentimientos, las convicciones, los sufrimientos y las alegrías de sus soldados. Se trata de desterrar esas imágenes, tan ancladas en la memoria colectiva, de los desfiles nazis en Núremberg, con el sonido acompasado de las botas, en los que todos los soldados se parecen entre sí y avanzan a paso de ganso como si fueran un único cuerpo. Devolverles su individualidad, su humanidad, resulta esencial para comprender qué fue la segunda guerra mundial. Comprobar que estos combatientes de Hitler eran humanos puede provocar desazón. Pero esa desazón es precisamente lo que buscamos: si los miramos como hombres, la catástrofe de la guerra nos parecerá aún más horrible. Aquel apocalipsis fue una cuestión de seres humanos. Y deshumanizar a los soldados de la Wehrmacht sería un error. ¿Cómo comprender la contienda si partimos de la hipótesis de que los soldados y los verdugos no eran más que peones al servicio de una ideología? Aquel ejército de Hitler —por retomar el título de la obra de Omer Bartov— estaba formado por padres de familia, estudiantes, banqueros, artistas, pastores, empleados de correos, obreros y profesores a los que un día se les ordenó que fueran a la

guerra. Hombres con dudas, con penas, con entusiasmo, con temores. Es evidente que la ideología nazi desempeñó un importante papel en su motivación y en la visión de su lugar en el conflicto —algo que, en cualquier caso, está muy presente en las cartas—, pero no por ello debemos pasar por alto sus historias personales, su educación, su cultura. En su obra sobre el Batallón 101, Christopher Browning esbozó ya una extraordinaria reflexión acerca de esos «hombres grises»[5] que se encuentran en el corazón del genocidio. Este libro también pretende contribuir al cuestionamiento del ser humano en la segunda guerra mundial a través de las voces de quienes combatieron en ella.

Recientemente, Sönke Neitzel y Harald Welzer han publicado *Soldats*,[6] obra en la que analizan las conversaciones de los soldados alemanes, grabadas sin que ellos se dieran cuenta, en los campos de prisioneros de guerra del Reino Unido. Si bien esta fuente es muy importante —como no podía ser de otra forma— para captar cuál era el estado de ánimo de aquellos hombres y acceder a su relato de los hechos, presenta el inconveniente de que no aporta ninguna información que nos permita situarlos en su contexto personal. Además, aquellas conversaciones tuvieron lugar después de los acontecimientos. En esta obra, sin embargo, hemos optado por presentar cartas que se redactaron en plena guerra, y no relatos realizados *a posteriori*. Las líneas escritas a lápiz en la esquina de una mesa apenas iluminada por una vela, en una noche del invierno ruso, permiten al lector sumergirse con más facilidad en la realidad de aquellos momentos. Habrá quien argumente que esta correspondencia estuvo sometida a la censura, mientras que los soldados que se encontraban en cautiverio se expresaban con libertad. El *Feldpost* alemán (el correo militar) se encargó de transportar unos tres mil millones de cartas y paquetes entre 1939 y

1945. La censura nazi, una de las más estrictas de la segunda guerra mundial, fue evolucionando durante el conflicto. Al principio se centró en eliminar cualquier información militar. Más tarde, a medida que fue pasando el tiempo, borró también aquellos pasajes que no se adecuaban a la ideología: las familias no debían hablar en exceso de las preocupaciones y las dudas que las asaltaban en su vida cotidiana; por su parte, los soldados no podían dar muestras de derrotismo. El ejército alemán se lo advertía a sus soldados: nada de detalles sobre las operaciones militares ni sobre la posición de las tropas, nada de octavillas del enemigo, nada de escritos en clave y redacción obligatoriamente en una lengua europea. Había que evitar, además, el espionaje y la subversión. Si alguna carta no se ajustaba a estas instrucciones, caería en manos de la censura y se empezaría a vigilar estrechamente a su autor. Sin embargo, las estrictas medidas de la censura eran, más que nada, disuasorias, ya que resultaba imposible garantizar el control del abundantísimo correo que se intercambiaba entre el frente y el hogar.

Por motivos logísticos evidentes, no todo aquel material pudo pasar por las manos de la censura. Con todo, en vista del riesgo que corrían, los soldados se autocensuraban. Pero es precisamente en esta autocensura donde reside parte del interés de tales fuentes. Si no es posible contar a la familia los detalles de las operaciones militares, ¿qué se le dice? Por otra parte, esta contención en la escritura no afectaba únicamente a las cuestiones bélicas: el soldado podía mostrarse poco proclive a describir las penalidades de su vida y minimizar sus heridas y las temperaturas glaciales. Pero este pudor no impide comprender sus cartas. Antes al contrario, muestra una parte de la humanidad de aquellos soldados.

En la selección de la correspondencia nos hemos guiado también por nuestra voluntad de exponer la mayor variedad posible de estados de ánimo de los combatientes: fanatismo ideológico, desánimo, esperanza, espíritu combativo, compromiso, derrotismo… Tampoco se trata en este caso de dar prioridad sistemáticamente a las atrocidades que cometió la Wehrmacht. Estos aspectos ya se están debatiendo e investigando en profundidad en Alemania a raíz de las exposiciones sobre los crímenes de la Wehrmacht,[7] del libro de Wolfgang Wette[8] y, más recientemente, del de Neitzel y Welzer. Estas reflexiones ponen fin a la idea de una Wehrmacht limpia y sin mácula, que es la que se tenía cuando se pensaba que habían sido las SS las que cometieron todos los crímenes en la Europa ocupada. En esta obra, varias cartas abordan la cuestión de las masacres de judíos o de prisioneros de guerra soviéticos. Otras dejan entrever un profundo antisemitismo. Pero no hemos querido hacer hincapié únicamente en el fanatismo. Nos interesa aportar matices en el terreno de las opiniones de los soldados alemanes. Eso sí, devolverles su humanidad no significa necesariamente hacerlos simpáticos. Todo lo contrario: esta humanidad permite subrayar todo aquello de lo que es capaz una persona. Kurt H. se encontraba en Kovel (Ucrania) el 20 de marzo de 1942, cuando le escribió una carta a su mujer. En su vida civil había trabajado como joyero, pero en aquellos momentos ejercía la función de guardia en un campo de prisioneros de guerra soviéticos. En su correspondencia, describió las terribles condiciones en las que se mantenía a los hombres del Ejército Rojo y los vanos esfuerzos que sus esposas hacían para liberarlos. En aquella misma carta, Kurt H. cuenta historias de maridos engañados durante su ausencia, hace propuestas muy explícitas a su mujer y también le da detalles de su vida cotidiana,

especialmente sobre la comida. Podríamos habernos quedado sencillamente con la parte relativa al campo de prisioneros de guerra. Pero este pasaje no tiene el mismo impacto cuando se lee dentro del contexto personal del soldado. El campo se convierte entonces en un mero detalle del día a día del autor, que echa de menos de un modo manifiesto su hogar y que, probablemente, habla con sus compañeros de las historias de los adulterios que están ocurriendo en el país. Este libro no pretende aportar las pruebas de los delitos que cometió o dejó de cometer este o aquel soldado, sino sumergir al lector en la cruda realidad de la guerra que libró cada uno de estos alemanes, en la que el horror se mezclaba con detalles que, si bien en un principio podrían parecer insignificantes, constituyen la clave para comprender cómo percibían la contienda los soldados germanos.

Sus cartas demuestran hasta qué punto aquel enfrentamiento se entendía como una guerra de civilizaciones. Los soldados sentían que, en calidad de garantes de la cultura y la omnipotencia germanas, su misión era defender a Europa de la barbarie del judeobolchevismo y de la decadencia de países como Francia. Los acontecimientos militares de los años 1939-1941 reforzaron a los combatientes de la Wehrmacht en su idea de que la suya era una lucha justa. Las victorias en Polonia y en la Europa occidental y el rápido avance en la Unión Soviética hasta el otoño de 1941 consolidaron no solo la ideología nazi, sino también una serie de prejuicios acerca de los países afectados que habían circulado desde el final de la primera guerra mundial. Leyendo estas cartas nos damos cuenta de que los soldados contemplaban la guerra, su guerra, a través del prisma de la ideología, sí, pero también de la tradición familiar de cada cual, de sus lecturas, de su experiencia,

de su relación con la historia y del lugar que consideraban ocupar en ella.

Cabe destacar que los principales escenarios de las operaciones de la segunda guerra mundial en los que intervino la Wehrmacht fueron prácticamente los mismos que los de la primera guerra mundial. Así pues, los soldados actuaban según una tradición aún muy cercana, con el recuerdo, todavía muy vivo, del primer conflicto mundial. También se posicionaron en la contienda según su percepción de la primera guerra. Sobre aquella base, se superpuso la ideología nacionalsocialista, que encontró en el rencor y en la crisis económica un terreno abonado para su expansión.

¿PARA QUIÉN ESCRIBIR?

Al igual que había ocurrido ya en la primera guerra mundial, el intercambio de cartas entre el frente y el hogar, entre los soldados y sus familias, era absolutamente primordial para mantener la moral de las tropas. El intercambio epistolar en este conflicto no adoptó una forma muy diferente de la que presentó la correspondencia de los soldados de la Gran Guerra. Se escribía, como siempre, a los padres, a los hermanos, a la mujer. En esencia, la intención era tranquilizar a los seres queridos, pero también existía la necesidad de compartir con ellos las experiencias y los descubrimientos sobre el terreno, como demuestra un gran número de cartas en las que algunos soldados alemanes daban cuenta de sus actividades turísticas. Heinz R., por ejemplo, describía con todo lujo de detalles a su esposa los parajes por los que pasaba. Incluso llegó a incumplir órdenes para acercarse a visitar Praga.[9] Por otra parte, a medida que avanzaba la guerra, los permisos se fueron haciendo cada vez más escasos. En estas circunstancias, lo único que podían hacer los soldados y sus familias era mantener el vínculo a través del correo. Como muchos de sus compañeros, Franz M. se quejaba de que durante un tiempo no le hubieran permitido visitar a su familia.[10] A todo ello hay que añadir la particularidad de que los soldados de la Wehrmacht combatían muy lejos de sus hogares, en ocasiones incluso a varios miles de kilómetros. También se necesitaba mantener el contacto para el intercambio de paquetes, una práctica muy extendida y que ocupa un lugar fundamental en la correspondencia. Los combatientes enviaban a casa pequeños

objetos, tejidos, prendas, y la familia, por su parte, mandaba alimentos, tabaco y carretes de fotografía.

Sin embargo, los contactos entre los soldados y sus familias se topaban a menudo con la incomprensión, tanto de un lado como de otro. El retraso del servicio de correos —que provocaba que muchas de las cartas se cruzaran sin orden—, la dureza de la separación y las condiciones de la guerra —a veces difíciles— acababan imponiendo una distancia que el lenguaje epistolar, tan limitado, no podía compensar.

Un soldado no puede escribir con el mismo tono a su padre y a su madre. Por lo general, tiende a pensar que la madre, demasiado preocupada por la suerte de su hijo, no tiene ni idea de las cuestiones del honor y la conquista. Con el padre, en cambio, se establece una especie de comprensión mutua, implícita, viril. No se duda en describirle con todo detalle las armas del adversario, como hace Hans S. en una carta fechada el 28 de julio de 1941, en la época en la que combatía en el frente oriental. Y cuando Siegfried W. consuela a su madre por la muerte de su padre, le pide que a partir de ese momento sea para él «el compañero que fue papá». El soldado necesita esta complicidad masculina, este aliento tácito. Podemos suponer que muchos padres de los soldados de la Wehrmacht habían combatido durante la Gran Guerra, como fue el caso de Karl K.: «Hoy hace treinta años que vi por vez primera, en la estación de Stettin, en Berlín, a los soldados alemanes, húsares de la muerte, a la pálida luz del ocaso. Al volver a casa, papá le enseñó a mamá el papel amarillo en el que se le ordenaba ir al frente. Yo no entendía nada, pero aquel papel amarillo se me quedó grabado en la memoria».[11] Los combatientes de la Wehrmacht necesitan sentir que forman parte de un linaje de soldados. Günther S.-A. dirige a su madre una carta cargada de reproches. Como se

puede adivinar, ella siente una gran preocupación por su hijo, preocupación que él despacha con un discurso sobre el deber: «Nosotros, los jóvenes, todos nosotros nos aferramos a la vida y, pese a todo, cumplimos nuestro deber, como lo han hecho todos los soldados durante siglos antes que nosotros. ¿Por qué deberíamos ser peores que ellos?»[12] También Gerd, en su carta del 18 de agosto de 1944, comparte con su madre el sentimiento, innato en cada hombre, que empuja a cumplir con su deber, y termina su exposición de argumentos con esta frase: «Eso es algo que jamás podrás entender, querida mamá». Estos soldados consideran que el papel de la madre es ocuparse de los combatientes; de hecho, es ella la que prepara los paquetes de comida. También es ella la que se encuentra en la mejor posición para escuchar las dudas y los temores del hijo. En su carta de enero de 1945, Ludwig K. habla a su madre de la siguiente forma: «Esta carta está especialmente dirigida a ti porque no puedo compartir mis sentimientos más profundos con cualquier persona. Siento una enorme necesidad de hablar a un ser querido de lo que casi me está rompiendo el corazón».

También las relaciones entre cónyuges podían complicarse. El miedo a la infidelidad de las esposas rondaba permanentemente las cabezas de los soldados. Ernst G. multiplica las cartas de amor a su mujer, en las que critica a todas aquellas que caen en los brazos de otro hombre mientras sus maridos están en el frente,[13] y se esfuerza por convencerla de que es fuerte frente a la tentación de las mujeres francesas.[14] Pero el alejamiento también adopta otras formas. Klaus B., desde Rusia, responde así a una carta de su mujer: «Ayer recibí tu paquete con el papel para cartas. Es la primera noticia que tengo de vosotros desde hace tres semanas. Me he sentido muy decepcionado. Habría preferido no recibir ningún

paquete en estas condiciones». El motivo de su enfado era una nota, escrita probablemente a toda prisa, que acompañaba un paquete de papel para correspondencia. Poco le importaba a él redactar sus misivas en folios de mala calidad: lo que quería, por encima de todo, era recibir noticias de su hogar, en lugar de papel. A menudo las mujeres de los soldados se encontraban ante un sentimiento de impotencia: tenían que mejorar, como buenamente pudieran, el día a día de sus maridos, pero la falta de tacto alimentaba la sensación de incomprensión y de lejanía que se instalaba entre el hogar y el frente.

INVADIR POLONIA

Tras la firma de los tratados de paz que pusieron fin a la primera guerra mundial se crearon varios Estados a partir de los territorios de Alemania y del imperio austrohúngaro: Checoslovaquia, Hungría, los países bálticos y Polonia. Precisamente este último Estado fue una verdadera fuente de discordias en las relaciones políticas europeas de entreguerras. Polonia se formó arrebatando a Alemania una parte de sus territorios del este (Posnania y el oriente de la Alta Silesia) y separando Pomerania de Prusia oriental mediante el corredor polaco, junto a Dánzig,[15] que daba al nuevo Estado acceso al mar Báltico. No obstante, Alemania no era la única descontenta por las concesiones territoriales que se habían hecho a Polonia. La nueva Rusia se había visto obligada a ceder territorios occidentales tras la guerra polaco-soviética que concluyó en 1921. La firma de los Tratados de Locarno, en 1925, a petición de la SDN, solo garantizaba la inviolabilidad de las fronteras del oeste de Alemania. Sin embargo, los ánimos se calmaron un poco con el pacto de no agresión germano-polaco en 1934. Con todo, Hitler no renunció a sus pretensiones sobre los territorios orientales, en los que residían importantes minorías alemanas. Animado en su política de expansión por los Acuerdos de Múnich, firmados en septiembre de 1938 y por los que se le concedían los Sudetes, el Tercer Reich retomó sus reclamaciones con respecto al corredor polaco. Las tropas de la Wehrmacht, que se sentían fuertes tras la anexión completa de Chequia —que tan solo encontró una tímida oposición por parte de las potencias occidentales—, invadieron Polonia el 1 de septiembre de 1938. Aquella acción

desencadenó la segunda guerra mundial. La Unión Soviética respondió con la misma moneda el 17 de septiembre. En apenas unas semanas, el país fue conquistado. Los dos firmantes del pacto germano-soviético ya habían acordado un reparto de Polonia, que en aquel momento sufrió algunos cambios de territorio.[16]

De este modo, Polonia se convirtió en el primer país sobre el que marcharon las tropas de la Wehrmacht durante el conflicto. Las reivindicaciones alemanas de entreguerras aún estaban muy presentes en los espíritus. Helmuth H. escribió a su mujer: «En los últimos días hemos estado en la zona de la familia Hildebrand. Incluso nos paramos para almorzar en un pueblo que, si no me equivoco, les perteneció hace tiempo».[17] Efectivamente, Posnania había pertenecido a Alemania, aunque aquello no frenó a las tropas de la Wehrmacht a la hora de saquear la región: «La mayor parte del tiempo nos alojamos en bonitas casas particulares. Ayer estuve en el comercio de un tejedor y compré una fruslería:[18] un mantelito, de color dorado y rojo oscuro. La tela está muy bien trabajada porque se confeccionó para un altar. Creo que irá perfectamente con los muebles de casa. Tal vez podríamos ponerlo en la mesa de la radio»,[19] confiesa Helmuth H., al que más tarde se destinaría a Kalisch. En cambio, las regiones del centro y del este de Polonia causaron una mayor sorpresa a los soldados, porque en ellas no encontraron las referencias de las antiguas posesiones alemanas. Günther S.-A. estaba en la zona de Subcarpacia cuando escribió estas líneas a sus padres: «Nosotros lo [refiriéndose al pueblo] hemos rebautizado inmediatamente como “el lodazal”. No hay calles propiamente dichas. Los únicos edificios de piedra son la iglesia y la casa del párroco. En Galitzia, el paisaje es terriblemente monótono. La población es muy pobre. En una habitación viven de media entre seis y diez personas».[20] La miseria del pueblo y del

país enerva a varios de estos soldados alemanes, que se sienten indignados al contemplar todo un territorio profundamente dañado: «¡Y esta tierra fértil, sin explotar!», clama Günther S.-A. «Papá os escribe desde el país enemigo. ¡Qué suerte tener a nuestro *Führer*! No os podéis imaginar en qué estado se encuentra Polonia […]. Hoy hemos pasado por la ciudad. Nuestra aviación redujo las calles a cenizas. ¡Y estos perezosos polacos todavía no las han retirado!», [21] escribe Kurt S. a su mujer.

Muy pronto, los soldados se comportaron como los amos de Polonia. Según la escala racial que tanto gustaba a Hitler, los polacos eran, en calidad de eslavos, infrahumanos. Al principio de la ocupación, los intelectuales fueron víctimas de las primeras ejecuciones orquestadas por los nazis. Karl-Ludwig P. descubrió Polonia en 1942, después de seguir una formación militar en Alemania. Por aquel entonces se encontraba en Lublin. En su carta del 13 de octubre de 1942, sorprende el contraste entre las condiciones de vida de la población y el día a día del soldado: «El fin de semana comí muy bien. El sábado por la tarde di un pequeño paseo con un compañero por un barrio polaco, para conocer la zona. Resulta inconcebible que en una gran ciudad se vea tanta suciedad, tanto atraso, tanta basura y tanta miseria. Pero qué le vamos a hacer. ¡Esto es Polonia! Ayer —lunes— fue un día agradable: dejamos nuestras barracas para instalarnos en apartamentos en la ciudad. Están muy bien. Cada grupo tiene un salón, un dormitorio, un cuarto de baño con agua corriente y un aseo. Aquí uno se puede sentir como en casa».

De este modo, Polonia se convirtió en la primera etapa de la aplicación del concepto de *Lebensraum* o «espacio vital», que recogía la idea de *Drang nach Osten* (avance hacia el Este), ligada

a su vez a la noción de *Herrenvolk* (pueblo de señores) que se había desarrollado en el siglo XIX.

Pero no fue solo la población polaca lo que, en un primer momento, atrajo la atención de los soldados de la Wehrmacht, sino sobre todo los judíos que vivían en el territorio. Las medidas contra ellos se impusieron desde el inicio de la ocupación de Polonia. Según las cartas que obran en nuestro poder, los soldados alemanes asumieron el papel de espectadores desde el comienzo del exterminio, mostrando una mayor o menor complicidad. En sus mensajes desde Polonia, Günther S.-A. denuncia la presencia de los judíos: «Si algún día regresamos de este desierto, nos sentiremos como si estuviésemos en el país de las maravillas, porque aquí todas las ciudades, de Cracovia a Leópolis, son, en realidad, pueblucos de mala muerte llenos de judíos».[22] Por su parte, Helmuth H. descubre el gueto de Litzmannstadt (Łódź): «Es una pena que ya no pueda ir a Litzmannstadt. En estos momentos el barrio judío debe de ser gigantesco. La calle principal lo atraviesa, pero cuando los judíos quieren pasar, están obligados a desviarse por los puentes de madera y a pagar diez céntimos de marco cada vez. En total habrá siete vacas lecheras para catorce mil niños menores de catorce años. La mortalidad es tan elevada y los niños, tan escasos, que de aquí a diez años ya no quedará nadie vivo».[23] También en Siedlce, donde se hallaba destinado Kurt S. en septiembre de 1941, los judíos estaban encerrados en un gueto: «Los judíos se hacinan en un barrio rodeado de alambre de púas».[24] Hans S., que atravesó Polonia en su camino hacia los países bálticos, escribe así a su madre: «La Polonia rusa está terriblemente llena de judíos. Quinientos judíos por cada seiscientos habitantes: esto es lo que hemos encontrado en una ciudad».[25]

La ocupación alemana de Polonia y las primeras medidas de exterminio contra los judíos se conocieron a menudo como el «laboratorio de la *Shoah*», esto es, una especie de experimentación antes del ataque contra la Unión Soviética. Los soldados alemanes se encontraban precisamente en un lugar privilegiado para observar estas operaciones genocidas.

FRANCIA, EL ENEMIGO DE SIEMPRE

Los franceses, que habían sido enemigos ya en la guerra franco-prusiana y en la primera guerra mundial, fueron objeto, en el período de entreguerras, de un permanente discurso de hostilidad y revanchismo, que no solo llegaba desde el entorno de los políticos nazis.

La guerra de 1870, que, bajo el liderazgo de Bismarck, enfrentó a Francia y a Prusia, fue una de las claves de bóveda de la unidad alemana. El 2 de septiembre de 1870, tras su derrota en Sedán, el emperador Napoleón III abdicó. En la firma del Tratado de Fráncfort, el 10 de mayo de 1871, la joven Tercera República francesa —que se había proclamado el 4 de septiembre— tuvo que ceder al vencedor alemán Alsacia y una parte de Lorena: una anexión que formaba parte de las aspiraciones nacionales de expansión territorial que tan populares eran por aquel entonces en Alemania. El nacionalismo alemán, que se empezó a desarrollar a partir de las guerras napoleónicas, fue defendido por numerosos intelectuales, como Fichte o Schelling, y dirigentes como Guillermo I, preocupado por unificar todos los pequeños principados alemanes, lo retomaron. Pero no fue hasta finales del siglo XIX cuando tomó forma la idea del *Volkstum*, un término de difícil traducción que remite a la idea de un espíritu de pueblo, de sangre y de raza, de una conciencia de pertenecer a tal pueblo o a tal raza. El pangermanismo surgió como una nueva doctrina para la política exterior: a principios del siglo XX, millones de alemanes vivían más allá de las fronteras del Segundo Reich. La tentación de

integrar en el imperio a aquella población —junto con el territorio en el que estaba instalada— era grande.

El resultado de la primera guerra mundial permitió a Francia recuperar Alsacia y Lorena y fue desastroso para la posición geopolítica de Alemania en el contexto de las relaciones internacionales, así como para la población alemana. El Tratado de Versalles, firmado en 1919, amputó a Alemania buena parte de sus territorios del este, que sirvieron para crear el Estado polaco y Checoslovaquia. Alemania, a la que se consideró principal responsable de la guerra, fue condenada a pagar el gravoso tributo de la derrota. Además, los estallidos revolucionarios que agitaron el país inmediatamente después de la contienda contribuyeron al desarrollo de la «leyenda de la puñalada por la espalda» (*Dolchstosslegende*), tan extendida en los sectores de extrema derecha. Durante la República de Weimar, la crisis económica, el rencor que provocaron los tratados de paz y las exaltaciones nacionalistas sembraron el espíritu revanchista entre la población alemana, que padecía especialmente la ocupación francesa[26] y la obligación de resarcir al país vencedor.[27] En *Mein Kampf*,[28] Hitler aspiraba a vengarse de Francia, el enemigo de siempre, que quería desangrar a Alemania por medio de la imposición de las drásticas condiciones del Tratado de Versalles. Jacques Bainville, historiador y ensayista francés simpatizante de la Action française, [29] publicó en 1920 una obra titulada *Les Conséquences politiques de la paix*,[30] en la que exponía un análisis del Tratado de Versalles y de su posible impacto sobre las relaciones francoalemanas: aquel Tratado, decía, humillaba a Alemania, pero no tanto como para privarla de los instrumentos necesarios para su venganza. Habría hecho falta más dureza para impedir que el país recuperase su grandeza o más clemencia para evitar cualquier veleidad de

venganza: «Se trata de una paz demasiado dulce para ser tan dura y demasiado dura para ser tan dulce». En definitiva, Bainville sostenía que, en esencia, se trataba de una situación humillante. Así pues, los tratados de paz de la primera guerra mundial contenían también el germen de la segunda.

Una vez en el poder, los nazis fueron preparando poco a poco a la población para la revancha que pretendían tomarse frente a Francia. Muchos antiguos combatientes de la primera guerra mundial se habían organizado en los *Freikorps*, formaciones paramilitares ultranacionalistas que participaban en la represión contra los revolucionarios comunistas. La mayoría de ellos acabaron sumándose a las filas del NSDAP y de la SA. El recuerdo de la primera guerra mundial estaba aún muy presente entre los alemanes de los años treinta, desazonados por la crisis económica y con la cabeza llena de los mensajes vengativos que transmitía la propaganda nazi. El enfrentamiento con Francia, ese enemigo de siempre cuyo desarrollo requería el perjuicio de Alemania, era inevitable, según la *doxa* nazi.

Más de la mitad de los soldados cuyas cartas aparecen en este corpus nació antes de la Gran Guerra. La fecha media de sus nacimientos —o, al menos, de aquellos que conocemos— es en torno a 1913. Unos tres millones setecientos cincuenta mil soldados alemanes participaron en la primera guerra mundial. Eso quiere decir que los combatientes de la segunda guerra mundial tenían algún familiar próximo (un padre, un hermano) que había luchado entre 1914 y 1918. Así pues, en algunos de ellos surgió el deseo de vengar a sus mayores. La francofobia está presente en las cartas de los soldados alemanes que participaron en la campaña de Francia. Ante la miseria de los refugiados de Béthune, Hans P. refleja en su mensaje del 30 de mayo de 1940 su afán por mantener su voluntad

de combatir contra los franceses: «A veces, me esfuerzo en odiar a los franceses. Si no lo hiciera, acabaría sintiendo compasión por el pueblo, que no deseaba que se desatara este conflicto». Otto W., que chapurreaba algunas palabras en francés, se muestra menos compasivo: «La mayoría de los belgas son muy amables; los franceses, también, aunque en esta región no son tan acogedores. De todas formas, acabarán teniendo que acostumbrarse».[31]

Además del resentimiento por las consecuencias de los tratados de paz, existía un sinfín de estereotipos sobre Francia que circulaban en los periódicos alemanes de entreguerras y que insistían en el declive del país y en la degeneración en la que había caído la «raza francesa» tras el contacto con la población de las colonias, especialmente la africana. Hitler escribió en *Mein Kampf*: «[Los franceses], ese pueblo que cada vez está más al nivel de los negros, presta apoyo a los judíos en su afán por la dominación universal y, con ello, pone en peligro, calladamente, la existencia de la raza blanca en Europa. Porque la contaminación que provoca el flujo de sangre negra en el Rin, en el corazón de Europa, responde tanto a la sed de venganza sádica y perversa del enemigo de siempre de nuestro pueblo como al frío cálculo del judío, que ve aquí la forma de comenzar el mestizaje del continente europeo desde su corazón y que, infectando a la raza blanca con la sangre de una humanidad inferior, sentará las bases de su propia dominación […]. La nación francesa, que muere lentamente, no ya por la despoblación, sino por la desaparición progresiva de los mejores elementos de su raza, solo podrá seguir desempeñando un papel importante en el mundo si acaba con Alemania». En las cartas de los soldados volvemos a encontrar esta marcada hostilidad contra la población de las colonias. Retomando un discurso que había empezado a circular inmediatamente después de

la primera guerra mundial (el de la vergüenza negra o *Die schwarze Schande*), la Wehrmacht calificó de intolerable el hecho de que los franceses reclutaran a esa población para sus tropas. La propaganda nacionalista y racista acusaba a los ejércitos coloniales de todos los crímenes de guerra imaginables: violaciones, torturas, asesinatos… En una carta escrita a Eugen, su amigo de la infancia, Hans, un soldado que participaba en la campaña de Francia, compartía sus impresiones sobre los franceses y, especialmente, sobre los combatientes de color: «Los peores son los negros. Se esconden en los árboles y son unos tiradores excelentes». Estas pocas palabras bastan para que adivinemos en qué medida se difundieron los estereotipos acerca de los soldados procedentes de las colonias: los negros se equiparan con animales, con monos que viven en los árboles, pero su reputación como combatientes es excepcional. De hecho, los tiradores senegaleses habían destacado de un modo especial en la batalla de Ypres, de 1914, y en la del Camino de las Damas, en 1917. El desconocimiento de estos adversarios coloniales, a los que se consideraba «tan capaces de frenesí como de inercia»[32] también era habitual en África. En las caricaturas nazis, estos «árabes y negros» se representaban a menudo como salvajes y, al mismo tiempo, como perezosos; despertaban odio y miedo en el soldado alemán. Al final de su carta, Hans añade: «Hemos visto muchos negros tirados por el camino, terriblemente desmembrados. Los prados están llenos de cadáveres putrefactos de vacas, tumbadas sobre el lomo, con las patas hacia arriba, como caballitos de madera. Todo esto me recuerda a tu *Danza macabra*». De acuerdo con los cálculos del Ministerio de Defensa, en 1940 unos diecisiete mil tiradores senegaleses[33] murieron o resultaron heridos en la campaña de Francia. Y aquellos que cayeron en manos de la Wehrmacht como prisioneros no recibieron el mismo

trato que los soldados de la Francia continental. Se les separó de los demás y se les encerró en *stalags*[34] de la zona ocupada, donde muchos de ellos murieron por epidemias o malnutrición. En determinados casos puntuales, se ejecutó a prisioneros de guerra procedentes de las colonias. Es lo que ocurrió en la localidad de Chasselay, cerca de Lyon, en la que el 20 de junio de 1940 la 3.ª División Panzer SS Totenkopf perpetró una masacre contra 194 tiradores senegaleses capturados por los alemanes. Estos excesos contra las tropas coloniales fueron el fruto del racismo nazi, desde luego, pero también del mito del salvaje sanguinario que se había forjado en Alemania cuando acabó la primera guerra mundial.

En definitiva, los soldados de la Wehrmacht se hicieron una idea de la campaña de Francia a través de la experiencia de sus mayores, pero también a través de imágenes creadas y vehiculadas por el rencor de la derrota de 1918, que, cierto es, no eran exclusivas de los nazis, aunque fueron ellos quienes exageraron los trazos de los estereotipos que ya estaban plenamente asentados entre la población alemana. Pese a todo, los soldados alemanes, que poseían un cierto nivel de educación, consideraban a Francia un país de cultura, como lo demuestra el frenesí turístico que los invadió desde la primavera y el verano de 1940. Hans K. disfrutó de la lectura de Claudel y de Racine en el territorio francés;[35] mientras tanto, Heinz R., vicario protestante en su vida como civil, se lanzaba a conocer las catedrales del norte de Francia —Amiens, París, Chartres— y albergaba la esperanza de seguir en el país para tener ocasión de visitar más. Sin embargo, en Francia la guerra se acabó muy pronto, tras seis semanas de *Blitzkrieg*[36], con la firma del armisticio de Rethondes el 22 de junio de 1940. Rápidamente, la ocupación se transformó en una situación propicia para la diversión y el relax. Los carteles con indicaciones en alemán se

multiplicaban con la misma rapidez que los cines y cabarés reservados para los soldados de la Wehrmacht. Hasta los empleados del Reichsbank,[37] como Otto E., tenían derecho a «viajes gratis en primera clase del metro. Entrada libre en los dos teatros y los dos cines reservados para nuestras tropas».[38] Los nuevos amos de París, orgullosos conquistadores, desfilaron por los Campos Elíseos el 14 de julio ante un público escaso y sobrecogido por el terror. Es imposible cuantificar la cantidad de soldados que posaron delante de la torre Eiffel. Los militares buscaban la ligereza de la vida nocturna parisina, un estereotipo que se había difundido más allá de Rin durante los Felices Años Veinte. La Rotonde y la Coupule,[39] que en el período de entreguerras habían sido lugares llenos de vida y arte, se vieron invadidos de uniformes alemanes. En Alemania, las mujeres francesas tenían fama de ser muy frívolas. «No darías crédito si vieras el maldito maquillaje con el que las mujeres de aquí se embadurnan la cara. Si mi mujer se pusiera así, yo haría las maletas y me iría enseguida», advierte Ernst G. a su esposa en su carta del 18 de noviembre de 1940, para pasar después a describir las ropas, similares a las de las prostitutas. ¿Una estrategia para tranquilizar a su mujer o una prueba de la persistencia de los estereotipos alemanes sobre Francia…?

La Wehrmacht velaba por evitar en la medida de lo posible que sus soldados tuviesen contacto con las mujeres francesas. Se sospechaba que, dadas sus costumbres bastante libertinas, podían transmitirles enfermedades venéreas, algo espantoso para las tropas de combatientes. Así que lo que hacían las autoridades de ocupación era animar a los soldados a que acudiesen a los burdeles que controlaban los servicios de higiene del ejército. Erich B. probó aquellos establecimientos, pero se quejaba de los trámites,

bastante complicados: antes y después de pasar por el prostíbulo, se aplicaba a los soldados una inyección.[40]

La supremacía del soldado alemán sobre Francia se manifestaba en su tren de vida, por encima del de la población local, así como en un verdadero pillaje económico. No en vano, el tipo de cambio del marco con respecto al franco pasó de doce a veinte, lo que permitió a las tropas de la Wehrmacht acabar con las reservas de bienes de primera necesidad de Francia, pero también con los artículos de lujo.[41] Heinz R. aprovechó su paso por París para ir de compras: «Estuvimos buscando tela para hacernos trajes, pero no encontramos nada para mí. Yo quería un tejido de rayas blancas y negras. Aquí, tres metros cuestan lo mismo que un metro en casa, así que merece la pena».[42]

Alsacia y Lorena gozaron de un estatus especial. En el verano de 1940, el Reich acogió en su seno a las antiguas conquistas alemanas de la guerra franco-prusiana. Kurt M., que esperaba con impaciencia esta anexión, aprovechó su carta del 21 de julio de 1940 para alabar las cualidades proféticas de Hitler en materia de política de conquistas: «¡Sí, Adolf sabía bien lo que hacía! Ahora contaremos con suficientes cereales y probablemente no tengamos que hacer nada después de la cosecha. Dentro de poco, también Alsacia se integrará en el Reich y tendremos todo lo que necesitamos». Hellmuth H., por su parte, atravesó el este de Francia y buscó huellas de la antigua presencia alemana: «En nuestro avance, llegamos hasta el primer pueblo con indicaciones en francés y en alemán. Es normal, está en la antigua frontera del Reich, de 1914. A partir de ahí, ya todos los paneles aparecían en alemán, pero la población era muy hostil». Rápidamente se adoptaron medidas para germanizar aquellas regiones: se obligó a hablar en alemán, se modificaron los nombres de lugares que

sonaban demasiado franceses, se integró a los adolescentes en las Juventudes Hitlerianas…

El éxito de la campaña de Francia llenó de orgullo a los soldados alemanes. Siguiendo las huellas de los compañeros que los habían precedido entre 1914 y 1918, vengaron su humillante derrota. Lo que se adivina en las cartas de este corpus, más que un odio real hacia el pueblo francés, es la satisfacción del amor propio tras haber conquistado Francia, tras haber recuperado el honor alemán frente al ejército galo, que por aquel entonces tenía fama de estar entre los mejores del mundo. Los soldados alemanes descubrieron una Francia bañada por el sol estival, en la que no vieron más que la imagen de Épinal[43] de un país que ofrecía diversión, ocio y curiosidades. La «Operación Barbarroja», sin embargo, les sacó de aquel idilio de guerra.

La Unión Soviética: el judeobolchevismo

La segunda guerra mundial permitió a los soldados de la Wehrmacht descubrir Europa —e incluso el norte de África— en una época en la que los viajes al extranjero eran poco frecuentes y, en todo caso, estaban reservados para una élite. Por aquel entonces los alemanes conocían bastante bien Francia, habida cuenta de las relaciones culturales, intelectuales y militares que se habían establecido con aquella nación. En cambio, Rusia era un país que alimentaba muchas más fantasías, dada la ausencia de intercambios profundos de información.

Antes de la primera guerra mundial, los intercambios entre Alemania y Rusia se realizaban a través de la aristocracia y la alta burguesía alemana. La imagen que se tenía de aquel inmenso imperio estaba ligada fundamentalmente a la excelencia artística, a las obras literarias de Tolstói, Dostoievski, Pushkin o Chéjov y a la música de Chaikovski o Músorgski, pero se ignoraba la miseria que existía en los campos del zar.

En los inicios de la primera guerra mundial, la visión del ejército zarista que estaba presente tanto en el imaginario alemán como en el imaginario francés era la del rodillo compresor ruso: una metáfora atemorizadora y terrible que evocaba las hordas de bárbaros que, venidas de Asia, iban a recaer sobre Europa; una metáfora de un ejército formado por campesinos analfabetos y salvajes, embrutecidos, que no conocían el miedo y cuya mayor fuerza residía en su número, y no en la habilidad para el combate; una metáfora que se mantuvo durante la segunda guerra mundial,

pese a los fracasos que había sufrido el ejército ruso durante la Gran Guerra.

La inmensidad de la cultura rusa fue borrada de un plumazo por el torbellino de la Revolución de Octubre. La ola bolchevique golpeó Alemania desde finales de la primera guerra mundial. En Baviera, Kurt Eisner organizó una efímera república de sóviets. Los enfrentamientos entre los cuerpos francos nacionalistas y los espartaquistas, dirigidos por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, quedaron grabados en la memoria de los alemanes como terribles momentos de desorden vinculados a la derrota y al desarrollo de una teoría del complot, por la que los bandos se acusaban mutuamente de haber provocado la caída de Alemania. Este período de agitación y violencia en las calles desembocó en la formación de movimientos ultranacionalistas que sentían una profunda hostilidad frente al bolchevismo. En ellos participó el propio Adolf Hitler.

A partir de los años veinte, la Rusia de Lenin se encerró en sí misma y apenas llegó información de ella. Aquello dejó un amplio margen para que se desatara la desbordante imaginación de los dirigentes políticos alemanes. Con todo, no se puede decir que no existiesen intercambios entre la República de Weimar y la Rusia bolchevique. En realidad, ambos países eran los parias de la política internacional. Ni el uno ni el otro formaba parte de la Sociedad de Naciones (SDN), que se había creado en 1919.[44] En abril de 1922, ambos países firmaron el Tratado de Rapallo para restablecer las relaciones comerciales. Además, acordaron en secreto cooperar en el ámbito militar: Alemania, que había visto cómo se frenaba drásticamente el desarrollo de su ejército con el Tratado de Versalles, adquirió el derecho de entrenar a sus tropas

en territorio ruso, a cambio de compartir su moderna tecnología militar con su nuevo aliado.

Aquella cooperación cesó con la llegada de los nazis al poder. En *Mein Kampf*, Hitler había expuesto en detalle su deseo de expandir Alemania hacia el Este. Según las teorías nazis, el Reich se encontraba asfixiado en sus estrechos límites y, si quería sobrevivir, tenía que ampliar sus fronteras orientales incorporando los territorios poco explotados —y, sin embargo, ricos— de Ucrania y Rusia. Se trataba igualmente de llevar a cabo una conquista civilizadora, dirigida por la «raza de los señores», conquista esta que en las mentes nazis se convirtió rápidamente en una obra de exterminio de todo aquello que englobaban bajo el término «judeobolchevismo» y de esclavización de los eslavos, a los que se consideraba «infrahumanos» (*Untermenschen*).

La firma del pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939 no fue sino un aplazamiento del brutal enfrentamiento entre dos ideologías profundamente enemigas. Permitió que, una vez invadida Polonia, Hitler enviase con toda tranquilidad sus ejércitos a Europa occidental, sin temor a que surgiese un segundo frente —que había sido una fuente de angustia constante durante la primera guerra mundial—, y que la Unión Soviética ganara tiempo para prepararse para el conflicto inevitable que empezaba a dibujarse en el horizonte.

La «Operación Barbarroja» comenzó el 22 de junio de 1941. Aun cuando la Unión Soviética supiese que tarde o temprano se enfrentaría al Reich, las primeras maniobras del que hasta entonces había sido su aliado la sorprendieron de tal modo que no supo reaccionar. Debemos recordar que algunos soldados de la Wehrmacht estaban convencidos de que lo que hacían era librar una guerra defensiva contra la Unión Soviética. Georg F., piloto de

bombarderos, escribió en las proximidades de la ciudad de Leningrado —sobre la que lanzaba con regularidad sus bombas— una carta a su hermana y su cuñado: «Este país es un desierto miserable. No os lo podéis ni imaginar. Un territorio sucio, habitado por hombres groseros y depravados. No quiero ni pensar qué habría sido de vosotros y de Alemania si estos bolcheviques hubieran llegado al Reich, como habían planeado. ¡Gracias a Dios, lo que ha ocurrido ha sido justo lo contrario!».[45]

Se había preparado ideológicamente a los soldados alemanes para esta guerra. Desde los años treinta, periódicos como *Der Stürmer* vertían toda su bilis sobre la plaga del bolchevismo y de la «judería» que actuaba en la Unión Soviética. Desde los primeros pasos en el Este, la brutalidad de los combates y el aspecto miserable de la población reforzaron en muchos de los combatientes la convicción de que las tesis nazis eran correctas. Omer Bartov escribe en su magnífica obra: «La deshumanización del enemigo es inherente a la guerra […]. Los soldados no suelen disparar movidos por un odio personal hacia un individuo concreto; su odio o su deseo de venganza se dirigen más bien contra una entidad abstracta, anónima, que se denomina “el enemigo”. Lo más frecuente es que los soldados lleguen a matar precisamente porque no reconocen en el soldado enemigo a uno de sus semejantes […]. [La Wehrmacht] no libraba una guerra ordinaria, en la que se enfrentaran dos ejércitos: llevaba a cabo una campaña de asesinatos y destrucción que despreciaba las normas habituales de comportamiento. El ejército alemán se apoyó deliberadamente en el inevitable sentimiento de culpabilidad que embargaba a los soldados que habían matado a civiles inocentes o a combatientes desarmados, y de este modo los empujaba a ir más allá en la barbarie. Las víctimas habían transformado a sus perseguidores en

monstruos, y ellas tenían que expiar esta culpa».[46] Algunos soldados del corpus estaban convencidos de que la suya era una guerra justa contra el «judeobolchevismo». Era el caso de Franz M., que exclamaba: «Una cosa es segura: esta guerra contra la obra criminal del bolchevismo es un combate por una causa justa. ¡Ay de nosotros si algún día estas hordas asiáticas invaden nuestra bella Alemania…!».[47] La deshumanización de la población judía fue el preludio de su exterminio. Una de las primeras tareas de las tropas de la Wehrmacht cuando llegaban a un lugar recién conquistado era crear una milicia local en la que se reclutaba fundamentalmente a las muchas personas que se sentían decepcionadas por el comunismo o víctimas de él: «Hemos formado una policía ucraniana, que se encarga de limpiar la región de judíos y de comisarios, así que dentro de poco ya no quedará ni una sola de estas bestias —en el poco tiempo que llevo aquí he podido comprobar que no existe otra palabra mejor para calificarlos».[48] Esta policía local participó en buena medida en los fusilamientos de judíos, gitanos y otras personas señaladas como enemigos del Reich que organizaron, entre otros, los *Einsatzgruppen*.[49] A menudo, las tropas alemanas se veían a sí mismas como liberadoras del bolchevismo. Así lo demuestran las palabras de Hans-Joachim S.: «La población se alegra de nuestra presencia. Está deseando ver a Stalin en la horca».[50]

Con todo, la lectura del corpus permite descubrir matices dentro de estos categóricos discursos. Algunos soldados alababan la combatividad de sus enemigos. Se suponía que la campaña de Rusia no duraría más de ocho semanas. La Wehrmacht y Hitler estaban convencidos de que bastaría con una ofensiva en masa para hacer caer rápidamente a aquel gigante de pies de barro. Sin embargo, no fue así. «En esta ocasión estamos librando un combate

muy duro. Y nuestro país no parece darse cuenta. No hay que cometer el error de subestimar a los rusos, como lo hacía yo al principio»,[51] subraya Hans S., por aquel entonces en Letonia. A varios centenares de kilómetros de allí, cerca de Smolensk, Walter N. llegaba a la misma conclusión: «El irreprochable trabajo de los rusos despierta también aquí asombro y admiración. Los rusos son maestros en la construcción de puestos avanzados y en el camuflaje, y no nos ponen nada fácil la tarea de encadenar victorias».[52]

Sin embargo, durante los primeros momentos del conflicto, se mantuvieron los estereotipos que había hecho circular la propaganda nazi desde principios de los años treinta. Leyendo las cartas, se podría llegar a pensar que los soldados se encontraron con que la situación de la Unión Soviética era aún peor que la que les habían descrito la prensa del Reich y los discursos políticos. La mayoría de los combatientes solo conocía de Rusia lo que le habían contado los medios de comunicación. Sobre aquella inmensa región desconocida circulaban todo tipo de rumores y leyendas. Pero si había una idea presente en los espíritus desde hacía decenios, esa era la del «rodillo compresor ruso», que se retomó después en la expresión «hordas asiáticas»: un pueblo heteróclito —que, desde luego, no formaba parte de la «raza de los señores»—, brutal, grosero e inculto, aunque capaz de provocar enormes daños no ya por sus competencias militares y estratégicas, sino por su número. Si bien es cierto que, cuando pusieron el pie en la Unión Soviética, los soldados iban seguros de su superioridad racial e intelectual, también es verdad que tenían que ser muy prudentes. No en vano, se había extendido otro gran temor: el de los francotiradores. Personas —sobre todo hombres, pero también mujeres— vestidas de civil que se ocultaban en las aldeas o en los bosques, agazapadas

a la espera de que pasaran soldados alemanes a los que asesinar. Georg F. escribió que no podía ir al baño ni dormir sin su metralleta.[53] También circulaban historias sobre la posibilidad de que la población local envenenase la comida de los alemanes.

En el caso de muchos soldados, el odio hacia el judeobolchevismo y el desprecio por la vida de los habitantes de la Unión Soviética se mantuvieron intactos durante todo el conflicto. En mayo de 1942, mientras se encontraba en el Este, Heinz S. escribió estas líneas a su hermana: «Hay que vencer. Si no, las cosas se pondrán mal para nosotros. La venganza de los canallas judíos del extranjero caerá de un modo atroz sobre nuestro pueblo, porque, para dar al fin reposo y paz al mundo, aquí se ha ejecutado a centenares de miles de judíos. Cerca de nuestra ciudad hay dos fosas comunes. En una de ellas están enterrados veinte mil judíos. En la otra, cuarenta mil rusos. Podríamos sentirnos afectados, pero cuando pensamos en la gran idea que nos impulsa, nos damos cuenta de que esto ha sido necesario. En cualquier caso, la SS ha hecho su trabajo y tenemos que estarle agradecidos». Aquí volvemos a encontrar la idea de un exterminio «defensivo», llevado a cabo para prevenir el daño que el enemigo señalado podría infligir a los alemanes.

Y, pese a todo, algunos soldados acabaron haciendo migas con la población local. Durante el duro invierno de 1941-1942 y la primavera posterior, el frente quedó estancado y las tropas tuvieron tiempo de descubrir los lugares y la gente que los rodeaba. No hay que olvidar que buena parte de los soldados se alojaba en casas de la población local, en vista de la escasez de viviendas en la zona. Karl N. se encontraba en Dombás (Ucrania) en enero de 1942 —en aquella época había unos quinientos mil soldados instalados en la región— y explicaba a sus padres cómo había conocido a varios

chicos y chicas de la ciudad: «El primer día, las chicas se sentían un poco intimidadas en nuestra presencia, porque les habían contado que íbamos por ahí destrozándolo todo, como si fuésemos unos salvajes. Pero ahora, pasar tiempo juntos es algo de lo más normal. Si esta noche sigo aquí, todas ellas vendrán, charlaremos y cantaremos al ritmo de las guitarras y de la balalaica».[54] En el mismo sentido, Georg S. habló a su mujer de la compasión que sentía por la madre de familia en cuya casa se alojaba.[55]

Sea como fuere —y aun cuando siempre hay que tener en cuenta los posibles matices—, la ideología de odio contra la Rusia bolchevique y los judíos que la propaganda nazi había difundido provocó una guerra de una violencia extrema. La Wehrmacht perdió 4 300 000 hombres; el Ejército Rojo, 10 600 000 soldados —de los que más de 3 000 000 murieron en campos de prisioneros de guerra—. Y en estas cifras ni siquiera se incluyen los millones de víctimas civiles que fueron asesinadas en los territorios soviéticos ocupados por los nazis.

Así pues, esta correspondencia nos sumerge en los afectos y en la humanidad de los soldados de la Wehrmacht. Aquella guerra fue una obra de seres humanos contra seres humanos. Olvidemos por un instante la maquinaria bélica para concentrarnos en las palabras de unos hombres que estuvieron en el corazón mismo del conflicto. Probablemente sea ahí donde reside lo más angustioso de todo: que aquellos hombres participaron en lo irreparable. Se trata de una catástrofe que está al alcance de cualquier ser humano. La cercanía que proponemos adoptar aquí con respecto a los soldados servirá para iniciar una reflexión sobre la condición humana y sobre el constante peligro de que se repita una iniciativa fatal de la misma envergadura. Porque las guerras, sobre todo la más abominable, no

son un asunto de máquinas burocráticas; siempre han sido, son y serán un asunto de personas.

Prólogo

La publicación de estas cartas de soldados de la Wehrmacht constituye un importante paso para comprender la segunda guerra mundial. No hay que perder de vista que aquellos hombres fueron los únicos europeos que conocieron todos los frentes (este, oeste, norte y sur) que estaban abiertos por aquel entonces en el continente. Eran una amplia mayoría entre los alemanes que vivieron la guerra fuera de su país (de hecho, superaban en número a los civiles y a los miembros de las SS). Reunir sus cartas en un solo volumen nos permite hacernos una idea de la inmensa variedad de experiencias por las que los combatientes alemanes pasaron a lo largo de casi seis años.

Francia es uno de los temas que abordan. Pero no lo hacen desde la perspectiva de lo típico o de lo excepcional, sino que hablan de ella como una experiencia entre muchas otras. Es cierto que los alemanes prestaban atención a este país y aplicaban en él una política de ocupación particular, pero lo mismo ocurrió con el resto de países que preveían anexionarse. Al leer estas cartas, es posible comprobar en qué medida las ideas preconcebidas que los combatientes tenían acerca de la vida en Francia influían en sus descripciones del día a día. Un proceso similar se dio en Polonia y en Ucrania, donde, de un modo más sórdido, la ideología, además

de preceder a la experiencia de una ocupación enormemente mortífera, le dio forma.

Hannah Arendt hablaba de la banalidad del mal. En estas cartas, en cambio, lo que aparece es el mal de la banalidad. Los soldados alemanes eran plenamente conscientes de los horrores que estaban presenciando o cometiendo, pero, a sus ojos, tales crímenes no eran sino uno más de los componentes de su vida cotidiana, y casi nunca el más importante. Lo que comían, dónde dormían, qué pensaban de sus compañeros, la lejanía de sus familias: todo aquello les preocupaba mucho más. La publicación de estas cartas nos permite contemplar todo ese conjunto tan aterrador de la vida cotidiana y entender, evidentemente, que existe una diferencia de percepción fundamental entre el criminal y la víctima: para el criminal, el crimen es un componente de la historia, y no su tema principal. Para la víctima, en cambio, el crimen es la historia misma.

Lo que es cierto para los soldados alemanes lo es también para los demás. Estas cartas nos recuerdan, a través de la intimidad que se cuela en ellas, de sus detalles y de su variedad, que los soldados alemanes también eran seres humanos. Aquí no se hablan a sí mismos ni a sus comandantes ni a los agentes que los interrogaron tras la guerra. Ni tan siquiera a la historia. Aquí hablan a la gente a la que quieren. Los vínculos que establecen entre lo que ven y lo que hacen deben explicarse de un modo que tenga en cuenta el sentido que se dio a la guerra en Alemania y el significado de la intimidad. La capacidad de los soldados de la Wehrmacht para hacer el mal y explicárselo a los demás —y, en consecuencia, también a sí mismos— no es ni más ni menos que profundamente humana.

Por eso esta recopilación es de gran valor: nos obliga a pensar en la segunda guerra mundial desde una perspectiva más universal de lo que nos gustaría.

2TIMOTHY SNYDER, abril de 2014

Primera parte

LOS SEÑORES DE LA GUERRA: 1939-1941

Estamos cómodamente instalados en la pequeña ciudad en la que nos hemos detenido. No nos falta de nada. Vivimos como reyes. Tenemos chocolate y café en grano en abundancia. Vino y licor en grandes cantidades. Cada día, una camisa y un pantalón limpios, etc. En definitiva, nos va de maravilla.

CARTA DE OTTO W. del 31 de mayo de 1940

Pero sí que hay algo que no cambia: las chozas miserables y la indescriptible pobreza. Aún resuena en mi cabeza una expresión: ¡el paraíso de los trabajadores! ¡Con qué frecuencia se ha contado a la humanidad una mentira a través de esas palabras! Las guerras que hemos librado en el pasado pueden haber sido justas o injustas, pueden ser maquinaciones de diplomáticos, pero una cosa es segura: esta guerra contra la obra criminal del bolchevismo es un combate por una causa justa. ¡Ay de nosotros si algún día estas hordas asiáticas invaden nuestra bella Alemania…!

Carta de FRANZ S. del 23 de noviembre de 1941

1

Pillajes

La invasión de Polonia por parte de las tropas alemanas, que comenzó el 1 de septiembre de 1939, precipitó el estallido de la segunda guerra mundial. La Unión Soviética, por su parte, se lanzó a invadir este país el 17 de septiembre de 1939, en virtud del pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939, por el que los dos Estados firmantes habían acordado repartirse su territorio. La principal intención de Hitler era recuperar Posnania y el corredor polaco, que habían sido arrebatados al Reich tras la primera guerra mundial. Esta campaña era también una etapa más de su búsqueda de un Lebensraum.

Hellmuth H. nació en Colonia, en 1904, en el seno de una familia protestante. Era profesor. Se unió al partido nazi en 1932 y formó parte del millón y medio de soldados alemanes que fueron enviados a la campaña polaca. A mediados de septiembre de 1939, su unidad, la 50.ª División de Infantería, se encontraba en las proximidades de Posen, mientras las tropas de combate continuaban avanzando rápidamente hacia el Este y amenazaban ya con caer sobre la ciudad de Brest-Litovsk. Hellmuth H. escribe aquí a su mujer y a sus hijos.

Lowica, cerca de Posen,[1] 12 de septiembre de 1939

Querida B.:

Te escribo justo después de haber redactado una carta a mamá. Sigo bien. Estamos, por decirlo así, en el patio trasero de la guerra, adonde no llegan los disparos. La cosa se pone algo aburrida: cada día caminamos entre quince y veinte kilómetros, aproximadamente. Una especie de «caminata otoñal» por un paisaje muy agradable. En los últimos días hemos estado en la zona de la familia Hildebrand. Incluso nos paramos para almorzar en un pueblo que, si no me equivoco, les perteneció hace tiempo.

Parte de la población nos recibe con flores, aunque otros lo hacen con gesto tenso. Hoy estamos en el aeródromo de Posen, en la periferia de la ciudad, junto a la estación de emisión, que todavía se mantiene en pie.[2] El avituallamiento empeora, sobre todo porque no somos tropas en combate, pero siempre nos quedan otras opciones: en los huertos y en los jardines de las fincas nadie nos opone demasiada resistencia. El otro día probé unas uvas maravillosas, como pocas veces en mi vida. En una fábrica de azúcar cerca de nuestro acantonamiento robamos un saco de treinta libras de azúcar. Y lo que necesitamos, lo requisamos (o, empleando el término adecuado: «lo liquidamos»). Se nos permite robar alimentos y la mayoría nos sentimos contentos después de pasar por algún lugar, porque vamos encontrando cosas que ni nos esperábamos. Al principio, no teníamos ningún vehículo para transportar la ametralladora, pero en el primer pueblo polaco nos hicimos con una carretilla y en el tercero, con una furgoneta cubierta. Hoy tenemos otra con bonitas ruedas de caucho, tirada por unos hermosos caballos, y esperamos conseguir pronto un camión. Hay otras cosas que pagamos de forma honrada, porque tenemos más dinero del que se puede gastar en los pueblos.[3]

Las tropas polacas en retirada causan pocos daños,[4] aunque han volado los mejores puentes, han abatido la mayoría de los postes telegráficos y las vías del ferrocarril son ya impracticables. De cuando en cuando vemos fábricas o carreteras afectadas por los bombardeos aéreos alemanes. En la compañía hay unos cuantos heridos que caminan con dificultad, pero también algún que otro flojo, así que yo, viejo soldado humilde, me alegro de mantener mi vigor. A veces las cosas son más fáciles para mí, porque, pese a ser soldado de primera, asumo las funciones de un suboficial (como se suele decir, soy un *Gewehrführer*, o sea, el responsable de una ametralladora) y dispongo de pistola y de gemelos. Lo que más me preocupa es no tener conmigo una foto. Es una pena, pero, de todas formas, no podría enviarla de momento, primero porque por ahora no funciona el servicio de correos y segundo porque su peso superaría el que nos permiten mandar. Al igual que la mayoría de mis compañeros, todavía no he recibido ninguna carta. Es probable que el motorista de correos haya sufrido algún percance. Menos mal que no te dejé venir hace poco a Unruhstadt,[5] porque no se puede llegar hasta allí, solo es posible atravesar la frontera.

Espero que, aunque no haya recibido noticias de vosotros, estéis todos bien. No tengo ningún miedo en ese sentido. Si las cosas salen como deberían, volveré en unas semanas. Aunque no sabemos qué es lo que se está tramando en el Oeste. «Nuestro saco de azúcar debería ser suficiente hasta que lleguemos al frente occidental», nos decimos. Me sorprende mucho que Hacke esté en Landsberg. Anoche soñé que había caído. Me gustaría tener noticias de mis compañeros, especialmente de Herbert. Si los ves, salúdalos de mi parte. Aquí, igual que en Berlín, ayer volvió a empezar el colegio.

Bueno, esta ha sido mi descripción detallada de la situación, para que puedas contar todo lo que está pasando y no te preocupes innecesariamente por Papá.

Seguimos teniendo asignado un número de correos de maniobras militares, y no un número de estafeta militar. Es el 20047, oficina de correos de Zielenzig.

2

El lodazal

Günther S.-A. nació en 1917. Para la invasión de Polonia, Hitler reclutó fundamentalmente a soldados profesionales, salidos de las quintas de 1915, 1916 y 1917 y que, al igual que el autor de la carta, estaban profundamente marcados por la propaganda nazi y por sus insistentes mensajes acerca de las pérdidas territoriales de Alemania en beneficio de Polonia, así como del nefasto papel que desempeñaban la burguesía polaca y la población judía.

Günther S.-A. participó en la campaña de Polonia con la 45.ª División de Infantería. Aquí escribe a sus padres, que vivían en Wilhelmshaven, un pueblo alemán situado a las orillas del mar del Norte.

Sarcyna[1] (San), 29 de septiembre de 1939

Queridos papá y mamá:

Hace ya casi diez días que no tengo noticias de vosotros. O bien no escribís o bien el correo aún no ha llegado.

Sigo sano y salvo. En esta zona apenas hay combates. Continuamos en un pueblecito al oeste del San, cerca de la frontera

pactada con los rusos.[2] Sarcyna significa «pueblucho». Nosotros lo hemos rebautizado inmediatamente como «lodazal». No hay calles propiamente dichas. Los únicos edificios de piedra son la iglesia y la casa del párroco. En Galitzia, el paisaje es terriblemente monótono. La población es muy pobre. En una habitación viven de media entre seis y diez personas. Esta gente se limita a sobrevivir. No hay ni una sola posada en estos pueblos. Austeridad. ¿Qué tiene esta gente en la vida? Un montón de niños y trabajo. ¡Y esta tierra fértil, sin explotar! Aquí no hacemos más que vegetar. Sin embargo, todos nosotros estamos contentos y llenos de confianza. Pero ¿lo estaremos todavía si, cuando llegue la Navidad, aún nos encontramos aquí? Si al menos pudiera llegar el correo…

Hace un frío horrible y llueve. No vendría mal tener a mano una botella de ron para prepararse un grog. Por desgracia, todavía no nos ha llegado el aprovisionamiento. Creo que, si algún día regresamos de este desierto, nos sentiremos como si estuviésemos en el país de las maravillas, porque aquí todas las ciudades, de Cracovia a Leópolis, son, en realidad, pueblluchos de mala muerte llenos de judíos.

Los judíos tienen que trabajar duro para nosotros, construyendo carreteras y puentes, limpiando vehículos y acarreando agua. Por todas partes se oyen sus gritos y sus lamentos a Yahvé… ¿Y se dice que Polonia es maravillosa? ¡Nada de eso! Es un país completamente en manos del clero. Ya os contaré con detalle más adelante.

Por lo demás, querido papá, te envío 100 RM.[3] Por favor, paga a la Caja de Vestuario del Ejército en Berlín.[4] Hoy he recibido una carta de la tía Mary y de la tía Hilde. Lisa Gütersloh y Krefeld no me han escrito todavía, pero todos los demás sí lo han hecho. Incluso Hans.

Os deseo lo mejor. Saludos para todos. Cuidaos mucho.

Vuestro Günther

[…]

3

Sin novedad en el frente

La invasión de Polonia llevó a británicos y franceses a declarar la guerra al Reich. La «guerra de broma»,[1] *conocida entre los alemanes como Sitzkrieg («guerra de asiento»), que transcurrió entre septiembre de 1939 y mayo de 1940, se caracterizó por una ausencia de acontecimientos militares de importancia en el frente occidental. Los adversarios pasaban los días replegados tras sus correspondientes líneas de fortificación —la «Línea Maginot», en el caso de los franceses, y la «Línea Sigfrido», en el de los alemanes—, en la más absoluta inacción. Aquella «guerra de broma» permitió a Hitler concluir la campaña de Polonia sin necesidad de atender a un frente en el Oeste.*

Así, Hugo D. y sus compañeros de la 16.ª División de Infantería pudieron pasar las Navidades de 1939 tranquilos, tras la Línea Sigfrido. Desde ese punto, escribió a su mujer, que vivía en Fráncfort junto con sus hijos. Después de la campaña, Hugo D. fue destinado al frente oriental. Sus huellas se pierden en Stalingrado, en enero de 1943. Tenía entonces veintiocho años.

26 de diciembre de 1939

Mi pequeña y queridísima E.:

Ya pasó la Navidad. ¿Qué tal te fue en Fráncfort, lejos de mí? ¿Te divertiste? Yo solo puedo decir que aquí fue maravilloso, pero me pregunto cómo sería la Navidad si estuviésemos celebrándola juntos de verdad […]. Hoy todos estamos de descanso. Me he pasado todo el día leyendo. El libro que me has regalado, *Meine Bauern*,[2] me ha encantado. Es delicioso. Verdaderamente agradable. Tienes que leerlo. ¿Sabes qué? Es del tipo de obras que gusta tener siempre entre las manos, porque está llena de relatos bien encadenados entre sí. Por eso te estoy especialmente agradecido. Las descripciones de la gente y la caracterización de los personajes son tan reales y, en parte, tan sanas que a menudo es imposible contener la risa. Tengo que reconocer tu acierto. Te estoy muy agradecido. El otro libro también es interesante en su estilo, sobre todo teniendo en cuenta que se escribió en 1920. Cuando volvamos a estar juntos, te leeré las dos obras y así podremos compartir esta felicidad. Me has mimado mucho con estos regalos de Navidad. ¡Me siento tan feliz, tan alegre, tan satisfecho!

Y, sin embargo, seguimos separados. Amada mía, llegará el día en que volvamos a vernos, en que te tome las manos, te diga que he vuelto y te prometa que nunca más me alejaré de ti, que la paz ha llegado y que podemos, al fin, ser felices.

Un compañero ha decorado el árbol de Navidad. La radio suena, muy bajito. Las láminas metálicas que penden del árbol se mueven suavemente con el calor de las velas. Afuera, todo está en silencio. El día de Navidad los franceses estuvieron realmente valientes.[3] La verdad es que podrías haber pasado todo ese día junto a mí. ¡Ah, habría sido maravilloso! Habríamos grabado profundamente en nuestros corazones todas estas cosas hermosas. Pero vendrán nuevas alegrías. No perdamos la esperanza. Tomaremos todas esas luces que llenan el árbol de Navidad para que nos iluminen en nuestro camino. Y ahora, querida mía, déjame abrazarte fuerte. Cogidos de la mano, avanzaremos valientemente por nuestro camino. Si caminamos juntos,

todo irá bien, cada paso nos acercará a la paz a la que ambos aspiramos. Pero, amor mío, estarás de acuerdo conmigo en que solo tendremos derecho a hablar de paz cuando hayamos vencido, como ha dicho el alto comandante de la Wehrmacht en su discurso de Navidad. Y por eso debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en la victoria. Cuanto más firme sea nuestra voluntad de ganar, más nuestra será la victoria. Amor mío, tenemos que dirigirnos hacia ese destino con coraje. Cuando hayamos alcanzado nuestro objetivo, todo aquello con lo que sueña mi corazón, todo aquello a lo que aspira, se hará realidad. Y cuando regrese a casa, nunca más volveré a separarme de ti. Al fin podré apoyarme sobre tu hombro durante mucho mucho mucho tiempo, cansado, pero sediento del amor de mi pequeña E., de ese tesoro que de un modo tan extraordinario mantienes reservado para mí. ¿Ves cómo colmas de felicidad a tu hombre? ¿Qué nos deparará el futuro? ¿Sabes una cosa? Creo que deberías hacerte un colgante conmigo y colocártelo en el cuello. Así siempre estaría acurrucado y calentito, y no me apartaría de ti ni un solo segundo […].

Cuídate mucho, amor mío.

Recibe mil besos

De tu H.

Saluda a tu madre de mi parte.

4

El deber del soldado

Después de un largo tiempo destinado en Polonia (véase su carta del 29 de septiembre de 1939), en febrero de 1940 Günther S.-A. se encontraba en Krumau, un pueblecito de Bohemia del Sur que el Tercer Reich se anexionó como territorio de los Sudetes. Hitler había reclamado estos territorios —en manos de Checoslovaquia desde la primera guerra mundial— en los Acuerdos de Múnich, firmados en septiembre de 1938. En marzo de 1939, las tropas alemanas invadieron Bohemia y Moravia en su totalidad y concedieron a Eslovaquia una independencia con un Gobierno más o menos títere.

El teniente Günther S.-A. continuó combatiendo en Ucrania con la 297.ª División de Infantería. Murió en Artemovsk, en Dombás, el 4 de octubre de 1942, cuando su unidad avanzaba hacia Stalingrado.

Krumau,[1] 7 de febrero de 1940

Querida mamá:

Hoy, 7 de febrero, he recibido tu amable carta del día 2. Ya hacía tiempo que no me llegaban noticias de ti. Me alegro de que te encuentres bien. El encanto del frío también va a ir desapareciendo en casa. Aquí, en Krumau, ha sido horrible, pero también precioso, porque la ciudad está a ochocientos metros de altitud. El domingo estuve en el Schöninger,[2] a mil doscientos metros. Había más de un metro de nieve. Hacía un tiempo magnífico, se podían ver los Alpes y, al norte, incluso Praga. Pero también estas maravillas se han terminado. El 18 de febrero me enviarán a la escuela de formación de pilotos de Reichenberg, en los Sudetes, en la que me quedaré hasta principios del mes de marzo, para pasar después a la escuela de Jüterborg,[3] entre Dresde y Berlín, a sesenta kilómetros de la capital.

Querida mamá, no pienses que este traslado se debe a un deseo mío. Como soldados, tenemos que callarnos y cumplir con nuestro deber, especialmente en período de guerra. Pero no hay motivos para preocuparse. En la guerra, disparamos y nos disparan. Yo volveré sano y salvo, y cuando el conflicto haya acabado, regresaré a mi querida infantería. Ya sabes que bicho malo nunca muere. Por favor, no te preocupes. Si no, será aún más duro para mí cuando empecemos a disparar. Piensa que ya han caído muchos y que tendrán que caer muchos más. Todas las madres, todas las mujeres sufren el mismo destino. Por el momento, soy el único de nosotros que está en la guerra. Sería mucho peor si los demás también estuvieran aquí. No debes quejarte. Tendrías que sentirte orgullosa. Piensa que si cada una de vosotras esperaseis que vuestro marido o vuestro hijo volviese sano y salvo, eso significaría que, necesariamente, tendría que caer otro. Así que, querida mamá, ¡nada de quejas! Nosotros, los jóvenes, todos nosotros nos aferramos a la vida y, pese a todo, cumplimos nuestro deber, como lo han hecho todos los soldados durante siglos antes que nosotros. ¿Por qué deberíamos ser peores que ellos? Créeme, no te gustaría que yo fuese un cobarde.

¡Adiós! ¡La suerte está del lado de los soldados de oficio! Tal vez vaya a casa por uno o dos días antes de que me trasladen. Saluda a

todos de mi parte.

Tu hijo

5

Los tesoros de Francia

Tras la «guerra de broma» llegó una «guerra relámpago» —la Blitzkrieg—, que ya se había probado en Polonia. El 10 de mayo, los vehículos blindados alemanes se desplegaron por los Países Bajos y Bélgica. El 14, Sedán cayó en manos de la Wehrmacht. Millones de civiles belgas y franceses se vieron forzados al éxodo. La campaña de Francia concluyó el 22 de junio de 1940 con la firma del armisticio de Rethondes.

Más de dos millones setecientos mil soldados alemanes intervinieron en las operaciones de Francia. El cabo Hans A. participó en ellas en el seno de una unidad de transmisiones dependiente del 6.º Ejército. Nacido en 1918, dirigió la mayor parte de sus cartas a su amigo de la infancia, Eugen, natural, como él, de Gelsenkirchen-Buer. Ambos compañeros, estudiantes apasionados del arte y la literatura, intercambiaron más de trescientas cartas. Hans A. murió a finales de 1943, probablemente en el frente oriental.

Francia, mayo de 1940

Querido Eugen:

¿Dónde te metes? ¿Sigues en Viena o estás ya ante el enemigo? En fin, da igual. Antes de que llegues al frente, te habré visitado con el pensamiento miles de veces. Estoy a tu lado, detrás de cada imagen que ves, ya sea un cuadro o la naturaleza… Sé que compartimos este espíritu, tanto cuando nos maravillamos ante la plenitud de lo bello como cuando nos horrorizamos ante esa terrible pasión que sufren nuestros soldados y, más aún, los franceses.

Vivo en busca de signos de que se acerca una época mejor y más fértil, y pienso en esos cristianos, místicos de la religión, que llegaron a sentir una intensa intuición justo antes de que sus fuerzas los abandonaran. Venero esos signos, esas catedrales y esas esculturas fruto de una fe sólida, que da alas. Esa adoración excesiva a los santos que profesa la «Hija Primogénita de la Iglesia» recuerda las palabras de Cristo: «Si no veis señales y milagros no creéis».[1][2] Y este anhelo de milagros es una prueba de una decadencia nauseabunda. Aquí se ve por todas partes, incluso en las bibliotecas en las que se encuentra a Claudel[3] y Racine, una «literatura de milagros»[4] de Bélgica, Francia, España e Italia. De todas formas, me gusta Claudel, que solo ve milagros en el sacrificio de la Iglesia que lucha.[5]

¡Cuánta hambre se siente después de una sola misa! No creo que los cristianos franceses se hayan visto tan abandonados por sus sacerdotes como nosotros, que no tenemos ninguna posibilidad de confesión ni de comunión. De todas formas, sé que por aquí no resuena la música de Claudel, al igual que entre nosotros tampoco se aprecian los *Himnos* de Gertrud von Le Fort,[6] autora que tanto me llega y que, en realidad, es la razón por la que estoy aquí […].

Los franceses son capaces de odiar, pero de formas que nos son desconocidas. Se trata de un odio profundo, tan profundo que a veces nos resulta difícil reconocerlo. Los signos de esta hostilidad son numerosos. Y sé bien, aunque no tanto como debiera, por qué nos lo

hemos «ganado». Los peores son los negros.[7] Se esconden en los árboles y son unos tiradores excelentes.

La pasada noche estuvimos de guardia. Escribo estas palabras entre nuevas tumbas, en primera línea […]. Hay que alabar el rigor y la abstinencia de san Juan en el desierto. Estamos tan lejos de ella… Ayer, en mi cuartel, comprendí el significado de la expresión «encapricharse de algo»: soberbios retratos, sutiles pasteles, grabados magníficos dibujados por Watteau[8] y magníficamente ejecutados y coloreados, un antiguo panel de Siena en dorado, amarillo, rojo veneciano y castaño… Ante aquello, no podía sino estremecerme de alegría. Marfiles japoneses esculpidos; un espléndido tapiz del siglo VII; Tobías y Rafael con el perro[9] y, tras ellos, a lo lejos, una ciudad; una representación del descendimiento de la cruz de tiempos de Rubens;[10] una antigua escultura gótica, maciza y, al mismo tiempo, sencilla en sus dimensiones; una modesta iglesia románica… Salvaría todo de la destrucción si estuviera en mis manos, escondería los objetos más valiosos en los altillos de los armarios… Pero todo ha sido ya seriamente dañado.[11]

Ayer aproveché mi tiempo libre para leer a Racine (con un diccionario). La lectura me llevó muy lejos en mis pensamientos. Pude comprender fluidamente varios pasajes (muy libres) sobre la época de los monjes. Verdaderamente delicioso. Claudel, sin embargo, me parece demasiado abigarrado y colorido, y también demasiado complicado. De todas formas, ¡ayer me habría gustado tener conmigo *La Messe là-bas*![12] Entre los nuevos poetas católicos hay muchos escritores aquí. Me gustaría leer también novelas caballerescas.

Aquí aprendemos, fundamentalmente, a valorar a nuestros jóvenes talentos alemanes, como el arquitecto Dominikus Böhm,[13] el ilustrador Berkes…[14]

Tengo que hacer una pausa porque recibimos a invitados importantísimos.

¿Cómo describirte el paisaje? Van Gogh se pasaba horas y horas debajo de cada árbol. ¡Había tantas y tan suculentas posibilidades para su pincel! Nuestra patria tiene su propia belleza, pero no la percibimos de un modo tan natural como los extranjeros. Eso sí, por aquí hay poca agua. Las bombas son escasas. Para lavarnos, tenemos que meternos en el río. Ayer, cuando sacaba agua de la corriente para prepararme un café, vi cómo una rata se acercaba nadando hasta la orilla […].

He oído decir que hoy es domingo. Ya no tengo noción del tiempo. Supongo que ando muy taciturno… Por lo demás, te informo de que en principio mi nombre sigue formando parte de la lista de los próximos que se acogerán a un permiso, pero no se ha comentado nada al respecto. No le escribas a Gertrud nada que pueda preocuparla. Tengo que largarme de aquí […]

Por lo demás, si yo… y tú no, guarda mis libros y mis fotografías en algún lugar seguro. Quema las cartas. Pero quién sabe. A lo mejor conseguimos burlar a la Muerte y a su guadaña.

¡Delante de mí veo un cochinillo rosa, como si estuviese en un Rubens! Me hace pensar también en las «mejillas rosadas» de la campana.[15] Las vacas pastan por los alrededores y la leche les sale a borbotones. ¡Tengo cerca de mí una cabra que apenas puede caminar, de lo llenas que lleva las ubres! Y ahora que los pechos de la Naturaleza están a rebosar, faltan criaturas sedientas. Ayer tuvimos tiempo de cocinar *Reibekuchen*,[16] que acompañamos con un viejo burdeos. Disfruté más contemplando el color del vino que saboreándolo. Por cierto, ¡tenemos café en grano en gran cantidad! Eso sí, es un pecado beberlo; después, no puedo prescindir de él.

Hemos visto muchos negros tirados por el camino, terriblemente desmembrados. Los prados están llenos de cadáveres putrefactos de vacas, tumbadas sobre el lomo, con las patas hacia arriba, como caballitos de madera. Todo esto me recuerda a tu *Danza macabra*. No hay «tema» más jovial que este. El aire viene cargado del olor de la

descomposición, que se mantiene empalagosamente en la nariz durante largo tiempo.

En el suelo de un castillo he visto antiguos grabados. Por todas partes, cruces coronadas por cascos de acero: son nuevas tumbas. El procedimiento es terriblemente sencillo. «Bebed, bebed, ojos míos, lo que mis pestañas sostienen».[17]

La carta te llegará arrugada porque la he guardado en el bolsillo. *In medio tribulationis*[18] la norma de Dios es sencilla y fácil de reconocer.

¡Te saludo y te deseo que seas feliz a pesar de la guerra y del horror!

Siempre tuyo,

Hans

6

La bella Noruega

La campaña de Noruega comenzó en abril de 1940. Menospreciando la neutralidad del país, los alemanes trataron de ocupar los puertos, especialmente el de Narvik, para evitar el bloqueo marítimo que había puesto en marcha la Royal Navy. De este modo, el Reich podría hacerse con el hierro sueco, imprescindible para la industria de la guerra. Fue aquí donde las fuerzas alemanas se enfrentaron directamente con los aliados franceses y británicos por vez primera.

Paul S. participó en los combates de Noruega junto con el 50.º Regimiento de Infantería. En esta carta se dirige a su mujer, que vivía en Berlín. El soldado murió en enero de 1944, cerca de Babruisk (Bielorrusia), donde se le había destinado junto con la 296.ª División de Infantería. Tenía entonces treinta y cuatro años.

Noruega, 14 de mayo de 1940

Gordita mía:

Esta es la primera carta que te escribo en mucho tiempo. Ahora puedo contarte todo con un poco más de detalle. Empezaré por el

principio. Salimos de D. en tren y nos dirigimos hacia Schleswig-Holstein hasta llegar a Neumünster, donde pasamos la noche. Al día siguiente, un avión nos llevó a Oslo, como ya te dije en su momento. Mientras aterrizábamos, la defensa antiaérea noruega disparó contra nosotros. Pero todo salió bien. Nos quedamos cuatro días en Oslo y después libramos en Askim[1] nuestro primer combate, del que salimos victoriosos. Pasamos dos días y dos noches entre el hielo y la nieve. Prefiero no recordarlo. Volvimos a Oslo y emprendimos de nuevo el camino el mismo día de mi cumpleaños. Combatimos en el noroeste.

Ahora está todo muy tranquilo. Nos encontramos posicionados en el centro de Noruega.

Y este es, gordita mía, el resumen de lo que he vivido. Pero tras estas palabras se esconde mucho más. Ya sabrás, por los datos que aparecen en el remitente, que me han ascendido a *Obersoldat*.[2] Ahora me corresponde otra recompensa más: la de poder volver a casa. Espero hacerlo dentro de tres meses… Los compañeros están despejando brutalmente el terreno en el oeste. En mis sueños, me veo llegando a Berlín. Qué hermoso es en mis sueños y cuánto más hermoso será el día en que se haga realidad. Ya es hora de que todo esto acabe. Si no tuviera conmigo las fotografías, ni siquiera recordaría cómo es nuestra casa.

16 de mayo de 1940

Tengo que terminar esta carta hoy porque debemos prepararnos otra vez para partir. Acabo de hacer un viaje de un día y medio y una noche en tren. El camino ha sido maravilloso. Este es un país con un paisaje grandioso, lleno de montañas, colinas cubiertas de bosques, lagos inmensos y valles. Soberbio. Ni siquiera un viaje organizado por el KdF[3] habría sido más bonito. Es probable que nos quedemos por aquí un tiempo. Eso sí, aun cuando este país sea hermoso en tiempos de

paz, no sería suficiente para borrar la añoranza del hogar y mi deseo de estar contigo en Grunewald.[4]

Cuéntame qué tal fue la fiesta de Pentecostés. ¿Hizo buen tiempo? Aquí parece que el verano está llegando. Hoy ha hecho mucho calor. Hemos tenido que desfilar a paso de ganso delante de nuestro general. Vamos a retomar el trabajo habitual del cuartel. Tal vez debamos hacer servicio de patrulla. Sea como fuere, parece que me quedaré por aquí hasta el final de la guerra. Ahora quiero formular un deseo: que me escribas una larga carta de cuatro páginas. ¿Cómo está mamá? ¿Le llegan mis cartas? No te olvides de escribir la fecha en las cartas que recibas.

Y ahora, gordita mía, déjame que te abrace y te bese. Volveré a visitarte hoy en mis sueños.

Mil besos.

Tu Paul

7

Vestigios de Flandes

En mayo de 1940, las tropas alemanas continúan expandiéndose por los Países Bajos y Bélgica. El 27 de ese mismo mes, el rey belga, Leopoldo III, pide el armisticio. Tras una semana de combates, el Gobierno neerlandés y la reina se exilian a Londres.

Werner L., nacido en 1909, era economista, padre de familia y de confesión menonita. Participó como oficial en varias unidades de infantería en las campañas de Polonia, Francia y la Unión Soviética. Fue capturado por los soviéticos a finales de la guerra y en 1948 regresó a Alemania.

24 de mayo de 1940

Amada mía:

Seguimos avanzando por este paisaje tan cambiante: si Holanda es rica y limpia, Bélgica está superpoblada, es pobre y sus habitantes son antipáticos.[1] Pasé por Amberes de noche, por su encantador casco antiguo. A veces encontramos una profunda calma, otras veces nos topamos con pueblos arrasados y con incendios que iluminan el cielo nocturno con su luz temblorosa. Hay grandes e imponentes iglesias del

gótico temprano, pero también muchas zonas arrasadas. Es cierto que la artillería y las bombas aéreas también han alcanzado a unas pocas personas, civiles, pero creo que en la guerra también es posible matar la historia. Y luego está lo de pasar los ríos. En realidad, los ríos aquí parecen brazos de mar, son muy anchos. Atravesar los puentes o pontones es toda una experiencia. Siguiendo al enemigo a toda prisa, hemos conseguido alcanzarlo en plena retirada.

Y podremos volver a lanzar operaciones. Las tropas francesas y las belgas —sobre todo las primeras, según cuentan los habitantes de la zona— han causado estragos en su retirada y han tomado represalias sin sentido contra esta pobre gente. Como si no hubiera habido ya suficientes víctimas. Han saqueado el país que, en teoría, iban a defender. Ahora es de día y todo está muy tranquilo. En el horizonte se divisan grandes nubes de humo. Los bramidos sordos y el estruendo anuncian la cercanía del frente.

Anoche nos quedamos en el parque de un castillo cercano a la ciudad. Con una linterna, me paseé por aquel hermoso y equilibrado edificio de principios del siglo XIX, decorado con unos lienzos magníficos y muy valiosos de la época dorada de los Países Bajos. En la biblioteca, nos encontramos, sentado en un sillón de orejas, a la luz de una vela, a un hombre viejísimo, de barba blanca, que se pasó toda la noche en silencio y ni siquiera nos saludó. Su viejo criado mostró a los oficiales, con un gesto reservado y frío, dónde se encontraban los cuarteles. Había muebles estilo imperio y Luis XV, barnizados en amarillo. Todo elegante y en buen estado. Cenamos tarde, en un pequeño restaurante, en el que una joven hermosa, pero triste, me preparó unos huevos estrellados. Hablaba francés y tenía ese encanto de las mujeres del oeste. Conversé largo tiempo con ella. La gente ha sentido tanto miedo, siente aún tanto miedo… Para esta noche, en caso de que nos quedemos por aquí, he conseguido una cama, de lo cual me alegro mucho: anoche dormí en el famoso parque y la noche anterior apenas dormí unas horas, eso sí, en una habitación pequeña, pero

limpia, con un capitán, con el que tuve una tranquila conversación. Nos tratamos con gran respeto y amabilidad.

Los rododendros florecen de una forma maravillosa en el viejo parque. Aquí hay muchos. También crecen retamas. Un recuerdo amarillo de Eifel,[2] pese a que es el *geest*,[3] arenoso y estéril, lo que predomina en el resto del país. En los campos de cereales se levantan viejos árboles o crecen hileras de chopos junto a los canales, y hay fábricas, pequeños castillos, arroyos y arenas, tierra fértil: este paisaje de Holanda y de Bélgica cambia constantemente, en función del lado de la frontera en el que nos encontremos. Hoy, durante nuestro trayecto hacia Zelanda[4] y la región de Amberes, hemos sentido cómo nos acercábamos poco a poco a Flandes: las iglesias, los ayuntamientos góticos, los famosos nombres de antiguas batallas desde la liberación de los Países Bajos y de la historia de Borgoña…[5] Cuántos muertos ha devorado esta tierra y cómo, pese a todo, se ha sobrevivido a tanta destrucción a lo largo de los siglos. Hemos continuado nuestro camino: carreteras, canales, puentes, pontones, cráteres de granadas y bombas que hay que rodear, granjas con techos de paja… En definitiva, Ruisdael,[6] Van Gogh y la guerra. Más adelante, el ir y venir de nuestros aviones, que lanzan bombas y vuelven después a por más munición. Largas columnas de camiones, caballos, personas, entre ellas refugiados cargados de maletas. Y Dios ve todo eso y no dice nada.

Te quiero mucho.

Tu Werner

8

Cigarrillos

El día en que Hans P., natural de Rostock, escribió esta carta a sus padres, la campaña de Francia estaba en pleno auge. El soldado se encontraba por aquel entonces en Béthune, una ciudad del norte que ya había sido destruida en buena parte durante la Gran Guerra y que recibió por ello la condecoración de la Legión de Honor de manos del presidente Poincaré. Desde principios del mes de mayo de 1940, a Béthune llegaron en masa los belgas que huían del avance alemán. Además, la ciudad sufrió un bombardeo tras otro. Finalmente, el 24 de mayo, cayó en manos de la Wehrmacht.

Hans P., nacido en 1920, fue llamado a filas cuando tenía dieciocho años. Hasta entonces había estudiado Derecho. Participó en la campaña de Polonia y, posteriormente, en la de Francia, con la 12.ª División de Infantería. Desde el país galo escribió estas líneas.

Béthune, 30 de mayo de 1940

Queridos padres:

Seguimos avanzando, quién sabe hacia dónde: ¿Londres? ¿París? Papá, ¿fumas? No me lo esperaba. Yo ya me he hecho con una buena pipa. En estos últimos tiempos, el tabaco y los cigarrillos han escaseado. Sin embargo, gracias a mi experiencia en Polonia (y hasta aquí puedo contar) he conseguido encontrar estos productos. Si no, no tendríamos nada que fumar. Los cigarrillos franceses contienen una hierba de un sabor espantoso.[1] Qué alegría da recibir cigarrillos alemanes. Si pudieras enviarme carretes de vez en cuando, sería estupendo, porque los que teníamos se nos han estropeado con la lluvia.

La miseria de la población es espantosa. Es incluso peor que en Polonia. Miles y miles de refugiados con los pies destrozados o con zapatos inservibles se arrastran hacia sus hogares. Imposible describirlo. *C'est la guerre*.[2] A veces, me esfuerzo en odiar a los franceses. Si no lo hiciera, acabaría sintiendo compasión por el pueblo, que no deseaba que se desatara este conflicto.

Me enerva saber que los aviones os han visitado.[3] Pero se lo haremos pagar a los Tommies. ¿Estaré ahí cuando eso ocurra?

Queridos padres, espero que estéis bien y que no sufráis demasiado la guerra. Dios nos ayudará a conseguir la victoria. Ojalá no caigan demasiados compañeros.

Con todo mi cariño.

Vuestro Hansi

9

Calais, en llamas

Otto W. era fotógrafo profesional. En la campaña de Francia, se le destinó a un regimiento de tanques. Cuando escribió esta carta a su mujer, se encontraba en las proximidades de Calais, ciudad que los alemanes empezaron a ocupar el 26 de mayo de 1940 y que posteriormente integraron en la administración de Bélgica.

Ignoramos qué suerte corrió Otto W., pero es probable que falleciera durante la guerra.

En campaña, 31 de mayo de 1940

Amada mía:

Hace ya casi ocho días que estamos cerca de Calais, pero nunca nos quedamos en el mismo lugar: cambiamos de emplazamiento prácticamente a diario, aunque sin movernos de los alrededores. La ciudad era preciosa, pero también aquí nuestros Stuka[1] han hecho un trabajo excelente. Todavía hay incendios en varias zonas de la localidad, pese a que ya han pasado casi ocho días desde que cayó en nuestras manos. Incluso Dunkerque ha quedado muy dañada. En el puerto de Calais hemos conseguido millones de cosas, entre ellas, este papel para cartas en el que ahora te escribo. Procede de Inglaterra. Los

Tommies[2] han huido de Calais con la intención de refugiarse en el Reino Unido, pero por el camino les ha salido al paso su destino: no serán muchos los que consigan volver a su patria, porque nuestros aviones han tenido una charlita con ellos en alta mar.[3] He visto cómo nuestros bombarderos se empleaban a fondo con tres navíos ingleses. Un espectáculo grandioso. Por ahora, tenemos tres días de descanso. Hoy es el segundo. Probablemente, se trata de la calma antes de la tempestad. Todavía no sabemos en qué dirección atacaremos.

¿Recibiréis tal vez una postal desde Inglaterra? Desde luego, la limpieza que nos tocaría hacer allí sería diferente a la que hemos hecho en Francia. Todos los habitantes de la zona se han quedado en sus casas. En estos momentos nos encontramos en Guînes (Fiennes), una pequeña ciudad con muchos refugiados de Calais y también muchos belgas de la región de Amberes, que huyeron porque sentían miedo. Pero, una vez más, nosotros hemos sido más rápidos que ellos. La mayoría son flamencos, así que, si hablan despacio, podemos entenderles prácticamente cada palabra. También me ha sido muy útil lo que aprendí de francés en el colegio. A veces hago de intérprete. Entiendo bastante bien lo que dicen. La mayoría de los belgas son muy amables; los franceses, también, aunque en esta región no son tan acogedores. De todas formas, acabarán teniendo que acostumbrarse. A los ingleses los odian en todas partes. Se ve en las columnas de prisioneros, a los que los franceses golpean en los costados. Estamos cómodamente instalados en la pequeña ciudad en la que nos hemos detenido. No nos falta de nada. Vivimos como reyes. Tenemos chocolate[4] y café en grano en abundancia. Vino y licor en grandes cantidades. Cada día, una camisa y un pantalón limpios, etc. En definitiva, nos va de maravilla. Nos llueven los cigarrillos, sobre todo ingleses. Los franceses son demasiado fuertes para nosotros. Así que estamos, de verdad, mimados y consentidos […].

Vuestro Otto

Pronto acabará la guerra. No durará cuatro años, seguro que no.

10

De turismo por Francia

Cuando las tropas alemanas llegaron a París, dos tercios de sus habitantes habían optado por el éxodo. Los soldados de la Wehrmacht, al igual que dirigentes nazis como Adolf Hitler o Albert Speer, se apresuraron a visitar la ciudad. Se conservan numerosos negativos que inmortalizan los primeros pasos de los vencedores. Los establecimientos de ocio volvieron a abrir poco a poco sus puertas, ante el entusiasmo de los soldados alemanes. Bajo los auspicios del alto mando de la Wehrmacht, cabarés como el Alcazar o el Shéhérezade, de la rue de Liège, vivieron un auténtico auge.

Heinz R. no pudo disfrutar de la vida parisina junto con sus compañeros. Este brigada destinado en el 93.º Regimiento de Infantería decidió dedicarse a visitar las catedrales del norte de Francia. Había nacido en 1912 y, antes de la guerra, fue vicario de la Iglesia evangélica y miembro de la SA. En esta carta comparte sus sinsabores con su mujer, Ursula. El 22 de junio, el Tercer Reich y el Gobierno de Pétain firmaron el armisticio de Rethondes, lo que llevó a dividir Francia en dos mediante una línea de demarcación: al norte, la zona de ocupación alemana, y al sur, la zona denominada «libre», bajo el control de Vichy.

Francia, 17 de julio de 1940

Querida Ursula:

He oído decir que este mediodía saldrá un vehículo en dirección a Alemania, así que voy a aprovechar la ocasión para escribirte rápidamente.

Antes de ayer por la mañana fui a París por segunda vez. De todas formas, me quedé muy poco tiempo. Pasamos por delante de la plaza de la Concordia y después visité la iglesia de la Madeleine, un templo clasicista de dimensiones colosales: desde el exterior, es imponente, pero el interior resulta bastante frío. Sobre la nave se alzan tres altas cúpulas que apenas dejan pasar la luz. En el altar se levantan enormes esculturas de mármol. A la salida de la iglesia, la vista es preciosa: al fondo de la calle se aprecia la plaza de la Concordia y la sede de la Asamblea Nacional, un edificio también de estilo clasicista.

Estuvimos buscando tela para hacernos trajes, pero no encontramos nada para mí. Quería un tejido de rayas blancas y negras. Aquí, tres metros cuestan lo mismo que un metro en casa, así que merece la pena. Por lo demás, no hay grandes novedades. Quería volver a la ciudad por la tarde, pero me han denegado el permiso. Estoy enfadadísimo. Los demás han pasado ya dos tardes enteras, hasta la noche, divirtiéndose en París, mientras que a mí me ha tocado estar de guardia. Y ahora tampoco puedo acompañarles. De todas formas, no estoy seguro de que me hubiese gustado lo que vieron el domingo. La verdad es que no me atrae especialmente ir a un espectáculo de variedades y de bailes de chicas desnudas. Cuando volvieron, el domingo por la noche, fui a verlos. Me dije que tenía que hacer un poco de vida social. Estuvimos sentados en el salón chino, una especie de sala apartada, muy pequeña e «íntima», y nos bebimos varias botellas de un buen rotspon[1] a media luz. Rápidamente salió el tema de la excursión a París, acompañado de chistes muy explícitos. Cuando era sargento, casi

siempre podía evitar este tipo de conversaciones. Pero ahora estoy obligado a escucharlas. Como te puedes imaginar, me sentía muy incómodo en aquel ambiente cargante, sin posibilidad alguna de cambiar de tema. El principal animador de todo aquello era el barón, muy dado a la sensualidad. Por muy casado que esté, no se corta un pelo. Lleva en el batallón tan poco tiempo como yo, pero enseguida se ha convertido en una personalidad muy importante, mientras que a mí todos me ignoran. En parte es por mi culpa. Ayer el alférez me dijo que debería pasar más tiempo con los demás, porque pocos de ellos me conocen. ¡Y me lo dijo como si yo hubiese hecho algo mal! En realidad, todo esto se debe a que no he encontrado ni una pizca de compañerismo en los dos oficiales de mi compañía.[2] Como ya te dije en una carta, el jefe me felicitó diciéndome que no me ascenderían tan pronto si dependiera de él y me preguntó si no había terminado todavía los tres uniformes con galones. El otro, el alférez V. P., me soltó una perorata porque, según él, yo había bebido alcohol con sus hombres, pese a que estaba prohibido. Y estos dos son los oficiales más cercanos. También nuestro brigada me ha echado un broncazo monumental —si me permites decirlo así— por la forma en que me he presentado al coronel. En los demás apenas me he fijado, salvo quizás en el alférez Gröhling, un joven maestro que es muy buen compañero. Ya te puedes imaginar que todo esto no me incita a acercarme a los chicos. Además, siento horror ante la idea de prestar servicio en el cuartel o pasar las noches en el casino. Por eso doy gracias al cielo por cada día que pasa.

Para compensar la decepción de no haber vuelto a visitar París, el lunes por la tarde me acerqué rápidamente a Chartres para ver la catedral. Fuimos en moto. A toda velocidad. En las carreteras francesas de calidad, se puede conducir sin miedo a 80 km/h. El trayecto no tuvo ningún interés. El paisaje es muy monótono. Los pocos pueblos que salen al paso son feísimos. Pero unos diez kilómetros antes de llegar a Chartres, podía ver ya, a lo lejos, las torres de la catedral. Poco antes de entrar en la ciudad, aprovechamos para disfrutar de una hermosa vista de este bello edificio, levantado sobre

una colina. Eso sí, desde tan lejos es imposible distinguir las vidrieras. Tampoco disfruté de la puerta, oculta tras sacos de arena. Aun así, pude admirar algunos de los famosos «pilares sagrados»[3] (cf. la obra sobre historia del arte de Hamann[4]). En su interior, la impresión que da la catedral es realmente desoladora, sobre todo porque no hay ventanas. Con todo, las esculturas del deambulatorio son, de verdad, magníficas. No he visto nunca nada tan hermoso en este sentido. La fotografía que te envío adjunta te dará solo una idea muy vaga. Tuve que pasar casi una hora y media allí para llegar a impregnarme un poco de toda la catedral. Durante ese tiempo, el chófer estuvo durmiendo en el sidecar. Después fuimos a tomar un café, a llenar el depósito de gasolina —lo cual no resultó nada fácil— y paseamos por esta encantadora y antigua ciudad, con unas calles increíblemente estrechas y angulosas y que recuerda a las bellas localidades del sur de Alemania. Desde el pequeño río[5] que bordeaba la colina dominada por la catedral y por otras dos iglesias o capillas, la vista era espectacular. La ciudad no da sensación de oscuridad, ya que la piedra empleada para su construcción es muy clara. Volvimos hacia las nueve de la noche. Entretanto, mi ordenanza y los demás de la sección habían preparado la cena. Ya tenían listas la mesa y la comida. Había carne de ternera, salida de nuestras célebres latas, pero que, aderezada con sal y pimienta, tenía un sabor diferente. También había patatas, una ensalada de judías y pepinos y, de postre, grosellas y frambuesas. Las judías eran de nuestro huerto. En él no crece mucho más. Así, la cena fue el broche perfecto para este día tan intenso.

Ya he visitado tres de las famosas catedrales francesas: las de Amiens, París y Chartres. Tal vez pueda ver alguna más. Todo dependerá de cuánto tiempo permanezcamos aquí. Espero quedarme un buen período, por los motivos ya expuestos.

Dentro de unos instantes partirá un vehículo hacia Stendal para recoger nuestras cartas. A juzgar por las apariencias, nuestros superiores prevén pasar bastante tiempo por aquí. Espero recibir al fin buenas noticias tuyas. ¿Sabes que el 20 y el 24 de este mes es el

cumpleaños de mis padres? ¡Cuánto me gustaría entregarte en mano mi regalo! ¿Tienes ganas de alguna cosa en especial? Si quieres, puede ser algún objeto de gran tamaño. Escribe a mis padres, por favor. Es posible que pueda comprarte algo.

Con un profundo afecto.

Tu Heinz

11

Pasando por Lorena[1]

Tras el armisticio del 22 de junio de 1940, los alemanes anexionaron Alsacia y Mosela al Reich, con lo que recuperaron las fronteras que se habían fijado en 1871, tras la guerra franco-prusiana.

Después de su paso por Posnania (véase su carta del 12 de septiembre de 1939), Helmuth H. se encuentra ya en el este de Francia, donde se mezclan la lengua alemana y la hostilidad de la población local. Posteriormente, se le volvería a destinar a Polonia.

Sarre, 18 de julio de 1940

Mi querida B.:

Cuando nos hemos acercado a Alemania, el correo ha salido al fin a nuestro encuentro. Había muchísimas cartas. A veces las antiguas se mezclaban con las nuevas. Todo anda revuelto. He recibido, entre otras cosas, una caja de bombones, un carrete (el tercero, si no me equivoco), fotografías grandes cuadradas y otras más pequeñas, ¡y todo eso, en medio de cartas muy queridas!

Ayer caminamos 52 kilómetros a lo largo de la antigua frontera del Reich en Sarre. Hoy estamos descansando en un pueblo abandonado, pero que se ha conservado intacto. El 23 volveremos a ponernos en marcha, esta vez en dirección al Este. Creo que pasaremos por Fráncfort del Meno, Berlín y Posen. Pero quién sabe qué itinerario tomaremos y qué rodeos daremos. Ignoramos si nuestro destino final será Posen o Wepritz. En cualquier caso, tus temores en torno a Rusia son infundados, sabe Dios de qué oscura fuente habrán salido. Adjunto te envío una fotografía en blanco y negro de una época en la que no teníamos color. Creo que es muy bonita. En realidad, es para mamá. Por favor, envíasela inmediatamente. En la próxima carta te mandaré el negativo. Por fin me han llegado mis fotografías en color. Todas ellas reflejan el camino hacia Stuttgart. También hay imágenes de la ciudad. De todas formas, no te las envío. Es más seguro que yo las guarde.[2]

Blanck no se ha perdido: se ha incorporado al Estado Mayor del batallón como jefe de contabilidad. Rauter escribió una carta hace unos días y recibió una detallada respuesta.

En cuanto a tus planes de viaje, de acuerdo, pero veamos primero si no salimos dentro de poco de Prusia. Además, se rumorea que nos van a utilizar como ayudantes para la cosecha. Te adjunto una serie de láminas coleccionables[3] para nuestro álbum de plantas […].

Hace unos días estuve en Nancy,[4] pero no encontré nada que comprar. Francia está completamente saqueada o vendida. Brederlow me tiene desconcertado, no sé de dónde saca el café. Aquí hace ya tiempo que se acabó. En Nancy (que, por cierto, es una ciudad muy bonita) solo queda alcohol. En nuestro avance, llegamos hasta el primer pueblo con indicaciones en francés y en alemán. Es normal, está en la antigua frontera del Reich, de 1914. A partir de ahí, ya todos los paneles aparecían en alemán, pero la población era muy hostil.

Tengo todavía muchas cosas que contarte, pero será mejor que lo haga en persona. Cuando recibas esta carta, estaré en el tren,

avanzando ya sin necesidad de utilizar las piernas. Desde el Col du Hundsruck,[5] hemos caminado durante sesenta y cinco días mil cien kilómetros, aproximadamente.

Besos.

Tu Hellmuth

12

«Hitler es una verdadera suerte para nosotros»

Kurt M. nació en Peenemünde, a orillas del mar del Norte, en 1914. Tras terminar sus estudios de bachillerato, se formó como protésico dental y como jardinero, antes de incorporarse a las filas de la Wehrmacht, en 1936. Estaba casado, pero en esta carta, que escribió mientras se encontraba en Francia, se dirigía a su madre. Trabajaba como enfermero en la 68.ª División de Infantería, con la que pasó buena parte de la guerra en Polonia, en Francia y en el frente oriental. Posteriormente, en 1944, participó en los combates de los Países Bajos junto con la 719.ª División de Infantería. A finales del mes de abril de 1945 se le dio por desaparecido.

Francia, domingo, 21 de julio de 1940

Querida mamá:

Hoy nos hemos levantado a las siete de la mañana. ¡Qué bien nos ha sentado dormir por fin en condiciones! Hemos preparado unas camas que parecen ataúdes: sencillamente, hemos colocado paja sobre la tela que utilizamos para levantar las tiendas de campaña. ¡Y ya está,

campamento hecho! Para taparme, tengo tres mantas. Estamos instalados en un instituto de secundaria. Un edificio precioso. La ciudad es muy agradable[1] […].

He recibido dos paquetes de tu parte. ¡Muchas gracias! El pastel está muy rico. Y los caramelos de nata, también. ¿Tenéis también una ola de calor por allí? Hace un sol de justicia en estas carreteras rurales, que están tan cubiertas de polvo que ni se puede reconocer los coches que pasan por ellas. Pero estamos trabajando para solucionarlo. Todas las empresas de construcción de carreteras son alemanas, especialmente de Stuttgart, y el supervisor es, claro, alemán. Por el momento se utiliza poco a los judíos. Muchos de ellos todavía holgazanean por las calles. Los campos están perfectamente cultivados y se encuentran bien organizados. Lo más probable es que tengamos una excelente cosecha. ¡Sí, Adolf sabía bien lo que hacía! Ahora contaremos con suficientes cereales y probablemente no tengamos que hacer nada después de la cosecha. Dentro de poco, también Alsacia se integrará en el Reich y tendremos todo lo que necesitamos.

Cuando la guerra acabe, verás lo grande que se vuelve Alemania. Crecerá más rápido que Estados Unidos. En cualquier caso, Adolf Hitler es alguien único. Para nosotros, es una verdadera suerte que ningún otro país tenga un hombre como él. ¿Qué te pareció su discurso? Nosotros nos quedamos sin palabras, especialmente ante los pasajes sobre la propuesta de paz que los ingleses rechazaron categóricamente ayer. En los próximos días todo volverá a comenzar. Lo único que me da pena es la población inocente, pero esta vez no habrá clemencia.

Ayer estuve en el cine. Pusieron los informativos semanales[2] sobre la toma de París, de Verdún y demás. Por casualidad, vimos en ellos a varios hombres de nuestra compañía. Después proyectaron la película *Geheimzeichen LB 17*,[3] con Willy Birgel.[4] Estuvo muy bien. El cine parece uno de nuestros castillos sobre el Rin: muy bonito, limpio, con un balcón.

Se han anunciado nuevas normas para la concesión de permisos: a partir del 1 de agosto, cada día partirán dos hombres durante tres semanas […].

Saludos afectuosos de tu Kurt.

13

Excursión a Praga

Tras la decepción que sufrió en Francia (véase su carta del 17 de julio de 1940), Heinz R. parte con el 93.º Regimiento de Infantería hacia Bohemia y Moravia, siguiendo un trayecto muy accidentado por la antigua Checoslovaquia. Si bien los Sudetes contaban con una importante población germanoparlante, en el centro de Chequia, habitada fundamentalmente por checos y moravos, la situación era distinta. El 15 de marzo de 1939, Praga fue invadida y se convirtió en la capital del Protectorado de Bohemia y Moravia. Konstantin von Neurath (que había sido el primer ministro de Asuntos Exteriores del Reich) y Reinhard Heydrich (jefe de la RSHA, Oficina Central de Seguridad del Reich, encargada de eliminar a los opositores al régimen nazi y organizar el exterminio de los judíos) se pusieron al frente del nuevo régimen.

El brigada Heinz R. escribía aquí a su mujer, Ursula, desde Kaidling (en la actualidad, Havraníky), un pueblo de Bohemia del Sur en el que hizo un descanso que aprovechó para repasar su recorrido desde Aken, una ciudad alemana situada en la margen del Elba, en Sajonia-Anhalt, esto es, a más de novecientos cincuenta kilómetros de distancia.

Kaidling, 10 de septiembre de 1940

Mi querida Ursula:

Acabo de resolver los asuntos de mi servicio (más mal que bien) y corro a darte noticias. Voy a intentar contarte todo de una forma ordenada. Ya te expliqué hasta la saciedad que nuestra partida fue complicada. Ya estaba bastante harto, pero tengo que confesar que también fue culpa mía, porque la víspera no me había preparado bien para el trayecto. Que un jefe dé las órdenes adecuadas y se organice con rapidez y eficacia es todo un arte.[1] Pero dejemos este tema, supongo que no te interesará demasiado.

Hicimos nuestra primera parada a las puertas de Aken, como estaba previsto. Si no me falla la memoria, fue precisamente en ese momento cuando sufrimos un pinchazo. El primero de muchos otros que se sucedieron en nuestro avance. Llegados a Dessau, me acerqué rápidamente a saludar a la Sra. Nehring. A su marido todavía no lo han llamado a filas […]. Como es lógico, la señora Nehring te manda saludos. Lo único que la apena es que no la visitaras cuando estuviste en Calbe.[2] Más tarde, nos paramos unas horas, tras pasar por Wittenberg, y después hicimos otra parada, más larga, en las proximidades de Riesa. Allí comprobé que se nos había estropeado un vehículo, que tuvimos que remolcar hasta Calbe. En vista de que después de horas y horas de espera el camión cisterna no llegó, decidí acercarme a Riesa, con la esperanza de encontrar gasolina. Como no podía ser de otro modo, cuando volví con el combustible, el camión ya estaba allí. Total, que seguimos nuestro camino hacia Meißen y Dresde, ya con algo de retraso. A medida que avanzábamos, el tiempo mejoraba. En Dresde las calles estaban llenas de gente paseando. Nos moríamos de envidia al verla. Llegamos a Bautzen poco después de las siete de la tarde. Allí nos paramos y pasé rápidamente por la ciudad. Muy bonita. En ella encontramos a un señor que nos enseñó

Ortenburg,[3] un cementerio sorbio[4] en el que se conservan las ruinas de un monasterio y la catedral. Fue solo una visita rápida. Ya era bien entrada la noche (las nueve menos cuarto) cuando llegamos a Görlitz. Allí me esperaban tres desgracias: primero, no recibimos nada para comer; segundo, no pudimos llenar los depósitos como esperábamos y, tercero, varios camiones se habían quedado atrás. Uno, en Dresde. Los demás, dispersados por ahí. Resulta que solo había dado la hoja de ruta hasta Görlitz… ¡Qué idiotez! Todavía hay una moto de la que no sabemos nada, lo que me ha valido la pertinente reprimenda del comandante, aunque al menos ha sido moderada. En Görlitz[5] me abalancé sobre el teléfono hasta que por fin encontré combustible en un cuartel. Es verdad que también en ese punto cometí un error al no dirigirme directamente a la autoridad superior. ¡Qué quieres que te diga, las personas fácilmente intimidables siempre se encuentran en el sitio equivocado en el momento equivocado! Voy a necesitar mucho tiempo para olvidar la vida militar. Probablemente he pasado demasiado tiempo en la tropa y por eso siento timidez ante los subordinados. Poco antes de medianoche, conseguimos llenar los depósitos de los vehículos. Por suerte, en el cuartel de la zona había una casa con techo de paja en la que poder dormir, aunque, eso sí, mi cama estaba plagada de piojos.

Al día siguiente, la jornada comenzó hacia las ocho de la mañana. Tuvimos que llevar dos motos a reparar. En nuestro camino, no pasamos por Friedland, sino por Zittau-D. Gabel. El paisaje, sumamente agradable, me resultaba familiar. Y, de hecho, ya había pasado por aquella región en un trayecto con Werner. Como pensaba que nos dirigíamos a Friedland, la noche anterior había enviado allí al sargento Nerndorg para ir preparando nuestro cuartel, así que me resultó difícil recuperarlo. Al final, lo encontré. ¡En Praga!

Todo el tramo entre Zittau y Weißwasser (en el Protectorado) es magnífico. Al principio nos llovió, pero después el cielo se fue despejando poco a poco y, a mediodía, teníamos ya un sol radiante. A medida que avanzábamos por el Protectorado, el paisaje se iba

volviendo llano y monótono. Se echaban en falta los magníficos bosques. Los pueblos, llenos de color, eran lo único que se salvaba de la fealdad y de la suciedad. Aquello me sorprendió mucho. En el centro de Alemania existen algunos pueblos mucho más descuidados que en Chequia.[6] En general, me han causado una excelente impresión. Poco después de la frontera, me paré para llamar por teléfono a Nimburg. ¡La historia del combustible no se volvería a repetir! Todo salió bien: la cisterna quedaba lejos de la carretera, pero se había organizado una conexión.

Aprovechando una parada, poco después de Nimburg, llenamos los depósitos de los vehículos.[7] Entonces me equivoqué como un memo al dejarme llevar por los paneles de señalización. Di la orden de partida y conduje yo mismo hasta Praga, lo cual, según parece, fue una imbecilidad tremenda. Recorrí a toda velocidad cincuenta kilómetros. Llegamos a los suburbios industriales. A lo lejos, entre las brumas o el polvo de la ciudad, se levantaba, imponente, el Hradschin, el barrio del castillo.[8] Pasamos por el *Ring* del casco antiguo,[9] un lugar absolutamente encantador. En él se encuentran el Ayuntamiento, una antigua iglesia y un magnífico palacio barroco. Por desgracia, no tuvimos tiempo de explorar el lugar a fondo: apenas había reservado una hora para la visita de Praga. Desde el *Ring*, llegamos a las orillas del Moldava y admiramos de lejos el Hradschin. Después subimos por la colina y visitamos la catedral. Las oficinas de Neurath[10] se encuentran a dos pasos del Hradschin. Tras franquear el umbral de sus puertas, se llega a dos patios del castillo que dan acceso a la catedral y a otra plaza en la que se levanta la residencia de Hácha.[11] Así, la catedral da la impresión de estar tan encerrada como un pájaro en su jaula. Grande, extensa, alberga en su coro las sepulturas de los reyes de Bohemia. También descansa allí, en el deambulatorio, Johann Nepomuk,[12] en una espléndida tumba elaborada en plata. Pero no pudimos ver mucho más. Salimos del Hradschin por el extraordinario puente de Carlos, que nos devolvió a la ciudad, abarrotada de gente. Praga está muy cuidada. A lo largo de calles y de plazas

extraordinarias se levantan edificios barrocos e iglesias. Necesitamos casi una hora para salir de la ciudad en dirección a Iglau.[13] Sin embargo, nos dirigimos a unos policías, que no entendían ni una palabra de alemán y que nos siguieron por toda Praga. ¡Lo que nos faltaba! ¡Que nadie nos entendiera ni nos pudiera dar información! ¡Estuvimos dando rodeos por lo menos tres cuartos de hora! Evidentemente, perdimos mucho tiempo. Teníamos que ir a Iglau, a 135 kilómetros. Dejé conducir a Kazmiercak. Lo hacía bien. Además, fui yo quien estuvo al volante durante la mayor parte del trayecto entre Wittenberg y Praga.

Por el camino, se desató una tormenta. La columna tenía que estar en Iglau a las cinco menos cuarto. Pero cuando salimos de Praga, ¡ya eran las X![14] ¡135 kilómetros! ¡Imagínate! ¡Estaba que me subía por las paredes! Después, me fui calmando. Pero cuando llegamos a Iglau, me temía lo peor. Suponía que el resto de la columna me estaría esperando desde hacía dos horas. ¡Qué sensación tan horrible! En esos momentos te preguntas qué pensarán de ti… ¡Así que te puedes figurar mi alivio cuando me enteré de que el camión cisterna todavía no había llegado! ¡Los chicos de la tropa no habían tenido que esperarme! Fui a toda prisa a Correos para hacer una llamada. Tuve unas palabritas con los funcionarios, hasta que conseguí hablar con el superior, llegado de Hamburgo. Me pusieron en contacto con la central responsable del combustible. Me aseguraron que la cisterna estaba en camino, pero que se había retrasado debido a la tempestad o a no sé qué. Después, llamé a Schattau.[15] Una vez terminada la conversación, ordené continuar el avance y buscar un cuartel que se acabara de quedar libre, algo que no resultó difícil. Volví a la ciudad con Niendorf hacia las diez de la noche. Localizamos un bar, en el que nos sirvieron cerdo ahumado con remolacha, regado con una jarra de cerveza bien merecida.

Hoy, martes, saldremos de Iglau. La mayoría de la ciudad es alemana. Todos los carteles están redactados únicamente en nuestra lengua, pese a que en el Protectorado los paneles, anuncios y demás

suelen estar en los dos idiomas. Iglau es preciosa. Al menos, lo que he visto de ella.

Ya han pasado veinticuatro horas. Continúo rápidamente el relato que había empezado a contarte. Desde Iglau, avanzamos a través de Moravia en dirección a Znaim. Allí nos recibieron dos motoristas, que nos indicaron el camino. El jefe del batallón llegó después de la última parada y pidió un informe de lo sucedido. Como me temía, aquello fue el principio de un drama que, al final, se convirtió en tragedia. Espero recibir en cualquier momento una citación del batallón, ante el que el jefe me echará un broncazo. Había oído que él ya sabía que yo había pasado por Praga y que, evidentemente, estaba enfadado. ¡Cómo no estarlo! Esa maldita escapada me va a costar muy caro. Tengo la impresión de ser un pecador descubierto con las manos en la masa. Probablemente no me pasará nada, pero de todas formas todo esto es ya un sufrimiento enorme. ¡Ojalá salga de esta sin perder demasiado! Desde que llegué ayer, he pasado dos veces por el batallón. Pues mira tú por dónde, las dos veces el comandante me ha hecho una advertencia. Y eso que todavía no sabía lo de la escapada a Praga. Cuando se entere de lo de la excursión, me temo que será todavía más claro conmigo. Ya te puedes hacer idea de mi estado de ánimo en estos momentos.

Una cosa más: estoy viviendo en casa de un pequeño campesino. Aquí la población es muy pobre. No hay grandes explotaciones, solo pequeñas parcelas. Mi dormitorio es bastante primitivo. La pareja que me aloja se ve obligada a atravesarlo para ir hasta su habitación. Además, hay gente durmiendo en la cocina. Por suerte, parecen muy limpios. Hoy han limpiado a fondo el suelo en bruto. Digo bien, «en bruto», porque no tiene ni una capa de pintura o barniz. Aquí las casas son de una sola planta, muy pequeñas. Una de las habitaciones de la granja en la que vivo está vacía, dada la enorme cantidad de moho que se acumula en las paredes. O tal vez sea por la falta de muebles. Voy a tratar de describirte un poco el lugar en el que estoy: desde la calle, se llega, a través de una puerta, a un pequeño patio. Tras él se levanta la

casa propiamente dicha. Por detrás de ella, montones de estiércol y, finalmente, los graneros. A la izquierda, está la puerta que conduce a mi habitación (hay que subir tres escalones para llegar a ella). Por ahí se accede también al dormitorio de la pareja y a la habitación vacía. A la derecha de mi puerta, en un rincón, hay una bomba, tan oxidada que el agua que sale de ella sabe fatal y a menudo tiene un color marrón. Después se llega a la cocina, con un fogón curioso, pero limpio. También hay una radio. Sin duda, el mejor mueble de la casa. Creo que después de la cocina no hay nada más. A la derecha, en el patio, existe una especie de habitación donde se apilan bidones, cubas y otros objetos. En ella se ha dispuesto una cama para mis hombres. No sé cuánto espacio les quedará libre bajo el techo. En general, este lugar causa impresión de limpieza. Está impecablemente limpio. De todas formas, es curioso que la cocina y las otras tres habitaciones no estén comunicadas entre sí. Hay que pasar por el patio constantemente… ¿Ves? Todo es muy rudimentario. Es imposible que puedas instalarte aquí. Por mucho que lo desee, no puede ser. El resto del pueblo se encuentra en las mismas condiciones. Aquí no hay mucho espacio.

Ya estamos a jueves, 12 de septiembre. He oído decir que el próximo servicio de recogida de cartas será mañana. Todo aquí es bastante rudimentario. Estamos apartados del mundo. Por suerte, el comandante no me citó ayer. Confiemos en que se le vaya pasando poco a poco el enfado. Es evidente que al viajar a Praga incumplí mi deber. No debería haberlo hecho. De ningún modo. Pero a veces somos imprudentes. Me he saltado las prohibiciones tantas veces en el pasado que un día u otro esto tenía que ocurrir. Tú también lo sabes. Ahora no puedo más que fustigarme por haber querido acelerar las cosas. Si hubiese dado órdenes de avanzar más despacio, habría podido alcanzar la tropa a tiempo. Me habría ahorrado todas estas molestas consecuencias y, sobre todo, la vergüenza de pasar por un incapaz y un desleal a los ojos del jefe del batallón. Pero ahora ya no sirve de nada utilizar el condicional.

Esta mañana nos hemos puesto en marcha para avanzar 18 kilómetros. Poco, para un soldado […]. Hemos caminado en dirección a Retz, un pueblo austríaco situado al otro lado de la antigua frontera. En efecto, la localidad se encuentra en la zona del sur de Moravia que los checos abandonaron en 1938.

En este pueblo no hay ni una sola familia checa. Hemos pasado por un antiguo edificio de las aduanas checas bastante imponente, en su momento muy disputado y cuyo interior está hoy completamente arrasado por el fuego. Se encuentra en ruinas. Retz es una pequeña ciudad agradable, que cuenta cuatro iglesias con cúpulas de cebolla. A menudo las iglesias tienen un aspecto curioso. Lo mismo pasaba en Znaim. Por eso, la estampa de la ciudad resulta extraña. Ayer, cuando estuvimos practicando tiro cerca de allí, contemplamos la ciudad desde las alturas. Pero pasemos por alto estos temas. No son más que comentarios sin importancia. Cuando salimos de Retz, continuamos avanzando por el pueblo vecino, en dirección a Schattau. Atravesamos muchos viñedos. Aquí la vid se cultiva en campo abierto y no solo en las alturas. Pero las previsiones para este año son malas, las uvas escasean. Hemos visto muchas bodegas en los alrededores de un pueblo, agrupadas en una pendiente. También hemos visitado un búnker checo —inacabado— en las proximidades. En estos parajes se ven casi por todas partes antiguos búnkeres que, en realidad, nunca fueron muy útiles. Cuando llegamos a Schattau, dimos media vuelta.

Espero incorporarme la semana que viene a la escuela de formación de conductores de motos. Me he dado cuenta de lo necesario que es aprender para que tus hombres no te engañen. Ojalá tenga ocasión de visitar un poco Znaim. No hay quien soporte quedarse eternamente en un pueblo tan pequeño como este. Espero pasar mis domingos en Viena. Hanse me decía que la Stefansdom[16] está ahora horrible, con los sacos de arena que se han dispuesto en el interior y en el exterior por la guerra.

Siento de verdad que no puedas venir a verme. En las circunstancias actuales, es prácticamente imposible. Tal vez encontremos una solución cuando estemos en algún rinconcito con más encanto, como se suele decir. Pero, por ahora, esta idea no es realista. ¿Quizás más adelante? Por favor, no reveles el contenido de esta carta. Tiene demasiada información de la que me avergüenzo. Bastante duro es ya contarte todas mis peripecias. Espero recibir pronto una carta tuya. ¿Qué ha sido de ti en este tiempo? ¿Todo ha ido bien en Eisenach? Imagino que te habrás desplazado a Hamburgo o que viajarás mañana con padre. ¡Ojalá evites las zonas peligrosas! Supongo que habrás participado en algún curso de corte y confección y, sobre todo, que estarás practicando el piano a fondo. Debes encontrar algo de tiempo libre para ti, fuera de las tareas domésticas […].

Espero, amor mío, que pases unos días agradables en Hamburgo y que puedas readaptarte después de estas hermosas semanas. ¡Cuánto he deseado en estos últimos días que acabe la guerra! Si por mí fuera, volvería a casa hoy mismo […].

Cuídate mucho, amada mía. Con todo mi cariño,

Tu Heinz

14

El gueto de Łódź

En su discurso del 30 de enero de 1939, Hitler pronunció estas palabras: «Hoy volveré a hacer de profeta: si los financieros judíos internacionales, de Europa y de fuera de ella, consiguen una vez más arrastrar a las naciones a una guerra mundial, el resultado que obtendrán no será ya la bolchevización del mundo y la victoria de la judería, sino la aniquilación de la raza judía en Europa». En el año 1940 se multiplicaron los guetos en Polonia. Entre ellos estaban los de Varsovia y Łódź.

Helmuth H. fue testigo de aquella tragedia. A su regreso a Polonia, después de una temporada en Francia (véanse las cartas del 12 de septiembre de 1939 y del 18 de julio de 1940), aprovechó para comprar, a buen precio, varios productos para su mujer. Kalisch[1] *solo era una etapa del largo camino que les condujo, a él y a su unidad —el 122.º Regimiento de Infantería de Frontera—, por Grecia, Rumanía y Crimea. El cabo Helmuth H. fue uno de esos soldados que pasaron por numerosos escenarios de operaciones. En febrero de 1943 cayó en Lebedinsky, un pequeño pueblo de Rusia, situado en el frente que iba de Orel a Kursk.*

Kalisch, 11 de septiembre de 1940

Mi querida B.:

Estamos avanzando. Por ahora, el trayecto va bien: solo hemos hecho a pie una pequeña parte. El resto, en camión. La mayor parte del tiempo nos alojamos en bonitas casas particulares. Ayer estuve en el comercio de un tejedor y compré una fruslería: un mantelito de color dorado y rojo oscuro. La tela está muy bien trabajada porque se confeccionó para un altar. Creo que irá perfectamente con los muebles de casa. Tal vez podríamos ponerlo en la mesa de la radio. Además, me han regalado una corbata. Ayer te envié estas dos cosas en un paquete. No te puedes ni imaginar el precio (de coste) del mantel. Si necesitas un hule de color azul grisáceo, de un metro veinte de ancho, aproximadamente, por 6,80 RM, escríbeme y lo encargo. También puedes volver a enviarme billetes pequeños en tu carta. Todavía me queda dinero, pero tal vez tenga que mandar más cosas.

Espero que en Landsberg se hayan acabado ya las alertas aéreas. Ahora deben de ser moneda corriente en Berlín,[2] pero no creo que esta situación se mantenga durante mucho tiempo. Ojalá no le pase nada a mamá. No me asustan tanto las bombas como la tensión de las alertas, el nerviosismo general por el tráfico, etc. […].

Ayer impartí en el cuartel una clase de alemán, con dictado incluido, a una encantadora jovencita. Para tu tranquilidad, te diré que apenas tiene once años. Es una pena que ya no pueda ir a Litzmannstadt.[3] En estos momentos el barrio judío debe de ser gigantesco. La calle principal lo atraviesa, pero cuando los judíos quieren pasar, están obligados a desviarse por los puentes de madera y a pagar diez céntimos de marco cada vez. En total habrá siete vacas lecheras para catorce mil niños menores de catorce años. La mortalidad es tan elevada y los niños, tan escasos, que de aquí a diez años ya no quedará nadie vivo. En esta zona se trata a la gente,

también a los polacos, no como se hacía en el antiguo Reich, sino siguiendo el método «británico»;[4] no hay duda de que tiene éxito y de que es imprescindible.

Escríbeme a menudo, aunque solo sean cartas cortas, para que sepa que en casa todo va bien. No tengo noticias de mamá desde nuestra última visita.

Afectuosamente,

Tu Hellmuth

15

Los nuevos amos de París

La conquista de Francia fue acompañada del establecimiento de una serie de estructuras financieras y económicas por parte de los ocupantes alemanes. En el segundo distrito de París, en el número 43 del boulevard des Capucines, se instaló la sede de la Caja de Créditos del Reich. Anteriormente, el edificio había pertenecido al banco británico Lloyd & National Provincial Foreign Bank Limited. La Caja de Créditos del Reich se encargó de acuñar moneda en los territorios ocupados, así como de realizar operaciones de cambio en condiciones muy favorables para los soldados alemanes: en junio de 1940, un marco equivalía a veinte francos. Antes de esa fecha, sin embargo, se cambiaba por apenas doce francos.

Otto E., nacido en Bonn en 1903, era banquero e inspector del Reichsbank. En los primeros momentos de la ocupación de Francia, continuó ejerciendo su profesión, ya en la Caja de Créditos del Reich. Posteriormente se le destinó al frente oriental, donde se le asignó el cargo de chófer. Era padre de familia. Desapareció en mayo de 1944. Por aquel entonces solo era un soldado raso.

París, 15 de septiembre de 1940

Queridos todos:

Dentro de poco recibiréis una tarjeta mía desde París. En efecto, he continuado mi travesía por Europa. Después de un trayecto de veintisiete horas desde Colonia —pasando por Gladbach, Dalheim (en la frontera con los Países Bajos), Roermond, Weert, Hasselt (en la frontera con Bélgica), Brünel, Eltenach, Braine-le-Comte, Cournai[1] (Francia) y Lille—, el jueves por la mañana llegué por fin a París. O sea, que he visto de un golpe tres países. Me han destinado a la sede de la Caja de Créditos del Reich en París para encargarme de la dirección de una de las ventanillas. Las oficinas se encuentran en un edificio que perteneció en su momento al banco británico Lloyd. El National Provincial Bank está cerca de la Ópera, en el cruce del boulevard de la Madeleine con el boulevard des Capucines (estoy seguro de que ahora padre consultará el mapa). Nos alojamos en el Hôtel de Paris. Vivimos como reyes. Es una cuestión de justicia: en la época de la ocupación, los franceses se apropiaron de dos hoteles.[2] Tengo una habitación magnífica, con cuarto de baño, en el quinto piso, con vistas a los bulevares y a la torre Eiffel. París es una ciudad maravillosa, de verdad. Y me alegro infinitamente de conocerla de este modo. Hoy —domingo por la mañana— he dado una vuelta por la ciudad en el coche oficial de uno de mis conocidos de Reichenberg, un oficial de enlace destinado al Ministerio de la Marina. Hemos visto la plaza de la Concordia, las Tullerías, el arco del Triunfo, los Campos Elíseos, la Exposición Universal, la torre Eiffel, Notre-Dame y tantas cosas más… En la Caja de Créditos del Reich hay otro compañero más de Reichenberg, así que estoy encantado. Además, un tercer colega de Reichenberg trabaja como funcionario en no sé qué departamento militar. Ha sido un placer saludarle. También he visto a un tal Rosskampf, uno de mis conocidos del Deutsche Bank en Bonn. Trabaja en la oficina de oficiales de la estación. Un día, yendo en metro, me puse a hablar de Bonn. De repente, uno de los soldados se giró hacia mí y me dijo que era de allí […]. Como veis, ya tengo bastantes conocidos en esta ciudad. He salido tres veces a disfrutar a

fondo de la noche parisina. Me he acostado a las tres, a las cuatro y a las cinco de la mañana. Creo que solo en París es posible encontrar una vida y un ambiente como estos […]. Dado que formamos parte del ejército —o, más bien, de las oficinas de la Wehrmacht—, tenemos los mismos derechos que los soldados: viajes gratis en primera clase del metro. Entrada libre en los dos teatros y los dos cines reservados para nuestras tropas. El avituallamiento es bueno. A mediodía, todos nosotros almorzamos en el casino del banco. Por la noche, cenamos fuera. En los restaurantes el ambiente es muy correcto, pero la verdad es que hay que invertir dinero para comer bien.

En la Caja de Créditos, me encargo del cambio de marcos del Reich a francos. Hay mucho que hacer. De todas formas, nos dan dos horas y media de pausa para almorzar y nuestra jornada laboral acaba a las siete y media de la tarde. Mi dirección: Inspector del Reichsbank Otto E., apartado de correos 15272, Caja de Créditos del Reich.

Por ahora, esto es todo. Abrazos y besos.

Vuestro Otto

P. D.: Espero que estéis bien.

16

El lupanar

En la Francia ocupada, la Wehrmacht organizó toda una red de burdeles para los soldados. Con ello, pretendía mantener bajo control las relaciones sexuales de las tropas: en la mentalidad del otro lado del Rin, Francia era un país de diversión y placeres, pero también un lugar plagado de enfermedades venéreas. Las autoridades sanitarias alemanas elaboraron un registro de prostitutas y pusieron en marcha un sistema de exámenes médicos regulares.

Erich B., padre de familia, había nacido en 1910 en Fráncfort. Era ingeniero especializado en mecánica. En agosto de 1938, lo destinaron a la Luftwaffe.[1] *Tras prestar sus servicios en varios escenarios de operaciones —Alemania, Francia, Lituania, Rusia—, consiguió volver a casa al final de la guerra. Cuando escribió estas palabras a su mujer, se encontraba en la zona del canal de la Mancha, en plena batalla de Inglaterra (julio de 1940-mayo de 1941), un conflicto de carácter fundamentalmente aéreo, que se materializó en los bombardeos de Londres y de Coventry.*

6 de octubre de 1940

Ratoncita mía:

Ayer recibí dos cartas tuyas. ¡Qué alegría! Eran de los días 27 y 28. Me gusta que me escribas tan a menudo. Por desgracia, el correo tarda por lo menos ocho días en llegar. Imagino que ocurre lo mismo en sentido inverso. Así que tardamos como mínimo tres semanas en responder a las preguntas que nos hacemos por carta. Al final, ni nos acordamos de qué habíamos preguntado. Pero lo importante es que los mensajes nos lleguen, por antiguos que sean. Tus cartas eran muy largas y muy bonitas.

Mira qué gracia: el 27 me aconsejabas que fuera al burdel y el 28, te arrepentiste. Evidentemente, tenía que ir para recabar información, para estudiar este asunto, pero sin relacionarme con ninguna de esas «personas». Ya he ido de buena gana para mirar, pero hay un problema: cuando acudimos a un burdel —y ya te puedes imaginar que es algo que los soldados hacen con frecuencia—, los enfermeros nos ponen antes y después una inyección contra las enfermedades de transmisión sexual. A ellos les da completamente igual si vamos a ver a una mujer o no. Pase lo que pase, nos ponen la inyección. A mí esta tarea me sería indiferente si después no tuvieran que andar pinchándome en «la cosa» dos veces. Así que, como ves, no iría nunca, pese a tus consejos. Además, esas personas no me gustan demasiado. Está estadísticamente comprobado que cada prostituta presta por lo menos cien servicios al día. El récord está en ciento ochenta y siete, incluso. ¡Imagínate cómo tendrán aquello! De todas formas, agradezco el espectáculo.

Los ingleses nos han visitado otra vez.[2] La poderosa defensa antiaérea está trabajando intensamente.

Ya es mediodía. A partir de esta noche, tenemos una semana entera de descanso. Por lo menos, podremos dormir. Mis compañeros, Stein Pinoth y demás, han comprado perfume. ¿Quieres que te compre? Es bastante caro (entre diez y quince marcos), pero también muy parisino. Bueno, creo que con ese dinero se puede comprar algo más razonable,

pero si te apetece, me haré con un frasquito, quizás uno pequeño, por dos o tres marcos. No siempre hay que pensar de un modo práctico, aunque yo lo haga tan a menudo.

Así que habéis tenido visita otra vez. Las dos tías. La primera me gusta más que la otra, pero tampoco quiero inmiscuirme. Tu madre ya es bastante mayorcita para saberlo. Y qué tendrás tú que ver con esas historias… Al final te manejan. Conozco a la tía Anna tan bien como a tu madre. Pero mi carta llegará a tiempo.

Finalmente no fue tan horrible hacer la guardia en la orilla. Evidentemente, era de noche y todo estaba oscuro, pero tenía un fusil cargado. ¿Qué habría hecho si hubiese llegado un inglés? Supongo que lo habría matado o lo habría capturado. Pero ¿por qué pensar que un británico iba a nadar precisamente hasta la playa en la que yo estaba? En cualquier caso, yo no vi a ninguno.

Tengo que terminar esta carta porque voy a salir. Cuidaos, sed valientes y buenos.

Besos.

Papá

17

Las mujeres francesas

Para las parejas separadas, no resultaba sencillo seguir confiando el uno en el otro. Ernst G., soldado profesional, tenía que enfrentarse a las preocupaciones de su mujer, inquieta al saber que él se encontraba en Francia, e intentaba tranquilizarla como podía. Nacido en 1916, estaba destinado en la 52.ª División de Infantería, establecida en Francia como fuerza de ocupación.

Irene y Ernst G. tenían dos niños. Durante la guerra intercambiaron más de mil ochocientas cartas.

En el Oeste, 18 de noviembre de 1940

Querida mujer:

Aquí estoy, terriblemente solo. Todo el edificio está en silencio. Todos se han ido. Entre las seis y las ocho de la tarde he estado leyendo. Pero ahora ya no tengo ganas de seguir. Por eso me dirijo a ti. Para hablarte. La mayoría de los soldados y casi todos los suboficiales están de permiso. Nos dejarán el terreno libre para que pasemos las Navidades en casa. Y los que van a volver cuando yo me vaya son solteros. Siempre regresan cuando yo estoy haciendo las maletas. Es agradable pensar que dentro de poco me darán un permiso. Pero

también me siento muy solo, porque no tengo a nadie con quien hablar. Saldré mañana por la tarde, a las siete. Comeré en condiciones y me tomaré unas cuantas cervezas rubias para tener un poco de alegría en el estómago. La ciudad es bastante agradable, en general. Tiene treinta mil habitantes. Ofrece muchas oportunidades de ocio. Pero cuando paseo por ella, como hice el domingo —o sea, ayer—, ay, niña, no hay nada interesante que contemplar. No darías crédito si vieras el maldito maquillaje con el que las mujeres de aquí se embadurnan la cara. Si mi mujer se pusiera así, yo haría las maletas y me iría enseguida. Es una locura. A menudo tengo que pensar en otra cosa si no quiero sentir náuseas… Esos labios tan rojos, esas caras pintadas de amarillo, esas cejas marcadas en negro, esas uñas color carmesí… Y tras ese llamativo decorado se esconde, por decirlo con una sola palabra, porquería. De verdad, aquí se tiene la impresión de que toda Francia es un gigantesco burdel. Para comprobarlo, no hay más que pasearse por las calles a partir de las diez de la noche. A los franceses ni se les pasa por la cabeza esconderse en algún lugar tranquilo para abrazarse, para besarse, no. ¡Ni se les ocurre! Las mujeres prefieren hacerlo en plena calle. No, querida mía, soy incapaz de entusiasmarme por Francia. ¿Cómo puede París estar orgullosa de sí misma? ¡Qué diferencia con respecto a casa!

Ahora, tesoro mío, tengo compañía. Hay cuatro botellas de cerveza que me están esperando. Pasa una buena noche. Que tengas dulces sueños.

Beso tus labios. Siempre tuyo,

Tu Ernst feliz

18

«O mia bella Napoli!»

En 1941 se creó el Deutsches Afrikakorps, bajo la dirección del general Rommel. Este cuerpo de élite —compuesto por varias divisiones de vehículos blindados e infantería motorizada— acudió a Libia para apoyar a las tropas italianas en su lucha contra los británicos. La Italia de Mussolini había iniciado una guerra colonial en el norte de África. En su combate contra el 8.º Ejército del Reino Unido, que se libraba en Egipto, las fuerzas del Eje intentaron abrir un paso que les permitiera acceder al petróleo de Oriente Próximo.

Robert W. nació en marzo de 1913 en Herten (Westfalia), en el seno de una familia de seis hermanos. Se formó como comercial y, tras pasar un año desempleado, se incorporó al ejército. Cuando estuvo destinado en Berlín, entabló amistad con un tal Günter A., con cuya hermana, Ingeborg, acabó contrayendo matrimonio. La pareja tuvo dos hijos. Cuando se abrió el frente africano, Robert W. pasó a formar parte de la 5.ª División Ligera del Afrikakorps.

África, 31 de marzo de 1941

Querida Inge:

«¡Que vienen los alemanes!». Cuántas veces durante esta guerra ha resonado ese grito, cargado de inquietud, temor y desasosiego. Era el grito que anunciaba al enemigo. Pero ahora, en Italia, va acompañado de alegría, seguridad y confianza. «¡Que vienen los alemanes!». En cuanto se pronuncia esta frase, la noticia se extiende por calles y callejones, y la gente, al menos la que tiene tiempo, echa a correr. Una parte del Deutsches Afrikakorps avanza por una ciudad italiana cercana a Nápoles. Lo hace en largas columnas, alineadas y apretadas, dejando un cierto espacio entre los vehículos. Desfilamos entre dos hileras de gente alegre, que espera con los brazos levantados, y vamos hasta el cuartel, en el que tendremos que permanecer varios días, hasta que desembarquemos en Nápoles.

Llevamos poco tiempo en Italia, pero hemos comprendido que nuestro aspecto, nuestro comportamiento y nuestra estricta disciplina han despertado una enorme admiración entre nuestros aliados, que se traduce aquí en un verdadero fervor mediterráneo.

Hemos aprovechado estos escasos días para descubrir el país y sus habitantes. Hoy hemos partido hacia Nápoles. Teníamos muchas ganas de conocer la ciudad de la que Goethe decía aquello de «ver Nápoles y morir».

«O mia bella Napoli», tú, la ciudad a orillas del mar azul.[1]

Oh, sucia Nápoles, me has decepcionado profundamente».[2]

Igual que el resto de Italia, pero no es el momento de hablar de este tema. Tal vez sea necesario contemplar Nápoles con ojos de artista. Aunque esto no tiene mayor importancia. Desde Nápoles, fuimos al Vesubio. Quedé encantado. Me alegro mucho de haber visto este poderoso milagro de la naturaleza. Hemos pasado por un inmenso cráter de lava fría, pese a que alrededor de nosotros todo estaba hirviendo, y una masa viscosa, de un rojo intenso, saltaba de repente aquí y allá, se deslizaba centímetro a centímetro, se detenía,

solidificada, y después volvía a aparecer en otro lugar. Puedo imaginarme lo horrible que tuvo que ser que esta gigante olla entrara en ebullición y que la masa ardiente bajara por la montaña.

Después seguimos nuestro camino hacia Pompeya. Vimos esta ciudad de antaño completamente enterrada y después posamos nuestra mirada sobre la montaña. ¡Ay! Debería sentarme aquí a leer *Los últimos días de Pompeya*.

Al cuarto día, llega al fin el momento: cuando va cayendo la tarde, partimos en columnas hacia Nápoles. En los inmensos muelles del puerto se adivinan bloques bien ordenados. Los últimos preparativos del embarque se realizan sin demora. Las órdenes resuenan en este amplio lugar. Brazos gigantes parecen tomar los vehículos, uno tras otro. Sopla un fuerte viento, que se precipita sobre las escotillas. Uno tras otro, los vehículos se hunden en el vientre de los buques. Antes de las primeras luces del alba, todos los automóviles han desaparecido y la calma reina en el puerto. Solo quien haya visto todo esto puede saber lo mucho que se esconde en el interior de los barcos. Cuando el día despunta, los soldados alemanes se han distribuido en unidades y están listos para embarcar. Cada cual lleva sus armas y su maleta, además de una tarjeta de identificación, que deberá mostrar personalmente cuando suba a bordo. Una vez embarcados, nos distribuimos por las entrecubiertas, donde, en las grandes salas, hay fardos de paja, que servirán de cama. Hacia las once, zarpamos. Se sueltan las amarras y una especie de pequeño tractor va tirando lenta y casi delicadamente del buque para alejarlo del muelle. El barco se pone en movimiento para tomar con suavidad nuestro rumbo: ¡ÁFRICA!

Nápoles nos muestra ahora su cara más amable. Un magnífico paisaje inundado de luz saluda a los soldados que se alejan. Todo está bañado en una viva claridad. Es en este instante cuando me enamoro de Nápoles. Como estamos instalados en la popa, podemos disfrutar de una amplia vista por detrás. Bordeamos Capri y estamos ya en alta mar. Aquí sopla una suave brisa. El Mediterráneo nos demuestra que, a

pesar del sol, no siempre es apacible. Un grupo de buques navega cimbreándose hacia África. A bordo, hombres que también se cimbrean. Es una sensación desagradable. Detrás, tenemos el peor lugar posible. No ha pasado ni media hora y ya se registran las primeras bajas de estómagos de soldados en esta lucha desigual. Cuando la primera víctima se tambalea como un borracho, con las mejillas hinchadas, y se dirige a la balaustrada, estallan las carcajadas. Pero apenas una hora más tarde, hasta los que más se reían están doblados sobre la barandilla, vomitando. […]

La tempestad se calma al segundo día. Solo nos acompaña una brisa ligera. El sol brilla con toda su belleza sobre el Mediterráneo y nos ofrece un panorama más risueño desde el puente. La imagen de esta jornada es mucho más agradable que la de la víspera. Ayer clamábamos contra el Mediterráneo. Hoy, en cambio, todo es soberbio. Nadie piensa en peligros. ¿Por qué hacerlo? A babor y a estribor nos rodean imponentes fuerzas navales. Los buques de vigilancia trabajan día y noche. Y durante el día planean sobre nosotros aviones de combate y bombarderos de las fuerzas aéreas alemana e italiana. En total, somos siete barcos. Todos nos sentimos seguros y nos desplazamos por el puente con nuestro grueso chaleco salvavidas en bandolera.

Navegamos, en zigzag, rumbo a Túnez. A media tarde, bordeamos Pantelaria y, por la noche, estamos ya a la altura de Malta. Seguimos sin ver señales de Albión, señora de los mares. Que un buque de carga alemán atraviese sin problemas el Mediterráneo parece un chiste malo si se piensa en las palabras que Churchill está pronunciando en estos momentos ante su asombrado auditorio: ningún soldado alemán más pisará el suelo de África.[3] Cuando lo oímos, nos partimos de risa. El señor Winston debería esconderse, muerto de la vergüenza, si viera a los soldados alemanes escuchando los grandes discursos del *Führer* en mitad del Mediterráneo.

En la tarde del tercer día resonó el grito: «¡Tierra a la vista!». Con él llegó una tranquilidad contemplativa. Todas esas horas en las que no

veíamos más que mar y cielo quedan ya atrás. Avistamos tierra. Centenares de ojos observan, fijos, el horizonte. La costa se va dibujando poco a poco. Pronto veremos el contorno de esta tierra, que muchos solo conocemos a través de los libros. Ya está casi al alcance de la mano, cubierta por el brillo del sol del ocaso. Torres esbeltas y casas blancas se levantan por encima de una vasta llanura. África está ante nosotros. En unos instantes pondremos pie en tierra. Un mundo aún desconocido y misterioso. ¿Qué nos tendrá reservado? Ahora estamos amarrando en el puerto de Trípoli. Antes de que nuestros buques logren avanzar, nos subimos a varios barcos pesqueros para alcanzar la costa. Como los ingleses suelen atacar de noche, nos llevan a un campamento situado a varios kilómetros de la ciudad. A la mañana siguiente estamos ya a primera hora en el puerto para descargar la mercancía de los buques. Comienza la enorme operación. Árabes y negros deberían atacarnos a fondo esta vez,[4] pero estos hombres pasan del frenesí a la indolencia. En cuanto los vehículos llegan al muelle, tenemos que cambiarnos de ropa. En color verde grisáceo, dado que estamos en el trópico. Y, a continuación, en marcha para la revista, que ha presidido personalmente el general Rommel. Un momento apasionante (probablemente has visto las fotos en la prensa). A las tres de la mañana ya estamos listos para empezar una marcha de setecientos kilómetros. En estos instantes nos encontramos entre las dunas. Hoy, la 2.a Compañía se ha sentado en un Ford del desierto (número de serie: 1785111), del que entretanto has oído hablar. Si esta carta sale mañana, ya estaremos en otro lugar […].

Y ahora, un beso de tu querido niño grande de veintiocho años.

19

Un paracaidista en Grecia

En la primavera de 1941, Grecia sufrió una oleada de ofensivas alemanas e italianas. La conquista de la Grecia continental concluyó a finales del mes de abril. Entonces el país quedó dividido en tres zonas de ocupación: la alemana, la italiana y la búlgara.

En el momento en el que Hubertus G. escribió esta carta a su familia, Creta seguía ofreciendo resistencia frente a los asaltos alemanes. Este soldado, nacido en Rethmar en 1919, se alistó como voluntario en la 7.ª División de Paracaidistas, con la que participó en el ataque a Grecia. Cayó el 20 de mayo de 1941, durante la operación de transporte aéreo de tropas que llevaron a cabo los alemanes en Creta.

Lutraki, 12 de mayo de 1941

Queridos todos:

Gracias a mi excelente sentido de la organización, he conseguido «descubrir» una caja de *corned-beef*, un extra que en estos tiempos en

los que, sinceramente, empezamos a cansarnos del avituallamiento, es bienvenido […].

La última vez que recibimos alimentos grasos fue en Bulgaria. Desde entonces, las palabras «mantequilla» o «manteca de cerdo» han desaparecido de nuestro vocabulario. Ayer, a mediodía, nos pusieron en la sopa de judías unos cuantos trocitos de carne, que se habían tomado de las reservas de la población local. El jefe piensa que probablemente será la última vez que comamos carne y que tendremos que prepararnos para hacernos vegetarianos. Además de la sopa, en el almuerzo había dos huevos duros, ¡por aquello de llenarnos el estómago al menos una vez al día! Lo que es una lata en el caso de la comida es que, como os podéis imaginar, no nos dejan pescar con granadas. Si las gaviotas fueran comestibles, ya estaríamos cazándolas. ¿Y vosotros me habláis de alimentos que no hay quien se coma? De todas formas, esto terminará algún día. Siempre sale el sol después de la tormenta. Cuando el servicio de correos vuelva a la normalidad, podríais enviarme algunas cosas (salvo que ya andéis escasos en casa). También es posible que las tiendas de aquí vuelvan a abrir. Como ha dicho el *Führer*, toda esta campaña era improvisada, así que habrá que arrimar el hombro. En cualquier caso, al principio nadie nos preparó para esto. Además, pienso que hay otras tareas que nos están esperando. Es posible que se haya producido un fallo técnico en el correo militar. Estoy impaciente por saber dónde vamos a aterrizar, si entre los indios o los zulúes. ¡Pero bueno, vamos allá, con alegría! Después de ocupar el Polo Sur, tendremos que luchar en el Polo Norte.

En fin, esto es todo por hoy. Voy a informarme sobre los precios.

Con cariño,

Vuestro Hubert

20

A la sombra del soldado

Aloïs S., nacido en 1909 en un pequeño pueblo del Sarre, era el menor de diez hermanos. Su padre, Jakob, murió unos meses después de su nacimiento. Su hermano mayor, Albert, sirvió como soldado durante la primera guerra mundial y murió en Francia en mayo de 1917. Tras formarse como auxiliar administrativo, Aloïs se incorporó a la empresa «Heckel», en Rohrbach. En noviembre de 1937 se casó con Frieda Uhl. Su primer hijo, Albert, nació en mayo de 1939. La Wehrmacht llamó a filas a Aloïs en abril de 1940. Su hermano Josef fue condenado a cuatro años de prisión por un tribunal militar, acusado de ser un objetor de conciencia.

Aloïs S. sirvió como soldado en el 321.º Regimiento de Infantería, primero en Holanda, durante un corto período, y después en las regiones del Reich que se conocían como Heimatkriegsgebiet, esto es, la retaguardia en la que se realizaban labores de reclutamiento, logística… En junio de 1941, los preparativos para la invasión de la Unión Soviética se intensificaron. Sin embargo, lo que preocupaba (y mucho) a Aloïs S. era la salud de su mujer. En aquel momento ella esperaba su segundo hijo.

En el Este, 9 de junio de 1941

Amada mía:

Ayer domingo no fue un buen día para mí porque esperé, en vano, recibir una carta tuya, mi amor. Por magnífica que sea la naturaleza que nos rodea, no sentiré una felicidad verdadera hasta que no esté con vosotros. De hecho, preferiría no oír ni ver nada en este mundo. Me gustaría escaparme para estar completamente solo. ¡Qué bonita sería la vida si fuera como debería! Pero, desgraciadamente, tendremos que tomarla como viene. ¿Cuándo entrará esta gente en razón? ¿Cuándo volveremos a disfrutar del descanso, de la paz, de una vida tranquila? Creo que tendremos que buscar fe y ayuda en Dios. Ya no podemos confiar en el ser humano. Esta guerra no nos ha traído una mejora en las costumbres. Mientras esté entre soldados no seré un hombre libre, sino un hombre frenado y atado, sin posibilidad de hacer nada por ti y por nuestro hijo. Me duele enormemente no estar a tu lado, ahora que necesitas mi ayuda o que nuestro pequeño Albert echa de menos a su papá. Te sacrificas y vives un heroísmo callado, tan grande y tan sublime que lo supera todo. El mundo guarda silencio y nadie te concede una distinción por lo que haces. Y, sin embargo, lo tuyo es heroísmo. Querida, en los próximos meses y en las próximas semanas, confía, ten fe en Dios. Ya sé que no me es posible mitigar tu dolor, pero quiero aliviarte todo lo que pueda. Soy capaz de hacer cuanto esté en mi mano para ayudarte, aun cuando, por ahora, apenas me sea posible escribir las líneas que me dicta el amor que te tengo. Quiero hacer algo más por ti, cada día, aunque sea algo pequeño. Rezaré a Nuestro señor por ti, para que acuda en tu auxilio y te bendiga. En estos momentos necesitas de una protección y de una ayuda especiales y tendrás una protección especial.

Si te es posible, acude al centro de ayuda «Madre e Hijo»[1] o al NSV.[2]. Te pido de nuevo que no te preocupes por ahorrar y que

pienses en ti. Tu salud es lo primero. […]

Os doy beso enorme, a ti y al pequeño Albert.

Aloïs y papá

21

El infierno de las arenas

Robert W., soldado del Deutsches Afrikakorps, llevaba en África desde el mes de marzo (véase la carta del 31 de marzo de 1941), participando en los violentos combates entre los británicos y las fuerzas alemanas e italianas, dirigidas por el general Rommel, en los alrededores de Tobruk. El asedio a este puerto estratégico de Libia había comenzado el 10 de abril de 1941. En junio, durante la batalla de Sollum, el ejército británico trató de abrir un hueco en las defensas alemanas, aunque no lo consiguió.

África, 19 de junio de 1941

Querida Ingeborg:

¡Reporten! ¡Sin novedad en el frente! Tras tres días de intensos combates en el frente de Sollum, nosotros, es decir, el Afrikakorps, hemos conseguido una brillante victoria (como lo destaca el informe de la Wehrmacht del 18 de junio). Solo alguien que haya estado aquí puede hacerse una idea de lo que esto significa. Nos lanzaron al desierto durante un día y una noche (teníamos que rodear Tobruk). En cuanto llegamos, nos vimos obligados a abandonar los camiones porque algunos de ellos eran ya pasto de las llamas. En su avance

desde el sur, los Tommies habían tomado «Capuzzo» y «Sidi Omar»[1] con sus imponentes fuerzas blindadas. Querían asestarnos un golpe traicionero en Sollum y, de paso, establecer una conexión con Tobruk. Pero no contaban con nuestro Rommel. Tras analizar la situación, hace dos días los italianos nos relevaron, a nosotros y a toda la División, cerca de Tobruk. El domingo nos pusimos en marcha para recorrer el desierto, a una velocidad de entre quince y veinte kilómetros por hora, y el lunes por la mañana ya estábamos en las líneas inglesas, para sorpresa de los Tommies. Por desgracia, tuvimos que conceder el primer asalto, a la espera de que llegaran nuestros tanques. Los británicos están bien equipados, con sus vehículos blindados Mark II. El martes, «Capuzzo» y «Sidi Omar» volvían a estar en manos alemanas. En el transcurso de estas operaciones, las aviaciones alemana e inglesa fueron bombardeando ambos frentes. La mayoría del tiempo, tan pronto como nuestros cazas se iban, los británicos llegaban y nos atacaban incesantemente, volando a ras del suelo. Con todo, fueron más prudentes a partir del martes, día en el que derribamos a catorce de ellos. Hoy es jueves. Estamos en la línea recta de alambre de púas que delimita la frontera entre Egipto y Libia. A un lado y otro de ella, yacen, por todas partes, vehículos blindados ingleses. Te enviaré el carrete n.º 12 junto con esta carta, con imágenes del frente de la zona de Sollum. Las dos fotografías que adjunto se tomaron durante el avance por el desierto cercano a Tobruk y también el Lunes de Pascua, igualmente en las proximidades de esta ciudad. ¿Ves cómo crece la barba cuando no se tiene agua?

Estamos bien. Desde el domingo, ninguno de nosotros ha podido lavarse. ¿Seremos unos cerdos? La verdad es que enviar avituallamiento a través del desierto es endiabladamente difícil. Nos damos con un canto en los dientes cuando tenemos agua suficiente para cocinar.

Muchas gracias por tus cartas del 4 y del 9 de junio, con tu fotografía. Me gustaría quedármela. ¿Puedo?

Günter también se ha ido. La verdad es que me encantaría saber dónde se ha metido. Aunque me lo figuro. Me han llegado dos revistas, ¡muchas gracias! ¡La pena es que la página de pasatiempos ya esté empezada!

Por lo demás, todo va bien. Te deseo lo mejor. Un beso enorme de

Tu Robert

22

En camino

El 22 de junio de 1941 comenzó la «Operación Barbarroja». Violando lo acordado en el pacto germano-soviético, el ejército alemán invadió la Unión Soviética sin previa declaración de guerra. Se inició así el combate ideológico nazi contra el «judeobolchevismo» y la conquista de las vastas y fértiles tierras del Este. El 24 de junio, Vilna y Kaunas cayeron en manos alemanas.

Tras sus tribulaciones en Francia y en Centroeuropa, el teniente Heinz R. continuó su camino hacia el Este y atravesó Ucrania junto con el 93.º Regimiento de Infantería.

En el Este, 26 de junio de 1941

Querida Ursula:

Como ya no me queda papel para cartas, te escribo en un formulario del ejército. Antes de nada, el parte del día: estoy bien.

Y ahora, una pequeña descripción de mi entorno: hay un camino de tierra; a la derecha, tropas a caballo; a la izquierda, una unidad motorizada que ya no irá muy lejos, porque la carretera está cortada.

Estoy en el coche con el inspector Berndt,[1] que me recogió hace una hora para hacer este trayecto. Ahora nos encontramos en un estrecho sendero. A la derecha, vemos escombros de casas caídas, aún humeantes. Hace mucho calor. Me he desabrochado el cuello de la camisa, me he quitado también el pañuelo del cuello, pero, aun así, nada me alivia. Paro aquí.

Ahora estoy en otro coche, a la sombra de unos árboles frutales. Seguimos por la carretera, en este avance imparable. Apenas estamos a unos kilómetros de Lvov.[2] Por lo que dicen, una gran ciudad, aunque, la verdad nunca antes había oído hablar de ella. Se extiende a un lado de mi camino, con sus bóvedas y sus iglesias típicamente rusas —si bien es rusa desde hace tan solo dos años.

Probablemente quieras saber más. A lo lejos resuena el estruendo de las armas. Todo aquí es polvo y calor. Antes te estuve escribiendo desde la ciudad de Hrubieszów. Salimos de ella antes de ayer […]. La carretera acababa en los bordes de la ciudad. A continuación, comenzaba un camino de madera. A cada lado de él, había soldados que daban indicaciones a los vehículos y, a continuación, retomaban los trabajos de preparación de la ruta. Pasados unos kilómetros, bajando por una pendiente, se llegaba a un arroyo, atravesado por un puente provisional de madera. De la otra orilla salía una pista de tierra. Había un pequeño bosque, alambres de púas y un animal muerto: ya estábamos en Rusia. Entonces comenzó un formidable trayecto en el que fuimos adelantando columnas. Por suerte, la noche era clara. Podíamos avanzar sin necesidad de encender los faros. La única luz en el horizonte era la de un incendio en un pueblo. Nuestros adelantos nos valieron unos cuantos insultos, hasta que llegamos a un estrecho puente de madera, en el que todo el mundo estaba parado. Mientras estaba negociando con el chófer del camión, me llamaron: «*Herr Leutnant!*». Era un fiel compañero de la campaña de Francia. Me estuvo explicando las pérdidas que había sufrido la compañía frente a Sollum.[3] Estábamos atrapados en aquel lugar.

Lo bueno es que al menos pudimos pegar ojo durante dos o tres horas. Volvimos a ponernos en marcha con las primeras luces del alba. Los caminos eran pésimos, pero, como había llovido, había menos polvo. En no pocas ocasiones fuimos a campo través, porque las carreteras se encontraban en un estado lamentable. Las casas eran primitivas, pero no estaban especialmente sucias. Por la mañana, me encontré de repente con el conde de Münster, que cambió mis órdenes y me dio carta blanca para tomar decisiones. Las carreteras tenían cada vez más barro […]. A menudo estaban invadidas de maleza, pero, aun así, conseguimos avanzar. Por la tarde, sin embargo, fuimos a un ritmo más lento: un puentecito de madera se había hundido, así que había que organizar una vía alternativa. Hicimos una pausa. Aproveché para dormir, para afeitarme y para lavarme en un pequeño estanque alimentado por un manantial de agua fría. Hasta metí en él los pies. Una verdadera delicia. Algunos conductores incluso se desnudaron y se lanzaron al agua. Media hora más tarde, seguimos nuestra ruta a través del fango, de los campos y de los caminos cubiertos de un polvo tan fino que parecía harina. Hay que verlo para creerlo. Por el camino, vimos muchas secciones de la infantería motorizada que se encontraba en Polinka. Sus hombres nos pusieron al corriente del ataque del búnker por parte de Adele. Por desgracia, le costó la vida a un hombre. ¡No sabes hasta qué punto pienso en vosotros, en ti! Cuando cayó la noche, llegamos a la pequeña ciudad de L. En la periferia, ardían ruinas de casas. Los habitantes no habían huido. En una plazoleta había muchos soldados interrogando con insistencia a un judío que, aterrorizado, era incapaz de defenderse. Él estaba tumbado en el suelo, suplicando. Decían que había sido cómplice en la mutilación de dos aviadores alemanes que habían tenido que hacer un aterrizaje de emergencia. Poco después oí varios disparos. La noche siguiente dormí muy bien en el camión. Por la mañana, encontré combustible y pudimos continuar el viaje con Berndt. A mediodía, vimos a soldados de infantería peinando los campos de cereales y las granjas, en busca de los soldados[4] que habían huido. De repente, se oyeron fuertes detonaciones. Los francotiradores no se dejaban coger. Al final, se

prendió fuego a las granjas en las que se escondían. A continuación, continué mi camino en moto. En un momento dado, vi a muchos rusos muertos. Pero aparte de eso no encontré más que polvo y sol.[5] Por el camino, volví a cruzarme con el conde, que me llevó con él en su coche.

Ahora ya es por la tarde. ¿Volveré aquí alguna vez? Supongo que sí.

Querida mía, espero recibir buenas noticias tuyas. ¿Me perdonarás por las manchas de grasa y suciedad que hay en esta carta? ¿Dónde te encuentras? La vida empieza a arrastrar poco a poco a todo el mundo en su torbellino. […]

Un saludo de todo corazón.

Heinz

23

Un avance imparable

Mientras el Grupo de Ejércitos del Sur (Heeresgruppe Süd) avanzaba por Ucrania, el Grupo de Ejércitos del Centro (Heeresgruppe Mitte), al que pertenecía la unidad de Hans-Joachim S., se iba extendiendo por Bielorrusia y el sur de Lituania, en dirección a Moscú.

Hans-Joachim S., nacido en Berlín en 1905, estaba casado y era padre de familia. Trabajaba como comerciante, pero se incorporó al 511.º Regimiento de Transmisiones del ejército. El 5 de julio, las tropas alemanas habían tomado ya Minsk y se estaban acercando a Smolensk, en Rusia.

En el Este, 5 de julio de 1941

Mi buena E.:

¡Qué inmensa sorpresa recibir hoy tus dos amables cartas del 29 y del 30 de junio! Ayer me llegó tu última misiva, del 20 de junio, es decir, catorce días después de que la enviaras, así no esperaba volver a tener noticias tuyas por ahora. Me imagino que nuestra ofensiva en Rusia ha caído como una bomba a ambos lados. Me siento muy feliz

por estar al fin aquí, aunque el esfuerzo sea enorme. Es imposible describir lo mucho que se ha exigido a la tropa durante este gigantesco avance. Para nosotros, los conductores, no ha sido nada fácil. He pasado hasta treinta horas al volante y algunos de mis compañeros, cincuenta. Ahora me encuentro en la retaguardia. Hace dos días que intento alcanzar la tropa. Decididamente, el Panhard[1] no es un buen invento para Rusia. Una vez más hemos tenido que evitar que caiga en una zanja. ¿Qué nos depararán las siguientes etapas? Nos llevarán doscientos kilómetros más lejos. Nos hemos parado un momento en Grodno[2] y en Vilna[3] porque era necesario reorganizar las comunicaciones. Mañana continuaremos nuestro trayecto. En los informativos semanales verás las carreteras de la ofensiva, cuajadas de tanques soviéticos destruidos. Esos son los caminos que estamos tomando. Los bombardeos rusos todavía son poco frecuentes, pero cada día nos enfrentamos en escaramuzas con los francotiradores que se esconden en los vastos bosques. Para nosotros, todo sucede en plena naturaleza. Estamos tensos todo el tiempo, de la mañana a la noche, siempre fuera, con la carabina permanentemente al alcance de la mano… Por las noches, buscamos un patio de granja en el que pasar unas horas, colocamos centinelas, comemos —a veces, hasta bien y todo—, uno de nosotros toca la balalaica y los compañeros entonan cantos del país o bien el gramófono nos hace llegar los lamentos de *Bel Ami*. La población se alegra de nuestra presencia. Está deseando ver a Stalin en la horca.[4] Algo que no debería tardar en suceder, porque nuestros primeros tanques caerán pronto sobre Moscú. En estos momentos, el ejército ruso del aire está claramente acabado. ¡Y cuántas derrotas habríamos podido infligir y podríamos infligir todavía a la flota aérea rusa si no estuviera ya fuera de combate! Los bombarderos son un verdadero desastre. Vuelan siempre rectos, son imposibles de manejar y caen en cuanto nuestros cazas disparan contra ellos una simple salva. En cualquier caso, la vida de bohemio es muy interesante. Espero que mi vehículo la resista.

Es una pena tener tantas dificultades con los idiomas. Nunca conseguiré aprender ruso. Hoy estamos de descanso, así que aprovecho para hacer la colada. Mi camisa sigue igual de oscura, aunque la haya lavado dos veces desde que estalló la guerra. Eso sí, seguimos sin agua caliente. He aprendido a zurcir tan bien mis calcetines que hasta me alegro cuando descubro en ellos un agujero. Hoy estamos en un ambiente muy agradable. Desde un rincón de la granja, dos rusas escuchan a escondidas nuestras canciones. Todavía no confían plenamente en nosotros. ¡Mañana vamos a sacrificar una vaca! ¿Un filete en salsa de nata? ¡No lo descartamos!

Amor mío, corazón, no te preocupes, ninguna bala me va a alcanzar. Los del NSV están pendientes de nosotros. Por encima de todo, cuídate mucho, amada mía. Es posible que la guerra acabe pronto y tu marido no querría encontrar a una E. agotada. No trabajes tanto. También nosotros evitamos tareas extra. Si escribes a Wolfgang, salúdalo de mi parte. No tengo tiempo de escribir a nadie, salvo a ti. Los conductores tenemos que estar preparados en cualquier momento, día y noche.

Saluda también a los padres […].

24

La ruta del Norte

El Grupo de Ejércitos del Norte se encargó de la ofensiva en los países bálticos y la Rusia septentrional. Su objetivo era tomar la ciudad de Leningrado y el puerto de Múrmansk.

Tras la campaña de Francia (véase la carta del 30 de mayo de 1940), Hans S. participó en la «Operación Barbarroja» en los países bálticos. La Unión Soviética se había anexionado Lituania, Letonia y Estonia, en el marco del pacto germano-soviético. Una vez concluida la ofensiva alemana, las autoridades de la ocupación integraron el país en la estructura administrativa del Comisariado del Reich para Ostland[1] *(Reichskommissariat Ostland). Los nazis estaban convencidos de que era posible germanizar a las poblaciones bálticas y trabajaron en la creación de estructuras locales de colaboración.*

Países bálticos, 8 de julio de 1941

Querida mami:

Por fin puedo escribirte. Cuando no estábamos en contacto con el enemigo, había que lavar los vehículos u organizar la artillería y las

armas. Después, teníamos que lavar la ropa. En fin, para cuando conseguíamos acabar todas las tareas, estábamos reventados, de verdad. Ahora vamos avanzando por el extremo este de Letonia. Ayer cruzamos el Daugava. Las tropas que nos precedían han librado duros combates, especialmente la SS. Es una pena que no hable letón. Hemos atravesado Lituania y la antigua Polonia ocupada por los rusos, y ahora estamos en Letonia. Creo que nos encontramos muy cerca de Rusia. Los servicios de correos son cada vez más escasos. De todas formas, envíame, cuando puedas, un poco de Treupel[2] y cigarrillos. Todos los que podáis. En la artillería somos siete hombres y lo compartimos todo. Mándame también carretes. Si pudierais hacerme llegar también protectores para los talones, sería estupendo. En Letonia se ve que la cultura se ha conservado un poco más que en Lituania. Cuando aparece algún palacete, se puede pensar que es obra de los alemanes y de que ha estado habitado por ellos. Por lo demás, la Polonia rusa está terriblemente llena de judíos. Quinientos judíos por cada seiscientos habitantes: esto es lo que hemos encontrado en una ciudad. Y ahora, mi querida mamá, os deseo lo mejor, a ti y a todos en casa. Por ahora estoy bien. Si Dios quiere, volveré sano y salvo a casa.

Afectuosamente.

Tu Hansi

25

«Vae victis»

El Grupo de Ejércitos del Centro había llevado a cabo una enorme ofensiva en Bielorrusia. De hecho, había conseguido rodear al Ejército Rojo en las proximidades de Minsk y apresar a miles de soldados soviéticos. El avance fulgurante de estas tropas llevó a muchos a pensar que la guerra contra la Unión Soviética ya estaba ganada.

Klaus B. pertenecía a una unidad de defensa antiaérea de la Luftwaffe destinada en el Este. Este soldado, titulado en Derecho, casado y con varios hijos, era miembro del partido nazi. Después de luchar en Bielorrusia, combatió en Ucrania y en Rusia. En mayo de 1945, poco antes de que acabase la guerra, perdió la vida. Por aquel entonces, era subteniente y tenía cuarenta y tres años.

Rusia, 19 de julio de 1941

Querida Suse:

Ayer recibí tu paquete con el papel para cartas. Es la primera noticia que tengo de vosotros desde hace tres semanas. Me he sentido

muy decepcionado. Habría preferido no recibir ningún paquete en estas condiciones. Cuando te pasas semanas y semanas esperando noticias de casa —y no estoy diciendo que me sintiese impaciente, porque ya sabemos que el servicio de correos funciona mal— y al final solo te llega papel para cartas, acompañado de una nota sobre la que no merece la pena ni extenderse y que dice «Tu carta es muy bonita, pero, por favor, utiliza un papel en condiciones para escribirme; por seguridad, te mando un poco, porque lo más probable es que allí donde estás no puedas encontrarlo», la verdad es que dan ganas de tirar a la basura ese papel para cartas. ¿Me he convertido de repente en un susceptible? No lo sé. La calidad de las hojas me es completamente indiferente. Lo que me habría gustado es saber de vosotros, aunque fuese en un papel de mala calidad. Probablemente no debería escribirte esto. Seguro que actuabas de buena fe y sin mala intención […].

En nuestro avance, hemos pasado por Vítebsk,[1] donde habrá unos doscientos mil habitantes. En realidad, por su extensión, es más pequeña que cualquier ciudad alemana que tenga la misma población. Y es que los rusos viven muy apretados. De todas formas, la ciudad es bastante grande. En Vítebsk no queda ni una sola casa que no esté completamente destruida o arrasada. Todas las construcciones de madera —que son las que predominan en las ciudades rusas— han ardido. En la mayoría de los casos, lo único que queda de ellas es la chimenea. En cuanto a los edificios de piedra, también se han incendiado. Solo se ha conservado una parte de los muros cortafuegos. La verdad es que aquí la guerra ha funcionado magníficamente. Hemos organizado una zona cercana a nuestras posiciones en Vítebsk para concentrar en ella a los prisioneros. Su destino, ya desde los primeros días, ha sido terrible. Hemos hacinado a unos cinco mil hombres en un espacio a cielo abierto. Se han quedado allí, en cuclillas, durante días, expuestos al frío, al viento y a todo tipo de intemperies, sin la ropa adecuada, sin comer ni beber más que alguna cosa mínimamente aceptable. La temperatura ha bajado —todo lo que puede bajar en la época del año en la que nos encontramos— y caen chaparrones, uno tras otro. Algunos prisioneros han intentado escapar; unos, con éxito,

porque el número de guardias es ridículamente escaso; otros fueron abatidos en su huida, lo que demuestra que, sea como fuere, los vigilantes sirven de algo. Poco a poco se va evacuando a los prisioneros hacia la retaguardia, a medida que lo permite la disponibilidad del transporte. Entre los rusos hay gente de lo más salvaje. A los alemanes del Volga[2] se les ha puesto aparte. Evidentemente, se los mantiene en la zona de concentración, pero no se los vigila tanto como a los demás, porque hacen de intérpretes y ayudan a los guardias en sus tareas.

Smolensk cayó en manos alemanas hace unos días,[3] pero todavía hay combates en los alrededores. Se oye el ruido de los cañones a lo lejos.

Por ahora, estoy bien, pese al cambio repentino de la meteorología. No he cogido frío. Todos esperamos que vuelva el buen tiempo. Preferimos el calor, aunque a veces nos parezca insoportable.

¡Muchos besos para los niños!

Tu Klaus

26

La cruzada antibolchevique

Tras recorrer los países bálticos (véase la carta del 8 de julio de 1941), Hans S. llegó a Rusia. El Grupo de Ejércitos del Norte se enfrentaba en ese momento a importantes dificultades: el Ejército Rojo era más tenaz y estaba mejor equipado de lo que se pensaba.

Este suboficial continuó combatiendo en el frente oriental. En 1944, se le dio por desaparecido.

En el Este, 28 de julio de 1941

Querido papá:

Tengo que darte las gracias. Me gustaría escribirte una carta larga para explicarte las experiencias que estoy viviendo. Pero, si Dios quiere, muy pronto podré contártelo todo en persona. No puedes ni imaginarte la alegría que nos has dado con tus cigarrillos. Ahora mismo somos en total siete fumadores empedernidos y andamos muy justos de tabaco. Gracias una vez más, querido papá, y (otra petición): ¿podrías irme mandando poco a poco unos cien (¡no te asustes!) sobres? Los familiares de los demás compañeros —para algunos de ellos esta es su primera campaña[1]— no conocen tan bien como tú el funcionamiento del servicio de correos. Hay uno que se pasa el día

protestando. Dice: por lo menos tu padre ahorra. El mío, en cambio, lo hace todo difícil. Sé que es muy complicado enviarme cosas, por la escasez de productos y por el límite de cien gramos para los paquetes.

Aquí la situación es la siguiente: los rusos —o, mejor dicho, los bolcheviques— son enemigos especialmente agitados y tenaces. Hasta ahora, han preferido morir a dejarse atrapar. Su artillería es potente, pero la mayor parte del tiempo disparan desde posición abierta […]. No saben utilizar bien los PAK[2] y los tanques en nuestro tramo. Por lo demás, tienen un PAK de 4,7 cm, Rheinmetall,[3] con las mismas piezas que nosotros, pero con un calibre diferente. Es completamente automático, deslizante y vertical. El visor y otros pequeños detalles también marcan la diferencia. Seguramente han cogido en España (de los nacionales[4]) una serie de armas de fuego que después han copiado. Es posible que se las hayan vendido sin cañón ni culata. Hemos estado muy en contacto con los aviones: hemos sufrido ataques con bombas de gran calibre y metralla desde corta distancia, como os he explicado ya en detalle. Somos capaces de reconocer los aviones, los bombarderos y los cazas rusos por su diseño compacto y su corto fuselaje. Los tractores de la motorización de su artillería son muy lentos. Los rusos fijan los PAK como los checos […].

En esta ocasión estamos librando un combate muy duro. Y nuestro país no parece darse cuenta. No hay que cometer el error de subestimar a los rusos, como lo hacía yo al principio. En un informe de la Wehrmacht de hace unos días se dice que hay entre once mil y doce mil rusos en las proximidades de Nével.[5] También nosotros hemos contribuido a crear esa bolsa. Durante varios días, nos hemos ido extendiendo por un bosque de abetos, repeliendo las tentativas de huida. Además, se ha lanzado gas.[6] Ha sido muy duro. Ahora nos dirigimos a Jolm,[7] aparentemente. Ante nosotros se extiende un extenso bosque, lleno de lodazales y pantanos. Rusia nos ofrece un panorama desolador. En Polonia tuve que acostumbrarme a todo tipo de cosas, pero no podía ni imaginarme el nivel de pobreza de este país. La mayoría de las casas tienen las paredes torcidas, apuntaladas con

tablones. Los techos de paja presentan huecos por todas partes, por no decir que están hechos trizas. A través de las paredes de los establos, se ve brillar la luna. En realidad, es casi como un decorado, porque apenas hay animales. Los campos están poco cultivados. Acabamos de encontrar los primeros campos de avena desde que estamos aquí. Por lo demás, el paisaje entre Luki,[8] Névels y Jolm es como de glaciación. Hay muchos bloques de roca —a veces, resquebrajados— por toda la zona. Todavía no he visto ninguno de esos bosques rusos de los que tanto se ha hablado. O sí, una vez, pero fue en Lituania. La región está cuajada de colinas. Las tierras están completamente descuidadas. Creo que el país se encamina hacia la ruina. Ahora comprendo perfectamente que en Rusia se produzcan hambrunas, algo que hasta ahora era un misterio para mí. Se debería traer al paraíso de los obreros a esos comunistas que se prodigan en las salas de conciertos.[9] Y si en ese caso no quedasen vacunados de por vida, habría que fusilarlos, porque ver todo esto y seguir siendo comunista es imposible. Hasta el comunista más convencido tendría que cambiar de ideas si le queda algo de sentido común.

Muchas gracias de nuevo. Que Dios nos acompañe.

Hans

27

Una pírrica victoria

En la primavera de 1941, Creta era el único territorio griego que se mantenía libre. Tanto para los alemanes como para los británicos, se trataba de un lugar de gran importancia estratégica debido a su posición geográfica —entre Europa y la costa africana —. La isla se convirtió en el escenario de la mayor operación de traslado de tropas por aire: la «Operación Mercurio». El 1 de junio, concluida ya la batalla, los alemanes ocuparon Creta. Aquella victoria, sin embargo, costó numerosas bajas entre los paracaidistas y supuso una de las mayores pérdidas en hombres que sufrió la Wehrmacht durante el conflicto. Rápidamente los cretenses establecieron focos de resistencia armada en los macizos montañosos.

Karl K. había nacido en 1907, en Mecklemburgo. Estudió Teología, Historia y Lenguas Muertas en varias universidades alemanas, se doctoró en Filosofía y comenzó a trabajar como profesor de educación secundaria. En 1935 se casó con Hildegard. La pareja tuvo tres niños, todos ellos nacidos antes de 1941. En 1940 se destinó a Karl K. a una unidad de la Luftwaffe, en calidad de radiotelegrafista. Tras una escala en Grecia, llegó a Creta en agosto de 1941.

Creta, 21 de agosto de 1941

Mi querida mamá:

Ahora mismo estamos en la «ciudad de Hércules» —si estoy traduciendo bien el nombre—. Seguimos alojándonos en el colegio que los Tommies utilizaron ya como cuartel. Por suerte, en nuestra habitación algunas de las ventanas están rotas y la puerta no cierra, así que de noche circula una corriente de aire fresco, que nos resulta muy necesaria, porque en nuestro último alojamiento nos acostumbramos a la ventilación. Por lo demás, nos acostamos sobre el suelo de losas de piedra y utilizamos las botas y el cinturón como almohada. Todavía no han llegado nuestras camas, colchones y redes. Pero hoy los tendremos por fin y nos mudaremos a una casa que se ha requisado para los radiotelegrafistas. La mayoría de las viviendas están abandonadas. La gente se fue de la región a finales de mayo. Los soldados buscan en las casas todo lo que puede serles de utilidad, como mesas, sillas, cómodas, etc. Tal vez consigamos estar bien instalados. Además, tenemos una sala de estar, una cocina, etc.

Para ir a la ciudad desde el puerto, hay que pasar por un fuerte enorme, que luce con orgullo el escudo del león de san Marcos.[1] También lo vimos en la Acrópolis. Intento explicarles a mis compañeros la importancia que tuvo Venecia en el pasado. En cuanto se entra en la ciudad, saltan a la vista los terribles daños que causaron las bombas alemanas. Bombas que, de todas formas, no sirvieron de mucho a los paracaidistas.

En Larisa, Fritz Witte me contó que durante la toma de Creta fue fundamental la traición. Los Tommies sabían el lugar en el que iban a aterrizar los paracaidistas alemanes, e incluso la hora exacta a la que lo harían, así que aquella mañana los caballeros ingleses se dieron un baño, primero, y después se posicionaron para esperarlos. Nuestro colegio está en el centro de uno de esos lugares en los que se

posicionaron. Los británicos convirtieron hábilmente todas las casas y granjas de la zona en pequeñas fortalezas, excavaron refugios debajo de cada árbol, ampliaron las cuevas naturales de roca caliza, colocaron alambradas de hierro… ¡Churchill tenía motivos de sobra para pavonearse! Los alemanes saltaron sobre ese laberinto de posiciones y sufrieron las peores pérdidas. En otra zona, los cazas cayeron sobre un cañón de la defensa antiaérea. Se han encontrado los tres motores de un gran «Junkers»[2] hundido en la tierra, cerca de una pieza de artillería inglesa que se vio afectada en la caída y que ahora hace las veces de memorial silencioso. El cañón está en el suelo y el afuste saltó por los aires. Al lado hay dos pequeñas tumbas con este epitafio: «Aquí descansan los aviadores y paracaidistas del 14.o Regimiento Trasportado por Aire». Un casco calcinado es el único ornamento de estas fosas, en las que se hallan los cuerpos de, como mínimo, cuarenta soldados. Hay otra tumba más en la zona, grande, en la que se enterró a treinta muertos de un solo avión, también del 14.o Regimiento. Entre las rocas hay, dispersas, tumbas individuales. Como los últimos aviadores alemanes estuvieron encerrados durante nueve días, al principio no fue posible enterrar sus cadáveres, o bien los cretenses los robaron y los sepultaron. Hoy en día se encuentran tumbas por aquí y por allá. Después se cavó una fosa profunda y se señaló el lugar con piedras para el recuerdo. El deseo de venganza que sintieron los alemanes al comprobar la traición fue enorme y muchos cretenses lo pagaron con sus vidas. En realidad, aquí todavía rige la ley de la venganza. La guerra de guerrillas continúa y el odio emponzoña al pueblo. Una y otra vez se oye hablar de ejecuciones de castigo,[3] etc.

Todavía hoy se esconden en las montañas varios británicos, dispersados por aquí y por allá, y una banda de asaltadores cretenses.[4] Por el momento, están tranquilos. Esperan a que los ingleses intenten desembarcar.

Mientras tanto, Creta se ha fortificado. De todas formas, la prioridad son las tareas militares urgentes, porque no tenemos tiempo para hacer nada más. Todavía es posible encontrar piezas de la

artillería inglesa, en ocasiones con abundante munición. También existen campos de minas y se siguen descubriendo almacenes de armas ocultos. Buscamos, sobre todo —aunque sin éxito—, las armas de los aviadores alemanes que perdieron la vida. Aquí, como en Grecia, la población se sorprende de que nuestra artillería pesada resuene por toda la ciudad. Tal vez algún día estos coléricos se den cuenta de que los alemanes son fuertes, pese a las dificultades del combate en Rusia.

Tengo que terminar esta carta. Papá tiene que mantenerse de pie durante dos horas, haciendo guardia con el fusil al hombro […].

Afectuosamente,

Papá

28

Gueto, piojos y «złotys»

Kurt S., nacido en 1907, estaba casado y era padre de familia. Antes de la guerra, trabajaba en un aserradero. Se le destinó, con el 643.º Batallón de Cazadores, a Polonia, desde donde intercambió varios cientos de cartas con su mujer, Hanni. A partir de 1940, su familia alojó a un prisionero francés, que ayudaba a Hanni en las tareas cotidianas más duras.

Cuando Kurt S. escribió esta carta, hacía casi dos años que Siedlce, una ciudad de la Polonia oriental, se encontraba ocupada por las tropas alemanas. La SS creó en ella un gueto en el que confinó a unos quince mil judíos, así como a gitanos procedentes de Alemania. La mayoría de ellos fueron deportados a Treblinka en el verano de 1942.

Kurt S. volvió a Serba (Turingia), con su mujer y su hija, al final de la guerra.

Siedlce, 4 de septiembre de 1941

Mi querida y buena Hanni, mi Liselotte adorada, papá os escribe desde el país enemigo. ¡Qué suerte tener a nuestro *Führer*! Ni os podéis

imaginar en qué estado se encuentra Polonia. No es necesario que me enviéis nada, todo va muy bien. Poco a poco, nos vamos acostumbrando al comportamiento de los eslavos. Entre nosotros hay un ambiente de compañerismo increíble. Son las ocho: estamos sentados a la mesa, comiendo pan, mantequilla y salchichas ahumadas que nos han llegado esta tarde. Cada día nos dan tres cigarrillos y un puro. […]

Hoy hemos pasado por la ciudad. Nuestra aviación redujo calles enteras a cenizas. ¡Y estos perezosos polacos todavía no las han retirado! Los judíos se hacinan en un barrio rodeado de alambre de púas. Todo aquí es terriblemente caro: una libra de mantequilla cuesta ocho marcos; medio quintal de patatas, quince marcos; una cerveza en la ciudad, un marco con cincuenta, y en la cantina, cincuenta céntimos. He visto unos zapatos para Liselotte en una tienda, pero cuestan cuarenta marcos. Impensable comprar nada. Querida Hanni, para facilitarnos las cosas, nos pagan la soldada en moneda polaca: cada diez días recibimos treinta złotys, que equivalen a quince marcos.

Cada día nos traen entre ochocientos y mil rusos al campo, de los que mueren entre cincuenta y sesenta diariamente. Los hombres tienen piojos —os dejo imaginar dónde—. ¡Pero arriba esos ánimos! La guerra acabará y, si Dios quiere, papá volverá sano y salvo con sus queridas mujeres.

También nuestro capitán es un campesino. Un tipo estupendo —en eso hemos cambiado con respecto al cuartel—. Se ha hecho amigo de todo el mundo. Es originario de Küpfhäuser. Cada día, tres judíos van al bosque a cortar leña para nosotros. Hablan bien el alemán.

Aquí no tenemos gran cosa que hacer. Una hora de clases, una hora y media de marcha y, por la tarde, dos horas de trabajo. Dormimos la siesta de doce a dos y media.

Querida Hanni, escríbeme en cuanto recibas mis cartas. No te lo creerás, pero hoy es sábado y no he recibido ninguna carta tuya. Me

preocupa. Estaré de guardia desde mañana a mediodía hasta el lunes a mediodía. Eso es mucho tiempo.

Quiero pensar que os encontráis bien.

Tu hombre te saluda y te besa.

P. D.: ¿Y qué hay de mi pequeña y de la mamá? Responded pronto. Yo escribo todos los días.

29

El paraíso de los sóviets

Desde el inicio de la conquista de los territorios del Este, el ejército alemán fue responsable de desbloquear las carreteras para facilitar en la medida de lo posible el desplazamiento de soldados, movilizar a la población local para organizar las cosechas destinadas a avituallar a la Wehrmacht y crear estructuras locales de ocupación, empezando por la policía local, cuyos agentes, representantes del poder alemán, se encargaban de localizar a comunistas y judíos, a todos aquellos a los que los nazis habían señalado como oponentes. Desde las primeras semanas de la invasión de la Unión Soviética la guerra ideológica se intensificó. Los soldados alemanes, como Fritz K., encontraron en la miseria de Ucrania y de Rusia la confirmación de que los tópicos nazis sobre el modelo soviético que venían circulando desde la década de los treinta eran ciertos.

Fritz K. nació en 1906, en Turingia. Trabajaba como carpintero, estaba casado y era padre de familia. Tenía carné del partido nazi. Combatió con el 6.º Ejército en el frente oriental, después de haber prestado sus servicios en Bélgica, en Francia y en Grecia. En 1943, en Stalingrado, se perdió el rastro de este suboficial.

En el Este, 17 de septiembre de 1941

Queridos todos:

Espero que hayáis recibido las dos breves cartas que os escribí durante mi viaje. En estos momentos nos encontramos en el Este. Voy a contaros todo lo que ocurre por aquí: estamos instalados provisionalmente en un cuartel en el oeste de Kiev, a la espera de lo que ocurra. El viaje ha sido tremendo. El 30 de agosto estábamos en Salónica. Después pasamos por Belgrado y Budapest para llegar a Szolnok (al sureste de Budapest). Allí tuvimos que improvisar un campamento porque los terraplenes se encontraban inundados. Esperamos dos días y, a continuación, llegamos a Iaşi, en la frontera entre Rumanía y Rusia. Al cabo de unos días de parada, recibimos nuestra hoja de ruta: había que dirigirse a Yitomir, donde nos encontramos en estos momentos. Naturalmente, tuvimos que pasar otra vez por Szolnok,[1] Cracovia, Lvov, Przemyśl[2] (se pronuncia «shimisel») y las fértiles llanuras de Ucrania. Aproveché el camino para volver a contemplar los Balcanes en todas sus facetas. No creo que vuelva a este lugar nunca más. No me apetecería nada. Esto no es ni el paraíso ni Alemania. Se suponía que era el paraíso de los sóviets, pero lo que he visto hasta ahora me ha causado una impresión horrible. En Ucrania, todavía quedan frutas y patatas en los campos. Se va a soltar a los prisioneros ucranianos para que se encarguen de la cosecha. Hemos formado una policía ucraniana, que se ocupa de limpiar la región de judíos y de comisarios,[3] así que dentro de poco ya no quedará ni una sola de estas bestias —en el poco tiempo que llevo aquí he podido comprobar que no existe otra palabra mejor para calificarlos.

No he recibido ninguna carta desde que salimos de Salónica y hace ya tiempo que no tenemos por aquí noticias vuestras. No es fácil quedarse sin recibir mensajes de los nuestros […]. Aquí me siento

mucho mejor que en Grecia. He recuperado el apetito y los víveres no escasean. Hay bastante carne. Una ternera o un buey cuestan diez RM. Increíble, pero cierto. El tiempo no es muy bueno: el cielo está cubierto, sopla viento y, de vez en cuando, llueve. Espero que en casa la meteorología esté mejor y que podáis trabajar en el campo. Las clases comienzan y nuestra pequeña Gundel vuelve al colegio. Querida mujer, tendremos que esperar un poco más para vernos. Por ahora no podemos contar con ello. Es probable que no nos encontremos antes de Navidad. Todavía queda tiempo, pero sé que no te falta valor y que no harás como esas mujeres de las que cuentan horrores los soldados que se han ido de permiso.[4] Sé que entre nosotros todo es diferente y que nuestra lealtad es mutua.

Cuidaos mucho y recibid un beso enorme.

¡Hasta pronto!

Fritz

31

Panorama desde el cielo

A su regreso de un permiso en Alemania, Karl K. (véase la carta del 21 de agosto de 1941) volvió a Creta, pasando por los Balcanes. Albania había sido invadida por las tropas italianas en la primavera de 1941. Los alemanes y los italianos iniciaron la invasión de Yugoslavia en abril de ese mismo año, lo que retrasó la «Operación Barbarroja». Los Balcanes se encontraban divididos entre las fuerzas del Eje: una parte de Serbia estaba bajo administración del ejército alemán y la otra, bajo los croatas de Ante Pavelić. La Wehrmacht nunca consiguió realmente hacerse con el control de la región. En el transcurso de la guerra, se multiplicaron los focos de la resistencia yugoslava.

Serbia, 2 de octubre de 1941

Amada mía:

Supongo que ya habrás recibido en Detmold mi primera carta desde Semlin.[1] Ayer te escribí dos notas breves, una a Detmold y otra a Basthorst.

Te describo someramente mi vuelo. Vayamos punto por punto. Primero, Berlín: al principio, me llamó mucho la atención que viniera a buscarme un «desconocido», en medio de toda aquella agitación, para conducirme hasta ti. Después llegaron los adioses. Discúlpame por haberme ido tan deprisa, pero se me hacía imposible ver cómo llorabas.

En la aduana viví mi primera experiencia agradable, que me reconfortó en aquel duro momento. Pese a que, de verdad, yo quería abrir mi maleta, un agente de aduanas me vio y me dijo: «¡Ciérrala, compañero!», y me selló la mochila y la maleta. Los pasajeros eran fundamentalmente soldados de permiso, vestidos de civil. Pero se habían quedado unas plazas libres, pese a que se dijo que había mucha afluencia de viajeros.

El amanecer fue tan hermoso que por un momento olvidé el dolor y la preocupación que sentía por ti.

En el avión no estaba muy a gusto, así que me alegré cuando el aparato se detuvo para hacer escala.

Como te explico en mi carta de Semlin, un sargento tuvo la amabilidad de venir a buscarme. Por la noche fui a un establecimiento previamente acordado para dar a mi estómago el alimento que necesitaba. Después «él» vino y me dio esperanzas, me hizo algunas preguntas y se despidió (tal cual) cuando notó que volvía a sentirme triste. Me consolé tomando unas cervezas.

Me alojo en un cuartel de Semlin. Dejé todas mis cosas en un puesto de centinelas. Encontré allí a varios compañeros de Silesia, muy simpáticos. Me acosté sobre las diez y media de la noche. Mi habitación, muy limpia, tiene colchones de muelles. Dos conductores me dieron la bienvenida como compañero de dormitorio y un joven croata me trajo tres mantas. Los chóferes están aquí desde hace varios días. No pueden avanzar debido a la inseguridad de las carreteras. En principio, tenían que marcharse al día siguiente hacia el Sur, con un convoy de vehículos blindados. Pero la situación actual de Serbia es

muy peligrosa. El ejército serbio, o lo que queda de él, se ha organizado con mucha eficacia en las montañas[2] y planifica ataques contra los coches aislados y los trenes en los que viajan los soldados de permiso. Por ejemplo, saben en qué tramos exactos el tren está obligado a avanzar a baja velocidad por la peligrosidad del terreno y aprovechan para prenderle fuego. Se ha enviado a varias secciones pequeñas de tanques para vigilar las vías y los Stuka se emplean a fondo de cuando en cuando con ciertos pueblos de montaña. En invierno cesará este desorden, porque entonces será sencillo seguirles la pista a las bandas de partisanos desde los aviones. ¡Si supieras lo fácil que es, por ejemplo, observar los detalles del paisaje desde una altura de dos mil metros! Por lo demás, esos hombres han molestado de un modo muy refinado a los aviones alemanes que volaban a baja altura.

Esto es lo que me contaron cuando ya estaba instalado en mi cómoda cama. Me quedé dormido enseguida. ¡Todavía veía ante mí los acontecimientos del día, especialmente el hermoso panorama de la ciudad y de la fortaleza de Belgrado desde el castillo de Semlin!

Dormí de maravilla. ¡Como en el mejor de los hoteles! Y sin que me molestaran los bichos. «¡Qué feliz me desperté!».[3] Todas las preocupaciones y las dificultades habían desaparecido y me sentía muy contento pensando que seguramente ya habrías hecho un examen de conciencia en la iglesia, acompañada de mamá.

Fui muy temprano al aeropuerto y allí encontré mi camión. No había nadie por los alrededores. Apenas un pájaro enorme. Así que ¡a esperar! Pronto llegó todo el grupo: un compañero muy amable —un teniente destinado al puesto de transmisiones de Belgrado con su *famulus*— y varios oficiales. La flor y la nata, en definitiva. ¿No deben infundir esperanzas a los soldados rasos? Pero fue mi sargento quien volvió a aparecer como un ángel de la guarda. Hizo entender al jefe de la escuadrilla, un teniente, que yo tenía que volar con ellos. Y fíjate lo que son las cosas, la flor y la nata se quitó de en medio. Al final volamos solo el teniente y yo, con mil quinientos kilos de cajas.

¡Mañana, más! Probablemente nos quedaremos algo de tiempo por aquí, pero escribe a Creta, por favor.

32

Guerra de nervios

Walter N., miembro del partido nazi y contable antes de la guerra, hizo el servicio militar en 1938 y, posteriormente, cuando estalló el conflicto, se incorporó al 59.º Regimiento de Artillería, en el que se quedó hasta su muerte, ocurrida en 1942, cerca de Viazma, en la región de Smolensk. El suboficial había nacido en 1915. Estaba soltero y la mayoría de sus cartas iban dirigidas a sus padres.

Cuando escribió esta misiva, se encontraba en el frente oriental. Un frío precoz había comenzado a extenderse por Ucrania. El Estado Mayor de la Wehrmacht había previsto librar una corta guerra en Rusia, que pensaba concluir antes del invierno. Pero no fue así: los hombres del Ejército Rojo demostraron una enorme tenacidad y organizaron focos de resistencia antes de retirarse. Aquellos partisanos acosaron a los soldados alemanes, que fueron perdiendo poco a poco su orgullosa seguridad en sí mismos.

En el Este, 15 de octubre de 1941

Queridos padres:

Han pasado quince días desde el inicio de las operaciones. Ya os podéis hacer una idea de lo que eso significa, con este frío. Como no hemos recibido todavía nuestros uniformes de invierno, cada soldado se las apaña como buenamente puede. Utilizamos telas y pieles o les quitamos los guantes a los prisioneros. El que todavía no lo haya hecho tendrá que prepararse para que se le congelen los huesos. Los primeros copos de nieve cayeron el 6 de este mes. Hasta ahora, nada nuevo para nosotros. Me he hecho con unas plantillas, porque no consigo calentarme los pies, ni siquiera con dos pares de calcetines. Me cuido todo lo que puedo. Desde ayer me duelen las muelas. No es nada agradable, claro, pero habrá que tomarse las cosas con paciencia. El 1 de octubre envié la última carta desde el cuartel en el que nos quedamos tres semanas. Al amanecer del 2 de octubre comenzó la ofensiva, que volvió a librarse con éxito gracias a la terrible potencia de nuestro armamento pesado. El irreprochable trabajo de los rusos despierta también aquí asombro y admiración. Los rusos son maestros en la construcción de puestos avanzados y en el camuflaje, y no nos ponen nada fácil la tarea de encadenar victorias. El primer día acudieron en masa. Y cada día la imagen se repite. Siguen resistiendo. Los bosques están todavía plagados de rusos, así que cualquier retraso involuntario supone, en la mayoría de los casos, una muerte segura. Cada día recibimos noticias de atentados. Las tropas de seguridad se establecen por todas partes, de modo que se ven continuamente bengalas que van ascendiendo poco a poco y se apagan después. A primera hora de la mañana del 2 de octubre nos leyeron el llamamiento del *Führer*. Del 2 al 4 tuvimos un tiempo excelente. En caso de que vuelvan las hostilidades, la meteorología será un aspecto crucial. El 3, a las cinco de la madrugada, atravesamos el Desná.[1] Yo creo que si nosotros hubiéramos estado defendiendo esas posiciones, no habría quien nos hubiese podido sacar de ellas. Y, sin embargo, nadie salió a luchar contra nosotros. Los Stuka provocan un miedo atroz. Sabíamos, por lo que nos habían contado, que el enemigo había sembrado el terreno de minas. Así, cada cual seguía cuidadosamente las huellas de los vehículos mañana y noche, porque apartarse de ellas podía ser

mortal. Las minas de madera son armas extraordinarias porque, como no contienen metal, es prácticamente imposible encontrarlas. Los instrumentos no sirven de mucho. Ya hemos podido comprobar las desastrosas consecuencias. Doy las gracias por esta experiencia. En la tarde del 3 de octubre tuve que salir como hombre punta y llegué a la División de Chorowia.[2] Allí vi a Köppen, un compañero de habitación del campo de entrenamiento del RAD[3] que se organizó en Bernau[4] en 1937. Ahora es mensajero. Dorles Mann sigue acompañando al general. Creo que está consiguiendo lo que se propone. Dejé mi caballo en un establo y Köppen me llevó en coche. Después oímos el discurso del *Führer* mientras la unidad estaba todavía avanzando. A mi regreso a la tropa, evidentemente, expliqué a los hombres lo que el *Führer* había dicho. Entre las ocho de la tarde y las cuatro de la mañana —de la noche del 3 al 4— nos quedamos en una pista de tierra. Hacía muchísimo frío. A continuación, retomamos la marcha. La resistencia fue importante y peligrosa, así que hubo que recurrir a los Stuka. Yo mismo lo viví el día 5, por la tarde, cuando volvieron a enviarme a la delantera como hombre punta. El resto de nuestro trayecto fue tranquilo. Nuestro avión de reconocimiento sobrevolaba en círculos. Los Stuka actuaban por delante. De repente, una bengala de una intensa luz color violeta: peligro de tanques. Inmediatamente se adoptaron todas las medidas imaginables. Cuatro hombres salieron a galope en misión de reconocimiento en una colina. Pero los Stuka ya estaban llegando. Conté 45. Descargaron su munición desde una altura aproximada de mil metros, descendiendo en picado una y otra vez. Fue un espectáculo hermoso y, al mismo tiempo, espeluznante. Pudimos comprobarlo cuando atravesamos el campo cuajado de escombros. No hay palabras para describirlo.

Las carreteras se encuentran en un estado deplorable. Una de las ventajas de las heladas es que, al menos, endurecen el barro de los caminos. Además, el hambre y el frío sacan a los rusos de los bosques. El 7 de octubre avanzamos varios kilómetros por la pista y en un

momento estábamos ya como cubiertos de canela. Es lo que tiene el polvo de barro.

Vi una iglesia que los rusos habían convertido en taller. Desolador. El día 8, el general nos informó de que se había vencido al foco de resistencia, que contaba con trescientos mil hombres. Los fuimos viendo pasar ante nosotros cada día, en grupos y más grupos. En la noche del 8 al 9 estábamos otra vez en medio de la maleza. No fue agradable. El día 9, las carreteras se encontraban en un estado tan deplorable que tuve que quedarme parado con tres vehículos. Después de cuatro horas de esfuerzos en vano, descargué la munición y fui al pueblo más cercano con los tres coches, porque era demasiado arriesgado pasar la noche en el bosque. En la mañana del día 10, intenté regresar a la antigua posición, pero los rusos ya estaban allí. Hacia las dos de la tarde, la infantería limpió aquel rincón, así que pude volver a cargar los vehículos. Llegó el momento de reunirme con la tropa. Conseguí hacerlo hacia las once de la noche. Me contaron entonces que habían matado a mi caballo. Busqué uno nuevo y, después de varios cambios, encontré un animal que todavía no ha cumplido los cuatro años. Aquí hay muchos caballos, pero son solo de tipo panje, pequeños y peludos, o animales ya agotados. Pasamos la noche del 10 al 11 en una pradera. Había una helada tremenda. El día 11, por la mañana, disparamos directamente al bosque. Al menos podíamos verlos venir. Por la tarde cambiamos de posición. Nos instalamos en el pueblo desde el que estoy escribiendo esta carta. Al principio no vimos un alma, pero poco a poco la gente fue saliendo de sus búnkeres. Les aterrorizaba pensar que podíamos incendiar sus casas. Solo había mujeres y niños. Tendríais que ver la pinta que tienen aquí las casas… De lo peor. Solo queda en pie la mitad de las construcciones del pueblo. Eso no hace más que empeorar nuestra situación y, por supuesto, también la de la población. En una habitación del tamaño de mi dormitorio nos quedamos hasta treinta y cinco o cuarenta hombres. Vamos tirando, porque no hay más remedio que hacerlo. El frío hace que todo el mundo busque refugio bajo un techo. Esta mañana hemos hecho una excelente captura: un médico

militar y un comisario, a los que, evidentemente, hemos entregado de inmediato […]. Avanzamos sin descanso desde el amanecer hasta que cae la noche. Ayer no pasó nada. Hoy he conseguido contaros todo lo ocurrido en los últimos días. No sé qué habrá sido de Schuppan. Lo vi por última vez el 3 de octubre. Era conductor de camiones en el destacamento avanzado. El 5 de octubre comprobamos lo que quedaba de su grupo. Había sufrido el ataque de los rusos. Fue terrible, de verdad. Como íbamos de paso, resultaba difícil obtener información, así que no puedo daros más detalles. Pero nunca olvidaré aquella escena. Nuestro puesto de mando fue atacado en la noche del 12 al 13. El suboficial Pfeifer estaba allí. Ofreció una magnífica defensa y ha sido nombrado comandante de los centinelas de noche. El teniente Mielke, el alférez Eggers, dos radiotelegrafistas y dos conductores perdieron la vida. Otros resultaron heridos. Sigue habiendo rusos escondidos por todas partes, pero la infantería se afana día y noche para limpiar toda la zona. Esto es todo por hoy. Espero que recibáis pronto esta carta. Aunque seguramente tardará cuatro semanas en llegar. Con todo mi cariño,

Vuestro Walter

33

Campamento en el desierto

Al igual que Robert W., Walter K. fue destinado a África como ordenanza del Afrikakorps. Nacido en 1921 en el seno de una familia de industriales católicos, se incorporó a la Wehrmacht en septiembre de 1941. En esta carta describe sus primeras impresiones de la vida en el desierto libio.

África, 20 de octubre de 1941

Queridos padres:

[…]. Ahora voy a describiros nuestra vida y nuestro servicio por aquí: nos alojamos en un tranquilo valle del desierto, no lejos de las posiciones del ejército, entre arena, piedras y espinos secos de color gris. Comparto con un compañero una tienda unipersonal, que se nos queda un tanto pequeña, pero así mantenemos mejor el calor. Al principio, muy orgullosos de tener nuestros nuevos colchones inflables, intentamos dormir sobre ellos, pero rápidamente los descartamos y buscamos algo más duro. Evidentemente, no habrá suficiente espacio como para colocar dos colchones con relleno hasta que la confrontación con nuestros vecinos del valle de abajo sea inevitable […]. Se ven tiendas de todas las formas posibles:

puntiagudas, planas, redondas, angulosas […]. En la nuestra hay una pequeña entrada, que utilizamos para guardar la ropa y la comida […].

Y ahora, os hablaré de mi nueva actividad. Como ya os expliqué en una carta, he salido del grueso de la tropa junto con un compañero, pero mi número de estafeta militar no ha cambiado. En principio, me iban a encargar tareas de escribiente, pero hasta ahora he servido como ordenanza para mi nuevo superior. Es cierto que no es un puesto especialmente envidiable, pero aún no es nada definitivo […]. Aquí la mayoría de las tareas se realizan mañana, tarde y noche. En cuanto amanece y nos despierta la trompeta, cogemos los bidones y subimos a la cocina por primera vez en el día. Desayunamos tranquilamente, fregamos los platos, hacemos las camas y aplanamos la arena. Mi compañero es conductor y, como no tiene prácticamente nada que hacer, me echa una mano. Cuando hemos terminado estas tareas, la mayoría de las veces hacemos una primera pausa, hasta la hora de comer. El almuerzo es bueno, siempre con varios platos, abundante. A menudo compartimos frutos secos y frutas en conserva, para reconciliarnos con África. Después fregamos los platos y dormimos la siesta. No puedo decir que sea un sueño bien merecido, pero de todas formas lo necesitamos. Ya estamos de un exquisito… Hacia las cinco de la tarde llega el momento de pensar en el estómago. Hay bebidas calientes, a veces un té verdaderamente delicioso. Por la noche buscamos la cena en el vehículo de avituallamiento, donde también nos dan pan y los consabidos cigarrillos. Una vez que todo está distribuido, llega el trabajo más complicado del día: cargar agua. Cuando lo hacemos entre dos es soportable. Hay casi veinte litros de bidones que llenar y transportar cada día. La mayoría de las veces se nos hace de noche cargando agua y después tenemos que comer nuestra cena a la luz de una cerilla. O sea, que nos llevamos la comida a la boca a tientas, en la oscuridad. Si nos da demasiada pereza buscar luz y ya no tenemos más hambre, lo que hacemos es irnos a dormir directamente. A menudo hace demasiado frío para sentarse y, la verdad, no es agradable hacerlo en plena oscuridad. Por lo general, no me duermo enseguida, sino que escucho la transmisión de los informes

de la Wehrmacht, que nos llega desde la tienda de al lado. Así es como nos hemos enterado de los grandes acontecimientos de Rusia y de que pronto caerá Moscú. Todos nosotros lo esperamos aquí. Por ahora, las noches son tranquilas y, si hay algo que zumba por ahí, la verdad es que no nos molesta. Hoy lo único que nos zumba es la cabeza, pero por otro motivo: la sed […].

Un saludo y muchos besos.

Vuestro Walter

30

Leningrado

El autor de esta carta, Georg F., nacido en 1915, se encontraba cerca de Leningrado cuando la escribió. Era piloto de bombardero y atacaba periódicamente la ciudad. El asedio de Leningrado —en la actualidad, San Petersburgo— comenzó el 8 de septiembre de 1941 y duró 872 días. Fue uno de los cercos más largos de la historia. Los bombardeos, el hambre y el frío acabaron con la vida de más de un millón y medio de personas, en su mayoría civiles. En noviembre de 1941, el avión de Georg F. fue abatido.

URSS, 29 de septiembre de 1941

Querida hermana, querido cuñado:

Vuelvo a dar señales de vida, por aquello de que no os quedéis demasiado tiempo sin saber de mí. Puede que estéis ya al corriente de que ahora soy jefe de aviación y comandante de un escuadrón de combate en Rusia. Hace ocho semanas que estoy aquí. Ya he derribado unos treinta aviones enemigos y he bombardeado Rusia varias noches.

En breve recibiré la Cruz de Hierro de Primera y de Segunda Clase y el Broche del Frente Aéreo como combatiente de la aviación. He

tenido que luchar contra muchos aviones enemigos para hacerme merecedor de estas condecoraciones, ¡que se han solicitado expresamente para mí!

En teoría, mi servicio aquí tenía que acabar el 1 de octubre, pero mi capitán de escuadrón ha querido conservarme a toda costa, así que, por el momento, me quedaré. Me alegro de verdad, porque me estoy divirtiendo mucho. Así pues, terminaré la guerra en este escuadrón y no tendré que regresar a Tutow.[1] Muchas noches, subo con mi buen amigo Heinkel 111[2] hasta ponerme en medio de los haces de los faros y los cañones de defensa antiaérea. Hasta ahora, mis bombas siempre han alcanzado su objetivo. Son muchas las estaciones rusas que han volado ya en mil pedazos. A veces ocurre que también el enemigo alcanza mi aparato, pero siempre consigo volver a casa. Ayer por la mañana, hacia las seis, después de haber hecho saltar por los aires un gran cuartel a las puertas de Leningrado, tres aviones enemigos me siguieron. Aquello no me gustó nada. Uno de los cazas me atacó por detrás. El proyectil disparado por su cañón atravesó la ventanilla izquierda de mi cabina y me pasó a diez centímetros de la cabeza. Inmediatamente, uno de nuestros cazas derribó a mi atacante. Fue un combate aéreo magnífico. Es frecuente que los aviones sean alcanzados, pero hay que tener suerte y, hasta ahora, la he tenido. Yo mismo estoy que ni me lo creo.

Hace dos semanas, mientras estaba sobrevolando Leningrado, hacia la una de la madrugada, alcanzaron de pleno el motor derecho de mi avión. Se incendió, pero conseguí llegar con el aparato en buen estado hasta la base. Es algo que ocurre a menudo […].

Anoche volé un gasómetro en Leningrado. ¡Imposible describir la detonación! Hubo un incendio enorme. Eso fue ayer, domingo. Despegué al atardecer, hacia las seis. Volar durante la puesta de sol… Aquí no tenemos fines de semana. En realidad, no sabemos muy bien cómo vivir. Hoy vamos a sobrevolar dos veces Leningrado. La ciudad caerá pronto. Solo atacamos los objetivos militares de importancia. No hacemos como los Tommies, que lanzan sus bombas sobre las

viviendas y que se escapan después a toda prisa.[3] Siempre trato de lanzar una bomba luminosa después de tirar las demás bombas para asegurarme de que han alcanzado el objetivo previsto. Cuando Leningrado esté en nuestras manos, iremos a Moscú. De hecho, en el mes de agosto ya bombardeé esta ciudad. Y no fue fácil: había entre setecientos y mil faros, aproximadamente, y muchos cañones de defensa antiaérea. Pero siempre se puede engañar a los rusos con largas maniobras de distracción. De hecho, disparan permanentemente a los lados, sin alcanzarnos. Como es lógico, para esto se necesita cierta experiencia.

Tengo una tripulación extraordinaria. Nos entendemos bien. Después de lanzar nuestras bombas, fumamos un cigarrillo en el camino de vuelta y vamos escuchando las noticias y música gracias al goniómetro. Nos sienta muy bien. En casa nos espera sopa caliente, café, huevos y demás. No nos falta de nada, pero tampoco nos sobra, porque, de verdad, necesitamos todo este apoyo. Por ejemplo, las primeras veces que atacamos Moscú, volamos con veinte quintales de bombas desde Königsberg.[4] Despegamos a las siete de la tarde y aterrizamos hacia las cinco de la madrugada. Diez horas de operaciones. ¡Tal vez no podáis ni haceros una idea de lo que significa estar diez horas volando! Soltamos todas las bombas. Y así cada noche. Cuando encontremos mejores aeródromos en Rusia, nos trasladaremos a ellos.

Este país es un desierto miserable. No os lo podéis ni imaginar. Un territorio sucio, habitado por hombres groseros y depravados. No quiero ni pensar qué habría sido de vosotros y de Alemania si estos bolcheviques hubieran llegado al Reich, como habían planeado. ¡Gracias a Dios, lo que ha ocurrido ha sido justo lo contrario! Si los rusos fueran un poco más humanos, si no fueran tan brutales, la guerra ya habría acabado. Pero no son hombres. Son animales. Eso sí, podéis contar con nosotros para encontrarlos, estén donde estén. Estos canallas lo incendian todo, hasta las casas de su propia gente. Lo vemos cada día.[5] Y qué imagen tan terriblemente bella cuando

sobrevolamos el frente… Del lado ruso, ciudades y pueblos ardiendo a lo largo de centenares y centenares de kilómetros. El cielo se vuelve rojo. Por debajo de nosotros se libran duros combates. Pero seguimos volando hasta el interior del país enemigo. No regresamos hasta el amanecer. Vamos en coche hasta los cuarteles. Y no es raro que se den enfrentamientos en tierra contra los rusos en desbandada. Cada noche se siguen oyendo tiros en la retaguardia. En las carreteras apartadas se ha asesinado a conductores y se ha atacado a vehículos. Para ir al baño hay que llevarse una metralleta, que también tenemos que meter en la cama en la que dormimos. La última vez que nos dispararon fue una mañana en la que íbamos de regreso. Ordené que pararan el vehículo y nos topamos con cinco de esos bandidos. Acabé cargándome a tres con mi ametralladora, porque querían tirar granadas a nuestro paso durante la detención. Pero no hay nada nuevo bajo el sol: es la guerra. Y pronto acabará aquí. Nosotros, los aviadores, nos encargaremos de ello.[6]

Tengo que terminar mi carta. Es la hora de recibir instrucciones para la misión. Después volveremos a Leningrado.

Afectuosamente,

Vuestro Georg

34

El Don apacible

Rostov del Don, una de las ciudades portuarias del Cáucaso, cayó en manos de los alemanes el 20 de noviembre de 1941, pero el 28 de aquel mismo mes el Ejército Rojo lanzó una contraofensiva que obligó a las tropas germanas a replegarse en la cercana ciudad de Taganrog. La Wehrmacht volvió a tomar Rostov el 24 de julio de 1942.

Franz S., nacido en 1919 en Nordhausen, trabajaba como banquero. Estaba soltero y, en octubre de 1940, se le llamó a filas. Sirvió en varias unidades de vehículos blindados en el sur de la Unión Soviética.

Rusia, 23 de noviembre de 1941

Queridos todos:

¡Hoy es un día de alegría! ¡Hemos recibido cinco sacos con cartas para el Estado Mayor! No es algo que ocurra todos los días. Los soldados están resplandecientes de felicidad porque casi todos han recibido cartas de casa. En esta campaña, los primeros paquetes de un kilo nos llegaron cuando estábamos cerca del frente. Gracias a Dios, ya

ha pasado la época de los paquetes de queso, como bien dijo mamá en su carta. Durante la distribución del correo, mi nombre ha sido uno de los más mencionados. Esta vez me han llegado las cartas del 23, del 24 y del 31 de octubre y dos paquetes grandes con Friwi,[1] calcetines, rodilleras, cigarrillos y caramelos. También había un paquete con mitones y plantillas de fieltro. Mamá, te mando un beso especial, porque estas cosas han llegado precisamente en el momento en que más las necesitaba. En el punto de recogida de Erfurt han tenido que volver a embalar el paquete que contenía los mitones y las plantillas porque durante el transporte se había estropeado. También he recibido un paquete de Bideaus, lo cual, naturalmente, me ha alegrado mucho. Ya me he zampado las galletas. Estaban riquísimas.

Hasta esta noche no me he dado cuenta de que es domingo. En esta melancólica soledad, los días van pasando, iguales unos a otros. Al menos, en los últimos tiempos hemos recibido buenas nuevas: la asediada Rostov ha acabado cayendo. Hacía mucho que esperábamos a las puertas de esta ciudad. Los combates han sido durísimos. Pero, al fin, Rostov es nuestra. Gracias a ella, podremos bloquear la última conexión ferroviaria que queda entre el Cáucaso y el centro de Rusia. Las consecuencias serán muy importantes. Además, los dos puentes sobre el Don, de varios kilómetros de longitud, han caído en nuestras manos y siguen en buen estado. Todavía no he podido ir a la ciudad porque mi moto no ha estado lista hasta hoy. Es un modelo diferente, pero sé que también acabaré con él. Nuestro grupo ya ha salido de la ciudad, porque nos han destinado a otro lugar. Es el variado destino del soldado: un día por aquí, otro día por allá. Pero sí que hay algo que no cambia: las chozas miserables y la indescriptible pobreza. Aún resuena en mi cabeza una expresión: ¡el paraíso de los trabajadores! ¡Con qué frecuencia se ha contado a la humanidad una mentira a través de esas palabras! Las guerras que hemos librado en el pasado pueden haber sido justas o injustas, pueden ser maquinaciones de diplomáticos, pero una cosa es segura: esta guerra contra la obra criminal del bolchevismo es un combate por una causa justa. ¡Ay de nosotros si algún día estas hordas asiáticas invaden nuestra bella Alemania…! Es imposible

describir lo que veo. Ni el cine ni la prensa conseguirán reflejarlo jamás. Solo quien haya visto con sus propios ojos la espantosa situación en la que se encuentran estos territorios puede hacerse una idea de la realidad de la URSS.

La noticia de la muerte de Wigbert Zellermann me dejó muy afectado. Era un viejo compañero. Lo conocía desde mi más tierna infancia. Es verdad que en los últimos años había mantenido un comportamiento un tanto peculiar, pero aquello era porque le faltaba el cariño de una madre. En general, era un buen compañero. Tengo todavía muy presente su imagen, tal y como lo vi por última vez, en Navidades, con su pelo rizado y rubio. La guerra es amarga. Muy amarga. Para quienes lo conocieron bien, es muy duro enterarse de la suerte que ha corrido.

Dentro de un mes será Navidad. Navidad, ¡la fiesta de la paz! Pero los seres humanos no saben nada de la paz, solo tienen en mente la guerra. ¿Dónde la celebraremos este año? Nadie lo sabe, pero hay algo seguro: que celebraremos la fiesta de Jesús en algún punto del territorio enemigo. Será mi primera Navidad en la guerra.[2] Me consuelo pensando en esos compañeros para los que esta será la segunda o la tercera vez en la que están lejos, junto a un árbol iluminado, pensando solo en la patria. Después de cinco meses de combates ininterrumpidos, estamos deseando que nos manden a la retaguardia y que nos den unas semanas de calma. Entonces podremos celebrar las Navidades con tranquilidad y alegría. Buscaremos un árbol y, cuando llegue el correo, todos nos sentiremos felices y satisfechos. Los soldados rasos se conforman con poco. Este año no podré comprar personalmente los regalos de Navidad. Ya le he escrito a Mila una carta sobre este tema, que saldrá con el próximo correo, para que haga una transferencia de cien marcos a la cuenta de papá. Por favor, distribúyelos del siguiente modo: para papá y mamá, 35 marcos (para cada uno), y para Wolf y Mathilde, 15 marcos (para cada uno). Así, cada cual podrá comprar lo que quiera, o bien papá le hará un regalo a mamá y viceversa. Wolf y el conejo enfermo también pueden

intercambiar regalos y comprar algo para los padres. Tampoco quiero daros largas instrucciones. ¡De todas formas, no sois nuevos en esto de regalar por Navidad! Ya veremos cuando vuelva a casa para hacer una inspección: comprobaré si habéis comprado cosas de calidad y a buen precio.

Os voy a contar una curiosidad: hay un tren de soldados de permiso que sale de Mariupol hacia Renania, pasando por Stálino, Dnipropetrovsk, Yitomir, Lublin, Katowice, Breslau, Dresde, Leipzig, Halle, Nordhausen, Kassel, etc. Hasta ahora no me había enterado de que se están concediendo permisos. ¡Pero solo a los de la retaguardia! Eso sí, me he reído mucho cuando me he enterado a través de un compañero de que hay transporte directo a casa. El viaje debe de durar cuatro días. Lo mismo el año que viene tenemos más suerte y podemos irnos de permiso en esta época del año. Vuestra hipótesis de que me iban a destinar al Estado Mayor del Regimiento ha resultado ser equivocada. Simplemente me asignaron la tarea de mensajero y ahora otra persona me ha sustituido.

La carta de Wolfgang del 23 de octubre me ha encantado. Parece que se ha vuelto un muchachillo valiente. Ahí lo tenemos, trepando como bombero por las bóvedas de la catedral. ¡Eso sí que es una hazaña! ¡Atención, señores! Y encima el caballero también está aprendiendo taquigrafía. ¡Seguramente ya conoce un centenar de sílabas!

En mi parroquia de la infancia, montaba un portal de Belén. Y ya que volvemos a hablar de la Navidad, aprovecho para desearos desde ya lo mejor para estas fechas, porque nunca se sabe cuánto tiempo tardará en llegar el correo. Dicho esto, hay que reconocer que ahora mismo funciona bastante bien. Que el Niño Jesús os bendiga y que su gracia ilumine al *Führer* de nuestro pueblo para que las próximas Navidades vuelvan a ser una fiesta de paz. Tened un pensamiento para mí cuando os sentéis bajo el árbol iluminado. Saludos a todos los parientes y conocidos. Me gustaría que me mandaseis sobres y una maquinilla de afeitar porque he perdido la mía. Tenedme presente en

vuestras oraciones. Espero que pronto podamos irnos de permiso.[3] Una vez más, felices fiestas y miles de besos de vuestro hijo.

Segunda parte

DE SANGRE Y HIERRO: 1942-1943

Todos nosotros debemos esperar a que, tarde o temprano, llegue nuestra hora. Nuestro futuro es cada vez más incierto. La esperanza se va desvaneciendo. Tenemos la experiencia de la guerra en el Este: o vencemos o morimos. Todos nosotros nos hemos hecho ya a la idea. Se trata de una cuestión de vida o muerte. El mundo nunca ha vivido una guerra como esta.

CARTA DE LUDWIG S. del 25 de agosto de 1942

Stalingrado está prácticamente en manos alemanas; solo el área de una fábrica y un pueblo situado junto a la ciudad siguen ofreciendo una difícil y dura resistencia. Los órganos de Stalin tocan todo el día y toda la noche, pero nuestros órganos también dejan oír día tras día su melodía.

Carta de KARL N. del 30 de octubre de 1942

35

Fiestas locales

El invierno de 1941-1942 fue especialmente duro. En el frente oriental, también fue sinónimo de inercia.

Karl N. era natural de la región del Ruhr. Estaba soltero y se había incorporado a la 16.ª División de Tanques, que lo llevó hasta el sureste de Ucrania. Ocupó los puestos de radiotelegrafista y conductor. En enero de 1942 se encontraba en Dombás, una extensa región industrial a la que se destinó también a varias decenas de miles de soldados alemanes, que esperaban allí a que terminase el invierno para retomar la ofensiva en el sur de Rusia y el Cáucaso.

Rusia, 9 de enero de 1942

Queridos padres, Willi y Lene:

En mi última carta os contaba que el vehículo volvía a estar para el arrastre y que el 6 o el 7 de enero tendría que volver al taller de reparación. Por desgracia, todavía estoy en la ciudad, esperando el tractor, pero desde entonces no he recibido ninguna carta vuestra. Ha venido un coche para traernos avituallamiento y correo para mi

compañero, pero, como me ha explicado el conductor, todavía no hay nada para mí. En fin, no sé nada de vosotros desde el 26 o el 27 de diciembre. Me podría dar por pensar que ha pasado algo, pero imagino que pronto tendré alguna explicación. Seguramente envíen mis cartas al taller. Os confirmo que he recibido el último paquete con las galletas *spéculoos* que me anunciabas en tu carta, mamá. El «señor» de la casa en la que me alojo es un joven de veinte años, huérfano de padre. Los rusos se llevaron a su madre y a su hermana y ahora él vive con una familia de refugiados, a la que ha abierto las puertas de su hogar. Si os soy sincero, no lo he pasado mal en los últimos cuatro días: cada noche ha invitado a sus amigos y a las chicas más guapas de la ciudad. Me he entendido muy bien con ellos. Hemos cantado y charlado. Algunas de las mujeres hablan alemán. Hemos jugado a un juego de mesa hasta el amanecer. Ha sido muy agradable. Anoche, un chico me dijo que, si quería, todas las chicas volverían cuando regresase al taller. Cada noche nos sentamos juntos, siete mujeres y cinco hombres, de entre dieciocho y veintidós años. Nos contamos cosas, nos presentamos y explicamos lo bonito que es Alemania en comparación con Rusia. Me he hecho muy popular en este alegre grupo. El primer día, las chicas se sentían un poco intimidadas en nuestra presencia, porque les habían contado que íbamos por ahí destrozándolo todo, como si fuésemos unos salvajes. Pero ahora, pasar tiempo juntos es algo de lo más normal. Si esta noche sigo aquí, todas vendrán, charlaremos y cantaremos al ritmo de las guitarras y de la balalaica, un instrumento maravilloso. Si tuviéramos una radio, todo sería perfecto.

Bueno, ya os he contado mi experiencia. Ahora, termino esta carta, con la esperanza de que todos vosotros estéis sanos y salvos. Un abrazo muy afectuoso de vuestro hijo Karl. Buenas noches.

36

Recital

Karl N. se encontraba aún en Ucrania oriental cuando escribió esta carta a su familia. Seguía aprovechando esos momentos de inmovilidad del frente para establecer contacto con la población local. Era un soldado raso y desempeñaba las funciones de radiotelegrafista y conductor en su unidad.

Rusia, 2 de febrero de 1942

Queridos padres, Willi y Lene:

[…] Mejor os voy a contar lo que me pasó ayer. No pude escribiros porque recibí la visita de unas «damas». Hablaban tanto, parloteaban de tal manera y hacían tantas preguntas que me fue imposible redactar una carta digna de ese nombre. Entre las chicas que vienen a verme casi a diario, hay una especialmente amable. Me pidió que pasara por su casa: tiene un gramófono y discos muy interesantes, y, como me gusta mucho la música, quise hacerle ese favor. Lo bueno es que habla algo de alemán. Así que fui a su casa en compañía de un joven ucraniano. Nos quedamos un rato. Escuchamos la música del gramófono. Muy bonito, aunque todos los discos fueran rusos. También estaba por allí un soldado, al que han destinado en la zona

para gestionar uno de los molinos de la ciudad. Lleva en él desde el mes de octubre. Aproveché la ocasión para preguntarle si conocía a alguna familia que tuviese un piano —en ruso se dice *pianino*— y, para mi sorpresa, me dijo que sí, que había una familia *volksdeutsche*[1] que disponía de uno. Como no tenía nada urgente que hacer, fui a verla. Su casa estaba a apenas doscientos metros. Cuando entré en ella, conocí, por la limpieza de la casa, que no podía tratarse de una familia rusa. Inmediatamente vi en la habitación el famoso instrumento: un piano magníficamente mantenido, con todas sus teclas y tonos perfectos, que es lo esencial. ¡Qué contento estaba de tener ante mí por fin, después de casi un año, uno de esos instrumentos! Me puse a tocar con todas mis fuerzas melodías alemanas, pero también otras ucranianas que he aprendido en los últimos meses. La mujer *volksdeutsche*, todavía muy bonita, se sorprendió al saber que conozco cantos rusos. Mi música le gustó tanto que me ha pedido que vuelva hoy. Y lo voy a hacer. ¡Quién sabe cuándo podré volver a tocar un piano! También toqué una hermosa melodía del Volga. Ella la conocía y la cantó conmigo, entusiasmada. Ya estaba amaneciendo cuando empezamos a cantar la última canción, la del farol, en la que ella me acompañó, porque también la conocía. También entoné la «Horst-Wessel-Lied»[2] […] y pensé que, tal vez pronto, las banderas de Hitler ondearán en todas estas calles. ¡Cuánto os agradezco que me hayáis hecho estudiar este instrumento! […] Hoy quiero terminar con la esperanza de que todos sigáis bien y de que pronto reciba vuestras otras cartas. Afectuosamente,

Vuestro hijo Karl, que sigue sano y salvo

37

El carcelero

La Wehrmacht capturó a millones de soldados del Ejército Rojo, que sufrieron cautiverio en condiciones terribles: en campos a cielo abierto, sin agua ni comida. Centenares de miles de ellos murieron de hambre, de frío, de epidemias o del agotamiento que les provocaban los trabajos forzados. Los soldados alemanes que se encargaban de vigilar estos campos prácticamente no daban alimentos a los prisioneros, lo que obligó a algunos de ellos a recurrir al canibalismo. En contadas ocasiones, se brindaba a los parientes de los presos la posibilidad de conseguir su libertad a cambio de participar en las cosechas o de pagar sobornos. La Wehrmacht estableció entre los prisioneros una especie de jerarquía. A los soldados judíos, los comisarios políticos y los hombres de origen asiático les esperaba una muerte segura.

Kurt H., nacido en 1904 en Berlín, ejercía la función de guardia en el Batallón de Infantería 303. Cuando escribió esta carta a su mujer, Dita, vigilaba un campo de prisioneros de guerra situado en Kovel, en el oeste de Ucrania. Este joyero (en su vida como civil) pasó la mayor parte de la guerra en Polonia y Ucrania. Se le dio por desaparecido en septiembre de 1944.

Kovel, 20 de marzo de 1942

Mi querida Dita:

Te escribo esta breve carta al calor de la estufa. El tiempo es caprichoso: volvemos a tener un frío terrible. Un día hace bueno y, al día siguiente, nos congelamos. Probablemente la meteorología se mantendrá así durante un tiempo. Ha caído muchísima nieve, pese a que la anterior ya se había deshelado. Como te escribí ayer, he recibido tu amable carta del 6 de marzo. Si Arthur estuviese aquí, andaría temblando de frío. Por cierto, todavía no me ha escrito. Pese a la temperatura, tengo la cara bronceada […]. Me gustaría tanto que me dieran un permiso… Aunque seguramente es demasiado pronto, porque estaré de guardia el 23 de marzo. Querida mía, aquí vemos cómo las mujeres se aferran a sus hombres. Hoy, dos de ellas se han acercado al campo para buscar a sus maridos, que estaban presos. Ucranianos. Las mujeres han venido a pie desde Kiev. Han caminado más de cuatrocientos kilómetros. Pero sus hombres ya no estaban en el campo. Tal vez los hayan enviado a Alemania. O tal vez ya estén muertos. Y ellas tendrán que volver a hacer ese enorme camino a pie. Quien conoce la situación de aquí sabe qué significa recorrer esa distancia por la noche, entre la nieve y el hielo. La ruta es tan larga como la que va de Königsberg a Múnich. Son extrañas, estas mujeres ucranianas. A menudo permanecen durante todo el día ante el campo solo para ver a sus maridos. Ni siquiera pueden hablarles. Y todo eso, a –20 °C o, a veces, incluso menos.[1] ¡Con el aspecto tan miserable que tienen esos hombres famélicos y harapientos…! A menudo no es un espectáculo agradable. Si no hiciese tanto frío, no dudarían en escapar. Hay que tener cuidado con esos miserables. Pero estamos acostumbrados a hacerlo. Ya no bajamos del puesto de vigilancia.

Cuando la guerra acabe, todos nosotros podremos ofrecer nuestros servicios como guardias de prisión o vigilantes nocturnos. Créeme, es

una vida bastante lamentable. Pero tendremos que quedarnos por aquí durante un tiempo, para eso nos han destinado a este lugar. Esperamos todavía a entre veinte mil y treinta mil prisioneros. No tenemos ni un minuto de descanso. Nuestros suboficiales se comportan con nosotros como si fueran los amos del universo. Pero ya no permito que me intimiden, así que estoy tranquilo. Con el tiempo, los soldados se hacen cada vez más impasibles.

Querida mía, devuélveme la bolsa cuando recibas las judías. Intentaré comprar más aquí. Me alegro de que te haya gustado el tocino. Según me has escrito, no estaba demasiado seco… ¿Creías sinceramente que me iba a zampar esa barbaridad? Pero pronto habrá huevos. Más variedad. Y todo eso, con nuestro dinero.

Amor, vuelvo a retomar esta carta. Me he tenido que marchar dos horas. Es medianoche. Todavía me quedan dos servicios, de las 3.30 h a las 5.30 h y de las 9.30 h a las 11.30 h. Después, habré acabado. Seguramente a estas horas ya estarás durmiendo en nuestra confortable cama. Las estrellas brillan. Yo he elegido a la más bella: tú. Durante estas dos horas de guardia he estado contigo. Pensaba en lo bonito que sería estar en casa, en nuestro piso, hacer todo lo que quisiéramos… Algún día será posible. No hay que dejarse llevar por el desánimo. Si no tuviera conmigo una fotografía tuya, no recordaría tu aspecto. Probablemente estés pensando: «¡Pero qué animal! ¡Ya se ha olvidado de mí!». Y no, querida mía, no es eso. Eres lo único que tengo en este mundo. Corazón, cuando vuelva a casa disfrutaré plenamente del placer de estar contigo. Me quedan muchas reservas. Hasta tendrás agujetas. Podremos hacerlo inmediatamente. Y no te voy a desvelar cómo pienso hacerlo, porque, si no, me vas a decir: «¡Ah, no, eso yo no lo hago!». ¿O te dejarás hacer? Imagino que a ti también te gustará… Antes eras algo puritana y cuando intentaba probar cosas nuevas te negabas. Estarás pensando: «Este me está tomando el pelo». No lo pienses, corazón, no tengo malas intenciones. ¿No te habrás apartado del buen camino? Aquí solo algunos compañeros se pierden: su matrimonio naufraga porque hace mucho que ellos no ven a sus

mujeres. Y no todas las esposas esperan tanto tiempo. Pero contigo, querida mía, no quiero desconfianzas. Si vieras lo que está pasando… Una mujer casada ha tenido una relación con un chico de diecisiete años, un vecino, también soldado. Ella lo invitó a su casa con el pretexto de que necesitaba a alguien que le reparara algunas cosas. Una noche, de repente, perdió la cabeza, dejó que el joven la desnudara y lo arrastró a la cama. Como podrás imaginar, ella mostró algo más que su camisa. La mujer lo provocó muchísimo, él no sabía muy bien qué hacer. Ella lo arrastró hasta la cama, se la sacó y pasó lo que tenía que pasar. Como parece que el joven quedó especialmente satisfecho, aquello se volvió a repetir dos o tres veces en la misma semana. Y es posible que ella le enseñase a hacer de todo. Un día, la madre del chico lo descubrió y puso fin a aquella historia escribiendo una extensa carta al marido. Si todavía la mujer tuviera veinticinco años, llegado el caso, podría entenderlo, ¡pero es que tenía cuarenta y un años! Gracias a Dios, no todas son así. Si no, el panorama sería muy triste. Estas son las consecuencias de la guerra. Todavía no he recibido la larga carta que me anunciaste. Sigo en plena forma. Y bien está así, lo último que queremos aquí es enfermar […]. También he recibido una carta muy divertida de Grünwald. Los tres han escrito unas líneas. Ahora estoy bastante cansado, pero es precisamente en las guardias cuando mejor podemos escribir: las noches siempre son más tranquilas; el momento ideal para organizar los pensamientos. […]

Cuídate. Mil besos y uno extra para el domingo.

Tu Kurt

38

Un nacimiento

Aloïs S. (véase su carta del 9 de junio de 1941) salió hacia el frente del Este en los primeros días de la «Operación Barbarroja». Allí tuvo noticia del nacimiento de su segundo hijo, Günter. Un tiempo después de redactar esta carta, se le concedió un permiso para que visitara a su familia, recién ampliada, en Sankt Ingbert.

En campaña, 24 de marzo de 1942

Mi querida esposa y mi querido hijo:

Hoy, después de diez días, vuelvo a escribirte. Me gustaría hacerlo más a menudo, pero no hay forma. En nuestro búnker no hay luz, aparte de la del fuego que arde en la estufa. Aunque hace mucho frío fuera, redacto esta carta al aire libre. Ahora que estoy de guardia puedo escribir sin que nada ni nadie me moleste, aunque, eso sí, tengo los dedos helados.

Estoy aquí desde hace diez días, pero la situación es bastante tranquila, aunque Rusia se encuentre a apenas ochenta metros. Al igual que nosotros, los rusos se han enterrado. Todo cambiará cuando la nieve haya desaparecido. Pero para eso aún faltan unas semanas.

Amada mía, estas últimas semanas me estabas preparando una enorme alegría. Dada la situación en la que me encuentro, me resulta difícil expresarme adecuadamente, pero confío en que me entenderás. Me ha llegado un paquete con tus cartas. Me han hecho especial ilusión las dos cartas con fotografías de ti y de nuestro pequeño Günter. No puedo describirte lo que siento cuando miro la imagen de nuestro hijo. Se me mezclan el dolor y la alegría y los ojos se me llenan de lágrimas. No me canso de mirar la fotografía. Y pienso también en todo el sufrimiento y en los sacrificios que has soportado para darme un hijo tan bonito. En cuanto se le ve, se aprende a quererlo. Cuento las horas que me separan del momento en el que por fin podré tener de verdad a nuestro segundo hijo ante mí, para estrecharlo contra mi corazón con un verdadero amor de padre.

Tenemos que sentirnos orgullosos de contar con dos hijos tan guapos y tan sanos. No olvidemos dar las gracias a nuestro Señor por este regalo y recemos también para que nos brinde su apoyo y su bendición a todos nosotros.

Al verte en la hermosa fotografía que me has mandado, han crecido todavía más mi amor y mi anhelo de verte. Es una imagen encantadora, natural y muy moderna. Sí, la verdad es que hemos olvidado la risa y la felicidad. Y, sin embargo, no hay que perder la esperanza de que un día vuelva a nosotros la alegría.

Ayer recibí también un paquete de dos libras de tu parte. ¡Qué fastidio que te hayan devuelto los otros siete paquetes! Pero bueno, al menos no se han perdido por el camino. Gracias, de todo corazón, por las cartas y por el paquete. Llevo conmigo los medallones que iban en la carta. Confío plenamente en ellos. También tengo todavía el reloj. Lo que podría necesitar es un peine y cerillas. He recibido igualmente el paquete de tu madre, voy a escribirle en estos días. Te envío directamente el dinero que me han dado aquí. Escríbeme cuando te llegue.

Tengo que acabar ahora esta carta porque tengo los dedos congelados. […]

40

Convalecencia

Aloïs S. (véanse sus cartas del 9 de junio de 1941 y del 24 de marzo de 1942) resultó herido en combate, en el frente occidental. Lo trasladaron primero a un hospital militar de Varsovia, pero después lo mandaron a Austria para que pasara allí su convalecencia. La Wehrmacht ponía todo su empeño en dejar camas libres en los hospitales cercanos al frente para estar preparados en caso de que llegasen más heridos.

Varsovia, Pascua de 1942

Mi querida esposa y mis queridos hijos:

Os escribo postrado en mi lecho, con las piernas heridas. Todavía tengo en ellas cuatro fragmentos de granada.[1] Entretanto habrás recibido mi carta del 1 de abril. Pese a mis lesiones, estoy bastante bien. Sin embargo, todavía no puedo levantarme ni caminar. La herida de la pierna derecha no es muy grave. Los dos fragmentos están un palmo por debajo de la rodilla, a un centímetro y medio de profundidad, aproximadamente. Pero los de la pierna izquierda se encuentran aún más cerca de la rodilla. Tengo las heridas inflamadas y

supurando, pero es una buena señal, porque significa que al menos el pus está saliendo. Cada dos días me cambian las vendas.

Estoy muy contento de la alimentación y del trato. Eso sí, tengo poco apetito. Como el hospital militar de Varsovia tiene que mantenerse permanentemente disponible para acoger a nuevos heridos y enfermos del frente, es muy probable que en los próximos días me trasladen a un hospital del Reich. Puedes escribirme, pero tengo miedo de que, cuando llegue tu carta, yo ya no esté aquí. Las cartas que vengan de camino con el código F.P.11890E se te devolverán desde la compañía. Lo mismo se hará con el resto del dinero que dejé en la compañía, 251 RM, creo. Mándamelo cuando lo recibas. Como no me quedaré mucho tiempo por aquí, es mejor que esperes a tener mi nueva dirección.

Esta semana, por primera vez en mucho tiempo, he bebido una buena cerveza. Aquí es posible comprar de todo, pero los precios son muy elevados. De todas formas, todavía tengo suficiente dinero. Uno se vuelve a sentir humano cuando puede lavarse y afeitarse con agua limpia. Ya no me martirizan los piojos. Por otra parte, tengo la esperanza de que me den un permiso. Por ahora me voy recuperando bien, así que no os preocupéis por nada. Ya veremos qué pasa más adelante. Confío en que los niños y tú estéis bien. Espero con impaciencia que volvamos a vernos en casa.

Un beso enorme.

Aloïs y papá

Saluda a tus padres de mi parte.

Viena, 16 de abril de 1942

Mi querida esposa y mis queridos hijos:

Hoy os escribo mi primera carta desde Viena. Habría preferido que me mandaran más cerca de casa, pero ya sabes cómo funciona esto. Al

menos estoy en suelo alemán.[2] Eso es lo que importa.

Gracias a Dios, mis heridas no son tan graves y no me dejarán secuelas molestas. Tardaré aún entre dos y tres semanas en recuperarme completamente. Aunque no sea agradable esto de estar en cama día y noche, al menos me ha permitido realizar por fin un «proceso de purificación» a fondo. Me siento bien y, con las muletas, avanzo de maravilla. Hoy ya he conseguido pasear un poco por el parque. Espero tener ocasión de visitar pronto Viena. La comida aquí no es tan buena como en Varsovia, pero no me quejo.

Todavía tengo los fragmentos de granada dentro de las heridas. Si no me dan problemas cuando camine, no me los extraerán. Por el momento, habrá que esperar a que la cicatrización se complete. En Varsovia intentaron sacarme los fragmentos. Consiguieron extraer uno de ellos, pero los otros tres están demasiado profundos.

Querida mujer, hace ya casi cuatro semanas que no recibo ninguna carta tuya. Si sigues escribiéndome con el código de estafeta militar habitual o a Varsovia, te devolverán lo que envíes. Como todavía pasaré un tiempo en Viena, puedes enviarme aquí tus mensajes, no habrá problemas. Probablemente te habrá llegado ya mi tarjeta. En cualquier caso, cada día espero recibir algo tuyo.

Espero que tú y nuestros queridos pequeños estéis sanos y salvos. Aprovecha bien este sol de primavera para tomar el aire con los niños, cuando tus obligaciones te lo permitan. Es probable que pronto me den permiso. Estoy deseándolo. No hay que lanzar campanas al vuelo todavía, pero mantengo la esperanza de que nos veamos en breve.

Termino con la ilusión de recibir pronto una carta tuya y un paquetito con algo que hayas cocinado para mí.

Un beso enorme. Siempre vuestro,

Aloïs y papá

Viena, 20 de abril de 1942

Mi querida esposa y mis queridos hijos:

Por fin se ha restablecido la comunicación: esta mañana, muy temprano, me han entregado tu carta. Su contenido ha sido una agradable sorpresa para mí. Gracias por tus bellas palabras. Te escribiré más a menudo y con más detalle, como me pides.

Yo también me alegro mucho de que la compañía me haya concedido la *Infanterie-Sturmabzeiche*.[3] Para mí, es la mejor prueba de que siempre he cumplido mi deber como soldado. Esa insignia se concede a quienes han participado en al menos tres incursiones en las líneas del enemigo. Si no se está sobre el terreno, es imposible imaginarse lo que eso significa. Qué bueno es que el tiempo haga olvidar todos esos momentos difíciles y todos esos horrores. Hace ya tiempo que salí de aquel infierno. Poco a poco vuelvo a la vida y ahora me siento de nuevo humano.

Ayer me paseé por el parque. El sol brillaba y, por primera vez en mucho tiempo, sentí algo así como alegría al contemplar todas las cosas hermosas que hay alrededor de mí. En general, estoy bastante bien. No hay novedades sobre mis heridas. Tenemos que esperar a que el proceso de cicatrización siga su curso. Si consigo caminar sin dolor, me dejarán los tres fragmentos. Pero si las heridas no se curan adecuadamente, o sea, si siguen supurando o siento dolor cuando camine, volverán a hacerme una radiografía para localizar el punto exacto en el que están los fragmentos y los retirarán. Ya lo intentaron en Varsovia, pero solo consiguieron extraer uno. El médico me ha explicado que los demás están en una zona demasiado profunda y que tendrían que seccionarme demasiados tejidos y venas. En Varsovia, la pierna izquierda me dolía muchísimo, así que me operaron haciéndome una incisión de cinco centímetros en la pantorrilla. Los

médicos descubrieron que se había creado un absceso importante. Al día siguiente el dolor era mucho menor.

Tumbado, ya no siento prácticamente nada de dolor. Solo me molesta caminar o mover la rodilla. Cada tres días las enfermeras me cambian las vendas. El médico jefe y su ayudante me examinan las heridas de vez en cuando. Así que esta es toda la información que tengo acerca del estado de mis heridas. Para todo lo demás, habrá que esperar.

Todavía no sé si me darán un permiso o si tendré que incorporarme directamente a nuestra unidad. Pero no temas: en cualquier caso, no participaré en la próxima ofensiva. Primero tendré que viajar hasta Rusia y eso llevará un tiempo. Pero ¿por qué pensar en esto ahora? El mal tiempo, el invierno, todo eso ya ha quedado atrás. Y he conseguido superarlo. Como puedes comprobar, soy duro de roer. Mi lema es «¡fuerte como un roble!».

Así que, querida mujer, ¡arriba esos ánimos! Todo irá bien. A veces, mi moral es como el tiempo: un hermoso sol de primavera brilla fuera y también en mi corazón. Tengo ganas de olvidar todo este infierno y la miseria de los últimos meses, dejar todo eso atrás, como un mal sueño. En mí renacen, poco a poco, sentimientos y sensaciones que estaban muertos. El canto inmemorial y eterno del amor resuena en mi corazón angustiado. El amor, ese que se mantiene fiel, ese que se consume en la nostalgia, es lo más hermoso que existe. La vida exterior es dura y está llena de odio, pero nosotros queremos conservar la pureza de nuestros corazones y creer en el poder omnipotente y divino del amor. Recordemos las palabras de Goethe: «¡Noble sea el hombre / compasivo y bueno!».[4]

Querida mujer, he mirado largo rato la fotografía de nuestro pequeño y adorado Günther […].

Probablemente me quedaré en este hospital hasta que me recupere. Me habría gustado que me mandaran más cerca de casa para que

pudieras venir a visitarme. Esto está demasiado lejos. Me encuentro a unos mil kilómetros de ti […].

Un beso para ti y para nuestros niños.

Aloïs y papá

39

Los cementerios de Crimea

La campaña de Crimea comenzó en septiembre de 1941. El 11.º Ejército alemán, con el apoyo del 3.er y del 4.º Ejércitos rumanos, invadió prácticamente toda la península, con excepción de la ciudad de Sebastopol, que no cayó hasta principios de julio de 1942, después de más de doscientos días de asedio. A finales de 1941, el Ejército Rojo organizó un desembarco al este de Crimea, que permitió reconquistar temporalmente la ciudad de Kerch y su península.

Reinhard B., nacido en Dresde en 1920, estaba estudiando Medicina cuando se le convocó para que se incorporase a la Wehrmacht, en 1939. Sirvió en un batallón de ingeniería militar y en otras unidades. Cuando redactó esta carta, se encontraba en Crimea. Combatió en Polonia, Rusia y el norte de África antes de que las tropas soviéticas lo apresaran. Finalizada la guerra, pudo volver a casa.

18 de abril de 1942

Queridos míos:

¡Por fin! ¡He recibido una carta vuestra por primera vez desde que estoy en Rusia! Nuestro minucioso papá me ha escrito con tanto lujo de detalles que se merece mi especial agradecimiento […].

¡Al fin hemos llegado! El viaje desde Nikoláiev[1] hasta Crimea ha durado nueve días. He visto muchas cosas. Hemos pasado por carreteras increíbles, nos hemos quedado bloqueados en el barro, hemos atravesado campos de batalla donde los duros combates habían dejado huellas evidentes… Estábamos preparados para todo, aunque, eso sí, para nada bueno. Y, sin embargo, nos hemos encontrado con una agradable sorpresa. En Crimea hemos descubierto un magnífico alojamiento en un balneario de los tiempos de los zares. Como es lógico, todavía estoy en la enfermería.[2] Hemos montado nuestras «tiendas» en un pequeño y antiguo sanatorio. Aunque falten muebles, ¡por aquí todo va estupendamente! La ciudad ha caído, intacta, en manos alemanas. Sin embargo, los rusos volvieron a desembarcar en la zona el 5 de enero, así que algunas partes de la localidad han saltado por los aires. Hoy he ido al cementerio de los héroes, en el que descansan los soldados alemanes y rumanos caídos durante ese desembarco. Evidentemente, los rusos fusilaron de inmediato a todos los civiles que habían trabajado para la administración alemana (unas dos mil personas[3]). Pero, como digo, nuestra localidad es una verdadera joya. La gente parece mucho más limpia y disciplinada que en Nikoláiev y que en el resto de Ucrania. El frente todavía no está muy cerca. En cualquier caso, el comienzo ha ido bien. Todavía no puedo daros un informe detallado porque primero tengo que familiarizarme con el lugar y con sus habitantes.

La mayor parte de la tropa aún no ha llegado. Aquí solo está el *Vorkommando*.[4] Richard y el resto de mis compañeros aún vienen de camino. Su viaje será mejor que el nuestro: desde hace unos días, se ha restablecido el ferrocarril. Dicho esto, también es verdad que verán menos cosas que nosotros. Pienso por ejemplo en esas tumbas tártaras que tanto me han impresionado…

No hay nada que podáis hacer en relación con mi dinero. Tengo que aclarar las cosas con mi jefe de contabilidad, que todavía no ha llegado. Pero pronto mandaré algo de mi soldada a casa […].

Empiezo a soñar. Creo que es porque estoy escribiendo. Espero que estéis bien en el nuevo piso. Un beso enorme.

Vuestro Reinhard

P. D.: ¿Habéis recibido todos los paquetes de Fritzlar? Todavía no me ha llegado la última carta que papi me mandó desde la tienda.

41

Cerezas griegas

Karl K., nacido en 1907 en Mecklemburgo, era hijo de un maestro cervecero. Después de estudiar Teología, Historia y Lenguas Muertas, obtuvo un doctorado en Filosofía en la Universidad de Rostock. Fue en ella donde conoció a Hildegard Kruse, con la que se casaría en 1935. La pareja se instaló en Detmold y entre 1937 y 1940 tuvo tres hijos. Miembro del partido nazi desde 1937, Karl K. se incorporó a una unidad de defensa antiaérea en 1941, con la que partió a Grecia y, después, a Creta, desde donde escribió esta carta a sus seres queridos.

16 y 18 de mayo de 1942

Querida:

Me están llegando ahora tus primeras cartas desde Detmold. Imagino que entretanto habrás vuelto a viajar a Basthorst.[1] Me habría gustado conocer más detalles al respecto, pero supongo que lo habrás contado todo en tu siguiente carta, que aún viene de camino.

Ayer —domingo por la tarde— fui a Cnosos.[2] Regresé agotado y muerto de sed, después de varias horas de caminata bajo un sol de

justicia, así que después decidí mimarme con unos huevos revueltos acompañados de guisantes. Hacía falta: el calor castiga y fatiga el *corpus*. ¡Por suerte, no hemos perdido el apetito!

El sábado fui en camión hasta la costa sur. La carretera discurría entre extensos viñedos e inmensos olivares a los pies de unas montañas de dos mil metros de altitud. Fue maravilloso, aunque también extenuante. Pasamos por el segundo yacimiento de Festos.[3] Es posible que vuelva algún día. Hice un alto en el camino para subir a una colina sobre la que se levantaba un castillo. El largo trayecto me dio un dolor de cabeza que no se me quitó en todo el día. En el camino de regreso, comimos nuestras primeras cerezas. ¡Ni te cuento la colitis que le dio a un sargento, caballero de la Cruz de Hierro,[4] después de comer cuatro frutas que habíamos recolectado con nuestras armas!

Vuelvo a tu última carta: tenías miedo de que tu vestido no me gustase. Pues te has equivocado en tus pronósticos. Además, no tienes ni idea del estado anímico en el que se encuentra un soldado que sueña con las cosas bonitas que le deparará el futuro y que desea, por lo menos, tener una imagen de ese sueño.

Afectuosamente.

Papá

42

Masacres

«Allí donde se levanta el alba del bien, perecen niños y ancianos, corre la sangre», escribe Ikónnikov en Vida y destino, de Vassili Grossman. Los nazis y sus colaboradores en los territorios soviéticos ocupados fusilaron a más de un millón y medio de judíos. Buena parte de la población civil —mayoritariamente bielorrusa— también fue víctima de las masacres cometidas ante la mirada de los soldados de la Wehrmacht.

Heinz S. se encontraba en Rusia cuando escribió esta carta a su hermana. Nacido en 1914 en Berlín, estaba soltero y había trabajado en una compañía de seguros. Parece que se incorporó a las filas de la Wehrmacht en 1942, en una unidad de ingeniería militar. Se le destinó al Grupo de Ejércitos del Centro, en Rusia. A partir de 1944, combatió en Ucrania. Sus huellas se pierden en la primavera de ese mismo año.

20 de mayo de 1942

Querida Elly:

Acabo de recibir tu carta del 5 de mayo. La respondo inmediatamente. Parece que el servicio de correos funciona de un modo irregular. Me han llegado ahora todos los paquetes de ochenta gramos que mandasteis en un mismo día desde Sarrebruck. Lo demás llegó ayer: bombones, caramelos ácidos, púdines con sacarina. Estoy encantado, porque aquí los dulces son un lujo. Eso sí, no he recibido nada del tío Alex […]. Pero no pierdo la esperanza; puede que algún día me lleguen galletas. De todas formas, ahora eso no es tan importante, porque he comido galletas de sobra en los últimos diez o catorce días. La verdad es que el avituallamiento de las tropas sigue siendo el mismo, pero he conseguido hacerme con más comida por otras vías: huevos y patatas en cantidades comparables a las que nos asignan y de una calidad aún mayor. También tengo pan y unos ciento ochenta gramos de tocino […].

El tiempo es extraordinario. Como en pleno verano. El sol brilla y, de cuando en cuando, estallan tormentas que refrescan el ambiente. Estamos así desde hace casi dos semanas. A veces ha hecho algo de frío y humedad, pero ahora el buen tiempo ha llegado para quedarse. Por lo demás, vamos a «celebrar» Pentecostés. Llevamos varios días guardando comida (grasa, carne, alcohol [1/8 l de ron cada catorce días], pan, chocolate, etc.) y productos de la cantina (cigarrillos, puros, café en grano, aguardiente, licores, etc.). Invitaremos a enfermeras de la Cruz Roja, oficiales y músicos a nuestra fiesta. Todo el mundo recibirá gratuitamente comida caliente, pasteles, bocadillos y café en grano. El tabaco y el alcohol serán de pago […]. En fin, estoy muy ocupado con los preparativos, porque me toca una vez más dirigir el coro, aunque no tenga ni idea de canto. Ensayamos todos los días, a las cinco de la tarde —o sea, la hora a la que suelo comer u organizarme en el hogar de los soldados; además, es la hora de mi tiempo libre—. Es una pena, porque precisamente ayer me perdí algunas cosas por no ir a comer con los demás: se entregaron muchos cigarrillos, que podría haber cambiado por quince huevos. Qué le vamos a hacer, la fiesta y el compañerismo requieren ciertos sacrificios.

Vuelvo a estar de guardia e intento organizar mis pensamientos mientras la radio suena bien alto. El programa que escucho ahora es muy divertido. Hoy ya han puesto varias veces mis melodías preferidas: «El pequeño postillón»[1] y «Cuatro chicas sentadas en un banco».[2]. También ha sonado «Qué bueno es ser un soldado»;[3] me recuerda a los tiempos de la guarnición. A menudo ponen músicas alemanas para bailar. Es muy duro contenerse para no saltar y destrozar el puesto. (¡Maldita sea! ¡Tenía que decirlo, no podía aguantarme callado!).

Tengo muchas cosas más que escribir —desde luego, material no me falta—, pero no me queda tiempo. Y, además, de tanto escribir uno acaba volviéndose idiota. Eso sí, te contaré algo más: imagino que habrás recibido mi texto sobre Rusia, con las comparaciones entre la Alemania nacionalsocialista y la Rusia bolchevique […]. Para escribirlo, me basé en las noticias de la población local, aunque solo den una visión aproximada. Pero esto es lo que puedo decir de Rusia en general: aquí hay grandes cantidades de comida, chocolate, alcohol y alimentos selectos. Si existe una escasez de víveres, es por las dificultades del transporte. No faltan los placeres y las diversiones. Los horarios laborales son muy adecuados y se respetan rigurosamente. Si alguien se ausenta del trabajo, se considera que ha cometido un acto de sabotaje y se le pueden aplicar sanciones graves. Está prohibido viajar y es obligatorio llevar un pasaporte en buen estado cuando se sale del distrito. La conservación de las viviendas es catastrófica y, desde el punto de vista europeo, hasta inhumana. Las carreteras están bien. Se han planificado líneas de ferrocarril y por ahora se van construyendo. La producción industrial y agrícola crece. El comercio exterior aumenta. Sin embargo, cada uno de estos avances se utiliza para fines militares.

El pueblo tiene pan y circo, pero vive pobre y deprimido porque, más allá de la comida y la diversión, le falta todo. Por ejemplo, viviendas, muebles, accesorios, objetos de uso cotidiano, ropa. Todo escasea y es caro. Aparentemente, el proletariado y los jóvenes ven

con buenos ojos al Gobierno, pero las personas mayores y quienes disfrutaron en el pasado de libertad y de un nivel de vida más alto son contrarios a él. Es interesante comparar Alemania y Rusia: se comprueba con satisfacción que el pueblo alemán, unido, sigue a su *Führer* porque sabe que él dirige esta cruel guerra únicamente con el afán de devolver la libertad a la población y de garantizarle una vida más bella, mejor. Pero Inglaterra y el capitalismo judeoplutócrata se oponen. Inglaterra apoya a Rusia no porque sienta una especial simpatía por el bolchevismo, sino porque Rusia es inferior a nosotros desde el punto de vista militar y los británicos quieren prolongar la guerra sin sufrir importantes pérdidas entre los suyos, con la esperanza de que Rusia y Alemania se destruyan entre sí. Los dos países y sus dos Gobiernos les resultan igual de odiosos. En sí, no se trata de una mala política, pero se están equivocando: nosotros estamos preparados para una larga guerra y hemos tomado nuestras precauciones en cada región. Y aunque tuviésemos que limitar aún más nuestro avituallamiento, la voluntad de victoria del pueblo no se debilitará (de hecho, he oído rumores de que en verano no se dará carne a la población y de que la cantidad de pan se va a reducir, porque, como ya se sabe, en esa estación se suele comer menos). Pero todos nosotros saldremos adelante. Seguramente este será el último verano de la contienda. No creo que tengamos que combatir otro invierno más en Rusia. Hay que vencer. Si no, las cosas se pondrán mal para nosotros. La venganza de los canallas judíos del extranjero caerá de un modo atroz sobre nuestro pueblo, porque, para dar al fin reposo y paz al mundo, aquí se ha ejecutado a centenares de miles de judíos. Cerca de nuestra ciudad hay dos fosas comunes. En una de ellas están enterrados veinte mil judíos. En la otra, cuarenta mil rusos. Podríamos sentirnos afectados, pero cuando pensamos en la gran idea que nos impulsa, nos damos cuenta de que esto ha sido necesario. En cualquier caso, la SS ha hecho su trabajo y tenemos que estarle agradecidos. Tal vez algún día comprendamos esta época en toda su amplitud. O tal vez no consigamos hacerlo nunca. Pero la Historia nos dará respuestas[4] […].

Bueno, tengo que terminar ya, si no esta carta no saldrá nunca hacia su destino. Me ha quedado bastante larga. No dudes en escribirme si hay algo que no comprendes o si te surgen preguntas […]. Estaré encantado de explicarte todo con detalle. La semana que viene te enviaré mi relato de la fiesta y demás. Hasta entonces, muchos besos también para Fred. Espero que todo os vaya bien.

Heinz

P. D.: También he escrito a papá y al tío Alex, así que no es necesario que reenvíes esta carta a Sarrebruck.

43

El horno de Gazala

Robert W. (véanse sus cartas del 31 de marzo de 1941 y del 19 de junio de 1941) participó en la batalla de Gazala —en Libia, cerca de Tobruk—, entre el 26 de mayo y el 21 de junio de 1942. Aquella fue una victoria de los ejércitos alemán e italiano. En realidad, la última: las pérdidas que sufrió Alemania en sus fuerzas blindadas resultaron tan determinantes que el Eje sufrió un importante revés en El Alamein (Egipto) en otoño de 1942.

África, 20 de junio de 1942

Querida Ingeborg:

¡Por fin puedo escribirte! Estos últimos días (desde el domingo) han sido frenéticos. El domingo asaltamos las posiciones de Gazala, atacando a los Tommies por detrás y rodeándolos. Por la noche, avanzamos en dirección al norte, hasta Via. Al amanecer, nuestra compañía ocupó la carretera con el apoyo de cuatro tanques. Colocamos allí los PAK[1] y las ametralladoras y sembramos de minas el campo. Durante toda la noche no dejaron de pasar columnas (inglesas, evidentemente) en dirección a Tobruk. Después llegó el turno de los vehículos. Cuando se acercaron lo suficiente, los primeros

PAK empezaron a rugir y las ametralladoras dispararon contra aquel nutrido grupo. La división se encontraba, con la artillería y un cañón de 8,8 centímetros, a unos seis kilómetros por detrás de nosotros, en el desierto, en la línea de las montañas. Sobre aquellos incautos recayó un fuego tremendo. Entre la carretera y el mar hay unos seis kilómetros. Todo el grupo dio media vuelta y se escondió tras las dunas. Después, los ingleses descubrieron rápidamente los cazas italianos, que en un principio volaron a ras del suelo por error. Permanecimos en la carretera durante unas dos horas y después nos relevaron dos batallones de otra división que, avanzando desde nuestra derecha, consiguieron llegar hasta donde estábamos. Llevaron la ofensiva hasta el agua, así que toda Gazala quedó ocupada.

En estos momentos, nuestra división ha dado media vuelta y se dirige hacia el sur, para cercar Tobruk. En los días posteriores se produjeron violentos combates, pero los Tommies —en su mayoría, indios— siguieron cayendo. Aunque hay que reconocer que no duermen jamás. Sus bombarderos y sus cazas nos han atacado casi hora tras hora. Como aquí no podemos escondernos, a ellos les ha tocado la parte fácil. Además, todos nuestros cazas están ocupados en el Mediterráneo. ¡Madre del amor hermoso, lo que desgasta eso! ¡Y el calor que estamos aguantando! ¡Y sin poder quitarnos ropa! Encima, vayamos donde vayamos, nos sale al paso la artillería ligera inglesa, que descarga su fuego sobre nosotros.

Hemos tenido dos trayectos nocturnos horribles. Quien no lo haya vivido, no puede ni imaginarse lo que es esto. Pero bueno, en medio de un montón de incidentes y combates nocturnos, hemos conseguido hacernos con el aeródromo de Gambut[2] y ahora estamos otra vez por detrás de Tobruk. Ayer, nuestro batallón capturó a mil seiscientos prisioneros,[3] sobre todo indios y negros.

Por lo demás, estoy bien. Espero que tú también.

Muchas gracias por la postal de las flores estivales y por la carta del cuatro de junio. Recibí ambas ayer, cuando llegó el convoy de

avituallamiento, que ha necesitado varios días para hacer el trayecto.

Os deseo que todo os vaya bien, a ti y a tus padres, y os mando un afectuoso saludo.

Y, para ti, un beso con todo el cariño de

Tu Robert

44

Un último baño

Tras una breve temporada en Rostov del Don (véase su carta del 23 de noviembre de 1941), Franz S. se desplazó hasta el sureste de Ucrania para la nueva ofensiva alemana del verano de 1942. En esta carta se dirigía a su familia, que vivía en Nordhausen. Las tropas de la Wehrmacht se estaban poniendo en marcha. El Grupo de Ejércitos del Sur (Heeresgruppe Süd) se dividió en dos: el Heeresgruppe B tomó la dirección de Stalingrado y el Heeresgruppe A puso rumbo más al sur, hacia el Cáucaso, para alcanzar los campos petrolíferos de Azerbaiyán, fundamentales para continuar la guerra.

Rusia, 5 de julio de 1942

Queridos todos:

Os envío un afectuoso saludo de domingo desde el país enemigo. Esta mañana había mucho que hacer: hemos recibido vehículos nuevos. Una vez más, hemos conseguido sobrevivir al almuerzo. No ha sido copioso, pero sí bueno. De todas formas, al cabo de dos horas volvemos a tener hambre. Me gustaría ir a tomar un baño más tarde.

No lejos de aquí hay un estanque, con agua limpia y sin barro. No sabemos cuándo volverá a repetirse esta oportunidad. Ayer por la mañana estuvimos en Stálino.[1] Nos despiojamos y nos bañamos, aunque, la verdad, no había mucha agua. Por la tarde fui al teatro, a ver una ópera rusa. Fue aceptable. El teatro en sí era un edificio enorme, similar a muchos de los que se pueden ver por todas partes en Alemania. Pero aquí solo sirve para hacer propaganda. El pueblo no tiene derecho a asistir a las representaciones. Ayer llegó el servicio de correos. Hoy también. Pero no había nada para mí. Resulta bastante extraño, considerando que, por lo general, mi nombre es el que más suena en el reparto de cartas. Tal vez la próxima vez haya más cosas para mí. ¿Cómo estáis? Espero que bien. Supongo que pasaréis el domingo en el jardín. ¿Cómo va Mathilde? ¿Puede levantarse de nuevo? Le deseo todo lo mejor. Como decía, por el momento tenemos mucho trabajo. Mañana hay prevista una larga cita. Pero forma parte de nuestras tareas. Además, tampoco pienso matarme trabajando. Sería una estupidez por mi parte. La ofensiva ha vuelto a activarse en los tramos del centro y del sur del frente. Seguramente no nos quedaremos aquí mucho tiempo. En unos días o en unas semanas tomaremos el relevo. Y sin que nos hayan dado un permiso antes. Pero evitaré repetir lo que ya os he contado en otras cartas, porque hacerlo no soluciona nada: de todas formas, no tendré permiso. Paul Grebin me ha escrito que planea venir a casa en julio. Así que voy a ser el único que no podrá irse. A alguien le tendrá que tocar ese papel. Esto es todo por hoy. Saludos a toda la familia y a nuestros conocidos. Tenedme en vuestras oraciones. Os deseo de nuevo todo lo mejor. Miles de besos de vuestro hijo.

45

Un partido de fútbol

Franz S. recibió al fin las cartas de sus allegados. En medio de los preparativos de la ofensiva, los soldados encontraban momentos para olvidar sus preocupaciones. Las tropas aprovechaban las pausas para jugar al fútbol. El cabo S. se puso en camino hacia Stalingrado con la 14.ª División de Tanques, después de haber combatido en los Balcanes y en Ucrania.

Rusia, 15 de julio de 1942

Queridos todos:

Qué alegría que el *Luftpost*[1] me haya entregado vuestra amable carta n.º 67, del 7 de julio. Muchas gracias, de todo corazón. Voy a aprovechar los pocos minutos que me quedan de la pausa del almuerzo para enviaros rápidamente estas líneas […]. Todavía me duele todo el cuerpo, por el partido de fútbol de ayer. Después de un marcador inicial de 2 a 0, conseguimos acabar 5 a 2 contra nuestra segunda artillería. Fue un partido bonito. Todos nuestros oficiales participaron en él. Desde el domingo nos han hecho ya tres propuestas. Hemos rechazado dos. Solo jugaremos el sábado, contra un equipo de cazadores alpinos. Tampoco podemos exigirnos demasiado porque no

es posible hacer grandes hazañas con la comida que nos dan. En cuanto a los permisos, el tema no es tan desesperante como lo había sido hasta ahora. En los próximos días, un grupo de cinco hombres viajará en unos vehículos que tenemos que reparar. Se ha propuesto un permiso a otros diez, entre los que estoy yo, pero al final el jefe lo ha denegado porque son los más veteranos los que tienen que irse primero y por ahora a mí me necesitan por aquí. Sin embargo, al menos ya sé que formo parte del reducido grupo de escogidos y que tal vez vuelva a casa este otoño. No quiero hacerme ilusiones, pero espero que sea así. Nunca se sabe si habrá algún convoy más que parta a casa… […] He oído que a partir de ahora podremos enviar un paquete de mil gramos al mes. Pero no nos han dado ni un céntimo para hacerlo. Sí, hay personas que lo están pasando bien en la guerra. […] Hacen viajes estupendos. Como siempre, se ve que algunos tienen más suerte que otros. Las cosas siempre serán así. Pero nos sentimos felices. Lo principal es que volvamos sanos y salvos a casa. […]

46

Un festín en el camino hacia Stalingrado

Teodor K. nació en 1924 en Hamburgo. Se hizo miembro de las Juventudes Hitlerianas y estudió Comercio antes de incorporarse a la Wehrmacht, en 1942. Todavía no había cumplido los dieciocho años cuando participó en el avance hacia Stalingrado. A principios del verano de 1942, tras dos meses de estancamiento del frente, la Wehrmacht reactivó su ofensiva en dirección al Sur. Teodor K. era entonces conductor. Posteriormente, se le nombró jefe de compañía y se le concedió el grado de subteniente. Fue capturado por el Ejército Rojo, pero tuvo la suerte de volver a Alemania después de la guerra.

O. U., 18 de julio de 1942

Queridos padres, querida Heinzi:

Aprovecho una breve pausa para escribiros unas líneas. Actualmente estamos avanzando con los tanques en dirección al Sur. Creo que nuestro objetivo provisional es Stalingrado. Al menos, eso es lo que he oído decir a los soldados de los vehículos blindados. En este tramo, los rusos se desplazan muy rápido. Es imposible seguirlos con

nuestros tanques. Y, además, nuestro trayecto no será nada corto (entre cincuenta y ciento veinte kilómetros). ¿Cuándo llegaremos a Irak?

Ayer organizamos (nosotros, los soldados del camión-cocina) un magnífico banquete. Me comí yo solito once huevos revueltos y siete con azúcar. Y un pollo asado entero con patatas nuevas (cocidas en una excelente mantequilla). Y todo ello, regado con un vino dulce ruso. ¡Ya os podéis imaginar cómo se me fue la cabeza! Solo eché de menos una cosa: nuestro alojamiento en el cuartel de los bomberos. Pero no estaremos aquí mucho tiempo, aunque aún no podamos contar con que nos trasladen en septiembre. Tal vez en octubre. He conducido mi vehículo 1326 km a través de Rusia. Y he tenido que cambiar una vez la bomba de agua. La única reparación por ahora. Es poca cosa, considerando que los coches son completamente nuevos y que hemos tenido que hacer el rodaje en las carreteras rusas. De los veinte vehículos de los que disponemos en nuestro grupo, siete se han averiado y dos han ardido por los ataques de trece tanques rusos. Los conductores pudieron salir de ellos a tiempo.

Acabo de oír que Stalingrado ha caído.[1] Ojalá sea así. Nuestros tanques se encuentran a unos días de la ciudad y no pueden continuar avanzando, debido a la falta de combustible. A menudo los vehículos de avituallamiento de gasolina se quedan bloqueados y los «Junkers 52» vuelan sin interrupción por delante, aterrizan cerca de las carreteras y toman la gasolina de los tanques. Todo depende del combustible (que encontraremos en grandes cantidades en Bakú[2]). Las municiones son una cuestión menor porque no hemos disparado mucho.

Acabo aquí. Besos.

Vuestro Teo

47

Padre nuestro

Nacido en Berlín en 1922, en el seno de una familia protestante, Siegfried W. estudió Teología y se convirtió en pastor. En noviembre de 1941, se unió al ejército. Tras prestar servicio en varias unidades de la Luftwaffe, pasó a formar parte del 30.º Regimiento de la Kriegsmarine,[1] *con la que pasó por Noruega, Finlandia y las islas del Ártico.*

El padre de Siegfried W. murió a causa de una enfermedad y dejó una mujer y dos hijos. Siegfried W. se enteró de la noticia mientras estaba en plena mar.

22 de agosto de 1942

Querida mamá:

¡Por fin he recibido una carta tuya! Mi habitación está ahora muy tranquila. Solo se oye el crepitar de la lámpara y el tictac del reloj. El ambiente tiene la solemnidad necesaria para leer tus adorables palabras, que hablan de esa enorme frontera en la que los humanos ya no sabemos nada de nosotros; el momento en el que podremos sentir si Dios es nuestro amo. En las líneas que me has escrito resuena el dolor, inmenso y profundo, que has vivido en estos dificilísimos días. ¿Sabes

lo que significa oírlo en «mi» idioma, escuchar que todo resuena y se siente, que sufrimos con la madre? Qué agradecido estoy, una vez más, de que nuestras dos manos no estén solas, de que ambos sintamos la mano de Dios, que tanto nos ha quitado y tanto nos ha dado. Más allá del duelo, en tus palabras se encuentra esa profunda fe en Dios que papá nos inculcó. Todavía no soy lo suficientemente maduro. La vida me enseñará a apreciar la dimensión de ese valor. Sí, querida mamá, ahora debes ser para mí el compañero que era papá. El «¡sé puro!» de papá será para mí la meta. Tenemos que mantenernos unidos en la fe cristiana y en la profunda armonía del alma, siguiendo el ejemplo de papá. Y como cada mediodía rezamos con papá a nuestro señor, Jesucristo, papá siempre estará junto a nosotros. Agradezco tanto lo que me dio… Me esforzaré por vivir de acuerdo con lo que él esperaría de mí.

Te acompaño en tus oraciones.

Tu Siegfried

48

Vencer o morir

Ludwig S. era músico. Había nacido en 1911 y prestaba servicios como radiotelegrafista en un departamento de información del ejército. Participaba en las representaciones teatrales que se organizaban en el frente para entretener a los soldados. Tenía mujer —Gretl—, pero aquí escribe a su hermana, que vivía en Dresde. En aquellos momentos, la Wehrmacht había retomado su ofensiva en el Este y había alcanzado el Don. A Ludwig S. se le dio por desaparecido en 1944.

En el Este, 25 de agosto de 1942

Querida hermana:

Hoy he recibido por fin tu carta del 29 de julio. El servicio de correos funciona de un modo muy irregular. Seguramente recibirás varias cartas mías antes de que te llegue esta.

Seguimos a las orillas del Don,[1] junto a las tropas húngaras e italianas.[2] ¿Sabes qué? Nuestra división no está en condiciones de combatir, pero eso no significa que nos vayan a enviar a la retaguardia. Al contrario: todo indica que pasaremos el próximo invierno aquí. Sí,

hermanita mía, ya estoy harto. Todos nosotros debemos esperar a que, tarde o temprano, llegue nuestra hora. Nuestro futuro es cada vez más incierto. La esperanza se va desvaneciendo. Tenemos la experiencia de la guerra en el Este: o vencemos o morimos. Todos nosotros nos hemos hecho ya a la idea. Se trata de una cuestión de vida o muerte. El mundo nunca ha vivido una guerra como esta. Por ahora, estamos bastante bien. Aquí el verano es agradable. Pero nos da miedo el invierno.

Te he confirmado lo del paquete con cigarrillos.

En casa, todos están bien. Gretl todavía no te ha contestado. Ya sabes que para ella escribir es un fastidio. Ya es mucho que responda a mis cartas. Pero me quiere mucho. También David me ha mandado una tarjeta. Está convaleciente en la Suiza Sajona. Le he enviado unos puros. Pero tú estás bien, y me alegro. Qué pena que Gretl se haya ido de Kronburg.[3] Va a ser difícil que se cure. Es verdad que cada cual tiene sus problemas, pero, a pesar de todo, las noticias que llegan aquí acerca del país son inquietantes. La moral en el frente va mejor. Por lo demás, no hay novedades. Te escribiré más la próxima vez. Ahora es ya medianoche.

Hasta entonces, muchos besos

De tu hermano Ludwig

49

Un otoño en Stalingrado

Franz S. llega a Stalingrado. A mediados de septiembre de 1942, el destino de esta ciudad junto al Volga aún es incierto. Su ubicación es estratégica: garantiza los suministros al Ejército Rojo y la conexión entre el norte y el sur de Rusia. Además, Hitler convierte este emplazamiento en el escenario de una batalla ideológica y simbólica: está enviando a sus tropas a combatir en la ciudad de Stalin.

Franz S. cayó en Stalingrado unas semanas después de escribir esta carta a su familia.

Ante Stalingrado, 15 de septiembre de 1942

Queridos todos:

Os envío un afectuoso saludo desde el frente. Aquí ya es otoño: un viento frío sopla a través de la estepa. Ha llegado de repente. Cae una fina lluvia y, en los agujeros cavados en la tierra, nos congelamos. Nos levantamos al amanecer porque no hay forma de dormir. Llevo casi todo el día sentado en el vehículo porque hace muchísimo viento. Tal vez la temperatura sea hoy algo más tibia, pero hemos pasado tanto frío que supongo que el invierno está a punto de llegar. Soportar un

segundo invierno en la estepa no estaba entre mis objetivos, la verdad. Ya veremos qué nos depara el futuro. Por encima de nuestras cabezas está pasando una oleada de Stuka en dirección a Stalingrado. No creo que tardemos mucho en tomar la ciudad. Ya estamos posicionados en los barrios de la periferia oeste y sur. El Volga, con una anchura de seis kilómetros, discurre ante nosotros. ¡Quién habría pensado que llegaríamos a la orilla del río sagrado de los rusos […]! Como os he explicado, no tengo esperanzas de que me concedan un permiso. Al menos, no este año. Ya hemos establecido nuestras posiciones y, además, hay unos sesenta soldados que también quieren irse. Creo que todavía tengo a unos cuarenta compañeros por delante de mí en la lista de solicitantes de permiso […]. El servicio de correos es muy lento. Evidentemente, estamos a cientos de kilómetros del país. Vuestra última carta, del 29 de agosto, ha llegado con el *Luftpost*. Probablemente el avión de correos volverá en unos días. Hace ya tiempo que he aprendido a esperar. Por lo demás, no hay novedades. ¿Cómo estáis? Mamá estará a punto de quedarse sin conservas. Pronto se recolectarán las judías y todo lo demás. ¿Qué tal han salido las manzanas este año? ¿Ha habido una buena cosecha? Aquí no se ve un arbusto en cientos de leguas a la redonda. Sí, estamos en el lejano desierto del Este.

Por ahora, esto es todo. Un afectuoso saludo para los familiares y los conocidos […]. Tenedme en vuestras oraciones. Mil besos más de vuestro hijo.

Por ahora, esto es todo.

50

Una cruz de madera

Mientras se inician los combates en Stalingrado, en el norte de Rusia continúa el asedio de Leningrado. Miles de habitantes de esta ciudad mueren de hambre. En el mes de enero de 1942, el Ejército Rojo lanza un ataque, a –45º C, y abre una brecha entre el Grupo de Ejércitos del Norte y el Grupo de Ejércitos del Centro de la Wehrmacht. Desde entonces, se suceden las ofensivas y las contraofensivas.

Rudolf K., nacido en 1913 en Zehdenick, fue comercial antes de luchar como soldado de primera en la guerra. Combatió en Francia, Polonia, Ucrania y Bielorrusia, y participó también en el asedio de Leningrado. A lo largo de la guerra, escribió unas cincuenta cartas a su mujer. Murió junto al lago Ládoga, en el norte de Rusia. Esta es su última carta, que su mujer recibió junto con la notificación de su fallecimiento.

Rusia, 23 de septiembre de 1942

Hoy hemos cambiado de alojamiento. Llueve mucho. Ya tenemos preparada la ropa de invierno. Me he adaptado bastante bien al clima, a

diferencia de mis compañeros, que lo llevan muy mal.

Espero que hayas recibido mis cartas sin problemas. Pienso en ti a menudo. Casi constantemente. Todavía no he tenido tiempo para escribirte una carta larga, y es posible que no lo tenga por ahora. Estoy bien. Espero que vosotros también.

La temperatura aquí es muy cambiante. Hace una semana todos nos quejábamos del calor. Hoy, en cambio, llevo dos jerséis, dos pares de calcetines, dos pasamontañas y guantes. Pronto nevará.

Me parece poco probable que me den un permiso en octubre para asistir a la boda de Elisabeth. De todas formas, con los tiempos que corren yo no tendría ánimo de fiesta.

Dale un beso a mis niños y diles que los quiero mucho.

Me voy a dormir.

Besos.

Tu Rudolf

O. U., 1 de octubre de 1942

Estimada señora K.:

Sentimos tener que comunicarle que su marido, el soldado de primera Rudolf K., falleció el 29 de septiembre de 1942, hacia las 16.30 h, mientras cumplía su deber militar, fiel a su bandera. Murió como un héroe por el *Führer*, el pueblo y la patria.

Aquel día se le había asignado a su esposo la tarea de intervenir como mensajero del comando de trabajo que se había enviado a las primeras posiciones. La artillería rusa atacó intensamente la zona por la tarde. Una granada explotó cerca de su marido. Uno de sus fragmentos le alcanzó en el pecho y le provocó una muerte inmediata. En cierto modo, su esposo ya no sufre, dado que la muerte le sobrevino repentinamente.

El 30 de septiembre de 1942 depositamos sus restos en el cementerio de los héroes de Kelkovo[1] (sección norte, al sur del lago Ládoga[2]), en presencia del pastor de la división. Su marido descansa junto a los compañeros que lo precedieron en la muerte.

En nombre de todos sus compañeros, quisiera transmitirle, a usted y a sus hijos, nuestro más sincero y sentido pésame por esta dolorosa pérdida. La compañía guardará de su marido un recuerdo heroico. Era un soldado leal y un buen compañero. Puedo asegurarle que yo mismo pude comprobarlo constantemente.

Ojalá la certeza de que su marido entregó su vida por la grandeza y la existencia del pueblo, del *Führer* y del Reich sea un consuelo para su profundo dolor. Le ruego no dude en escribirme si desea obtener más información acerca de su esposo. Pondré todo mi empeño en responder a cada una de sus preguntas. Tan pronto como la tumba de su marido se encuentre en condiciones adecuadas, yo mismo tomaré una fotografía de ella y se la enviaré en cuanto esté lista.

Le acompaño en el sentimiento.

S., capitán y jefe de compañía

51

Los condenados del Volga

A principios del mes de septiembre de 1942, el frente norte de Stalingrado se estabilizó. Aunque las tropas alemanas habían asestado duros golpes al ejército de Zhúkov, los rusos consiguieron ralentizar el avance de la Wehrmacht. Se produjeron entonces terribles combates en las calles, que los alemanes bautizaron como la Rattenkrieg, esto es, la «guerra de ratas». Los combatientes se vieron obligados a utilizar los sótanos y las alcantarillas, que eran las únicas instalaciones que la aviación y la artillería no habían conseguido destruir por completo. A finales del mes de septiembre, cuando Rudolf O. escribió esta carta a su familia, la bandera con la cruz gamada ondeaba en el centro urbano de Stalingrado, pero las tropas rusas se habían replegado en los barrios obreros y en los pueblos de Orlovka y Rynok.

Antes de la guerra, Rudolf O. trabajaba en la granja de su familia. Tras seguir una formación militar en Hamburgo, se incorporó al 295.° Regimiento de Artillería. Prestó sus servicios en Francia, Polonia y Ucrania y, posteriormente, participó en la batalla de Stalingrado.

Domingo, 27 de septiembre de 1942

Queridos todos:

¿Cómo estáis? Espero que bien. Todavía andamos ocupados con Stalingrado. Esto está llevando más tiempo de lo que habíamos pensado. Antes de ayer fui directamente al centro urbano. Conseguimos recuperar un cañón que se había utilizado en los combates de las calles. Aquí estamos a menos de un kilómetro del Volga. La ciudad está completamente destrozada. No queda nada en pie. Los rusos utilizan como puesto de combate cualquier casa que todavía no se haya caído y la defienden a toda costa. También nosotros estamos obligados a destruirlo todo. Hoy se ha producido otra gran ofensiva, en la que los aviones han vuelto a participar a fondo. Parece que a los rusos ya no les quedan muchos aparatos. Ya no vienen tan a menudo. Los aviadores rusos se estarán lamentando hoy: durante el ataque, dos bombarderos han bajado juntos en picado y se han estrellado. Qué buena noticia, ¿verdad? Por lo demás, no hay novedades. Estoy bien, no os preocupéis demasiado por mí. Cuando hayamos acabado con Stalingrado nos relevarán. Eso esperamos todos. Hace unos días recibí una tarjeta de mamá, del 24 de agosto, y el segundo paquete de un kilo. Muchas gracias, estaba riquísimo, me comí el último esta mañana […].

Con cariño para todos,

Vuestro Rudolf

¡Hasta pronto!

52

La impudicia

Lublin es una ciudad del sureste de Polonia. Parte de ella quedó destruida por los bombardeos. Después, las tropas alemanas fusilaron a algunos de sus intelectuales. En esta ciudad se instaló el cuartel general de la Aktion Reinhardt, para la organización del exterminio de judíos en el Gobierno General. Los judíos de Lublin se vieron obligados a dejar sus viviendas y a mudarse a un gueto. La mayoría de los 26 000 que había en total fueron deportados al campo de exterminio de Bełżec o al de Majdanek, o bien fueron fusilados.

Karl-Ludwig P. nació en 1924 en Leipzig, en el seno de una familia evangélica. En el mes de marzo de 1942, con apenas dieciocho años y tras haber obtenido el título de bachillerato, se presentó como voluntario para la Wehrmacht. Siguió una formación militar en Naumburgo, primero, y en Lublin, después, antes de incorporarse al 101.º Regimiento de Granaderos. Escribió más de trescientas cartas. La mayoría de ellas, como esta, iban dirigidas a sus padres y a su hermana Annerose. Se le dio por desaparecido el 23 de junio de 1944, en Rusia.

Lublin, 13 de octubre de 1942

Queridos padres, querida Annerose:

Muchas gracias a mami por su larga carta, que he recibido hoy y que me ha devuelto la seguridad y la esperanza. Eso sí, podría estar mejor si la decisión hubiese tardado un poco más: en tres semanas y media habremos acabado nuestra formación, solo me quedaría entonces una asignatura y, según el teniente coronel B., nunca es demasiado tarde para retirarse. Además, es verdad que vivo mejor como soldado de primera que como tirador o artillero. Pero bueno, tendré que esperar a que las resoluciones sigan el cauce jerárquico, desde Dresde hasta Lublin.

Por ahora, todo va estupendamente. El fin de semana comí muy bien. El sábado por la tarde di un pequeño paseo con un compañero por un barrio polaco, para conocer la zona. Resulta inconcebible que en una gran ciudad se vea tanta suciedad, tanto atraso, tanta basura y tanta miseria. Pero qué le vamos a hacer. ¡Esto es Polonia!

Ayer —lunes— fue un día agradable: dejamos nuestras barracas para instalarnos en apartamentos en la ciudad. Están muy bien. Cada grupo tiene un salón, un dormitorio, un cuarto de baño con agua corriente y un aseo. Aquí uno se puede sentir como en casa. No parece en absoluto que estemos en un cuartel. Anoche volví a cenar, muy bien, en el hogar para soldados.

Hoy hemos estado de servicio. Levantarse a las seis menos cuarto, tomar el desayuno durante una hora (¡en Naumburgo solo nos daban media hora!), marchar, pasar tres horas en la clase de instrucción para el combate, almorzar, ir otra hora más a clase, hacer ejercicio o entrenarse en el uso de las armas durante una hora y media, realizar las tareas del servicio, limpiar durante una hora las armas y trabajar una hora más. Cuando acabamos, son las siete de la tarde. A partir de esa hora, vuelve la paz. Por lo general, el servicio aquí es más tranquilo

que con Müller,[1] aun cuando, evidentemente, la instrucción de infantería para el combate sea cansada. Pero bueno, nosotros, los veteranos de Naumburgo, no deberíamos asustarnos.

Mami pregunta si no he encontrado a nadie que me lave los pañuelos. Sí, la verdad es que tengo a alguien: yo mismo. Ya limpié cinco pañuelos y otras cosas el sábado. No necesito calcetines, pero no diría que no a la mermelada… También podrían serme útiles unos guantes de lana, un poco de jabón de cuando en cuando y —si es posible— betún. Hay en la cantina,[2] pero es un producto polaco y una lata de lo más normal cuesta 3,50 eslotis (es decir, 1,75 RM). Por ese precio, se pueden comprar por lo menos cinco en el Reich. Pero, sobre todo, por lo que más queráis, no me enviéis camisas ni zapatos: tenemos que salir con el uniforme de servicio. Y cuando me mandéis dinero, que no sean los marcos de los soldados de permiso.[3] Puedo cambiar los otros marcos por el doble de *Gouvernementsmarken*.[4] Y, por favor, también algunas cartillas de racionamiento para conseguir alimentos grasos. No necesito nada más.

He recibido tres paquetes de Gläser que me van a venir muy bien.

Por ahora, esto es todo. Os volveré a escribir mañana o pasado.

Con todo mi cariño, también para la nueva chica,

Karl-Ludwig

Recibí dinero el domingo (justo a tiempo). ¡Muchas gracias!

53

Los órganos de Stalin

Después de pasar varios meses en Dombás (véanse sus cartas del 9 de enero y del 2 de febrero de 1942), Karl N. llegó a Stalingrado. Tras librar durísimos combates, fue capturado por el Ejército Rojo y murió en prisión. Su última carta data de enero de 1943.

Rusia, 30 de octubre de 1942

Queridos padres, Willi y Lene:

Por fin consigo escribiros unas líneas. Antes de ayer embalé un paquete con dos carretes y otro con café. Los he enviado juntos. Espero que los recibáis sin problemas. Ahora quiero escribiros desde el lugar en el que estoy metido. Hace cuatro días que estamos de nuevo en uno de los rincones más oscuros de los alrededores de Stalingrado. Nos encontramos a las puertas de la ciudad, concretamente en el pueblo de Orlovka, a la espera de recibir la artillería. No estamos realizando ninguna operación, pero se siguen oyendo detonaciones por todas partes. Imposible describir la noche de ayer. Los aviones apenas nos permiten pegar ojo, pero no provocan pérdidas importantes. Stalingrado está prácticamente en manos alemanas; solo el área de una fábrica y un pueblo situado junto a la ciudad siguen ofreciendo una

difícil y dura resistencia. Los órganos de Stalin[1] tocan todo el día y toda la noche, pero nuestros órganos también dejan oír día tras día su melodía. Ya he podido saludar a algunos compañeros de nuestra antigua unidad de artillería, que está a unos tres kilómetros del lugar en el que nos encontramos. Mirad, nuestro Harry también ha caído. Y un hombre de mi unidad. Me despedí de él el 3 de septiembre, deseándole mucha suerte. El 12 de septiembre, si no me equivoco, le envié una caja de puros, pero había muerto el 9, así que no llegó a recibirla. El combate por los últimos bloques de viviendas continúa con la misma intensidad. La población local ha tenido que dejar sus casas, así que nosotros las hemos convertido en un cómodo alojamiento. En cada vivienda dormimos veinte hombres. Ojalá las balas no nos toquen. Cuando pienso en ellas, siento terror. Por hoy no tengo ninguna novedad más que contar. Estoy bien. Espero que vosotros también. Un saludo muy afectuoso de vuestro hijo Karl […].

54

Las tinieblas

De regreso a su unidad después de haberse recuperado de sus heridas, Aloïs S. partió al frente del Este. El 25 de noviembre de 1942, los soviéticos lanzaron una ofensiva, bajo el nombre de «Operación Marte», en el saliente de Rzhev. Los combates fueron terriblemente letales. Aloïs S. murió el mismo día de aquel enfrentamiento. Estas son sus últimas cartas.

Demyakhi,[1] 5 de noviembre de 1942

Mi pequeña y amada Frieda:

Todavía no he alcanzado mi antigua unidad. Nos alojamos en el pueblo de Demyakhi, en casuchas rusas, apretados como sardinas en lata. El suelo nos sirve de cama, y la manta, de colchón. Me tapo con el abrigo. Es algo duro, incómodo, pero hay que sentirse satisfechos, y hasta alegrarse, porque al menos dormimos bajo techo. Desde ayer, está haciendo más frío, aunque todavía no hay heladas.

En estos momentos, la población civil tiene que abandonar el pueblo. Se van con sus sacos y sus paquetes hacia la retaguardia porque esperamos una ofensiva rusa de un momento a otro.

Despertarse a las 6.30 h, tomar el café a las 7.00 h, pasar revista a las tropas a las 8.00 h, realizar las tareas del servicio hasta mediodía… Y a las 15.00 h ya es de noche. Por ahora me siento bien. Todavía no tengo piojos, pero no tardarán en llegar.

Te di mi antiguo número de estafeta militar de la 8.a Compañía, el 13672E. Pero es posible que me destinen a la 4.a Compañía. En tal caso, el número sería el 11890E. Dime si has recibido todas mis cartas. Esta es la sexta que te mando. Por ahora, escríbeme solo al código de correos 13672E. Pero no me envíes paquetes hasta que te avise. Puede que tarde varios días en hacerlo.

Todo va estupendamente, no te preocupes mucho por mí. Esperaremos el siguiente capítulo con calma.

¿Qué tal las fotografías? Estoy muy impaciente por verlas. Espero que todo vaya bien por casa. Sigue siendo buena con los niños y piensa siempre en mí con amor.

Por ahora, esto es todo.

Un beso muy grande para ti y para los niños, con todo mi cariño.

Aloïs y papá

O. U., 14 de noviembre de 1942

Mi pequeña y amada Frieda:

Hoy tengo ganas de escribirte unas líneas. Por ahora estoy bien. Podría pasar todo el invierno en este lugar. Tenemos un buen búnker calentito y nos dan de comer muy bien todos los días. ¿Qué más se puede pedir? Nuestro dinero se transfiere a la cuenta de la compañía. En cuanto ahorre una cantidad importante, de unos ciento cincuenta RM, te lo enviaré.

Es fundamental que nos lavemos todas las mañanas, aunque nuestra ropa solo se lave cada ocho días. Durante el día nos quedamos

con los rusos, en sus casas, y por la noche volvemos a nuestro búnker. El sol brilla diariamente. Ahora caen heladas, pero, en comparación con la meteorología habitual en esta época del año, hace un tiempo excelente. Espero que continúe así.

¿Cómo estás tú, amada mía? ¿Y nuestros queridos hijos? No dejo de pensar en vosotros. Qué bonito sería poder estar juntos pronto… ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar todavía? No lo sabemos. Pero los dos podemos estar seguros de una cosa: nuestro amor es inmortal.

Un beso para ti y para los niños, con el corazón lleno de nostalgia.

Tu Aloïs y papá

O. U., 17 de noviembre de 1942

Mi querida esposa y mis queridos hijos:

Tengo poco tiempo para escribir, aunque la situación esté bastante tranquila. Pasamos todo el día ocupados, construyendo búnkeres, buscando leña, etc. Hacia las tres y media de la tarde ya es casi de noche y no podemos hacer gran cosa para alumbrarnos. El invierno ha comenzado. El domingo cayeron las primeras nevadas, pero todavía no hace mucho frío.

Por lo demás, me encuentro bien. Espero que vosotros estéis sanos y salvos en casa. Ojalá reciba pronto una amable carta de tu parte. Estoy tan impaciente…

Besos, de todo corazón.

Tu Aloïs y papá

En el Este, 25 de noviembre de 1942

Mi pequeña y amada Frieda:

Como tengo poco tiempo para escribirte una carta, pero no quiero hacerte esperar, te mando esta tarjeta. Sigo bien, espero que todos vosotros estéis bien también en casa.

Un beso para ti y para los niños.

Aloïs y papá

55

A los pies del Cáucaso

Después de pasar por Francia y Checoslovaquia, Heinz R. continuó la guerra en el Cáucaso. Lo destinaron al Heeresgruppe A (Grupo de Ejércitos A). Fiel a su costumbre, este vicario aprovechó su tiempo libre para visitar la iglesia de la localidad en la que se encontraba.

La Wehrmacht avanzaba rápidamente por el sur de Rusia, en el marco de la «Operación Edelweiss», y consiguió hacerse con las ciudades de Krasnodar —capital de Kubán— y Nálchik. Pero el avituallamiento, especialmente el combustible, no llegaba a las tropas con regularidad. Ante el riesgo de quedar desconectado del resto de las tropas alemanas, el Grupo de Ejércitos A tuvo que batirse en retirada tras las derrotas de Stalingrado y Járkov.

Al.,[1] 16 de noviembre de 1942

Querida Ursula:

Como hoy todavía no ha venido nadie a buscarnos, he aprovechado para pasear esta mañana por la ciudad. Las calles están espantosamente sucias. De cuando en cuando resuenan cañonazos a lo lejos, pero,

aparte de eso, todo está tranquilo. La iglesia[2] me ha atraído como un imán. Viendo el edificio, se adivina que fue construido por la Iglesia nacional de un imperio que quería hacer patente su poder en una región extranjera y musulmana. El templo es pequeño, de estilo bizantino. Está rodeado de un pequeño parque con algunos árboles de gran altura. El conjunto se encuentra cercado por una muralla con varias torres y cuatro puertas de acceso. El lugar es espléndido. Fuera del recinto hay otras pequeñas zonas verdes, y altos álamos bordean el camino principal, lo que aporta al conjunto un toque encantador. A lo largo de la muralla —curiosamente, en el exterior— se encuentran numerosas tumbas de soldados alemanes. En el cementerio, cerca de la iglesia, está enterrado un capitán rumano, junto con algunos de sus hombres caídos en el frente. Cuando entré en la iglesia, me sorprendió la cantidad de velas que estaban encendidas. El edificio se conserva bien. Da la impresión de que lo han utilizado mucho como iglesia y de que aún hoy le dan ese uso. Los frescos de las paredes, las lámparas del techo, dos enormes estufas de fundición… todo se mantiene. Lo único que falta es el iconostasio. En su lugar, los rumanos han levantado un sencillo altar con una cruz de madera. Casi parece «protestante». Frente a la cruz, hay dos pequeños iconos. Me he sentido feliz de descubrir «una iglesia viva». Pero ¿y si los rusos llegasen hasta aquí? El paraje de la iglesia domina la pequeña ciudad. Los demás edificios parecen pobres y poco interesantes. […]

18 de noviembre de 1942

Ayer, cuando me levanté, el cielo estaba despejado, así que decidí contactar por fin con la compañía. Me llevaron en un vehículo «Kübelwagen» hasta Ar. Allí me reuní primero con el teniente Herdegen en el puesto de mando. Me contó que el capitán Steinberg había vuelto hacía unos días, después de su convalecencia, pero que, de todas formas, como jefe en la reserva no desempeña ninguna

función. El batallón ha vuelto a avanzar y tiene que ocuparse de construir búnkeres. No puedo ni imaginarme que estas vayan a ser las posiciones de invierno, porque, si queremos tomar la carretera principal de Georgia y evitar así el avituallamiento de Tiflis, Or.[3] debería caer en manos alemanas. En fin, no soy estratega, así que es posible que me equivoque. Herdegen tiene proyectos de partir con un permiso y de casarse. Es un buen tipo. En cualquier caso, nos entendemos muy bien. No ha podido decirme qué será de mí. Y la verdad es que no tenía ganas de ver a Büschleb. Espero al menos tener mi 6.ª compañía —si es que aún me necesitan—. Pero me da miedo iniciar algo en este sentido.

He encontrado, junto con los hombres de apoyo logístico, un alojamiento realmente encantador y limpio, en el que me he instalado con Schaufel, mi ordenanza. La habitación estaba muy calentita cuando me acosté anoche. Hasta me tuve que quitar los calcetines y me eché sobre la cama solo con mi camisa y mi pantalón. Es bastante poco común, pero tan agradable… Por eso me quedé muy sorprendido más tarde, por la noche, al ver chinches. Las maté. Tuve que ocuparme de la ropa de entrenamiento, los guantes y la mosquitera. Después, dormí muy bien. Menos mal que por las noches llueve. Si no, el ejército ruso del aire estaría muy activo. Con la lluvia, han cesado los ataques. Esta mañana hacía un tiempo tan bueno que podían distinguirse las montañas en el horizonte. Estamos muy cerca de ellas. No lejos de aquí se levantan pequeños montes, los famosos El.[4] En esta zona se tiene la impresión de que nos encontramos ya en un paraje de plena montaña, pese a que, sencillamente, estamos solo en una extensa altiplanicie ante el macizo. Pero no iremos por allí, porque el terreno no es el más adecuado para nosotros. Será una misión para los cazadores alpinos. Es más propio de ellos. Espero con impaciencia que me llegue la ropa de invierno o todo lo que pueda venir junto con ella. Necesito urgentemente una linterna porque ya no puedo utilizar mi lámpara de carburo. Estoy contento de haber conservado todas mis cosas […].

Un saludo de todo corazón, mi querida mujer.

Tu Heinz

56

Hasta el último aliento

El 19 de noviembre de 1942, las tropas soviéticas lanzaron la «Operación Urano», una ofensiva que permitió rodear al 6.º Ejército de Paulus ante Stalingrado. Solo la aviación, que podía aún aterrizar en la bolsa que habían formado las tropas alemanas, aportaba cierto avituallamiento (muy insuficiente) y garantizaba la evacuación de los heridos. Incapaces de abrir un hueco en el ejército enemigo, las tropas de la Wehrmacht se vieron obligadas a rendirse el 31 de enero (en el caso del sector norte) y el 2 de febrero de 1943 (en el caso del sector sur).

Rudolf O. envía su última carta el 1 de enero de 1943 desde la bolsa de Stalingrado. Según uno de sus compañeros, el 22 de enero de 1943 todavía estaba vivo. Ese día, toda su unidad se rindió en la misma ciudad. Nunca se volvió a tener noticias de aquellos hombres. Es muy probable que Rudolf O. cayese en combate, o bien que muriese mientras se encontraba preso en algún campo soviético.

En campaña, 14 de diciembre de 1942

Queridos padres:

Vuelvo a escribiros una breve carta esta noche. Espero que estéis bien. En cualquier caso, yo voy bien. Llevo mucho mucho tiempo esperando recibir una carta. Ayer, por fin, me llegó la que Wilhelm me había escrito el 16 de noviembre. Ya estaba de permiso. La verdad es que ha tenido suerte de que le hayan vuelto a dar tres semanas. Todavía le faltan otras tres semanas más de permiso del frente, espero que también se las concedan. Sí, queridos, cuatro semanas esperando el correo. Es mucho, pero imagino que la espera es aún más dura para vosotros que para mí. Supongo que no habréis recibido ninguna carta de mi parte en todo este tiempo. ¿Sabéis por qué no ha pasado el servicio de correos?

Nuestro ejército ha estado rodeado por los rusos durante tres semanas enteras. Los primeros días fueron de verdadero desorden. Todo el mundo se preparaba para escapar de la bolsa. Todos los documentos secretos y los objetos superfluos se quemaron. Pero, por suerte, el *Führer* no permitió que huyésemos y nos ordenó defender la ciudad y todas nuestras posiciones hasta el último aliento.[1] Y funcionó. Hace unos días encontramos la forma de abrirnos paso en la bolsa. Los rusos han sufrido importantes pérdidas. Ahora ya no les resultará fácil tramar nada nuevo. Sin embargo, nosotros también hemos registrado cuantiosas pérdidas y todavía lo tendremos complicado durante un tiempo porque tardaremos en reorganizarlo todo. En estas cuatro últimas semanas hemos estado en contacto gracias a nuestros aviones cazadores. Las aeronaves de transporte han seguido trayéndonos material. Sobre todo, gasolina para nuestros tanques.[2] Era lo esencial, ya que al menos han podido seguir funcionando. El avituallamiento y el servicio de correos son escasos, pero continúan abriéndose camino. No tiene importancia, siempre y cuando podamos seguir matando caballos. Sin ellos, estaríamos acabados. No quedan alimentos. Pero en los próximos días dejaremos de comer carne de caballo porque llegarán los víveres y los paquetes.

No ha sido fácil celebrar Navidad en estas condiciones. También nosotros albergamos la esperanza de que todo se arregle por aquí[3] […].

Un saludo afectuoso de vuestro hijo Rudolf.

Año Nuevo, 1943

Queridos padres:

En primer lugar, os deseo un feliz año nuevo, lleno de bendiciones. Espero que hayáis pasado una excelente Nochevieja. Mis buenos deseos llegan un poco tarde, pero tenéis que perdonarme: las comunicaciones siguen mal. Queridos padres, agradecemos a Dios Todopoderoso que nos haya ayudado a todos nosotros el año pasado y le rezamos para que nos siga brindando su protección en este año nuevo que ahora empieza.

Por aquí nada ha cambiado. Aún no hemos conseguido abrirnos paso en la bolsa y no sabemos cuándo lo haremos. Esperemos que pronto. Todavía no hemos recibido las cartas de Navidad, así que aún podemos vivir con esperanza. Qué bello consuelo, ¿verdad?

A pesar de todo, por aquí reina un buen ambiente. Anoche disfrutamos de media botella de aguardiente y de tabaco. Pero este último es muy escaso. Ya no podré guardar un poco para ti, querido papá. Mis compañeros tampoco lo hacen ya. El tiempo es relativamente bueno. Hay nieve por todas partes, pero no hace tanto frío como el año pasado.

Termino esta carta enviándoos un saludo muy afectuoso.

Vuestro hijo Rudolf

Besos para todos en casa, incluido el ganso Oehus.

¡Hasta pronto!

57

Un domingo en el Reich

Wolfgang P. nació en Múnich en 1896. Gracias a sus estudios de Geografía y Zoología, viajó a Estados Unidos y China. Se afilió al partido nazi en 1934 y el 27 de agosto de 1939 la Wehrmacht lo llamó a filas. Participó en la campaña de Francia dentro del Estado Mayor de la 263.ª División de Infantería. Posteriormente, en enero de 1941, se le destinó al Departamento de Mapas de Guerra del Estado Mayor de Berlín, puesto en el que se mantuvo hasta septiembre de 1943. En esa fecha, pasó al Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B. Wolfgang P. fue repatriado en junio de 1944 debido a una herida que lo mantuvo varios meses postrado en una cama de un hospital militar. Acabó la guerra siendo comandante en la reserva.

Con su mujer, Martha, tuvo tres hijos. La pareja intercambió varios cientos de cartas durante el conflicto. Wolfgang P. se encontraba en Berlín cuando escribió estas líneas.

Alemania, 1 de febrero de 1943

Mi querida mujer:

Ayer tuve un domingo tan contemplativo y tranquilo que no conseguí redactar una carta. Por la mañana me senté cómodamente a la mesa, con un puro; despaché, revolví y ordené el correo y antes de mediodía fui donde Eichen, que esperaba, después de un buen almuerzo dominical, una invitación al cine cortesía del NSDAP —todas las salas de Berlín estuvieron cerradas al público el 31 de enero debido a la celebración del décimo aniversario, así que solo los miembros del partido y sus allegados pudieron acceder a ellas. ¡Qué regalo tan generoso!—. Vi con Eichen una película no muy buena, pero sí bastante entretenida, con Marika Rökk,[1] *Hab mich lieb*,[2] en Kurfürstendamm,[3] mientras Ernst iba con su madre a una sala del sureste de la ciudad a la que pensaba que no podía llevar al suboficial mayor. De vuelta a casa, nos tomamos un café, disfrutamos de un excelente programa de radio con Furtwängler (Brahms, Mozart, Beethoven), charlamos, cosimos (sujetándola con una hebilla) la Cruz de Guerra bajo la Cruz de Hierro y bebimos un aguardiente mezclado a la Hesselbarth. A continuación, leí la partitura entera de *Tannhäuser*,[4] sentado junto a la estufa. Fue una hermosa y tranquila jornada, que me sentó muy bien.

Hoy he recibido tu adorable carta, escrita con tanta prisa. Después he leído la de Martin H., lleno de sorpresa y dolor. ¿Cómo un hombre, un jefe de filas del partido que tiene intención de seguir siéndolo puede mantener una actitud tan patética en calidad de soldado? Y, para colmo de males, ¡exige un nuevo destino! ¡Ahora deberíamos dar nuestra aprobación a todos aquellos que en tiempos de paz insistieron en mantener una «actitud bélica» ante personas que no les habían hecho nada! ¿Cómo se puede ser tan miserable? Estoy contento de la admirable conducta de Herbert. Mi fe en él es inquebrantable. Si sigo con fuerzas es especialmente gracias a ti y al amor que me une a ti y a nuestros hijos. ¡Cuánto deberíamos agradecer a nuestros padres que nos hayan educado para un discernimiento justo y una confianza profunda! Contemplo las ideas rectas y sin mácula del nacionalsocialismo y me reconozco en ellas, no ya como un programa

de partido, sino como la expresión de la esencia alemana y de la mía propia. Tenemos que ser fuertes. Sé que estás a mi lado y que me apoyas, mi querida esposa. Recibe un tierno abrazo. ¡Gracias por ser mía, mujercita!

Tu Wolf[5]

58

La campaña de Túnez

El 8 de noviembre de 1942, los Aliados desembarcaron en las costas del norte de África. Era el comienzo de la «Operación Torch». El régimen de Vichy ofreció resistencia y, antes de rendirse el 11 de noviembre, entregó Túnez a los alemanes. Las fuerzas inglesas, estadounidenses y francesas (las tropas coloniales y las Fuerzas Francesas Libres) iniciaron entonces la campaña de Túnez contra las fuerzas del Eje. El autor de esta carta, Gottfried W., cabo primero de la Luftwaffe, participó en ella.

África, 10 de febrero de 1943

Querida Hedwig:

¡Qué alegría me dio recibir dos cartas en dos días, un saludo de Año Nuevo y una tarjeta! ¡Nunca podré agradecértelo lo suficiente! […]

En primer lugar, querida Hedwig, uno de tus hermanos está en Stalingrado. Allí los combates son muy duros, pero en estos momentos la batalla ya ha acabado. Espero que tu hermano haya salido bien parado de ella, pero es cierto que la mayoría de los soldados han sido

capturados. Sí, querida Hedwig, sé lo que eso significa. Puedo sentirme afortunado por haber conseguido un coche. De lo contrario, hoy estaría en manos de los Tommies, como dos de mis compañeros, que no llegaron a tiempo para reunirse con las tropas. Por ahora, nos encontramos en el oeste de Gabès.[1] Antes de alcanzar nuestra posición, logramos capturar a nueve ingleses. Fue una suerte que se hubieran quedado dormidos. Si no, nos habría caído una buena, porque iban armados hasta los dientes. También les echamos el guante a seis vehículos. Sí, querida Hedwig, así es la vida, pero no te preocupes. Si algo pasa, será porque Dios así lo ha querido y no podremos hacer nada contra ello. Solo la suerte podrá salvarnos. Dentro de poco, todo habrá acabado.

Así que, querida Hedwig, estás bien. Durante el día tienes tus ocupaciones y por la noche piensas en tu hermano y en mí. Habrá que esperar un tiempo para que me den un permiso. Por ahora no se lo están concediendo a nadie. Además, todos los compañeros que se habían ido con un permiso están ya de regreso y se les ha enviado a Rusia. Así que tenemos que combatir solos. Esperemos que todo salga lo mejor posible.

Querida Hedwig, me decías en tu carta que te llamase a la empresa (número de teléfono: 353), porque no quieres que tus padres se enteren. Eso me ha dado mucho que pensar. ¿De verdad son tus padres tan estrictos o tienes alguna otra razón que se me escapa y que solo tú conoces? Porque eres lo suficientemente adulta, como yo, y a mí nadie me tiene que imponer normas, sobre todo si quiero casarme. Sí, querida Hedwig, somos bastante infelices. Solo la suerte podrá salvarnos.

Pero, mi buena amiga, no te preocupes, todo irá bien. ¡Después de la lluvia siempre sale el sol! Termino esta carta deseando que estés bien.

Mil besos.

Tu Gottfried […]

59

Una amarga soledad

Ludwig K. nació en 1924 en Münster (Westfalia), en el seno de una familia católica. En octubre de 1942, tras finalizar el bachillerato, se unió a la Wehrmacht. Destinado al 91.º Regimiento de Artillería, se desplazó junto con él a Noruega y Francia. Ludwig K., soltero, escribió numerosas cartas a su familia: a su madre, a su abuela, a su padre y a su tía Lies. Es a esta última a la que dirige las siguientes líneas, redactadas en marzo de 1943.

Aunque es habitual que ante una misma experiencia, ante las dificultades y ante las alegrías comunes se suelan establecer fuertes lazos de compañerismo entre los soldados, lo cierto es que no todos los hombres de la Wehrmacht tenían la misma facilidad para integrarse.

O. U., 14 de marzo de 1943

Querida tía Lies:

Tu carta me ha hecho reflexionar durante un largo rato. Creo que juzgas desde tu perspectiva, según lo que conoces de los jóvenes. El 99% de los chicos procedentes de las clases populares —como lo

demuestra hoy la escolarización— han crecido en este entorno. Sus pensamientos y sus vidas giran alrededor del trabajo duro y la diversión. Pasan el tiempo libre en ocupaciones superficiales, es decir, mayoritariamente superficiales (espectáculos de variedades, cine) y bebiendo alcohol, un producto que aquí tiene una importancia enorme. Su sensibilidad frente a la belleza se limita casi exclusivamente a las actrices de las películas y a las chicas «bonitas».

Deberías ver lo *kitsch* que es la decoración de nuestros cuarteles y el tipo de «música» que se escucha por aquí. ¿Qué sentimientos y qué intereses tenemos en común con esta gente? Si a alguien se le ocurre intentar que sientan el placer de contemplar las bellezas de la naturaleza, inmediatamente lo ridiculizan, lo tachan de fanfarrón y de vanidoso y lo excluyen. Es muy injusto. Tal vez podría funcionar con un compañero que ya sea cercano. Pero faltaría el punto de partida, una base sobre la que empezar. El compañerismo de compartir cosas hermosas y menos hermosas, de ayudar al prójimo, no tiene nada que ver con esto. Es una evidencia. Pero para establecer un vínculo estrecho, hay que conocer y comprender al otro, es lo esencial. No es posible expresar ante los demás los pensamientos y los sentimientos más profundos. «Cerrad vuestros corazones con más cuidado que vuestras puertas», dijo Goethe en una ocasión a sus compañeros al sentirse en desacuerdo con la opinión de la masa. Es posible crear un vínculo estrecho, pero para eso hay que abrir los corazones.

Fíjate, ahora mismo, quienes han cursado estudios superiores o medios y han salido de las capas sociales instruidas al menos comparten algunos intereses y conocimientos sobre los que pueden hablar de una forma constructiva e intercambiar puntos de vista. Pero, desde el punto de vista humano, esas personas parecerán tan distantes como las demás si en casa no se les ha inculcado la sensibilidad frente a la belleza de la naturaleza y el arte, que es la sensibilidad que a mí me han enseñado.

Ludwig

60

Las pequeñas miserias del soldado

Ludwig K. no es el único que protesta por tener que adaptarse a la vida cotidiana del soldado. Hans St. nació en Berlín en 1921. Después de que obtuviera su título de bachillerato, se le envió al Reichsarbeitsdienst y, posteriormente, se le incorporó a la Wehrmacht. Cuando escribió esta carta a sus padres, el 8 de abril de 1943, aún se estaba formando en Holanda o en Bélgica (en cualquier caso, cerca de la ciudad de Amberes), antes de combatir en el 132.º Regimiento de Granaderos.

Bélgica, ocupada por las tropas alemanas desde mayo de 1940, se encontraba por aquel entonces bajo administración militar. A partir de 1943 los británicos intensificaron sus bombardeos sobre Amberes, con el objetivo de dañar las fábricas de la General Motors que colaboraban con los alemanes. Durante aquellos ataques aéreos murieron varios miles de habitantes.

Holanda, 8 de abril de 1943

Antes de ayer recibí una carta de la tía y hoy me ha llegado otra del tío Karl. No me faltan cosas que leer. Aquí tengo poco tiempo para

escribir. Empiezo contándoos la vida que llevo en estos momentos: hoy hemos caminado cuarenta kilómetros a un ritmo rápido. A las tres de la tarde ya habíamos hecho el trayecto, de siete horas. Después, en teoría, tendríamos que haber pasado una hora limpiando las armas y, a continuación, descansar. Pero no ha sido así. El U. v. D.[1] se la tenía guardada a nuestra compañía. Durante la cena, tuvimos que llevar la comida a los oficiales en el casino del pueblo, en el que ellos estaban sentados a la mesa, con platos y manteles blancos, mientras que nosotros comíamos como cerdos directamente de la olla. Al volver, cené de nuevo, pero la comida ya estaba fría porque la compañía tuvo que salir: nos habían asignado la honrosa tarea de arreglar el cuarto de los oficiales, que parecía verdaderamente una cueva en la que estuviesen durmiendo bandidos. Tuvimos que meter en los colchones toda la paja que estaba desperdigada por el suelo y también la paja sobre la que dormían. Limpiamos a fondo sillas, bancos y todo, sacudimos las sábanas y cepillamos los abrigos y demás. Para cuando terminé de cenar y de ducharme en el exterior, con una bomba de agua helada, ya eran las nueve de la noche, y a las diez teníamos que estar todos acostados en nuestra pocilga. Tengo que acabar ya esta carta. Todavía me quedan muchas cosas que escribir, pero lo haré mañana. La marcha me ha dejado muy cansado, sobre todo porque ayer estuve de guardia, vigilando las habitaciones, y no pude dormirme antes de la medianoche. Mañana nos levantamos a las cinco y media de la madrugada.

Así que, por hoy, esto es todo. Buenas noches.

Hans

Holanda, 9 de abril de 1943

Ahora son las nueve y media de la mañana. Desde las cinco y media, no he tenido ni un minuto para hacer lo que quería. He vuelto a estar de guardia en la habitación, me he encargado del café, etc. Después

hemos rellenado los colchones de paja. Estaban muy sucios. Las camas dobles de madera llegaron cuando ya habíamos limpiado todo, así que tuvimos que ponernos otra vez a organizar las cosas. El aire estaba lleno de polvo, que acababa cayendo sobre las sábanas. Me he sentido tan sucio, de los pies a la cabeza… Ni me atrevía a tocarme la cara.

Odio esto. Además, hoy llevo todo el día de mal humor. Desde que me he despertado. Y no sé por qué, si, total, ¡esto es comodísimo! Las colas después del almuerzo, el «lavado» con una bomba de agua por la mañana aguantando el viento frío y el chorro que me moja el pantalón, el miedo ante los suboficiales… Todo esto me tiene ya hasta las narices. Hace una semana que no nos cambiamos de ropa, quitando los zapatos y la chaqueta. Por suerte, la marcha de ayer no me ha dejado ampollas en los pies. ¡Qué ganas tengo de que todo esto se acabe! Todavía me queda la esperanza de que consigamos la victoria este año. A principios de esta semana hubo una gran ofensiva en Amberes. Estábamos fuera, era la hora de pasar revista con las bicicletas y vimos una cantidad enorme de aviones que volaban a gran altura. Hubo más de dos mil muertos porque no existía ningún dispositivo de alerta. Un tranvía lleno de gente explotó, las bombas alcanzaron un colegio con ciento ochenta niños[2] —todos murieron— y las grandes fábricas Michelin[3] se han ido «a tomar por culo». Pero el centro urbano no se ha visto afectado. Un compañero de nuestra habitación estuvo allí y nos ha contado cómo retiraron los escombros y cómo sacaron los cadáveres, ya rígidos. Tuvo que ser horrible.

Mañana es sábado. Tal vez vaya a Gante con mis dos compañeros de tropa, pero no es seguro. Pronto será la hora de acostarse, cagar y mear: las cosas más bonitas de la vida de un soldado. Hasta el U. v. D. pasa por ahí. Esta vez nos ha tocado un hombre tranquilo. Cuando se habla con un tono tranquilo y sin cinismo, se consigue todo. Este sitio se parece a Haasdonk,[4] pero tiene más habitantes. Por lo demás, no he tenido tiempo de ver los alrededores. El *uelte* es un pastel precioso, hecho con huevos, caramelos y *fondant*. Por supuesto, carísimo. Pero qué tenemos aparte de esto en la vida… Además, la marcha de ayer

fue muy interesante. Avanzamos por el barro como gusanos gordos bajo un típico tiempo de abril: sol, tormenta, granizo, lluvia y otra vez tormenta […]. Quería escribir también a papá y mamá, pero no va a poder ser, porque mis compañeros de habitación ya me están gritando para que apague la luz. Podéis llamarles a casa. No necesito nada, ni productos contra los piojos ni nada.

Afectuosamente,

Vuestro Hans

61

Las últimas horas del Afrikakorps

En abril de 1943, las fuerzas alemanas e italianas se replegaron en el noreste de Túnez, rodeadas por las tropas británicas y estadounidenses. Esta última etapa de la liberación del país es el principio del fin de la ocupación del norte de África por parte de los ejércitos del Eje.

Gottfried W. fue capturado por los ingleses el 12 de mayo de 1943, en los alrededores de la capital. Mientras estuvo preso, trabajó como cocinero. Posteriormente se le trasladó a una cárcel estadounidense.

Túnez, 15 de abril de 1943

Mi querida y buena Hedwig:

¡Qué alegría he sentido hoy al recibir tu carta del 4 de abril! ¡Gracias, de todo corazón! Querida Hedwig, veo que otra vez has enfermado. Conozco lo mucho que exige vuestro enorme trabajo en el país. Es fundamental que mi amada se conceda algún que otro descanso. ¿Qué pasaría si me dieran un permiso? ¿Podrías cogerte días libres o no? Mi hermano ha presentado en mi nombre una solicitud

para que me concedan un permiso para dedicarme a mi trabajo. Todo indicaba que también vendría a África, pero no se lo deseo.

Sí, querida Hedwig, no conoces todos los detalles de la situación, pero me encantaría irme de permiso hoy mismo. Sin embargo, nosotros, los de abajo, no contamos para nada. De todas formas, no pierdo la esperanza. Sin ella, nuestro Adolf nunca habría estado en Berlín con el *Duce*. Durante nuestra última retirada de la Línea Mareth,[1] los Tommies capturaron a treinta mil hombres, querida Hedwig, de los que siete mil eran alemanes. Probablemente ese es el destino que nos espera. Ojalá me acompañe la suerte del soldado y vuelva sano y salvo a casa, y pueda cumplir tu deseo, querida Hedwig. Me escribes que deberíamos pasear por un bosque bonito, solos los dos. ¿Qué pasaría si lo hiciéramos? Por ahora, te mando desde ya un dulce beso. ¡Y miles de besos más! Siempre tengo cerca tu preciosa fotografía. La estrecho contra mi pecho. Ya son las once de la noche. Seguramente estarás durmiendo. Los Tommies nos rodean y las bombas caen cerca, pero ya estamos acostumbrados a esto. Sabemos cómo acabará todo[2], así que es inútil deprimirse. Hay que dejar que pase el tiempo. Además, pronto llegará el permiso.

Esto es todo por hoy, mi querida Hedwig. La próxima vez te contaré más cosas.

Espero que estés muy bien.

Miles de besos de

Tu Gottfried

62

Pascua

Hans-Joachim S. había participado en la «Operación Barbarroja» (véase su carta del 5 de julio de 1941). Cuando escribió estas líneas, los bombardeos se hacían cada vez más intensos en Alemania, especialmente en Berlín, donde vivían su mujer y sus hijos. Este subteniente logró sobrevivir a la guerra y regresar a casa sin pasar por ningún campo de prisioneros.

O. U., 23 de abril de 1943 (Viernes Santo)

Mi querida E.:

Esta vez el rumor ha resultado tener fundamento: nos habían prometido que llegaría correo y, efectivamente, hemos recibido cuatro sacos grandes con los primeros paquetes después del bloqueo. Ya te puedes imaginar el ambiente de agitación y esperanza que había mientras se repartía el contenido. Nuestros jóvenes compañeros solteros han recibido hasta cuatro paquetes. ¡Y en qué circunstancias! Tienen muchísima correspondencia con las chicas del campo, que escriben a los «soldados desconocidos».[1] La única consigna por la que se rigen estos intercambios es «envíame un paquete con comida». Y las muchachas, fieles y sedientas de amor, mandan todo lo necesario

a un soldado leal y valiente, que dejará de ser fiel en cuanto la guerra termine —y sobre cuya conciencia recaerán varios corazones rotos—. En cualquier caso, al leer tu amable carta me sentí muy feliz. Y espero con impaciencia los dos paquetes de Pascua que vienen de camino. Querida mía, para los hombres casados, ¡el amor siempre pasa por el estómago! Pero la buena noticia es que hayas podido distraerte y divertirte en tu visita a Loose, Grothe y Hagen. Es una gente muy simpática, estoy seguro de que con ellos te habrás sentido bien y habrás olvidado un poco lo de la Chausseestrasse.[2] Eso sí, no me has dicho nada de papá y mamá. ¿Estáis en contacto? ¿Cómo va papá? ¿Ha conseguido resolverlo todo? ¿Se siente ya totalmente bien?

Leo una y otra vez tus cartas, las llevo siempre conmigo, hasta que llegue otra vez el servicio de correos y me traiga otras nuevas que guardar en mi caja de correspondencia. Sé que no tendré respuesta antes de una semana, pero no importa. En este Viernes Santo, pienso especialmente en vosotros, en ti, en Klaus y en Thusnelda. Qué bonito fue ese día en el que fuimos a la Ópera y escuchamos la sabia predicación del buen Gurnemanz…[3] La alegría pascual ha despertado. Hasta la naturaleza renace por Pascua y se hacen planes para el verano. Por el momento, en este radiante Viernes Santo, estoy sentado fuera, al aire libre. Miro al lejano horizonte y pienso en lo difícil que será el verano. ¡Aquí estamos tan atareados! La pista de aquí al lado está cubierta de polvo por las filas y filas de coches que siguen avanzando. El cielo zumba constantemente. Nuestros Stuka vuelan de una operación a otra. Los vemos cargar sus bombas y despegar. Siempre los contamos con mucho cuidado para comprobar que todos vuelven. El informe del ejército[4] tiene razón, seguramente: no hay pérdidas.

El cumpleaños del *Führer* ya ha pasado[5] y los ataques aéreos que tal vez hayan afectado a Berlín se estarán sufriendo ahora en Stettin y Rostock. Tenemos que presionar a los británicos. ¡En el Oeste, los bombardeos han provocado ya una destrucción terrible! Pero tengo todas mis esperanzas puestas en los japoneses. Es posible que ya estén

atacando a Rusia[6] y que, durante una gran ofensiva en dos frentes, les demos el golpe de gracia a los rusos.

Querida mía, cuando recibas esta carta habrá pasado Pascua, pero mando mis mejores deseos pascuales a todas las personas a las que quiero. Sobre todo a mi querida suegra y al abuelito. Aunque solo te escriba a ti, pienso a menudo en ellos, en el apoyo fiel e incansable que siempre nos han dado. Después de la guerra, me encargaré de ayudarles en sus duras tareas y obligaciones y de hacer lo posible para que el abuelito y mami puedan tomarse unas horas o unos días de descanso y ocio.

Os saludo a todos en este Viernes Santo maravilloso y soleado, aunque esté muy muy lejos de vosotros.

Vuestro papi

63

Una viuda rusa

Antes de la guerra, Georg S. trabajaba como empleado de correos. Nacido en 1908, estaba casado y tenía dos hijos. Era miembro de la SA y del partido nazi y en 1942 se incorporó al 88.º Regimiento de Granaderos. Tras un período de formación en Francia, fue destinado al frente oriental.

Después de la derrota de Stalingrado, las tropas de la Wehrmacht retrocedieron en Ucrania, pero la contraofensiva que llevaron a cabo entre febrero y marzo de 1943 en Járkov les permitió retomar el control de esta ciudad.

Rusia, 9 de mayo de 1943

Querida mami y queridos hijos:

Hoy pienso especialmente en ti, querido Gerd, porque celebras tu cuarto cumpleaños y papá no puede estar contigo. Cuídate y te convertirás en un jovencito grande y bueno. Este mediodía hemos tenido un almuerzo de cumpleaños, en el que había hasta *götterspeise*.[1] Nuestra Madka[2] me da mucha pena: su marido ha caído en Stalingrado y ahora ella está sola, con tres hijos. Lo único que le queda

son sus campos de girasoles. El otro día vi a su pequeña (de un año) mordisquear una patata cocida. Se le cayó varias veces en el barro, pero la recogió y siguió comiéndosela. Son cosas que ya no puedo soportar. Ayer me estaba comiendo mi cena fuera, en la puerta, y el niño de cuatro años se me acercó. Me miraba con unos ojos tan suplicantes —pero sin exigirme nada, sin impertinencia alguna— que corté una rebanada de pan, la unté con mantequilla y se la di a Madka para sus niños. La mejor recompensa es que recibí a cambio una mirada de gratitud. Hoy le he dado unas patatas y algo de *götterspeise* para sus pequeños. No es porque no me guste la comida o porque ya esté saciado. Es que sé que yo me las puedo apañar. A veces me pregunto si todos los cristianos que van a misa actúan igual. De todas formas, los niños están fuertes y sanos. No tienen ninguna maldad. Deberías ver cómo viven. Seguramente antes estaban mejor. Ayer había tres huevos (hasta hace poco nos daban cinco), artículos de cantina, unos cincuenta cigarrillos y un paquete de tabaco. Como ves, no me estoy echando a perder. En la tarjeta de antes de ayer te pedía un pastel. ¿Crees que podré comerlo sin peligro catorce días más tarde? ¡Yo pienso que sí! Porque el pastel de patata nunca se queda demasiado seco. Hoy nos hemos enterado de que pronto tendremos que construir puestos de defensa alrededor de nuestro pueblo (Tchepel),[3] lo que significa que nos vamos a quedar aquí un tiempo y que defenderemos a toda costa nuestras posiciones. De hecho, se prevé una ofensiva de los soviéticos. (Madka acaba de pasar, sonriente. Tiene unos treinta y seis años. Creo que me aprecia mucho). Aquí hay pocas mujeres y chicas (los rusos se las han llevado con ellos). Aun así, seis soldados —pero no de nuestra compañía— se han cogido una gonorrea. Nunca pensé que las mujeres de la zona estuviesen tan infectadas. Aprecio los placeres mundanos, pero sé decir que no.

Aquí hace un calor horrible. Bebemos café y té, mientras quede, ¡pero qué será de nosotros cuando tengamos que utilizar la cantimplora! […]

10/05/1943, diez de la mañana

Ya estoy levantado para echar este mediodía tu carta a correos. He soñado que examinaban mi documentación en el puesto de mando de la compañía y que allí me explicaban que tenía que cogerme todavía tres semanas de permiso y me preparaban inmediatamente un salvoconducto para mi permiso. Después de eso, me desperté… ¡Estaba furioso! Por otra parte, cuando se liquida un tanque de Iván,[4] se tiene derecho a cuatro semanas de permiso especial. Veremos si con nosotros mantienen esta norma. Pero hay pocas posibilidades de que un tanque se acerque hasta nosotros: estamos separados de los rusos por una especie de tierra de nadie llena de pantanos. Ayer, cuando estábamos en el puesto, oímos tiros y gritos a cierta distancia. A primera hora de esta mañana nos hemos enterado de que una retaguardia enemiga había atacado una de nuestras cocinas de campaña.[5] Dimos la alerta al resto de nuestra compañía, que peinó la zona, aunque sin éxito. Dos caballos muertos, dos hombres muertos, otros dos heridos y el quinto, capturado como prisionero. Mira, quería enviarte todo mi dinero, pero finalmente he pensado que es más prudente que me quede unos marcos. Hoy te mando diez marcos, un sello para el correo aéreo y otros dos sellos más de autorización del correo militar. Me las voy a apañar con el correo aéreo para que recibas esta carta. Por lo demás, todo va bien. Tengo bastante apetito, pero la media pieza de pan que se reparte cada día calma mi hambre.

Espero que estéis bien. Mis tres hijos queridos, vuestro papá os manda un abrazo y un beso enorme desde lejos.

He estado toda la noche pensando en vosotros porque desde el último incidente se ha reforzado la vigilancia y no hay relevos. Esta carta ya es bastante larga, ¿verdad?

No se permite enviar por correo aéreo cartas que sobrepasen los diez gramos. ¡Por eso solo meto cinco marcos!

64

Prisioneros en pantalón corto

El conflicto en el norte de África acabó en el mes de mayo de 1943 con la victoria de las fuerzas aliadas. Varias decenas de miles de soldados alemanes e italianos fueron hechos prisioneros. Walter K. estaba entre ellos. Lo trasladaron a un campo de internamiento estadounidense y después, en 1947, a Francia. En el mes de agosto de 1948 pudo volver a casa.

África, *POW camp*,[1] 8 de junio de 1943

Queridos padres:

Por fin tengo un momento de alegría: puedo daros buenas noticias. Estoy sano. Eso sí, tengo ciertos altibajos de ánimo. Ya me habían aparecido en Libia y, claro, no me iban a desaparecer justo ahora que soy *prisoner of war*[2] bajo el mismo cielo. ¿Dónde os pensáis que estoy? Seguimos en un extravagante rincón del mundo, moviéndonos con nuestra imaginación, no más listos que vosotros, pero sí maldiciendo el calor que nos hace insoportable hasta vestir con pantalones cortos. Sería maravilloso poder daros una dirección permanente. Pero debemos tener paciencia. En las circunstancias actuales, la esperanza de recibir las primeras cartas de casa por

Navidad se desvanece día tras día. Espero y deseo, de todo corazón, que estéis bien y que no os preocupéis inútilmente. Eso es lo que me ayuda a aguantar todo con más facilidad. Nuestras conversaciones giran en torno a la patria, a lo bonita que debe de estar en esta época del año. Lo único bueno de estos días oscuros en los que erramos y esperamos son los desplazamientos ocasionales de un campo a otro, durante los que podemos contemplar un paisaje extraordinario. Gerhard sigue siendo mi fiel compañero. Es una suerte que los colegas de nuestra antigua división estén también conmigo.

Por desgracia, tengo que terminar aquí. Hasta pronto.

Con todo mi cariño,

Walter

65

Bacanal

Hans St, que seguía en Flandes (véase su carta del 8 de abril de 1943), celebró una fiesta con sus compañeros cuando finalizó su formación militar y se preparaba ya para salir hacia el frente. En esta carta describe a su familia con todo lujo de detalles las enormes borracheras de los soldados alemanes en las que participa.

Kalken, 27 de julio de 1943

Sí, queridos, ¡ha llegado el gran día! El pequeño St. se va a la guerra. Como ya presentía, cuando volvimos anoche todo estaba ya recogido. Hemos tenido que dormir vestidos, sin sábanas, porque esperábamos recibir de un momento a otro la orden para marchar. Por ahora, seguimos aquí. Es probable que nos vayamos esta noche. ¿Hacia dónde? Los rumores apuntan a Rusia, Orel, los Balcanes o Italia. Tengo el presentimiento de que no iremos a Rusia, aunque muchos signos indiquen lo contrario. Si al final es así, todo irá bien. ¡Iré con gusto! Hoy he recibido correo de Grünwald,[1] entre el que se encontraba vuestra carta del 22 de julio. Parece que no estáis al corriente de lo que hago, y eso que os he escrito a menudo. En vista de

la situación actual, no tiene sentido que os vuelva a describir la agotadora semana de entrenamiento de las tropas. He hecho la mayor parte de la larga caminata en ómnibus. ¡Por aquello del ejercicio! ¡Solito! ¡Y sin que nadie se dé cuenta! Ayer estábamos por aquí como si el Vesubio fuera a volver a entrar en erupción, como en *Los últimos días de Pompeya*.[2] Cuando llegamos ayer, ya se oían a lo lejos los mugidos de la compañía borracha. La cantina había hecho un inventario (porque teníamos que devolver todo el dinero belga, un crédito): cerveza, aguardiente, vino… Cantidades enormes de cigarrillos, mermelada, sucedáneo de miel, tabaco… La cocina se encontraba en un estado que hacía pensar que habían pasado por ella hordas de vándalos. Lo mismo se puede decir de los dormitorios. La mitad de los hombres había pasado la noche en el exterior, los otros se habían acostado en medio del campo, en pelotas, incapaces siquiera de levantarse. ¡Qué borrachera! Vomitaron por todas partes, sobre las literas, y el vómito chorreó desde las camas de arriba hasta el suelo. Ahora está todo empapado. Los borrachos rompieron las sillas, las lanzaron al tejado, se pelearon, se golpearon y se amenazaron con las pistolas cargadas, porque había que salvar el pellejo. Ni en una batalla se vería semejante pelea. Un ambiente formidable e inhabitual al que, sin saber qué hacer, me vi arrastrado. Tuve que beber, fumar, robar, molestar a las chicas del pueblo, que creo que desde ayer no tienen demasiados motivos para reírse… Todas las cervecerías están llenas, hay botellas tumbadas por todas partes. No hay riesgo de ver a los oficiales con sus esposas. A veces se asoman a las ventanas de nuestro alojamiento, sonrientes, y observan el follón y las refriegas de las habitaciones. Los cartuchos estallan en el techo o se les extrae la pólvora para quemarla sobre la mesa. No os podéis ni imaginar el panorama. Como todo esto aún está muy fresco, aprovecho para escribirlo antes de olvidarlo. Así podré leer más tarde esta descripción tan realista. Con el efecto de la borrachera, los suboficiales se pusieron a lloriquear. Nos hemos convertido en los mejores compañeros del mundo, se han lanzado abrazarnos.

El sargento de la compañía dejó que lo afeitaran en la cantina. Tocamos la harmónica, cantamos… Los chicos gritaban de dolor en el retrete porque habían comido kilos y kilos de peras… Llevamos veinticuatro horas borrachos y apenas hemos comido nada. En la ebriedad, debatimos de política. Todos se alegran de que el final de la guerra esté próximo. Vaya agitación. ¡Si los permisos hubieran llegado una semana antes! Ayer, en Gantes, no encontré Corot, pero en su lugar compré para Karl una jarra de leche en cobre y con el interior de estaño, muy bonita. No tenía suficiente dinero, la aparté para hoy, pero todavía no he podido recogerla. En realidad, ya no me queda dinero. Esta mañana he vendido en el pueblo todas mis cartillas de racionamiento para alimentos y para tejidos de lana o las he cambiado por carne en lata y caramelos para el viaje, y también por una libra de mantequilla para Oehlmann. Además, os he mandado tres paquetes: champiñones en conserva de Francia, un libro, velas, pudin, mantequilla, una bolsa entera de azúcar avainillado Oetker, treinta bolsitas de especias Imperial y diez de pimienta. Con eso, se me ha ido todo el dinero. Serán los últimos paquetes en mucho tiempo. Apostaría lo que sea a que iremos al sur de Francia o al norte de Italia. ¿Acertaré? No sé de dónde ni cuándo partirá esta carta. Lo fundamental es que la recibáis y que estéis informados de lo que pasa […]. Mis camisas están bastante sucias y yo mismo también lo estoy. ¡Cruzad los dedos por mí! Voy a hacerlo todo muy bien. Me he entrenado mucho. Saludos a todos de mi parte. Volveré a escribiros en cuanto pueda. Saludos a todos. Cuidaos mucho. Imagino al *Duce* murmurando en su ventana: «*Leckt mich am Arsch*».[3] Ojalá todo esto acabe pronto.

Saludos.

Hans

66

Una viuda alemana

Después de haber pasado un tiempo en las proximidades de Járkov (véase su carta del 9 de mayo de 1943), Georg S. muere durante la batalla de Kursk, en Rusia. Uno de sus compañeros de armas anuncia el fallecimiento a la esposa.

En el Este, 29 de julio de 1943

Estimada señora S.:

Después de que la compañía le haya informado de la muerte repentina de su querido esposo, he querido darle detalles de la terrible desgracia sufrida por Georg, mi mejor compañero desde que salí hacia el Este, y cumplir así lo que él mismo me pidió que hiciera. Ha sido una dura pérdida, tanto para usted como para nosotros, sus fieles compañeros. Como se esperaba desde hacía tiempo y como se confirmó gracias a las declaraciones de los prisioneros, los rusos lanzaron una importante ofensiva contra nuestras posiciones. El sábado 17 de julio de 1943, por la mañana, entre las 4.30 h y las 5.30 h, atacaron a nuestra sección, empleando muchísima artillería y lanzagranadas. En aquel momento, Georg y yo nos encontrábamos cincuenta metros por delante, tumbados en los agujeros de los puestos

de escucha, con un espacio entre nosotros de cincuenta metros. La lluvia de impactos fue tan intensa que no podíamos comunicarnos. Cada cual se protegía en su agujero como podía. Teníamos la orden de retroceder esos cincuenta metros y replegarnos en nuestras posiciones de retaguardia en caso de que los rusos atacaran. Georg había ido hacia atrás y se encontraba de pie ante la trinchera. Estaba a punto de saltar en ella para protegerse cuando, de repente, una granada cayó a solo medio metro por detrás de él y explotó. Los fragmentos le entraron con tal fuerza en el pie izquierdo y la espalda que perdió el conocimiento. Y antes de que pudiéramos acercarnos a él, se había dormido para siempre. Fue una muerte hermosa, rápida y sin dolor, pero muy amarga para todos los que le lloramos. No solo usted está profundamente conmocionada por esta terrible pérdida. También lo estamos nosotros, los compañeros de su grupo. Todos nos sentimos a su lado porque casi todos tenemos la edad de Georg y hemos dejado atrás mujeres e hijos. Reciba nuestro más sincero y profundo pésame. Todos los compañeros de Georg le saludan, especialmente su fiel Erwin P.

67

Noches en París

Muchos soldados de la Wehrmacht participaron en la ocupación de Francia. El autor de esta carta, Lenz M., se encontraba entre ellos. De él solo tenemos este texto. La vida festiva de París cambió en función de los deseos de las nuevas autoridades. Los alemanes se precipitaron a los cabarés de la capital, que se adaptaron a su nuevo público.

26 de agosto de 1943

Querida Mizzi:

Hoy he recibido tu amable carta del lunes. También ha tardado tres días en llegarme. ¡Qué dolorosos han sido estos primeros días en París sin correspondencia! Pero ahora que el servicio de correos funciona con mayor rapidez, me he reconciliado con él. En Burdeos tu mensaje de los lunes me llegaba siempre los viernes o los sábados, así que este es un motivo más para alegrarme de que me hayan trasladado a París. Es difícil imaginar un mejor sitio para un soldado —aparte de la patria, claro—. Ya sabes que no soy de los que exageran. Sueño con enseñarte París después de la guerra, aunque solo sea unos días. Podría renunciar a muchas cosas con tal de hacer un viaje así contigo. Me alegro mucho

de que te tomes con tanta calma los difíciles tiempos que parecen avecinarse en Viena. Tienes razón, no hay que verlo todo tan negro. Yo también pienso que Viena no correrá la misma suerte que Colonia o Hamburgo.[1] Espero que no. Por otra parte, en nuestra zona no hay fábricas de armamento importantes. Sí que podría ser el caso, como escribes, de Wiener-Neustadt, que se lleva casi siempre la peor parte, porque la alarma solo se activa cuando ya han pasado los bombardeos. Antes de ayer oímos claramente desde aquí la explosión de las bombas y el rumor de los cañones de defensa antiaérea. Justo después llegó el humo de los incendios. Pero todo eso ocurrió en la otra orilla del Sena. Ni ayer ni hoy ha pasado nada aquí. Por lo demás, llueve. Y es la primera vez que el tiempo no ha mostrado clemencia con los pilotos. La lluvia es ideal para un día de preparativos. Me he traído al cuartel un kilo de uvas. Y aquí está, a mi lado, sobre la mesa —lo que me permite ir picoteando algunas, como, de hecho, estoy haciendo ahora —. He tenido una cena muy agradable en el hogar de los pilotos. He comido un asado de ternera con fideos y he bebido la habitual copa de vino tinto. Y ahora, estoy con las uvas. ¿No es estupendo? Ayer me di un homenaje de los grandes: fui al cabaré más famoso y más bonito de París, el Casino de París,[2] que llevaba queriendo conocer desde el año pasado. Es de la categoría del Tabarin[3] y del Folies Bergère[4] y, como este último, no tiene mesas (a diferencia de los demás), sino que está organizado como un teatro. La decoración del espectáculo de revista era un placer para los ojos. También lo eran los escenarios y los accesorios artísticos. No escatimé en gastos y compré una entrada de 5 RM, una butaca en el patio. Me dije que cuando se va a ver algo tan bonito hay que rascarse el bolsillo. (¡Por supuesto, volveremos juntos!). Aquí hay muchas salas de este tipo —aunque con un estilo más sencillo—. Los parisinos las adoran: bromas, canciones y una gran ostentación de mujeres en todos los trajes (si es que se pueden llamar así) posibles. Una de las piezas era (seguramente en un gesto de simpatía) *Walzer aus Wien*[5] y, además, también se tocó el hermosísimo *Danubio azul*. Ya te puedes imaginar que, pese a mi entusiasmo por la revista, esa música me dejó un poco triste. La única

pega: tuve que irme media hora antes de que terminara el espectáculo, porque la retreta es a la una. Esa salida fue la única de la semana. Mañana tenemos entrenamiento, el sábado, preparativos, y el domingo, estaré en el servicio telefónico del garaje. Pero el entrenamiento es solo teórico: lo único que ha hecho por el momento el jefe de la unidad es darnos una conferencia. Tengo que decir que el servicio que tuve que prestar en Burdeos estuvo muy bien, pero este es aún mejor. Te contaré con más detalle en la carta del sábado. Estoy contento de que hayas recibido por fin tela para tu abrigo. Es verdad que el color es un poco claro, pero tanto da, lo importante es la calidad y la confección. En cuanto al estilo, no tengo nada especial que aconsejarte. Ya sabes que prefiero las líneas sencillas y más bien entalladas. A lo mejor mañana compro un cuadernillo de moda para enviártelo. Si quieres, te señalaré lo que me gusta. Te envío también un kilo de almendras.

Miles de besos a Claudi y a ti […].

Tu Lenzi

68

Saliendo de África

La Alemania nazi y los aliados occidentales intercambiaron prisioneros, especialmente aquellos que se encontraban heridos. Tras la rendición del Afrikakorps, el 12 de mayo de 1943, las tropas angloamericanas del norte de África capturaron a Hellmuth R., que, gracias precisamente a un canje de prisioneros de guerra, pudo volver a Alemania.

Hellmuth R. había nacido en 1908. Estaba casado y, antes de la guerra, había trabajado como dentista. Combatió en las costas atlánticas de Francia. A principios del mes de septiembre de 1944 murió en ese país, donde prestaba sus servicios como suboficial de avituallamiento.

¡En un barco de vapor alemán! 20 de octubre de 1943

Mi pequeña y amada esposa:

Los niños y tú estáis siempre en mis pensamientos. Hoy os escribo mi primera carta. ¡Ya no soy prisionero! En la tarde de ayer, 19 de octubre, a las nueve de la noche, embarqué en un navío alemán junto con otros compañeros también escogidos para el intercambio. ¡En

aquel momento casi no podía creérmelo, pero era verdad! Y dentro de poco me darán permiso para visitarte. ¡Y también pasaré la Navidad con vosotros! Estoy bien. Y muy bronceado. Es verdad que he adelgazado bastante, me he dado cuenta al verme en los grandes espejos de a bordo. Estoy en un antiguo barco francés, grande y bonito, como los que construyen los alemanes. Hemos echado el ancla ante Orán[1] y nos hemos quedado aquí veinticuatro horas. Junto con nosotros viajarán dos buques hospital y tres cargueros, con heridos graves y presos civiles. Pasaremos por España, Baleares y Marsella. El mar Mediterráneo se extiende ante nosotros bajo un cielo radiante. Un tiempo como el que nos acompañó en su momento, pero mucho mucho más caluroso. Estamos bien alimentados. Hemos recibido revistas y volvemos a captar la radio alemana. Después de meses en tiendas sobre tierra firme, sentarse a la mesa exige un esfuerzo especial y en la primera noche que dormí en una cama blanda hasta tuve pesadillas. Es posible que nos obliguen a pasar varias semanas en cuarentena. Hay muchos hombres con disentería, tifus y malaria. Pero, por ahora, no tengo ninguna de esas enfermedades y, como en el caso de los soldados se abreviará el período de cuarentena, ¡pronto estaré contigo de nuevo! Los estadounidenses nos han mantenido durante seis semanas cerca de Orán, en un profundo valle muy expuesto al sol, una zona con aguas saladas y conocida por su nivel de paludismo. Pero no es tan fácil acabar con los alemanes. Todos hemos llegado al intercambio, hasta los que habían recibido un balazo y todavía cojean. Me han robado todas mis cosas. Solo he podido salvar mi reloj de pulsera. En fin, ya te contaré todo en persona, porque si lo hago por escrito puede sonar demasiado horrible. Como estábamos todos juntos, ha sido más fácil resistir y no hemos sufrido demasiado. ¡Pero no quiero volver a estar nunca más detrás de una alambrada de púas!

69

Insectos bielorrusos

El subteniente Robert W. (véanse sus cartas del 31 de marzo de 1940, del 19 de junio de 1941 y del 20 de junio de 1942) participó en los combates de África hasta 1942, año en el que resultó gravemente herido y fue evacuado a Europa. Posteriormente se le nombró oficial de reserva del Grupo de Ejércitos del Centro, con el que llegó a la ciudad bielorrusa de Minsk, desde la que escribió esta carta a su mujer.

Robert W. recibió un balazo en el estómago el 13 de marzo de 1945 cerca de Kirn, en el sur de Alemania, en un enfrentamiento contra tropas estadounidenses. Su esposa, Ingeborg, se quedó sola, con dos hijos a su cargo. Durante la guerra, tuvo que abandonar Berlín: la evacuaron junto con su familia a Sulechów (en aquel momento, dentro de las fronteras del Reich, aunque hoy la localidad pertenezca a Polonia), probablemente para ponerla a salvo de los bombardeos. También el hermano de Ingeborg murió durante el conflicto.

Rusia, 7 de noviembre de 1943

Querida Ingeborg:

Hoy es domingo. Ya han caído las primeras nevadas. Sigo en Minsk. Cada noche se lee en voz alta los nombres de los hombres que irán al frente al día siguiente. Siempre hay entre veinte y treinta nombres. Por ahora, nosotros, los de Landau, nos hemos librado. Pero ¿por cuánto tiempo?

¡Rusia es un auténtico vertedero! Eso sí, aquí vivimos en condiciones de higiene muy correctas. Todos los jefes de la reserva se alojan en un gran edificio de piedra de cinco plantas, que cuenta con muchísimas habitaciones pequeñas. En cada una de ellas hay un armario sencillo, una mesa, dos o tres sillas y cuatro caballetes de madera, con un colchón de paja encima, que sirven de cama. Se trata de literas, dos en cada habitación, así que en cada estancia duermen cuatro hombres. Deberíamos estar contentos de que nos hayan dado dos colchas y de que hayamos traído otras dos. Tendríamos que dormir bien… ¡pero no! En cuanto nos tendemos sobre el colchón y apagamos la luz, chinches, chinches y más chinches salen de sus escondites y comienza la caza. El compañero que duerme sobre mí sufre especialmente con ellas. Y, cuando por fin he conseguido conciliar el sueño, él me despierta: en cuanto se pone a cazar a estos bichos, el caballete empieza a cimbrearse. Mantenemos cerca de nosotros una luz encendida durante toda la noche, para alejarlos un poco. Desde que estoy aquí suelo tener escozor y picaduras por el cuerpo. Hoy, que he encontrado la primera pulga, he comprendido por qué. No, nuestros males no han acabado.

Aquí hay pocas distracciones. En la gran Casa de Lenin se ha organizado un cine y un hogar para los soldados, pero las únicas bebidas que se encuentran en ella son la gaseosa y, a veces, la cerveza. No podemos salir solos porque corremos el riesgo de que nos disparen. Nosotros, los oficiales, patrullamos todas las noches. Además, tenemos varias horas de formación por la mañana y por la tarde. Por la noche,

en cuanto suena la alarma aérea y no oímos tiros, sabemos que los aviones han dejado partisanos en la zona.[1]

Y este es el panorama por aquí. ¿Cómo estáis, amores míos? No sirve de nada que te dé mi código de estafeta militar, porque el servicio no llega hasta aquí. Pero seré feliz si recibo una carta tuya antes de Navidad.

Y ahora, mi querida mujercita, te abrazo y te beso. Un beso también para nuestro pequeñín. Con mucho cariño,

Tu Robert

Tercera parte

CRIMEN Y CASTIGO: 1944-1945

Estoy convencido de que no esperamos en vano, pese a que, por el momento, los aviones enemigos resuenen sobre nuestras ciudades. De que no se ha derramado en vano la preciosa sangre de los soldados caídos en el Este, mientras combatían por cada palmo de tierra. ¡Todavía tenemos cartas que jugar!

Carta de GÜNTHER W. del 24 de julio de 1944

Querida mía, ¡qué época tan difícil vivimos! Si alguien leyera los informes actuales de la Wehrmacht sería presa del pánico. Nunca nos ha ido tan mal como ahora. ¿Cómo acabará esto?

Carta de HEINRICH E. del 27 de enero de 1945

70

Las ilusiones perdidas

Tenemos muy presente el recuerdo de Hans St., que celebró intensamente el final de su formación militar (véase su carta del 27 de julio de 1943). Sin embargo, una vez en el frente italiano, la desilusión no se hizo esperar. Un año antes, los Aliados habían desembarcado en Sicilia. Las fuerzas alemanas se protegieron entonces tras la Línea Gustav. En el centro de aquella serie de fortificaciones se encontraba el monte Cassino, con su monasterio. Aquel lugar fue el escenario de enfrentamientos terriblemente sangrientos entre los Aliados —que luchaban por llegar a Roma— y la Wehrmacht.

Cuando Hans St. escribió esta carta, acababa de comenzar la batalla de monte Cassino. El soldado desertó de la Wehrmacht a finales de enero de 1944 y se entregó a los estadounidenses. Tras un período como prisionero, regresó en 1946.

Italia, 17 de enero de 1944

Queridos todos:

Tengo piojos y colitis y estoy de mal humor. ¡Esto es asqueroso! Llevamos semanas sin comer nada caliente. Toda la comida nos llega fría. De ahí la diarrea. También llevamos semanas sin lavarnos ni afeitarnos. De ahí los piojos. Y llevamos semanas sin recibir cartas. El paquete con pasteles del 19 de noviembre todavía no ha llegado. Y esta espera de Stich… Habría preferido no tener noticias de él. Así habría acabado este follón y estaría hablando con P. La cantidad de cosas que me he perdido por estas chorradas y que nunca más volveré a vivir. Nunca volverá a estar todo tan bien. Y la probabilidad de que las granadas me destrocen es mayor que la de volver a ver Peenemünde. Ya será demasiado tarde. Como de costumbre. De ahí mi humor de perros. El servicio de correos ya no llega. Entre eso y la desbandada de mi antigua oficina, me da la impresión de que nos devolverán las cartas porque nadie tendrá muy claro dónde estoy. Pero seguramente ya sabéis desde hace tiempo cuál es mi nuevo código de correos… Entonces ¿dónde narices están mis cartas? ¡A los otros sí que les llegan algunas! Nos hemos replegado ligeramente y estamos estableciendo nuevas posiciones. Esto de excavar y de arrastrar material por la noche, una y otra vez, bajo el fuego de las granadas, me agota. Tengo las manos despellejadas, con trozos de piel colgando, y un montón de pequeños cortes en los dedos que me sangran y me duelen. No recibimos ni un telegrama. Nada. Vivo en la duda constante: me debato entre la esperanza y la apatía. Esperaré hasta el 15 de febrero. Mi vida me importa más que cualquier otra cosa. Es lo que le pasa a todo el mundo. Intentad ver qué podéis hacer hasta entonces. Lo mejor sería presentar una nueva petición relámpago para mi nuevo número 08691 E. Seguramente, la anterior se habrá perdido. Es una pena no tener la dirección de Stich. Es como si nos hubiesen echado una maldición: siempre pasa algo nuevo. Voy a tener que ponerme otra vez a cubierto porque están disparando por la zona. Fósforo y explosivos.

Estoy sentado aquí, deseando que la suerte me arrastre no sé adónde. Y seguimos sin cartas. ¿Habrá pasado algo en casa o será que

el servicio de correos va lentísimo? Os di ya el nuevo número, el 27 de diciembre. ¿Habéis recibido todos los números hasta ahora? Cuando pienso en cómo podría estar si no supiera nada de Stich, me dan ganas de llorar. Avisadme al menos si al final esto no sale adelante. Quiero pensar en que mi ángel de la guarda seguirá protegiéndome un poco más. Cada día, los fragmentos de granada pasan silbando cerca de mis orejas. Duermo mal debido al reúma de la cadera. Aquí, en el búnker, sueño tanto con estar en casa… Con la calle Bismarckstrasse… Con los buenos viejos tiempos… Voy de tienda en tienda, comprando galletas, gofres, caramelos y chocolate… Todas esas cosas que tanto me gustaría devorar ahora mismo. Me veo comiendo deliciosos pasteles en una cafetería… […] Podría pasarme todo el día llorando. Hoy he soñado que Alex y vosotros estabais aquí, como en Staaken, que os enseñaba la zona, que nos sentábamos en un restaurante aún en pie, un restaurante bonito, con música de baile. Que estábamos en la terraza, mirando cómo los aviones arrojaban bombas y disparaban, cómo llegaban los coches cargados con el avituallamiento y cómo se sentía el impacto de los bombardeos. De repente, se oyen disparos cerca de nuestro búnker. Me despierto. Veo los piojos corriendo por mi cuerpo y siento sus mordiscos. Me duelen las articulaciones de los brazos y de la cadera. Por suerte, me queda un paquete de pasteles. Siempre tengo apetito. Hasta cuando la situación es crítica.

Os mando un saludo muy cariñoso, mientras espero mi destino.

Hans

71

Novela de ajedrez

La 61.ª División de Infantería sufrió graves pérdidas durante la tercera batalla del lago Ládoga, que siguió a la incursión del Ejército Rojo con la que se puso fin al asedio de Leningrado. Con todo, las tropas se mantuvieron en los alrededores de Mga, en el noroeste de Rusia, hasta principios del mes de enero de 1944. Posteriormente, se retiraron hasta la frontera con Estonia, cerca de la ciudad de Narva.

En la primavera de 1942, Gerd von A.-S. se encontraba en la península de Sõrve, cerca de la isla de Ösel —que aún se llamaba Saaremaa—, perteneciente a Estonia. Más adelante se le destinó a Prusia oriental, en concreto a Gumbinnen (en la actualidad, Gusev, en el distrito de Kaliningrado, en Rusia).

Estonia, 18 de enero de 1944

Queridos padres:

Hace ya varios días que no me llegan cartas vuestras. En realidad, el correo me llegaba mucho más rápidamente cuando estaba en el frente, pese a que ahora me encuentro bastante más cerca de casa. No

tengo nada especial que contaros. Mi vida es tranquila: me paso los días entre papeles y la música que suena en la radio. Los campesinos de la zona me alimentan bien. Espero que no os importe que escriba esta carta a máquina…

Fuera no hace nada de frío, pero en las cimas de las montañas ha nevado. Solo nos movemos en trineo. Cada día, los agricultores nos traen leña del bosque.

La mermelada que me habéis enviado está riquísima. La unto en los pasteles que habéis preparado. Está tan bueno como una tarta.

He descubierto que en el Departamento de Información hay un suboficial al que le gusta mucho jugar al ajedrez. Mañana iré a visitarlo. En el hogar del soldado jugaba mucho, pero nunca encontré a nadie que lo hiciese mejor que yo. Y la verdad es que me encantaría que alguien me enseñara los últimos secretos del ajedrez. Porque cuando juego, solo cuento con mi propia experiencia.

Espero recibir pronto alguna carta en la que me deis noticias vuestras. Me gustaría, sobre todo, tener la dirección de Rolf.

Esta mañana pude hablar a distancia con una auxiliar alemana del Departamento de Información, que me ha pasado un telegrama. ¡Eso ya es otra cosa!

Un beso muy fuerte, con todo mi cariño.

Vuestro fiel Gerd

72

«Cavalleria rusticana»

Werner O. nació en 1920 en Berlín. Al igual que Hans St., en enero de 1944 se encontraba en Italia. Este joven soltero se había unido a las filas de la Wehrmacht en 1940 y había servido en varias divisiones de la Luftwaffe. Su quinto año de guerra lo sorprendió en un pequeño pueblo italiano, cerca de la Línea Gustav.

Italia, 22 de enero de 1944

Queridos padres, querida Gloddes:

Anoche recibí vuestras amables cartas del 30 de diciembre y del 3 y 7 de enero. Muchas gracias, de todo corazón. Estoy bien y, sobre todo, contento por saber que no habéis sufrido ningún daño durante los muchos bombardeos de los últimos tiempos.[1]

Por aquí, nada ha cambiado. Ayer me llegó también una carta de la tía Martha, de Grünau, en la que me contaba que Günter está bloqueado en Misuri, en Estados Unidos.[2] Esperemos que se encuentre razonablemente bien.

Desde hace unos días, el tiempo vuelve a ser clemente con nosotros. La poca nieve que había en las montañas —estamos a

setecientos metros de altitud— ha desaparecido. El sol vuelve a brillar. Eso sí, todavía hace bastante frío.

La mayoría de las noches nos acercamos al pueblo. Es una aldea típica de los Abruzos, levantada sobre la cima de una montaña, con las casas encajadas entre las rocas y con callejuelas estrechas y conectadas entre sí —escaleras arriba y escaleras abajo— a través de placitas. Una parte de la población ha huido, como también ocurrió en su momento en A. Por ahí se ve una cabra a la que golpean en el lomo, con los pies envueltos en trapos, sujetos a su vez a un cinturón de cuero en las patas. Los domingos, los pastores de ovejas y cabras vienen al pueblo para oír misa. Por lo demás, aquí no pasa nada. Es como si el mundo se hubiera acabado.

Esto es todo por ahora, queridos padres. Un saludo afectuoso, también para la abuela y las tías.

Vuestro Werner

73

El tiempo perdido

Christian-Friedrich R. nació en 1921 en Berlín, donde pasó su infancia y su adolescencia. Creció en el seno de una familia protestante muy piadosa, y, con quince años de edad, creó un coro de niños en la Parochialkirche (la parroquia) y se aficionó al órgano. Estudió Matemáticas, Física y Biología en la Kaiser-Wilhelm-Universität de la capital antes de incorporarse a la Luftwaffe, en otoño de 1940. Cuando redactó esta carta, se encontraba en Alemania. Durante un permiso, tuvo ocasión de descubrir los desastres que habían causado los bombardeos sobre su ciudad y la muerte que habían dejado a su paso.

La batalla aérea de Berlín, que emprendió la Royal Air Force (RAF), se mantuvo entre noviembre de 1943 y marzo de 1944. Las incursiones del 22 y el 23 de noviembre de 1943 a las que se refiere Christian-Friedrich R. en esta carta provocaron daños muy graves: más de tres mil berlineses murieron y casi doscientos setenta mil perdieron su hogar. Los barrios de Tiergarten, Charlottenburg, Schöneberg y Spandau quedaron devastados y se desataron numerosos incendios debido a la sequía. La batalla causó importantes pérdidas para la RAF, que perdió 1047 bombarderos y unos 7000 miembros de tripulación. Y, pese a todo, aquel combate

aéreo no logró alcanzar el objetivo previsto: provocar la rendición de la Alemania nazi.

El avión de Christian-Friedrich R. fue abatido el 23 de agosto de 1944, en el valle del Sena. Su piloto tenía entonces veintitrés años. Era suboficial.

30 de enero de 1944

[…] ¡Qué conmoción al saber que mi querida profesora de catequismo ha muerto en un bombardeo! Era una excelente persona. Siempre pensaba en los demás y se preocupaba por ser una buena cristiana. Me parece estar viéndola todavía. Ella, que nos mimaba y nos arropaba a nosotros, los niños del grupo, durante la celebración del Adviento, que ella organizaba un año tras otro con sus propios medios, en su apartamento de la calle Kirchstrasse. Sí, me parece estar viéndola todavía, de pie, ante nosotros, contándonos historias de la Biblia de una manera delicada y cálida. La belleza de su dulce corazón iba acompañada de un cierto rigor, del que tan necesitados estábamos. Habría podido ser mucho más severa con nosotros. No nos habría hecho daño con ello. Qué en serio se tomaba el servicio de los niños durante las fiestas de Navidad, siempre tan hermosas a la luz radiante del abeto tan bien adornado en la iglesia de San Juan, que ahora reposa bajo los escombros y las cenizas… Sí, queremos guardar un lugar importante en nuestros recuerdos para la señorita Jaretzky y debemos hacerlo. Se merece que no la olvidemos.

En noviembre, cuando me paseé por Berlín, ya en ruinas, y recorrí la Kirchstrasse, me di cuenta de que la casa en la que había vivido estaba destruida. Pensé en ella, pero ni se me pasó por la cabeza que la muerte se la hubiese llevado una de aquellas noches. Así se van marchando, una tras otra, esas personas que enriquecieron nuestras memorias de juventud. Los lugares de nuestra infancia se desmoronan

y desaparecen. ¿Qué nos queda ahora? Las puertas de mi niñez y de mi adolescencia se van cerrando lentamente tras de mí y dentro de poco todo lo que pasó solo estará presente entre los tesoros de unos recuerdos que solo existirán para mí, que crecí en ese mundo ya del pasado. Todo pasa deprisa. Demasiado deprisa como para hacerse a la idea de que para nosotros, los jóvenes, comienza ahora una nueva etapa de la vida, que nos aparta violentamente de ese tiempo que nos llevó de la infancia a la adolescencia…

74

Una patrulla en Bretaña

Wolfgang A., nacido en 1926 en Berlín, aún no había cumplido dieciocho años cuando lo enviaron al oeste de Francia para que siguiese una formación militar. Esta carta, dirigida a sus padres, está escrita con letra de colegial. En la primavera de 1944, la Wehrmacht aumentó su vigilancia en las costas del Atlántico y de la Mancha, ya que preveía que se iba a producir un desembarco. No en vano, en 1942 la organización Todt —un grupo alemán de construcción e ingeniería civil y militar— ya había empezado a construir el Muro Atlántico.

Bretaña, 1 de marzo 1944

Queridos padres:

Muchas gracias por vuestra amable carta, que he recibido hoy con una enorme alegría. También me han llegado una carta de Inge y otra de Irmchen, con una fotografía suya. Tengo que reconocer que me parece muy bonita. Como hoy estoy de guardia, aprovecho para responder a vuestra carta. Por ahora me encuentro bien. Espero que vosotros también. Los franceses de Glomel[1] eran muy simpáticos.

Simplemente tenían cierto resentimiento contra los oficiales porque no habían conseguido venderles nada. Sin embargo, en la localidad en la que estamos ahora debemos tener mucho cuidado. Nunca hemos visto una hostilidad como esta. Me he vuelto prudente. Anoche sentí que alguien caminaba por la calle, así que grité, muy fuerte: «¡Alto! ¿Quién va ahí?». ¡Pero era nuestra propia patrulla! Si no hubieran pronunciado el santo y seña, no habrían podido dar un paso más: les habríamos disparado. Me digo: «Mejor ellos que yo». Y todo eso, sin contar con que eran tipos francamente insolentes. Poco antes le habían buscado las cosquillas a nuestro sargento del Estado Mayor, a plena luz del día. ¡Qué idea tan estúpida esta de alojar aquí a esos soldados!

El pudin estaba ya muy pasado. Me han devuelto el segundo paquete que envié porque era demasiado pesado […]. Voy a dividirlo en dos paquetes para que lo admitan. No he oído prácticamente nada de los ataques contra Londres. Aquí no tenemos periódicos, aunque de vez en cuando me llegan algunos de la empresa. Por favor, enviadme el *Börsenzeitung*[2] y el *Deutsche Allgemeine Zeitung*.[3] Tal vez Irmchen no se sienta muy segura, es demasiado tímida. Por lo demás, es buena y amable. Me escribe siempre de una forma muy agradable y ya está deseando que vuelva. Los permisos se organizan sin tener en cuenta las operaciones: en Francia tenemos dos semanas por cada semestre. Cuando utilizo el término «operaciones», me refiero a la acción de una tropa que cumple con todos los requisitos y que ha concluido su formación. Todavía no sabemos adónde nos van a destinar. Lo mismo podemos quedarnos aquí que ir a Italia, Rusia o cualquier otro sitio de Francia. Si me destinaran a una unidad de protección, es probable que ya hubiera acabado de formarme. Pero, por suerte, formo parte de una compañía pesada, porque tenemos metralletas, lanzagranadas, cañones de defensa antiaérea, una infantería de apoyo y artillería. No me dejan describir todo con detalle, [4] pero al menos con esto ya podéis haceros una idea de nuestra compañía. Es posible que esté con vosotros en el mes de abril […]. Hoy he escrito una carta a la empresa, otra a la tía Grete y otra a

vosotros. También voy a escribir una carta a Inge y otra a Irmchen. Por ahora, esto es todo. ¡Escribes de una manera muy aplicada!

Wolfgang

75

De un frente al otro

En el frente oriental continuaba la debacle del ejército alemán. Además, la Wehrmacht se veía desbordada por la ofensiva aliada en Italia. El subteniente Gerhad K. tuvo que dejar Rusia para dirigirse hacia el Oeste. Nacido en 1914 y soltero, antes de la guerra había trabajado como funcionario de justicia. Desde 1939 combatió en Bélgica, Francia, Polonia, Ucrania, Bielorrusia y el norte de Rusia. Cuando escribió esta carta se preparaba para continuar la lucha en Francia y en Alemania. Las tropas soviéticas lo apresaron, pero logró sobrevivir a la cárcel y volver después a Alemania.

En el camino, 2 de marzo de 1944

Querida mamá:

Ya llevamos cinco días viajando desde Rusia hacia Francia. Hemos pasado por Brest-Litovsk,[1] Varsovia, Posen y Neubentschen,[2] en el antiguo Reich. Ahora estamos atravesando el centro de Alemania, después de recorrer Lusacia.[3] Hasta hemos pasado rápidamente por Halle (Saale). Pero todavía no sabemos cuáles serán las siguientes

etapas de nuestro viaje. Creo que llegaremos a nuestro destino dentro de tres días. Por lo demás, tampoco sabemos muy bien hacia dónde nos dirigimos, exactamente. Ocupo la mitad de un vagón junto con mis dos suboficiales, mientras que la otra mitad está reservada para el personal de la oficina del Estado Mayor y el sargento Schölten. Sin duda, somos los que hemos salido mejor parados en este transporte, porque el comandante tiene que compartir su rincón con cuatro oficiales. Además, en el resto del tren hay jóvenes rusos,[4] mientras que aquí estamos entre alemanes. Hacer este trayecto en vagón es más agradable que en coche: podemos dormir bien y acostarnos sobre gruesos colchones de paja. Pese al tiempo francamente hostil que hemos encontrado en Alemania —hoy estamos en medio de una enorme tempestad de nieve—, nuestro vagón tiene un calor muy agradable gracias a una pequeña estufa de acero. Por la noche también hace bastante calor: nos turnamos cada hora y media para vigilar el fuego.

Todavía no puedo decir gran cosa acerca de la impresión que Alemania causa a los rusos. Muchos de ellos son muy testarudos y no se interesan por nada. Otros se limitan a decir que tal o cual cosa también existe en Rusia o que prefieren esto o aquello de su país. Algunos hombres procedentes de los pueblos de las estepas sienten sorpresa, como le ocurre a nuestro viejo conocido, el conductor Demtschuk, que observa las rutas asfaltadas y bien mantenidas, las casas limpias, construidas en piedra, y nuestra explotación intensiva del suelo. Hace muchas preguntas sobre aquello que desconoce o que le resulta poco claro. Es una pena que no pueda hablaros del trayecto, pero no sabemos dónde hará paradas el tren. Nos lo dicen con muy poca antelación, así que no hay forma de hacer nada.

Me gustaría saber cuánto tiempo podré disfrutar de Francia, si es que el verbo «disfrutar» se puede utilizar en este caso…

He escrito estas líneas a máquina, con el tren en marcha.

Afectuosos saludos.

Tu Gerhard

76

Los setos de Normandía

Las fuerzas aliadas desembarcaron en las playas normandas el 6 de junio de 1944, bajo las órdenes del general Eisenhower. Esta etapa, conocida como «Operación Neptuno», fue la fase de asalto del Plan Overlord, que pretendía abrir un frente en el Oeste. Los estadounidenses desembarcaron en las zonas de Omaha Beach y Utah Beach, mientras que las tropas de la Commonwealth, lideradas por los británicos, conquistaron las playas de Gold y Juno, en el departamento de Calvados. Habíamos dejado a Wolfgang A. (véase su carta del 1 de marzo de 1944) en el oeste de Francia. A continuación, participó en la batalla de los setos, en la que los soldados estadounidenses y alemanes se enfrentaron en el bocage[1] *normando. Murió en aquel combate, el 6 de julio de 1944. Tenía diecisiete años. Las enormes pérdidas humanas y la dificultad de conquistar cada prado llevaron a los estadounidenses a bautizar esta zona como el «Hedgerow Hell» (el «Infierno de los Setos»).*

En el Oeste, 6 de junio de 1944

Queridos padres:

Me apresuro a escribiros unas líneas. Nos han despertado en plena noche, diciéndonos que estábamos ante una alerta de nivel dos. No sabíamos si se trataba de un mero simulacro, pero empaquetamos todo y cogimos suficientes municiones. Supongo que iba en serio, porque hemos oído estruendos y detonaciones a lo lejos durante toda la mañana. Nos han distribuido entre diferentes puntos de defensa de la localidad. Vigilamos la tierra y el cielo. Nuestros cuarteles están completamente vacíos. Hoy hace un tiempo horroroso. El cielo está cubierto y llueve de cuando en cuando. Siento curiosidad por saber si se trata de un ejercicio, pero no tiene pinta de serlo: desde hace algún tiempo los Tommies bombardean con frecuencia las ciudades costeras francesas. Ojalá reciba hoy correo. Tengo que terminar ya esta carta, tenemos muy poco tiempo. Responderé a vuestra carta en cuanto la reciba. Por ahora, esto es todo.

Afectuosamente,

Vuestro Wolfgang

Frente occidental, 7 de junio de 1944

Queridos padres:

Los Tommies están aquí. Otra cosa es si conseguirán pasar. En cualquier caso, han logrado desembarcar de tal forma que están en condiciones de impedir el acceso a una parte de Bretaña. Estamos posicionados fuera de la localidad. Hemos excavado huecos para enterrarnos en ellos; los hemos cubierto con telas de tiendas de campaña y los hemos rellenado con paja. Hemos enharinado un [ilegible]. Ya estamos retirando todo. Todavía nos encontramos a unos cincuenta kilómetros de los combates. Los ingleses han desembarcado en una franja de doscientos cincuenta kilómetros: Dieppe, Cherbourg, Saint-Malo, Saint-Nazaire y El Havre.[2] Estoy bien. Espero que

vosotros también. Debe de hacer un tiempo que el servicio de correos ha partido. No me enviéis dinero. Seguramente se perdería. Nos van a dar una ayuda del frente, según lo que he oído. Y espero que lo hagan tan frecuentemente como sea posible. Estoy tenso por el devenir del combate. Por ahora, esto es todo. Con todo el cariño,

Vuestro Wolfgang

No os preocupéis, todo saldrá bien. Es mejor combatir aquí que en Rusia. Todo está muy tranquilo. Hasta se diría que los Tommies se han ido.

Frente occidental, 23 de junio de 1944

Queridos padres:

Os escribo rápidamente unas líneas. Hace catorce días que avanzamos y ahora estamos en Normandía, la región más rica de Francia. Nos dirigimos a Cherbourg.[3] Llegaremos dentro de tres días. Las ciudades y los pueblos están desiertos. En una de las casas hemos encontrado mantequilla, […] cincuenta huevos, harina, sardinas en aceite, *cidre*,[4] vino tinto y aguardiente. Nos hemos hecho unas crepes. Vivimos como reyes. Pero ¿por cuánto tiempo? No os preocupéis, porque no me pasa nada. Ojalá todo vaya bien por casa. No he recibido correo desde el 28 de mayo. Se oyen estruendos durante todo el día. Por desgracia, solo los británicos y los estadounidenses tratan de buscar tropas en movimiento. Aquí no se ve ni un caza alemán. La artillería resuena todo el día, sin parar. Hoy, los estadounidenses han volado a diez metros por encima de nuestras cabezas.[5] Es un milagro que no nos hayan descubierto. Los franceses que quedan por aquí —no muchos, apenas un 10 por 100— están ya hartos. Cuando vienen los cazas ingleses, corren hacia zonas abiertas y agitan un pañuelo blanco para que no les disparen. Qué me decís de las nuevas armas. Parece que son lanzacohetes enormes. Los compañeros que vuelven de la

costa cuentan que todo el sur y el sureste del Reino Unido está en llamas.[6] Creo que la guerra ha entrado en su última fase. Hay que echarles el lazo, derribarlos y habremos ganado. Espero que todo vaya lo mejor posible. Por ahora, esto es todo. Más, la próxima vez.

Con todo el cariño.

Vuestro Wolfgang […]

77

La resistencia

Al tiempo que las fuerzas aliadas desembarcaban en Normandía, la resistencia francesa multiplicaba los atentados y los ataques contra los ocupantes alemanes. En 1943, después de haber pasado por el Cáucaso (véase su carta del 16 de noviembre de 1942), Heinz R. fue destinado a Francia. Resultó herido en un ataque de los miembros de la resistencia. Tras seis años combatiendo en la guerra, en los que recorrió toda Europa, fue capturado por las tropas estadounidenses, que lo liberaron en 1945.

6 de julio de 1944

Querida Ursula:

Me han contado que han cogido al hombre que me disparó, junto con el resto de la banda. Ya lo han fusilado.[1] No me queda ningún sentimiento de odio, porque finalmente ese crimen abominable ha encontrado su castigo. Estarás de acuerdo conmigo. Me alegro de que nuestros servicios hayan neutralizado a esta panda de bandidos del Salvaje Oeste. Por eso he decidido escribirte inmediatamente.

Hemos pasado una velada muy divertida, regada con vino espumoso. Y tu amable carta me ha reconfortado. Gracias, querida, de todo corazón. Me llegó anoche, cuando estaba a punto de levantarme. En mi habitación hay una especie de sillón de abuelo. Hoy me han permitido incorporarme durante un cuarto de hora. Se me ha hecho extraño y me he alegrado cuando he vuelto a tumbarme en la cama. Me sentiré mejor mañana. El médico me ha dicho hoy: «¡Esto se está curando incluso demasiado rápido!». Efectivamente, estoy mejorando mucho. A primera hora me ha hecho un corte en la sien y me ha abierto la herida, ya cicatrizada. Me ha sentado muy bien porque ahora me duele menos. Además, me esfuerzo por leer, si me resulta posible. Pero tengo la impresión de ser un hombre a medias, con un solo ojo. Estoy deseando poder ver con los dos. Pero ya llegará el momento de hacerlo. Me han explicado que todo avanza adecuadamente y, desde luego, resulta evidente. Solo conservo un pequeño esparadrapo en el vientre. Me curo muy rápidamente. Probablemente saldré pronto del hospital militar. Creo que volveré donde el capitán Thommes. En cualquier caso, mi conductor perdió repentinamente la vida en el ataque. Hoy, el comandante Blohm me ha hecho entrega de la insignia de los heridos. ¡Otra condecoración en mi haber!

Querida mía, soy un esposo sin corazón, mis cartas son demasiado cortas, lo sé. Pero aún me cuesta escribir. A menudo —o siempre— me siento atontado, así que no tengo fuerza para escribir una carta. Cuando, pese a todo, recibo tantos mensajes adorables de tu parte, como el que me ha llegado hoy, saboreo la alegría del hogar, el placer de la familia o como queramos llamar a estas hermosas sensaciones, que, por desgracia, son contadas […].

¡Mañana te volveré a escribir!

Recibe mil cariñosos besos, querida mujer. Besos también para nuestra hija.

Tu Heinz

78

Los sufrimientos del joven W.

En julio de 1944, Werner O. todavía se encontraba en Italia (véase la carta del 22 de enero de 1944). Por aquellas fechas, las fuerzas aliadas lograron una amarga victoria en el monte Cassino y llegaron a Roma. La dureza de los combates, el agotamiento físico y mental, los meses pasados en el frente sin que se les concediera un solo permiso y los traslados de un frente a otro hicieron a los soldados de la Wehrmacht más vulnerables frente a las epidemias y las infecciones. Werner O. había contraído la malaria y había sido ingresado en un hospital de campaña. Pese a todo, consiguió sobrevivir a la guerra y volver a casa.

O. U., 12 de julio de 1944

Queridos padres:

Después de pasar dos días en Italia, el 10 volví a tener algo de fiebre. Fui inmediatamente a consultar a un médico y al día siguiente me mandaron al hospital de campaña porque sospechaban que había contraído la malaria. Efectivamente, el resultado del análisis del frotis ha sido positivo, así que pasaré un tiempo en el hospital antes de

volver con mi unidad. Como he ido enseguida a ver al médico, esta vez no será tan grave. La fiebre no ha superado los 38ºC. De hecho, creo que ahora mismo ya no tengo.

Afectuosamente,

Werner

Italia, 18 de julio de 1944

Queridos padres:

Sigo en el mismo hospital de campaña. Estoy bien, solo tuve un poco de fiebre el primer día y desde hace una semana, nada. El examen de control del frotis ha dado un resultado negativo, así que espero que me confirmen el alta en unos días. Mi unidad de artillería se encuentra a quince kilómetros, con lo que podré unirme a ella rápidamente.

Por ahora, mato el tiempo jugando al *skat*.[1] Por las tardes vamos a menudo a la ciudad y por las noches, al cine para soldados. Y así pasan mis días. Evidentemente, tengo que seguir vigilándome la temperatura.

Afectuosamente,

Werner

Italia, 1 de agosto de 1944

Queridos padres, querida Gloddes:

Sigo en el hospital de campaña. Ya hace tiempo que me recuperé de la malaria, pero ha vuelto el forúnculo. Lo tengo desde hace una semana, es muy molesto, está exactamente en el ano. Ayer me lo cortaron, para que me recupere. Por ahora, estoy en la cama, casi sin poder moverme. Disculpad esta letra torpe, pero tengo que escribir acostado. Probablemente me quede aquí dos o tres semanas más, hasta

el drenaje. Por favor, enviadme vuestras cartas al hospital militar porque todavía no puedo volver a mi unidad.

Afectuosamente,

Werner

79

Atentado contra el Führer

El 20 de julio de 1944, Hitler salió ileso por poco de un atentado organizado por militares y conocido con el nombre de «Operación Valkiria». El objetivo era eliminar al Führer y negociar el final de la guerra con los Aliados. En la Wolfsschanze (la Guarida del Lobo), el cuartel general de Hitler situado en Prusia oriental, explotó una bomba. El dirigente nazi apenas resultó herido. La Gestapo abrió una investigación para esclarecer las circunstancias del atentado y se detuvo a miles de personas.

No sabemos prácticamente nada de Horst B. De él solo nos han llegado cuatro cartas.

O. U., domingo, 23 de julio de 1944

Mi querida mamá:

Un saludito dominical. Todavía es temprano, pero no hay mejor momento para escribirte. A mediodía tenemos una temperatura de 40ºC a la sombra. Pero no pasa nada, porque el ser humano se adapta a todo. Me he encargado de la comida del domingo: *gulash*[1] con *kartoffelklöße*.[2] Cuatro libras de carne para otros tantos hombres

deberían bastar, ¿no crees? No pienso que me esté quedando corto. ¡Que aproveche! Por lo demás, no hay novedades. Sigo bien, espero que tú también. ¿Podrías enviarme un periódico cada semana? ¡Aquí no nos dan casi nada![3] Es como si viviésemos en otro planeta. Por ejemplo, nos hemos enterado del atentado contra el *Führer* por pura casualidad: nos lo contó un soldado que acababa de volver del hospital militar. Gracias a Dios que ha salido mal. Voy a terminar esta breve carta con la esperanza de que el día en que la leas estés muy bien. Te deseo una agradable lectura y un bonito domingo.

Horst

80

Por Alemania, por Europa

Günther W. había nacido en 1906 en Berlín. Antes de la guerra trabajó como actor. Estaba casado y era padre de familia. Se incorporó a la Wehrmacht en 1940. Su talento para los idiomas le permitió intervenir como intérprete para la Alta Comandancia alemana en Francia. Posteriormente, se le destinó al 6.º Regimiento de Seguridad en calidad de suboficial. Cuando escribió esta carta a su mujer, a finales de julio de 1944, aún se libraban duros combates entre la Wehrmacht y las tropas aliadas en el oeste de Francia.

Günther W. murió en Francia tres días después de escribir estas líneas.

O. U., 24 de julio de 1944

Mi querida mujer:

Por desgracia, hace ya tiempo que no recibo noticias tuyas. El servicio de correos pasó el domingo y no había ninguna carta de tu parte. Ni siquiera sé si, entretanto, te has ido a Berlín o has vuelto a

casa. Por si acaso, te mando esta carta a Markersdorf,[1] donde, imagino, te la harán llegar de una u otra forma.

Gracias a Dios, la herida de mi pierna va mejor. Aunque todavía no esté totalmente curada, ya puedo caminar bien. Mi compañero de los viejos tiempos, Kirschenmann (ya sabes quién es, ese pequeñito de Hamburgo del que tanto te he hablado) se ha ido de nuestra unidad junto con otros jóvenes oficiales y varios hombres de tropa, debido a un cambio en la comandancia. Los van a destinar a otras posiciones en Francia (seguramente para luchar contra los terroristas), en el marco de nuestras actividades especiales. Así es la vida del soldado. Nada es para siempre. Constantemente hay cambios inevitables. Pero cuando le toca a alguien con quien se ha compartido con tanta intimidad un período de la existencia (tres años), la separación deja por un momento un doloroso vacío. Las sombras de la soledad nos atormentan, hasta que nuevos rostros y nuevas impresiones se apresuran a llenar, de un modo decisivo, la vida cotidiana del servicio y sus exigencias diarias.

Por ahora, mi vida sigue como de costumbre. La noticia del atentado contra el *Führer* ha caído aquí como una bomba. Cada cual se posicionará frente al nacionalsocialismo como quiera —eso depende de las convicciones personales—, pero que, en un momento en el que el pueblo debe concentrar sus últimas fuerzas para llegar a una decisión, haya hombres que crean que su deber es eliminar al jefe del Estado, en un instante tan crítico para todos, constituye un crimen contra la nación, una verdadera puñalada en la espalda. Si el atentado contra el *Führer* hubiese salido bien, las consecuencias políticas y militares habrían sido sin duda alguna enormes, por no decir catastróficas, para el futuro de toda Alemania y nuestros intereses en Europa. Creo que, como alemanes, debemos dar las gracias a la Providencia de que ese atentado haya fracasado.

Estoy convencido de que no esperamos en vano, pese a que, por el momento, los aviones enemigos resuenen sobre nuestras ciudades. De que no se ha derramado en vano la preciosa sangre de los soldados caídos en el Este, mientras combatían por cada palmo de tierra.

¡Todavía tenemos cartas que jugar! Y, cuando llegue el momento, las pondremos encima de la mesa y conseguiremos el mayor efecto. Podemos estar seguros de ello. Confiemos en que esto será decisivo para poner fin de una vez por todas a semejante juego sangriento, que ya ha durado demasiado, y para llevar la tan deseada paz a todo el mundo. Te mando un recorte del periódico de París sobre una «pequeña» fatalidad en el frente de la invasión. Francia está desgarrada, tanto en lo político como en lo moral, y, en consecuencia, se encuentra doblemente hundida en la miseria. En Alemania tenemos que extraer conclusiones: en tanto en cuanto nuestra nación esté librando en Europa una lucha por la vida, deberíamos dejar a un lado cualquier disidencia interna. Hoy he estado con un francés del sur, de veinticinco años (curiosamente, rubio y de ojos azules). Había combatido en la Legión francesa[2] en el Este y había salido de Alemania para disfrutar de su permiso en Francia. ¿Y cómo va a ser este permiso para un joven francés que ha combatido a nuestro lado por su país y por la nueva Europa? Pues resulta que el chico no ha podido llegar hasta su ciudad de origen, Toulouse, en el sur de Francia, debido a las dificultades del transporte (cuando no debido a que está amenazado de muerte por los terroristas, dado que lleva un uniforme «alemán»). Una parte de sus familiares, que no comparten sus ideas políticas, no quiere saber nada de él. Tiene un tío en París que es dueño de un restaurante: podría ser un lugar estable para un soldado de permiso. Pero, mira tú por dónde, el tío es partidario de De Gaulle. En cuanto lo ve llegar con el uniforme alemán, lo echa a la calle… Estas son las dos caras de la Francia de nuestros días. Por un lado, la decisión personal de sacrificar, en determinadas circunstancias, la propia vida por Alemania y Europa (en Normandía debe de haber franceses y francesas que hayan disparado contra los británicos y los estadounidenses. Al menos a los «libertadores» no se les aprecia demasiado, cuando no son tan odiados como lo eran los alemanes antes). Por el otro, esa guerra de guerrillas, amarga y cargada de odio, que libran en la sombra personas que no han aprendido nada de la historia y que se empeñan en mantener su actitud revanchista y su

mentalidad «antialemana» (*antiboches*), según la cual todos los medios son válidos, incluidos aquellos que van en perjuicio de sus compatriotas: actividades delictivas, atentados con bombas, asesinatos, amenazas contra el avituallamiento de sus propios compatriotas, etc.

De verdad, hay que ver estos dos mundos y sus exponentes… Y no lo digo solo por este contacto: también a través de la lucha armada contra ellos se puede comprender la Francia de hoy, así como nuestra política y los deberes de soldado que nos corresponden a nosotros, los alemanes, en este contexto europeo. Se trata de defender las condiciones de vida europeas. Y, para eso, se han hecho enormes sacrificios y esfuerzos. ¿Serán en vano estos cinco años de combates? ¡Ningún alemán decente podría desearlo! Tenemos que ser implacables y claros cuando se trata de defender cuestiones fundamentales. Debemos resistir el que probablemente sea el período más duro de la guerra, para nosotros y para nuestro pueblo.

A medida que envejecemos nos hacemos cada vez menos egocéntricos. Cuanto más hemos asistido como testigos a una época como esta que vivimos, más cuenta nos damos de que nuestro pequeño destino individual no es independiente, sino que está íntimamente unido a los intereses suprapersonales que se expresan en los movimientos de los destinos de los grupos y los pueblos. Y, sin embargo, también querríamos que nuestra existencia personal siguiera tranquilamente su curso si se nos brinda la oportunidad de regresar al país, a casa. Así, pese al rumbo en zigzag de la guerra, de sus experiencias y de sus cambios de rumbo, la brújula de mi corazón apunta hacia ti, mi querida mujer, y hacia mis lobitos, y poco importa que me envíen a la derecha, a la izquierda, arriba o abajo en el mapa. Lo único que espero es que al final pueda volver al país y «echar el ancla» en ti, como dicen los marineros. Ah, sí… ¡Mi querida mujer, crucemos los dedos para que eso ocurra pronto!

Acabo aquí. Te beso y te abrazo, con todo mi corazón. Y también a nuestros pequeños pillos. Saluda a tu madre y a todos nuestros

familiares y conocidos de mi parte. Con la esperanza de recibir pronto buenas noticias tuyas,

Siempre tuyo, tu Günther

P. D.: En cuanto a todos los cambios materiales y a la posible mudanza para salvar nuestras cosas, te doy carta blanca, mi querida mujer. ¿Qué podría aconsejarte o decidir desde aquí? Tienes pleno poder para hacer cualquier cosa durante mi ausencia y nuestra separación. Confío plenamente en ti. Haz lo que te parezca mejor para ti y para los lobitos. ¡Seguro que tomarás una sabia decisión!

¿Qué tal la escolarización de Peter e Inge? ¿Se ha decidido ya algo?

81

El desertor

Sabemos muy poco de la vida de Wolfgang M. antes de la guerra. Sirvió como soldado en la Luftwaffe y su mujer vivía en Ludwigshafen. En agosto de 1944, tras los combates en Bélgica y en los Países Bajos, este cabo primero murió, probablemente en Francia, poco después de escribir la siguiente carta.

27 de julio de 1944

Ratoncita mía:

Ayer recibí tu amable carta n.º 65 y esta noche la respondo. He pasado toda la noche viajando. Fui testigo en un tribunal militar, que juzgaba a un hombre de mi unidad de artillería. Lo han condenado a muerte. Se escapó durante el transporte nocturno. Tuvimos que buscarlo durante toda la noche. ¡Sí, este tipo de cosas pasan!

Has transmitido a Berlín la cuestión del permiso de estudios, pero creo que tengo que dirigir mi solicitud a través de la unidad de artillería. Y, además, todavía es muy pronto: nos darán a conocer la decisión hacia mediados de agosto, creo. ¿Te has enterado de algo más?

En cuanto al señor Geck, no es grave, ¡aunque sería mejor que no existiera! ¡Tal vez tu vida sería mejor!

Ya no estoy resfriado, todo va como la seda. ¡Cruzo los dedos para que la suerte siga de mi lado! Tengo que acabar ya esta carta, está oscureciendo. Y hoy, como siempre, te mando besos con mucho amor.

Tu Wolf

82

Generaciones de soldados

Karl K. (véase su carta del 16 de mayo de 1942) contrajo una enfermedad tropical, conocida como la «fiebre de Creta» o «fiebre de Malta» y salió de la isla a finales de 1942. Volvió a Alemania, donde se le destinó como guardia en la fábrica de Opel en Rüsselsheim (filial de General Motors), un complejo industrial en el que se ensamblaban los bombarderos de la Luftwaffe y en el que trabajaban numerosos Ostarbeiter, esto es, trabajadores forzados del Este. Karl K. fue apresado por los estadounidenses, que lo internaron en el campo de Ochsenfurt. Su mujer, Hilde, consiguió que lo liberaran en octubre de 1945.

1 de agosto de 1944

Queridos todos:

Hoy hace treinta años que vi por vez primera, en la estación de Stettin, en Berlín, a los soldados alemanes, húsares de la muerte, a la luz del ocaso. Al volver a casa, papá le enseñó a mamá el papel amarillo en el que se le ordenaba ir al frente. Yo no entendía nada, pero aquel papel amarillo se me quedó grabado en la memoria.[1]

Todavía conservo la esperanza, pese a la catastrófica situación del Este. Porque no puedo imaginarme —o no quiero creerme— que en la Alta Comandancia no haya más que imbéciles y que ni un solo hombre haya previsto el giro que iban a tomar los acontecimientos.

De todas formas, las cosas son muy diferentes de lo que pensábamos. Acuérdate de la carta de Ekke Blücher o de las grandes expectativas que teníamos puestas en la invasión. Ahora, sin embargo, casi se podría decir que las fuerzas de la resistencia alemana están en declive y que se cierne la amenaza de que se produzca el mismo cambio que ya se dio en El Alamein:[2] también allí los Tommies consiguieron abrirse paso después de semanas de asedio.

Pero más que esto, lo que me preocupa es tu dolor de mandíbula. Seguramente todo viene de la raíz de algún diente, que estará mal. ¿Lo habéis comprobado? En cualquier caso, no se debe tomar a la ligera tal cantidad de pus.

Las noches ahora son muy tranquilas. Los habitantes de Rüsselsheim[3] siguen acudiendo por las noches a los refugios de la fortaleza o a los dos búnkeres de Opel. Son edificios especialmente seguros, sobre todo en las plantas inferiores. Las escaleras están fijas en el exterior. Si el techo, de tres metros de grosor, se desmoronara, los pisos de abajo se mantendrían intactos. Hace poco cayeron dos bombas sobre la parte superior de uno de los búnkeres y apenas se aprecian huellas.

Como las fábricas siguen sin funcionar por las noches, los vecinos de la ciudad tienen derecho a meterse en los búnkeres ¡y muchos hasta duermen en ellos!

[…]

¿Y nuestros pequeños escolares? ¿Qué tal van? ¿Tienen ya su mochila?

Afectuosamente,

Vuestro papi

83

Sentido y sensibilidad

Por lo que se desprende de sus textos, Ernst G. parecía estar muy preocupado por la evolución de su matrimonio en su ausencia (véase su carta del 18 de noviembre de 1940). Este padre de dos hijos participó en la campaña de Francia y más tarde combatió en el frente oriental. Al volver a Francia, su unidad, como otras de la Wehrmacht, fue destinada al sur, donde debían frenar el avance de las tropas aliadas a través de Italia. Ernst G. consiguió volver junto a su mujer, Irene, después de la guerra sin pasar por ningún centro de prisioneros.

En el sur de Francia, 12 y 13 de agosto de 1944

Mi pequeña y amada esposa:

Vuelvo de dar un paseo nocturno. Nos hemos pasado tres horas caminando entre los arbustos, observando a los conejos del campo. Es la primera vez en mi vida que he visto gazapos. Son muy pequeñitos, pero, como te puedes imaginar, nos vendrían muy bien para el desayuno. Mañana por la mañana, a las seis, salimos de nuevo. A ver si puedo llevarme unos conejos. Te adjunto una fotografía. En ella

estoy en una colina, viendo cómo nuestra infantería combate en la maleza, a setecientos metros de mí […].

Querida esposa, en tu carta del 11 de julio me decías varias cosas sobre nuestra relación íntima. Sí, Irene, tienes toda la razón. Hay personas que no saben por qué están casadas. ¿Sabes? A veces se podría pensar —y he tenido ocasión de hacerlo aquí— que no saben nada de sentimientos. Dan sensación de apatía. He llegado a la conclusión de que, en el fondo, están vacíos, no tienen emociones. ¿De quién es la culpa? ¿Del dinero? ¿Del bienestar? Con esta gente resulta imposible hablar del verdadero amor. Es posible que estas dos personas se encuentren algún día. Pero, en mi opinión, pasan por alto los fundamentos mismos del matrimonio. En cambio, nosotros sabemos qué significa todo esto, mi querida esposa. Doy gracias al Señor por no haber sido un cobarde cuando te conocí, aunque muchas veces no tuve claro si debía insistir o no. Muchas veces toqué fondo y no sabía qué hacer. Estuve a punto de caer en el exceso. En cualquier caso, todavía me sorprendo de la testarudez que demostré en aquella época. Llegué a decirme que, si no querías saber nada de mí, era justo. Pero tu tenacidad me encendió. Y nunca te lo agradeceré lo suficiente. Hoy te tengo, y tu corazón entero, tu alma entera, todo lo que haces y todo lo que consigues son para mí y para nuestros hijos. Tus pensamientos nos pertenecen, a mí y al futuro de nuestra familia. ¡Cuán profundo debe de ser el amor que sientes por mí aún hoy, mi querida esposa! Puedo leer el amor en cada una de tus palabras, en cada una de tus frases. Sí, habrá quien piense que estos no son más que halagos o palabras bonitas. Pero seguro que quien piense así será alguien que haya renunciado a vivir una vida sobre la base de estos principios. La guerra también tiene mucha culpa en este sentido. La humanidad se vuelve frívola. Imaginemos a una mujer que también se haya casado durante el conflicto y que espera con impaciencia que la contienda termine pronto. Tiene el marido que buscaba y, con él, todo lo que necesita. De repente, él se ve obligado a partir y ahora solo vuelve muy de vez en cuando a casa. La mujer es aún joven, siente fuego en su cuerpo… Ya sabes a qué me refiero… Ella ha aprendido

hasta qué punto eso es bueno y hermoso, pero ahora cada vez ve menos a su marido. Y ya sabes lo que pasa cuando las mujeres no se controlan. Buscan en secreto lo que necesitan. Y esta es la principal causa de ruptura de tantos matrimonios. No es necesario escribir nada más acerca del amor y la unión. Hoy se ridiculiza el respeto hacia uno mismo y hacia la mujer, y todo lo que nos queda en la vida. Sí, querida mía, hay personas que arrojan al barro todo aquello que nosotros consideramos sagrado. Jamás conocerán la vida del que ama. ¿Vamos a envidiarlos, tesoro mío? Son los demás quienes necesitan compasión. La insensibilidad frente al amor es infrecuente, querida mía. Cuando un hombre escribe una carta como esa no solo tiene a una mujer en su mente, sino que también hay otra, oculta detrás, o bien sucede que se ha tenido que casar por algún motivo concreto. Así es. A nosotros todo eso nos queda lejos y seguirá estando lejos durante toda nuestra vida. Tenemos que pensar en cómo ayudar a nuestro amor. Busco todas las formas de hacerlo más fuerte y más intenso de lo que ya es. Y no resulta fácil. Solo vivo para ti, Irene, y para nuestros pequeños, y me siento feliz y contento de que pueda y deba ser así. Que la guerra dure cuanto quiera. Nuestro amor saldrá reforzado de ella. Cuantos menos permisos me den, más os querré y os valoraré, a ti, a los niños y a la patria. Los cimientos se harán más sólidos. Y tú, querida mujer, tú cuidarás de este amor como si fuese un tesoro. Lo protegerás y evitarás que se contamine con cualquier influencia externa. Piensa en nuestros corazones, querida Irene. Son un solo corazón y una sola alma. Palpitan al unísono. Viven juntos, aunque estén alejados el uno del otro. Se miran permanentemente […]. Nuestros corazones viven con confianza, porque allí donde no existe la confianza tampoco existen la vida, la felicidad y el amor. Los dos sabemos lo que hemos encontrado desde nuestra boda. Hemos abierto de par en par las puertas de nuestro matrimonio y hemos descubierto muchas cosas. Ojalá que tu corazón y tu alma sigan puros y que la fuente de tu amor nunca se seque. Es mi alimento, mi pan de cada día. Te mando todas mis bendiciones, querida esposa. Duerme tranquila y dichosa. Beso tu rostro, apoyo mi cabeza contra tu pecho y me duermo a tu lado en este domingo.

Tu feliz Ernst

84

Preparado para lo peor

Gerd von A.-S. (véase su carta del 18 de enero de 1944) combatió en numerosos escenarios (Países Bajos, Francia, Prusia oriental, países bálticos, Rusia), prestando sus servicios en la defensa antiaérea. Murió el 31 de octubre de 1944, con veintiséis años, como consecuencia de sus heridas de guerra.

En campaña, 18 de agosto de 1944

Queridos padres:

Ayer recibí vuestra carta del 8 de agosto. Tal vez la número 16 llegará más tarde. Pero ya es una suerte que el resto de vuestros mensajes hayan llegado, porque siempre existe la posibilidad de que se pierdan por culpa del enemigo.

A veces reflexiono (y me refiero ahora a tu carta, querida mamá) acerca de lo que supone motivarse siempre para cumplir el deber, sin pensar en uno mismo. Es algo que se encuentra firmemente arraigado en cada humano, aunque no lo sepa, y que solo se revela a la conciencia cuando las circunstancias lo hacen brotar desde lo más profundo. A menudo esto ocurre sin darnos cuenta y sin que forcemos los sentimientos. El carácter implacable de nuestra vida aquí nos ha

ido enseñando poco a poco a estar siempre preparados, incluso para lo peor. Pero eso es algo que jamás podrás entender, querida mamá.

Creo que esta guerra ya ha alcanzado su punto culminante y que pronto acabará. ¡Qué gran día aquel en el que las armas se callen!

Aquí se observa que hay menos movimiento porque los contrataques se han trasladado a las fronteras de nuestra patria.

¿Cómo podemos cambiar a Waltraut? Y, sin embargo, algo tendremos que hacer. Si no, ella va a hacer que nos perdamos y os atormentará con sus propios asuntos. Y no quiero ni planteármelo. Rolf, tampoco.

Qué bueno es hacer planes más allá de esta guerra. Pensar en un futuro hermoso es todo un alivio.

Menos mal que mi caja por fin ha llegado. Es una pena que no la tuviera conmigo durante mi permiso. También querría disponer de mis antiguas cosas, que llevo años sin ver. Por ejemplo, mi diario personal de los tiempos de Postdam […].

Por lo demás, estoy estupendamente y me siento feliz cada vez que un día acaba bien. Cuidaos mucho. Besos llenos de cariño.

Vuestro Gerd

85

Las luces del cielo

Hanskarl S. fue llamado a filas en 1943, cuando tenía dieciocho años. Primero cumplió el Servicio de Trabajo del Reich (el Reichsarbeitsdienst). Posteriormente, se le destinó a la 20.ª División de Infantería y, ya más adelante, a la 70.ª Brigada de Ingeniería, donde prestó sus servicios como radiotelegrafista. A partir de 1944, participó en la retirada de las tropas alemanas de Ucrania y Polonia. Fue en este contexto en el que escribió la siguiente carta a su familia. Hanskarl S., natural de Osnabrück, desapareció tras la gran ofensiva de invierno que el Ejército Rojo lanzó en enero de 1945 en las orillas del Vístula, en Polonia.

En el Este, 20 de agosto de 1944

Probablemente llevéis ya mucho tiempo esperando una carta. Es una verdadera pena que no podamos enviar correo regularmente. Hay otras tres cartas a la espera de salir de aquí. Hemos cambiado nuestras posiciones en una pequeña ciudad, que se ha visto bastante afectada por las bombas, el fuego de la artillería y los incendios. Hemos tenido que librar un combate muy intenso hasta expulsar por fin a los rusos. Nuestros cañones de asalto han destruido cuatro tanques. Todos los

impactos aparecen en la parte trasera, lo que demuestra que se produjeron durante la retirada.

Ayer estuvimos en un pueblo. La mitad de las casas están arrasadas y la otra mitad sirven de garaje para los vehículos. Cada vez que los aviones vuelan a ras del suelo, hay una vivienda que arde y un incendio que se propaga. Las casas de madera y techo de paja prenden como cerillas. Es fácil adivinar cuáles serán las siguientes que se vendrán abajo. Pero después cae la noche y todo se tranquiliza.

Todas las noches duermo fuera. Aunque hay bruma, no importa. El frío no consigue atravesar las gruesas mantas y los rayos del sol nos secan rápidamente. ¡Es tan hermoso contemplar las estrellas antes de dormir! Me resulta tan reconfortante… De forma instintiva, pienso en nuestro país. Ayer me acordé de Norgaardholz.[1] Allí, junto al mar, las noches eran tan frías, en comparación con los días calurosos… Anoche tuve la misma impresión que cuando nos paseábamos por la playa hasta que el sol desaparecía en el horizonte y empezaban a brillar las primeras estrellas. Estaba agotado, pero no tenía ninguna gana de dormir. La noche era demasiado hermosa. En estas condiciones, el Este también tiene un punto romántico. Pero con la llegada del nuevo día, todo cambia. También ocurre en nuestra pequeña ciudad. Os costará imaginaros lo que os voy a descubrir. Veréis, una ciudad alemana se reconoce generalmente porque en la periferia hay urbanizaciones de casas sencillas y pequeños huertos. A medida que uno se adentra en la localidad, aparecen las viviendas familiares, construidas unas junto a otras. Además, todas las ciudades cuentan con árboles y zonas verdes. Sin embargo, aquí se distinguen, ya desde lejos, viviendas de tres pisos, amarillas o blancas, que no ganan en belleza, precisamente, cuando uno se acerca a ellas. En las carreteras del campo el viento sopla y se lleva consigo el polvo, pero no sucede lo mismo en las calles de la ciudad. A menudo nos vemos cubiertos por ese polvo. Todas las casas son idénticas, estén construidas en barro, piedra o madera. Tienen las mismas pinturas sucias, los mismos patios asquerosos, y sus habitantes solo se lavan los domingos. Para lograr

aquí una metamorfosis, sería necesario sustituir a todas las personas que viven en la zona […]. Comprendo perfectamente que resulte difícil colonizar el Este. Y todavía en Posen y en Prusia occidental las cosas van más o menos bien, porque una parte de la población es puramente alemana. Pero mientras el Gobierno General no cuente con sus propios campesinos para trabajar, Alemania solo considerará esta zona como un lugar destinado exclusivamente a la explotación de recursos.[2] Eso es lo que hemos hecho hasta ahora. Eso sí, sería una pena que perdiéramos la cosecha debido al avance de los rusos. Las espigas estaban magníficas y el tiempo ha sido favorable. Por ahora, todo va mal para los alemanes.

El mundo es tan extraño. Os preocupáis por mí porque estoy en peligro, pero este peligro no me afecta lo más mínimo. No vayáis a pensar que me tomo las cosas de un modo frívolo. En realidad, estoy así desde que empezaron las incursiones aéreas y los disparos de artillería. Ahora sé que el tiro va hacia otro lugar porque oigo la bala que silba de una determinada manera, o que va a caer cerca, porque silba de un modo diferente. Aprendemos a distinguirlo más rápido de lo que imaginamos. Así que, como ahora tengo cierta experiencia, ya no me pongo nervioso cuando oigo disparos. Pero es necesario estar seguros de contar con la cobertura necesaria. Si no, la cosa no acabará bien. Cuando el frente está estable, es posible excavar tranquilamente agujeros de protección. Es increíble lo seguro que se puede sentir el ser humano en la tierra.

Son las seis de la tarde. He dormido muy bien en el sofá del piso de un boticario. Qué sentimiento tan agradable (y tan poco frecuente) este de haber tenido un sueño tranquilo.

Los duelos de la artillería no cesan. Espero que los rusos acaben agotados de una vez por todas.

Cuidaos mucho. Afectuosamente,

Hanskarl

86

Escaramuza

Nacido en 1924, Lutz R. era soltero. Lo llamaron a filas en febrero de 1943 y prestó sus servicios como soldado en el 273.º Regimiento de Granaderos. Fue destinado primero al frente ruso y después a Francia, país este último desde donde escribió la siguiente carta a sus padres. Los estadounidenses lo apresaron, pero en febrero de 1946 acabaron liberándolo.

En el Oeste, 30 de septiembre de 1944

Queridos padres:

Hoy he alcanzado el más alto grado de bajeza: me he convertido en soldado de primera. Aunque lo único que haya hecho aquí sea buscar rincones en los que poder meter cacharros, me han dado este rango.[1] Os ruego que lo tengáis en cuenta a la hora de escribir la dirección postal. Apenas quedará constancia en el informe de la Wehrmacht. Pero me reservaré el derecho a disfrutar del tratamiento de «señor soldado de primera».

Por cierto, hablando de los informes de la Wehrmacht, recuerdo que en el de hoy se habla de nuestro regimiento (el 1120) y del

comandante. Como ya sabéis, la mayoría de las veces que se menciona una tropa se hace en relación con algún fracaso. Así ha sido también en nuestro caso. Nuestra compañía cuenta con nueve hombres, lo cual ya da una idea del panorama, sobre todo considerando que es la que dispone de más soldados. Las pérdidas no se han producido durante la defensa, sino durante los contrataques. La última que hemos sufrido es un ejemplo del refinamiento de los estadounidenses. Por la mañana, temprano, una patrulla inspeccionó la linde de un bosque para comprobar si estaba ocupada por el enemigo, pero no detectó presencias sospechosas. El contrataque se produjo esa misma mañana. Los nuestros estaban delante del bosque cuando, de repente, empezaron a dispararles desde una distancia de quince metros, sin parar. Pensaréis, evidentemente, que han vuelto sanos y salvos. Pues resulta que, como tenían que atravesar un río, aquello se convirtió en una verdadera desgracia. En realidad, cuando la patrulla fue a la linde del bosque, la zona ya estaba ocupada. El enemigo sabía de sobra lo que los nuestros iban a hacer y se mantuvo en silencio. El ataque no fue lo suficientemente potente: ya no hay pistolas ametralladoras, se perdieron en combates anteriores. Por eso hay que reconocer la heroica valentía de los asaltantes. Pero ya está bien de tanta guerra.

Por lo demás, varios suboficiales han sido ascendidos a sargento, así que hemos decidido celebrarlo regando esta promoción con algo de beber. Al final de la fiesta, que todavía no ha acabado, os remitiré un nuevo informe.

Como tenemos por aquí cerdos, no nos faltará el avituallamiento. Ayer había algo asado en el menú del día. Hoy hemos tenido una chuleta «del tamaño de una tapa de váter». En realidad, no era tan grande, pero equivaldría a la ración de toda una semana en Alemania. Tengo que confesar, sinceramente, que aquí he ganado unos kilitos. Se cuida al soldado.

Por ahora, esto es todo. Besos con cariño.

Vuestro Lutz

87

Himmler habla

Hans-Reinhold T., autor de esta carta, era suboficial del 29.º Regimiento de Tanques. En otoño de 1944, cuando escribió estas líneas, el Ejército Rojo estaba avanzando por Polonia, aunque se topó con una importante resistencia en Prusia oriental. Hans-Reinhold T. sobrevivió a la guerra y fue capturado por los soviéticos. Después de muchos meses encarcelado, volvió a Alemania.

Zinten,[1] 18 de octubre de 1944

Mi pequeña y amada Hannerle:

Muchas gracias, de todo corazón, por tus encantadoras cartas del 13 y del 15 de octubre. Me han hecho especialmente feliz. Escribes cosas tan bonitas que siento nacer en mí un fuego alegre y extraño, que me recuerda intensamente todas esas horas maravillosas que hemos pasado juntos. Es como si una ley de la naturaleza hubiera encontrado su contrapunto: un signo de amor verdadero por tu parte provoca que en mí renazca un recuerdo vivido como si estuviese cerca de ti. No tiene sentido preguntar «cariño, ¿te acuerdas?», porque es imposible olvidar esos momentos.

Mi querida Jo, cuando estés sola en casa, con miles de cosas a las que enfrentarte, y el deseo de volver a verme te asalte, por favor, mantén la confianza, no tengas miedo. Eso hago yo.

Hace una hora, Himmler, el ministro del Interior del Reich, ha hablado por la radio ante la primera compañía popular y nos ha vuelto a pedir que prestemos atención al terrible peligro que podría acecharnos si dejamos que nuestro coraje se desvanezca en esta espiral infernal y si no nos oponemos con todas nuestras fuerzas al enemigo. Que el ataque se produzca de noche, cuando esté sentado en un vehículo blindado o cumpliendo con mi deber de jefe de un grupo de infantería, no tiene importancia. Lo único que cuenta es la confianza en nuestra justa causa.

Pero no querría asustarte con mis palabras. Tenemos que seguir siendo leales y cariñosos el uno con el otro. Todo esto acabará. Los rayos de sol ya atraviesan las tinieblas. Hay tanta alegría que nos espera en nuestras jóvenes vidas… ¡Estoy completamente seguro!

¿Cómo estás, mi pequeña y amada Hannerle? Seguramente ya habrás acostado al pequeño Hubert. ¿Tal vez me estés escribiendo en este mismo instante?

Ahora voy a redactar una carta para mi madre, por su cumpleaños, que fue el 9 de septiembre. Todos los miembros de nuestra familia nacieron en un mes de septiembre. Mi difunto padre, el 22.

Querida mía, la carta de hoy irá acompañada de un mechón de mis cabellos, que tanto tiempo llevas anhelando. Si no he cumplido antes tu deseo es porque en esta habitación siempre estoy acompañado de otros compañeros. Si me vieran cortarme un rizo, se reirían, se burlarían de mí. Probablemente no comprenderían el sentido profundo de este gesto. Pero como ahora estoy solo, puedo hacerlo sin temor. Ojalá este pequeño mechón te dé todo el valor que necesitas y pronto se cumplan nuestros sueños.

Por ahora, esto es todo, mi amor. Cuídate y sé valiente.

Recibe mil besos

De tu Hannes

88

Navidades en Australia

Unos mil seiscientos prisioneros de guerra de las fuerzas del Eje fueron destinados a prisiones de Australia. La mayoría de ellos eran soldados que habían combatido en el norte de África o bien pertenecían a la Kriegsmarine. Buena parte de los oficiales, como el autor de esta carta, fueron internados en Dhurringile. Nacido en 1916, el profesor Wilhelm L. se formó como piloto en la Luftwaffe. Era teniente. Cuando pilotaba un avión en las costas del norte de África, su aparato sufrió un ataque. Wilhelm L. fue capturado y pasó el resto de la guerra en Australia. Ignoramos si acabó estableciéndose allí o si regresó a Alemania.

Dhurringile, 26 de diciembre de 1944

Queridos padres, querido hermano:

Aunque aún no haya recibido la «carta de Navidad» que tanto espero y sobre la que escribí hace poco, he pasado unas fiestas relativamente buenas. Como os decía, vuestro paquete de julio ha llegado a tiempo para animar algo más el ambiente festivo. Además, como en los años anteriores, hemos hecho todo lo posible para celebrar

las Navidades como se debe. ¡Por primera vez, hasta hemos conseguido dos auténticos árboles de Navidad, unos hermosos abetos rojos! En la chimenea de la habitación, en la que, después de una breve celebración común de la Nochebuena, hemos organizado una reunión íntima, hemos colocado una pequeña composición artística que parecía verdaderamente un arbolito de Navidad. Nos ha encantado el efecto. Ha sido un regalo de la Cruz Roja alemana, que también nos ha enviado otros pequeños detalles. Evidentemente, pese a que le hemos puesto toda la buena voluntad del mundo, el día no fue tan bonito como cuando lo pasaba con vosotros. Imagino que os sentís muy solos, queridos padres. Probablemente habrán desaparecido la alegría y el buen humor. En estas fechas, el recuerdo de nuestro querido Adalbert debe de ser especialmente doloroso. ¿Tal vez os ha visitado Erna, acompañada de sus hijos? Hace mucho tiempo que no me escribe. Espero que se encuentre algo mejor. Seguramente mis hermanos no han sentido el espíritu de la Navidad. Pienso mucho en ellos cuando leo las noticias acerca de los duros combates en el frente. Espero que estéis bien, queridos padres. Tengo toda la esperanza y toda la confianza para el nuevo año.

Mil besos.

Vuestro Wilhelm

89

1945, un año nuevo

Para la Wehrmacht, el año nuevo llegó acompañado de los peores augurios. Aun cuando algunas ofensivas, especialmente en la región de Ardenas, permitieron frenar el avance de los Aliados, lo cierto es que en el Este el Ejército Rojo ya se había hecho con Budapest. Las tropas alemanas, agotadas por los continuos desplazamientos de unidades de un frente a otro, se iban debilitando y sufrían graves problemas de avituallamiento.

Tras haber combatido en el norte de Rusia, sobre todo en Leningrado, Adolf D. se repliega junto con su unidad al sureste de Alemania, probablemente en Checoslovaquia. Prestó sus servicios en la 196.ª Unidad de Cazadores de Tanques (Panzerjäger). Nacido en 1909 en Hannover, se enfrentaba a su sexto año de guerra. Las tropas estadounidenses lo apresaron, pero pudo volver a su hogar en mayo de 1945.

En un furgón, 1 de enero de 1945, de 18.00 a 21.00 horas

Mi querida Marieluise:

Mi primera carta de este nuevo año es para ti. La escribo en un convoy que nos lleva a una nueva zona de operaciones en el Este. Hemos entrado rápidamente en Alemania, pero hemos girado enseguida hacia el sureste. El trayecto ha sido más o menos soportable. Como no había vehículos de transporte de tropas, he tenido que viajar junto con mis dieciocho hombres en el furgón. Resulta un tanto estrecho para dormir, pero, aparte de eso, es bastante agradable. La estufa calienta bien y los alimentos se mantienen frescos en el compartimento para cartas. Como no podemos contemplar el paisaje por la ventana —los cristales están empañados y cubiertos de polvo—, nos pasamos el día durmiendo. Al principio, íbamos a buen ritmo, pero ahora tenemos que esperar mucho tiempo en las estaciones de servicio. En Nochevieja escuchamos el discurso de Goebbels.[1] Su confianza era mayor que en la anterior alocución. Un jefe de sección checo nos ha dado una interesante versión del clima que reina en el Protectorado.[2] Es más germanófilo de lo que pensábamos. Hay que decir que las capas superiores siempre son las más fuertes. Su opinión acerca de las fábricas de calzado Bata y sus fundadores es muy instructiva. Escuchándolo, el tiempo pasó rápido. He conseguido que el contralor me entregue otras tres botellas de aguardiente, así que no hemos entrado en el año nuevo con la garganta seca. Hacia las diez, todo el mundo estaba durmiendo. La radio sonaba bajito. He abierto los ojos al oír el sonido de las campanas y he despertado a todos. Hemos brindado juntos. Cada cual ha deseado a los demás mucha suerte para la guerra. Sobre todo teniendo en cuenta que nos dirigimos hacia una nueva operación. Nunca había vivido una Nochevieja así. Todos reunidos en torno a la radio, a la espera del discurso del *Führer*. Mis pensamientos me han llevado atrás en el tiempo, unos años atrás. Aquello era muy diferente. Por aquel entonces, podía tener a mi amada en mis brazos, besarla y quererla. Éramos el uno para el otro, podíamos desearnos lo mejor. Dos personas henchidas de amor y felicidad… O también esas nocheviejas fuera de casa, en el búnker, completamente diferentes. Entre los compañeros, el ambiente era alegre. Esta vez, en cambio, hemos estado serios, con una expresión hermética, esperando

ansiosamente las palabras del *Führer*. Ni siquiera hemos acabado la botella de Nordhäuser. Al final del discurso, cada cual se retiró a dormir, consciente de que en poco tiempo deberá volver a sacrificarse por la grandeza y la existencia de Alemania. Después de que hablara el *Führer*, reinaba una atmósfera grave y solemne. Sus palabras cayeron en terreno abonado. Combatimos para los nuestros en casa. Esa es la consigna. Y creo que todos pensaron en sus casas antes de dormirse. Estuve un tiempo desvelado, acordándome de ti y de los niños. Me vinieron a la memoria tantas horas hermosas, que desfilaron ante mis ojos como si fueran una realidad… Mi querida Marlies, tenemos que dar las gracias por aquellos bellos días. Pronto sabremos cómo sobreponernos a las inmensas pérdidas que provocan las bombas enemigas, siempre y cuando, claro, la guerra termine con la victoria de Alemania. Cuando vuelva a estar con vosotros, reconstruiremos todo juntos. Tal vez incluso tengamos un hogar aún más hermoso que antes. Si los dos salimos de esta sanos y salvos, la suerte nos sonreirá de nuevo. Y si no vuelvo, no estés triste. Habré entregado mi vida por ti y por los niños, para que puedan crecer en un tiempo mejor. Tú los acompañarás hacia un futuro más hermoso y radiante. Organizarás la casa como si aún estuviera con vosotros. Os quiero tanto, a ti y a los niños… Me gustaría que siguierais viviendo bien y felices sin mí. Pero tal vez tenga suerte y regrese a casa tras la guerra. En ese caso, seguiré cuidando de vosotros y compartiré contigo las penas y las alegrías durante mucho mucho tiempo. Eso espero. Y podremos disfrutar de nuestros hijos. Estos pensamientos me han emocionado durante largo tiempo.

Es posible que me concedan un permiso para hacer que olvides momentáneamente tus preocupaciones actuales. Ojalá sea así y estés relativamente recuperada, para que podamos encontrarnos después de una separación tan larga. No será inmediato. Pero quién sabe durante cuánto tiempo viajarán nuestras respectivas cartas… Voy a intentar entregarle esta a un soldado que se vaya de permiso para que entretanto puedas ir al dentista, por si, sin este correo, te resulta imposible hacerlo. Tal vez tengas la cara menos hinchada y la

inflamación haya remitido. Mi intención es viajar entre mediados y finales de enero. Me dirijo a la zona de operaciones. Hemos necesitado un tiempo y es posible que todavía tardemos unas semanas. También la Oficina de los Daños de Guerra tendrá que esperar. Además, tengo que organizarme en función de tus fechas disponibles, de las que me imagino que me hablarás en tu siguiente carta. Ya sé que en mis últimos mensajes te he repetido una y otra vez lo mismo sobre el tema de mi permiso, pero es porque no sé cuál de ellos te llegará primero. Ojalá estuviera junto a ti y los niños… Créeme, espero con impaciencia tus cartas. Ahora mismo el servicio de correos es lentísimo y cada vez nos encontramos más lejos… Habrá que esperar para comprobar cuánto tiempo suelen tardar en llegar las cartas.

Ahora, mi querida Marlies, termino este mensaje, con el deseo de que nuestras expectativas para 1945 se cumplan. Mi primer deseo —que me concedan un permiso— se hará realidad muy pronto. Al fin podremos darnos de verdad los muchos besos que llevamos enviándonos desde hace dieciséis meses. Pero no creo que me lo concedan antes de veinte días.

Saludos afectuosos para ti y para los niños.

Dulces besos para ti.

Tu Atte, que tanto te quiere.

90

Angustia

Ludwig K. había escrito a su tía para comunicarle su malestar en relación con el tipo de compañerismo que predominaba en su tropa (véase su carta del 14 de marzo de 1943). Después de aquello, participó en el aplastamiento de la insurrección de Varsovia y, finalmente, se le destinó a Pomerania.[1] *Aquí escribe a su madre, lleno de angustia frente a su incierto futuro. Lo habían ascendido a oficial. Poco después de redactar estas líneas, las tropas soviéticas lo apresaron. En 1946 fue liberado y regresó a Alemania.*

Pomerania, enero de 1945

Querida mamá:

Esta carta está especialmente dirigida a ti porque no puedo compartir mis sentimientos más profundos con cualquier persona. Siento una enorme necesidad de hablar a un ser querido de lo que casi me está rompiendo el corazón. En estos momentos somos soldados de infantería. Eso significa que ocho hombres compartimos un búnker con seis camas y que disponemos de un espacio de un metro y medio por dos metros, sin puerta, sin luz, sin estufa y a una temperatura de –15ºC o –20ºC, bajo una tempestad de nieve. Con todo, durante el día

hemos conseguido fijar una puerta y organizar una especie de horno. Ahora mismo tenemos que elegir entre la intoxicación por humo y la oscuridad, o entre el frío y la luz. Tenemos solo lo imprescindible. Nada de utensilios de aseo, nada de comodidades. De día retiramos la nieve de las trincheras, utilizando palas, en medio de un frío glacial. Por la noche, nos quedamos de pie, haciendo guardia a unas temperaturas aún más espantosas, durante tres o cuatro horas, mientras las trincheras se van llenando otra vez de nieve. La comida es escasa y llega fría. Y todo eso, sin contar las pequeñas molestias que tanto nos gustaría evitar. ¡Pero no pensemos más en ello! Llegamos aquí después de haber caminado cuarenta kilómetros, día y noche, cargados con todo nuestro equipamiento.

Pero todo eso no es nada comparado con la angustia… que no es el miedo ante la posibilidad de morir, sino, sencillamente, el pavor ante esta incertidumbre enorme y amenazante. Si supiéramos cuándo vamos a morir, al menos podríamos prepararnos. Pero ignoramos si existe alguna posibilidad de volver de esta guerra y de acabar nuestros días tranquilamente, en Jüterborg,[2] o si nos harán prisioneros, si acabaremos heridos en manos de los rusos, si pasaremos los mejores años de nuestra existencia vegetando… Y luego está el dolor de no poder adivinar lo que será mañana de nuestro pueblo, cuándo llegará por fin la paz, cómo conseguiremos reconstruir nuestras vidas más adelante… No sabemos hasta qué punto los rusos y la guerra han arrasado nuestra querida Alemania ni adónde nos llevará todo esto.

Pronto llegaremos incluso a desear que todo acabe lo antes posible, con una gran catástrofe, o que caigamos enfermos para terminar nuestros días en un hospital de campaña del centro de Alemania o que los estadounidenses nos capturen. Corremos el riesgo de pensar de este modo, pero enseguida apartamos tales ideas de nuestras mentes y sentimos vergüenza. ¿Ves cómo mi alma está desgarrada, confusa? Y no encuentro descanso alguno, salvo cuando me arrodillo en la trinchera y rezo, con más fervor que nunca, porque esa será nuestra única salvación: ¡Señor, hágase tu voluntad! Jesús, vivo por ti,[3]

muero por ti, soy tuyo en la vida y en la muerte. Todo va bien y todo irá bien porque reinas sobre la vida y la muerte. ¡Si al menos pudiera encontrar algún alivio en mis sueños! ¡Madre! ¿Cuándo acabará al fin esta época? Pero tenemos que seguir siendo fuertes.

Afectuosamente,

Tu Ludwig

91

Los Balcanes, el polvorín de Europa

En el otoño de 1944, el Ejército Rojo y los partisanos yugoslavos (liderados por Tito) lanzaron una ofensiva sobre Belgrado. Esta operación supuso el principio del fin de la Wehrmacht en los Balcanes. Los alemanes empezaron a batirse en retirada en Macedonia, Bosnia y Eslovenia. En el frente de Sirmia, establecieron una línea de defensa, pero los incesantes ataques de las tropas soviéticas, del 2.º Ejército de Bulgaria y de los partisanos yugoslavos provocaron las pérdidas de muchos hombres entre las filas de la Wehrmacht. La incursión del 12 de abril de 1945 puso fin a la campaña de liberación de Yugoslavia.

Heinrich E. nació en 1910. Estaba casado y, antes de la guerra, trabajaba en un banco. Prestó sus servicios en el 935.º Batallón de Seguridad.

En los Balcanes, 16 de enero de 1945

Mi querida esposa:

Sigo sin recibir noticias de ti. El servicio de correos ha pasado hoy por aquí, pero, por desgracia, no había nada para mí. Estamos a

cuarenta y cinco kilómetros al sur de Sarajevo.[1] Es muy probable que nos asignen tareas de vigilancia del ferrocarril. Por el momento tengo una habitación espectacular, en una granja. He podido lavarme y afeitarme, limpiar mis zapatos, lavar mi ropa, zurcir mis calcetines, etc. Mi dormitorio tiene una ventana doble y una estufa. Pronto se me habrá curado la úlcera que tengo en la mano. Físicamente, me siento bastante bien.

Querida mía, ahora paso a describirte cómo ha sido mi marcha hasta llegar aquí. El 20 de octubre subimos en un tren en Larisa y viajamos hasta Gudova,[2] en la frontera griega. Desde allí, avanzamos a pie, pasando por las ciudades de Strumiza,[3] Skip, Veles y Skopje, y cumpliendo de cuando en cuando tareas de vigilancia de puentes o carreteras. En medio de las fuertes lluvias de los primeros días, perdí casi la mitad de mis cigarrillos y mi papel para cartas (o sea, sobres y demás). Los cacharros se pusieron hechos una sopa, así que quedaron inutilizables. Total, que tuvimos que destruir todo lo superfluo de nuestro equipamiento. A eso se le llama «aligerar el peso de la marcha». Ya no me quedan más que tres camisas, dos calzoncillos, tres pares de calcetines y alguna que otra tontería. Casi no tengo objetos personales. Solo un costurero, tabaco y cigarrillos. Mis cigarrillos se han desvanecido. Tampoco me quedan camisetas. Ya no se podían utilizar. Y nuestra retirada continúa. Hasta Skopje, las cosas fueron más o menos bien. La región (el valle de Strumiza) era relativamente llana y hacía un tiempo bastante bueno. Además, todavía teníamos bastantes víveres. Eso sí, los ataques aéreos eran frecuentes: vimos muchos vehículos destrozados en los arcenes. Desde Skopje no pudimos avanzar en dirección a Belgrado, así que tuvimos que dirigirnos al noroeste, hacia Sarajevo. Tomamos un tramo de la carretera de Belgrado y pasamos por Mitrovica, Pristina y Raska.[4] En fin, todos los nombres que aparecen en los informes de la Wehrmacht y demás fuentes. Después, nos vimos obligados a ascender por carreteras de montaña y, sobre todo, a soportar el mal tiempo. Caminamos bajo la lluvia y en el barro, día y noche, sin hacer un alto.

Dormimos al aire libre casi todo el tiempo, hasta poco antes de Navidad. Desde Raska, giramos directamente hacia el Oeste, en dirección a Novi Pazar,[5] y llegamos a Wischegrad,[6] en la frontera croata. Aquel trayecto resultó agotador. Encima, el avituallamiento era más bien justito y todo estaba cubierto de nieve y hielo.

Hemos pasado Navidad y Nochevieja en las carreteras rurales. Imagínate: solo teníamos coches de caballos y carretas griegas. En los escarpados pasos de montaña, la compañía tuvo que tirar y empujar los coches y los caballos. Un verdadero martirio. Sobre todo porque muchas veces no habíamos comido nada en todo el día: los encargados de la cocina no podían preparar la comida durante el trayecto. Los momentos de espera en el camino también fueron especialmente duros. Hay que oír la avalancha de juramentos e insultos que se desata cada vez que algo obstruye esas carreteras estrechas. Siempre hay alguien que fastidia a los demás. En fin, andamos como los gitanos: hemos acabado por acostumbrarnos a vivir en la carretera.

A grandes rasgos, esta ha sido, querida mía, nuestra marcha hasta Sarajevo. Accedimos a la zona pasando por Rogalice[7] desde Wischegrad. La capital bosnia está prácticamente intacta. Es muy grande (unos ochenta mil habitantes) y muy moderna. Pero, por desgracia, solo nos quedamos en ella dos días. Con un tiempo terrible, además.

92

Las últimas heridas

Esta es la última carta de Gottfried S., quien se había incorporado a la Wehrmacht en noviembre de 1941, después de obtener su título de bachillerato. Lo habían enviado a Ucrania, Rusia y Rumanía con diferentes unidades, entre ellas la 73.ª División de Infantería. Murió en una cama de un hospital de campaña, en enero de 1945, a consecuencia de sus heridas. Dos de sus hermanos también participaron en el conflicto: Konrad Johannes pudo volver a Alemania en 1948, después de pasar varios años en un campo de prisioneros de guerra en el Reino Unido, y Bernhard Jacobus murió en 1945, con diecinueve años de edad, durante su cautiverio.

Torn,[1] 18 de enero de 1945

Querida mamá y queridos todos:

Como probablemente ya sabéis, estoy en el hospital de campaña de Torn. Tengo los pulmones perforados en tres o cuatro puntos y el brazo derecho completamente destrozado, pero es probable que no tengan que amputármelo. Ya os podéis imaginar el dolor que siento. El hospital ha enviado un telegrama para comunicar que se permite que

uno de mis familiares me visite. Espero que lo hayáis recibido. Pienso especialmente en Julia, porque el viaje sería demasiado duro para ti, mamá. Evidentemente, para mí sería una alegría inmensa ver pronto a alguno de vosotros. Tengo accesos de fiebre intensos y siento sed todo el tiempo. Ojalá que todos vosotros estéis bien, queridos míos, que os encontréis sanos y salvos. Bernhard me escribió en Año Nuevo. ¿Podéis decirme dónde están mis demás hermanos y cómo se encuentran? Quien escribe esta carta en mi lugar es una vecina de Friburgo. Su hijo está aquí, también gravemente herido.

(Yo ya he hecho un par de veces este duro viaje. Una enfermera me dijo que había por aquí un hombre de mi zona, así que, naturalmente, me acerqué a la cama de su hijo. Vengo a verlo todos los días).

Os mando un saludo muy afectuoso, con la esperanza de volver a veros pronto.

Gottfried

93

La debacle

Según comentaron sus compañeros, el suboficial Heinrich E. (véase su carta del 16 de enero de 1945) resultó herido en un muslo durante un ataque de los partisanos yugoslavos. Como no había ninguna posibilidad de trasladarlo, tuvieron que abandonarlo. Ignoramos si fue capturado o si murió como consecuencia de sus heridas. Sus huellas se pierden a finales de febrero de 1945.

En los Balcanes, sábado, 27 de enero de 1945, tres de la mañana

Mi querida esposa:

Siempre empiezo mis cartas con la misma cantinela: sigo sin recibir noticias tuyas. Me resulta insoportable ignorar qué suerte has corrido. Ya te puedes imaginar lo preocupado que estoy: hace cuatro meses que no das señales de vida. Espero que hayas recibido mis anteriores cartas. ¡Querida mía, qué difícil es la época que nos ha tocado vivir! Si alguien leyera los informes actuales de la Wehrmacht sería presa del pánico. Nunca nos ha ido tan mal como ahora. ¿Cómo acabará todo esto? Pensaba que los estadounidenses habían sido expulsados de la región de Aquisgrán, pero no ha sido así. Y Colonia

está amenazada. Como Breslau.[1] ¿Dónde estarás? Solo quiero saber si te encuentras bien. ¿Nuestra casa sigue en pie? ¿Qué aspecto tiene ahora nuestra patria? ¿Podremos recuperar una vida normal? El año 1945 será para nosotros más duro que 1944. Traerá consigo el final de la guerra. Amada mía, habrás leído en mis últimas cartas que, de momento, estamos inmovilizados y nos encargamos de vigilar las vías del tren. Al menos tendremos tiempo de recuperarnos después de la fatiga de la retirada. Nuestra tarea aquí no es dura, resulta soportable, pero casi todos tenemos problemas de piel. Muchos, entre los que me encuentro, sufrimos úlceras. Unos seis hombres ya han pasado por el hospital de campaña y varios de ellos están todavía en cama, con un poco de fiebre. Ahora mismo tengo diez forúnculos en el cuerpo y la diarrea me martiriza. Tengo muchos problemas de vejiga. Por la noche me levanto para ir al baño cada una o dos horas. Los forúnculos me duelen y apenas consigo pegar ojo. Pero esto también pasará.

Nuestra alimentación deja bastante que desear: no tenemos nada, o no lo suficiente para recuperar fuerzas. Lo único bueno es que en el campo podemos intercambiar con los campesinos tabaco y otras cosas por pan y demás. Nos encontramos en una región verdaderamente musulmana, en la que las mujeres casadas, a diferencia de las solteras, se pasean cubiertas de velos de los pies a la cabeza. Los hombres llevan fez y el traje de los musulmanes. También las mujeres visten pantalones bombachos blancos. Ninguno de nosotros entra en las casas de las familias. Todas las viviendas tienen una escalera externa que conduce al piso superior, donde nos alojamos.

Ha hecho un frío tremendo, pero desde ayer el tiempo está mejor. Esta noche incluso hemos tenido una temperatura más propia de la época de deshielo. Estoy de guardia entre la una y las seis, así que aprovecho para escribirte, porque durante el día andamos muy ocupados. Además de las tareas del servicio, tenemos que lavar y remendar, y no nos queda tiempo libre. Encima, a las cinco de la tarde ya es de noche y tenemos poca luz. La mayor parte del tiempo me acuesto hacia las seis o las seis y media de la tarde, según las guardias.

Me he mudado ya tres veces porque, en vista de los cambios en la compañía, tenemos que apretarnos cada vez más. Yo no estoy en una base militar, sino en el cuartel general de la compañía, o sea, que aquí tenemos al jefe, al sargento, la oficina, etc. Nos encontramos a un kilómetro y medio de la ciudad más cercana, aproximadamente, mientras que mis compañeros permanecen hasta a seis kilómetros de nosotros. Por lo general, nos levantamos hacia las siete de la mañana y empezamos a las ocho. Tenemos formación, de ocho a once; una pausa para el almuerzo, desde las once hasta las dos; el servicio, a las dos, y terminamos nuestra jornada a las cinco de la tarde, porque, de todas formas, ya es de noche.

Querida mía, ¿cuándo recibiré al fin noticias tuyas? ¡El servicio de correos de por aquí no funcionará mucho tiempo más! Por favor, mándame en una carta un trocito de peine.

Tu Heino

94

La bandera

Johannes H. nació en 1902 en Berlín. De confesión evangélica, estaba casado y era padre de dos hijos. Tras estudiar Derecho, trabajó como pintor. Se afilió al partido nazi y, en mayo de 1939, se incorporó a la Wehrmacht. Prestó sus servicios en varios regimientos de infantería y de vehículos blindados. Al final de la guerra, este teniente logró evitar su encarcelamiento gracias a su débil salud. Su familia vivía en Ulm y perdió la mayor parte de sus bienes durante los bombardeos.

En la patrulla, 10 de febrero de 1945

Mi querida Käthe:

Acabo de recibir, hoy mismo, tu primera carta desde que saliste de Warta. Está fechada el 20 de enero de 1945. Me gustaría mucho tener la dirección del Dr. Renfranz para darle las gracias. No quiero centrarme en lo que hemos perdido. Ni tampoco te reprocharé lo que hiciste o dejaste de hacer. Es muy fácil hablar a toro pasado. Lo que más me duele es que hayamos perdido nuestras fotografías. Es una verdadera desgracia. Lo mismo ocurre con las pieles, de las que podrías haber vivido mucho tiempo. Ahora somos pobres debido al

fracaso de unos mandamases que no han sabido evacuar a tiempo los objetos de valor, pese a que habría sido posible hacerlo. ¡Pero estoy tan feliz de que sigáis vivos, los niños y tú! Ahora empieza la lucha contra el hambre, la miseria y la falta de un techo bajo el que dormir. Pero te ayudaré con mis consejos y la familia te brindará apoyo mientras Lautenberg[1] siga en pie. Me gustaría tanto combatir ahora, con la carabina y los lanzagranadas… Pero no tengo derecho. Al menos, no todavía. No obstante, llegará el día en que pueda hacerlo y entonces aprovecharé para ajustar cuentas con esos asesinos, con esos ladrones y esos violadores de mujeres. Solo quedan dos opciones: la muerte o Siberia. ¡Que quienes sepan rezar lo hagan! Que Dios no nos permita ser unos cobardes, ni un solo momento.

Pero olvidemos ahora todo esto. El Reich debe continuar. En estos momentos te queda la fe en Dios y la bendición de tu Iglesia. Por mi parte, no tengo ya ni creencias ni esperanzas, pero sí una determinación inflexible de mantenerme en pie bajo la bandera y de cumplir mis juramentos sin hacer concesiones. Esta posición es el fruto de mi educación, una educación de la que disfruté incluso antes del 30 de enero de 1933. De ahí viene esta fuerza que evita que me estalle la cabeza. Si esta potencia no se manifiesta en momentos que nos ponen a prueba, significaría que estoy equivocado. No es fácil mantener esta actitud. Exige luchar constantemente contra el egoísmo y la ternura innata, frente al desaliento y a la incapacidad de muchos de los hombres que me rodean. Pero los ejemplos de valentía que se oyen aquí y allá mantienen mi coraje en lo más alto.

Te construiré una hermosa casa, tal vez más hermosa aún que la anterior, aunque no tan cara. Viviremos de una forma humilde, pero la belleza, la comodidad y la alegría reinarán en nuestro hogar, aunque sea tan pequeño que no podamos separar el salón de la cocina. Ya tengo nuevos planes para ello. Apenas necesito unas herramientas, pintura, pinceles y muebles en bruto. ¡Hasta seremos felices de vivir sobre un montón de paja si con eso somos libres!

Pero volvamos ahora a las preocupaciones cotidianas: ¿has conseguido al menos llevarte la llave de la caja fuerte o es mamá quien la tiene? ¿Dónde están nuestras tarjetas identificativas de seguridad? He clausurado nuestras cuentas de ahorro en el Berliner Sparkasse, voy a abrir una nueva. ¿Has podido salvar las cartillas del Schieratzer Sparkasse?[2] Saca el dinero de las cuentas de los niños […]. ¿Tienes todavía la lista de nuestros bienes? Si es así, complétala inmediatamente. Si no, empieza una nueva, siguiendo las instrucciones que te he dado. Según mis cálculos, los daños, incluidos los gastos de Warta, equivalen a cincuenta mil RM (de acuerdo con el valor que tenía el marco en tiempos de paz). Me permitiré encargarme de la contabilidad de los daños. Lo importante ahora es cobrar inmediatamente el seguro de la inquilina del tío Dietrich. Tenemos que recurrir a todos los medios posibles.

Cuéntame qué necesitas: cepillos de dientes, pijamas, otras pequeñas cosas prioritarias… Hazme un inventario de los objetos que había en Lautenberg.

Te escribo a menudo, cada dos o tres días. Correos mantendrá este ritmo de correspondencia.

Besos.

Tu Hans

¡Ánimo!

95

Por quién doblan las campanas

Entre marzo y abril de 1945 las tropas aliadas avanzaron por el territorio del Reich. El 30 de marzo, el Ejército Rojo conquistó la ciudad de Dánzig. Cuando escribió estas líneas a su hermana, Gottfried F. se encontraba en el frente oriental. Sobrevivió a la guerra, pero fue capturado por los soviéticos. Murió en diciembre de 1945, durante su cautiverio en Tiflis —en la actual Georgia—. Esta es su última carta.

En el frente oriental, 1 de abril de 1945

Querida Hanni y queridos niños:

Tengo que asumir que he perdido todo lo que un hombre puede perder. Te doy las gracias, de todo corazón, por tus amables palabras. Tú eres la única en quien podemos pensar nosotros, tus tres preocupados hermanos, cuando la rabia de nuestros intensos combates hacen de todo esto un infierno. Tienes que creerme, querida hermana: en el momento en que tomé conciencia de que había perdido a mis padres y a mi familia, mi propia vida, tan importante entonces para mí, pasó a no valer más que el barro que cubre mi ropa.

Salí de casa el 11 de enero, hacia las cinco de la mañana. Desde entonces, no he aprendido nada. Me destinaron a Neidenburg[1] el día 15. Después, a Prusia occidental, Pomerania, Baja Silesia y Baja Lusacia, cerca de Guben.[2]

Tras estos combates, me uní al *Führer-Begleit-Bataillon*,[3] en el que, hasta ahora, he tenido el honor de luchar como soldado de élite, pese a mis últimas heridas. Hoy es Domingo de Resurrección y por eso Iván no nos deja en paz. Aunque llueva. Esta mañana nos ha atacado ya dos veces. Se ha mantenido en su posición y, lleno de rabia, ha reducido a cenizas el magnífico puesto avanzado que con tanto ahínco habíamos construido durante toda la noche. Pero querida Hanni, es probable que esto no te interese. No sé por qué te escribo estas tonterías, pero, en fin, de alguna forma tendré que ocupar mi mente. Si no, empezaría a reflexionar y me volvería completamente loco. Mientras te escribo esta carta, querida hermana, estoy que me muero de ganas de preguntarte cómo está mi niño o qué hace mamá. Lo único que ha conocido en su vida es el trabajo y las preocupaciones y a cambio de eso ha tenido que morir en algún lugar, seguramente en unas circunstancias terribles. O quiero hablarte de papá, que nunca llegó ni a imaginarse que la guerra adoptaría esta forma y que siempre pensó que estábamos exagerando. Espero que, cuando aquel vehículo blindado ruso lo aplastó, su muerte no fuera demasiado dolorosa. Sí, querida Hanni, estas son las imágenes que me asaltan, y tengo que ocuparme rápidamente con algo para no pensar. Si no, saldría de la trinchera que me protege y haría alguna insensatez […].

Lo único que me consuela eres tú, querida Hanni, porque puedo escribirte y albergar al menos la esperanza de recibir correo de cuando en cuando. Que es algo que no ha ocurrido en los tres últimos meses. Mi querida hermana, en mi unidad han tomado buena nota de tu dirección, así que, llegado el caso, tal vez recibas un mensaje que te confirme que ya he dejado de sufrir. Creo que morir no me resultará difícil. Por favor, perdona que te escriba con esta mala letra. No tengo ninguna mesa en la que apoyarme. Espero que estéis todos bien.

Piensa en mí. Afectuosamente,

Vuestro Fritz

96

Vagando

Alfred S. escribió esta carta a su novia el 8 de mayo de 1945. Un día antes, el ejército alemán había firmado ya su rendición en Reims, pero en el Este se seguía combatiendo. Stalin quería que se firmara una capitulación en Berlín, ciudad que el ejército soviético ya había conquistado y ocupado. Finalmente, aquella capitulación en la capital alemana llegó en la noche del 8 al 9 de mayo y supuso el fin de la segunda guerra mundial en Europa.

Prácticamente no sabemos nada de Alfred S., más allá de que su último destino fue Halbe, en Brandeburgo (en el este de Alemania). Es muy probable que las tropas del Ejército Rojo lo apresaran y lo enviaran a un centro de detención. Esta carta es el último signo de vida que tenemos de él.

8 de mayo de 1945

Querida Cläre:

Después de diez días de marcha, todavía no hemos llegado al lugar previsto. Y tengo la impresión de que no lo haremos nunca. Pero eso ahora no tiene importancia porque pronto acabará la guerra. A través

de mis gemelos veo a los rusos y sus ametralladoras y su artillería, en pleno ataque. Hemos estado vagando. Vivimos una vida de perros. Nuestros alojamientos más parecen una celda que otra cosa.

Nos encontramos en el patio de una granja abandonada. Dormimos sobre paja, bajo techo. Apenas hay agua para lavarse, resulta muy difícil encontrarla. Tenemos un pozo, pero el agua está a demasiada profundidad.

Tengo que darme prisa en escribirte esta carta: un compañero va ahora al pueblo más cercano y podrá llevarla con él. Por lo demás, estoy bien. Hoy el avituallamiento ha sido más o menos decente, pero nos hemos quedado con hambre. Casi no nos quedan cigarrillos. ¡Pero bueno, qué derecho tengo a quejarme, sabiendo que vuestra situación en Berlín no es mucho mejor!

Mi código de estafeta militar es el 47018A. Puedes mandarme una carta de prueba, pero mis compañeros me han dicho que a ellos no les ha llegado nada desde el mes de enero.

Un saludo. Cuídate mucho.

Hasta pronto.

Besos.

Alfred

97

¿Qué quedará?

Los últimos meses de la guerra supusieron un auténtico caos para Alemania. Centenares de miles de civiles optaron por el éxodo, para escapar de los bombardeos y del avance del ejército soviético. Cuando escribió esta carta, en diciembre de 1945, Wolfgang K. se encontraba en Alemania, en un centro estadounidense de prisioneros. Llevaba meses sin tener noticias de su esposa, como les ocurrió también a muchos otros soldados alemanes, que no tenían ni idea de cómo seguir el rastro de sus familiares desplazados. Ignoramos si al final Wolfgang K. encontró a su mujer. En cualquier caso, fue liberado en 1946, cuando tenía veintitrés años.

Alemania, 16 de diciembre de 1945

Mi querida y pequeña esposa, mi pequeña Dolly:

¡Por fin! ¡Ya tengo las primeras noticias de casa! Después de nueve meses, he recibido una carta de mi madre, de Siegfried y de Ditta del 12 de diciembre. Por lo menos ahora sé qué está pasando por allí. Sin embargo, aún no puedo sentirme feliz porque no sé absolutamente

nada de ti. Pero como mamá me ha dado tu dirección en Hamburgo, te mando esta carta, con la esperanza de retomar el contacto contigo. Amor, ¿cómo es posible que no reciba ni una sola carta tuya? Llevo escribiéndote de todas las formas posibles e imaginables desde el mes de junio y busco direcciones a las que puedas mandarme la correspondencia. ¡Pero sin resultados! Mi pequeña Dolly, ¿te han llegado al menos algunas de las líneas que te he mandado? Evidentemente, envié todas mis cartas a Babelsberg,[1] pero ahora sé que estás en Hamburgo. Mamá recibió mi primera carta el 6 de septiembre y desde entonces me ha estado mandando correspondencia. Sin embargo, hasta ahora no me ha llegado el correo. Parece que ella no sabía que yo también le había escrito al abuelito Buchmann. Quería tener noticias de ti como fuera. Pero nadie me ha respondido. ¿Sabes que le he escrito a todo el mundo para preguntar por ti? Al abuelo Buchmann, a Gallo, a Ritter, a la Cruz Roja de Ufastadt,[2] al alcalde… Pero, como te digo, nadie me contesta. Al menos ahora es posible que ya sepa dónde estás. Querida mía, por favor, te lo suplico, escríbeme. El regalo que quiero esta Navidad es recibir unas líneas de tu parte. ¿Se cumplirá mi deseo?

Mi amor, si supiera que no has recibido nada mío, te describiría el año que he pasado. ¿O tal vez sería mejor no decir nada? Mi pequeña Dolly, ¿no podrías visitarme? ¡Ah, si al menos pudiera tenerte junto a mí! Pero estoy pidiendo demasiado. ¡Ya será mucho si recibo una carta tuya!

Tengo mil preguntas que hacerte. Sí, hace nueve meses que no sé nada de ti. Amor, ¿cómo van tu madre, tu padre y Janne? ¿Queréis quedaros en Hamburgo? ¿Qué fue del piso de Babelsberg, de nuestra habitación, en la que hemos vivido horas tan felices? Si, mujercita mía, mi pequeña Dolly, imaginábamos un futuro diferente, pero no podemos rendirnos ahora. Mi amor, me resulta difícil escribir esta carta porque ahora estoy seguro de que la recibirás y ni siquiera sé cómo estás, en qué condiciones vives…

Mi querida mujercita, el día que reciba tu primera carta, tu primera señal de vida, será mi día de suerte. Y seguiremos escribiéndonos. Por ahora, no puedo hacer nada. Sigo como prisionero de guerra, aunque nos autoricen a movernos con cierta libertad. Después de vivir momentos espantosos en el campo de prisioneros entre el 8 y el 29 de noviembre, nos destinaron a una brigada de trabajo de los estadounidenses. Todo va bien por aquí, salvando el hecho de que no nos han liberado y que sufrimos ciertas restricciones.

Mi amor, por favor, escríbeme. ¡Quiero recibir al fin noticias de ti! La dirección del remitente que aparece en este sobre corresponde a gente de mi último cuartel. Voy de cuando en cuando por allí y sigo en contacto con la familia del doctor. A ese punto, las cartas llegan más rápidamente que al lugar en el que me encuentro. Si fuera posible, me gustaría pasar allí las fiestas de Navidad. Pero es apenas un dulce sueño. Aunque Navidad esté cerca. […]

Wolf

Bibliografía

Aly, G., *Comment Hitler a acheté les Allemands. Le III^e Reich, une dictature au service du peuple*, Flammarion, París, 2005 (hay trad. castellana: *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes*, Editorial Crítica, Barcelona, 2006).

Ayçoberry, P., *La Société allemande sous le III^e Reich, 1933-1945*, Seuil, París, 1998, col. Points Histoire.

Baechler, C., *Guerre et extermination à l'Est. Hitler et la conquête de l'espace vital. 1933-1945*, Tallandier, París, 2012.

Bartov, O., *L'Armée d'Hitler. La Wehrmacht, les nazis et la guerre*, Hachette Littératures, París, 1999, col. Pluriel.

Beevor, A., *Berlin: The Downfall 1945*, Penguin Books, Nueva York, 2002 (hay trad. castellana: *Berlín. La caída 1945*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002).

Beevor, A. y A. **Cooper**, *Stalingrad. The Fateful Siege: 1942-1943*, Penguin Books, Nueva York, 1998 (hay trad. castellana: *Stalingrado*, Editorial Crítica, Barcelona, 2004).

Böhler, J., *Auftakt zum Vernichtungskrieg: die Wehrmacht in Polen 1939*, Bonn, 2006.

Browning, C. R., *Les Origines de la Solution finale. L'évolution de la politique antijuive des nazis, septembre 1939-mars 1942*, Les Belles Lettres, París, 2007, col. Histoire.

—, *Des hommes ordinaires*, Les Belles Lettres, París, 1994 (hay trad. castellana: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002).

Buchbender, O., y R. **Sterz** (eds.), *Das andere Gesicht des Krieges. Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945*, C. H. Beck Verlag, Múnich, 1983.

Burrin, P., *Hitler et les Juifs. Genèse d'un génocide*, Seuil, París, 1989, y 1995, col. Points Histoire.

Didczuneit, V., J. **Ebert** y T. **Jander** (eds.), *Schreiben im Krieg — Schreiben vom Krieg. Feldpost im Zeitalter der Weltkriege*, Klartext Verlag, Essen, 2011.

Dreyfus, F.-G., *Le IIIe Reich*, Le Livre de Poche Références, París, 1997.

Ebert, J., (ed.) *Feldpostbriefe aus Stalingrad. November 1942 bis Januar 1943*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Múnich, 2006.

Erickson, J., y D. **Dilks**, *Barbarossa, the Axis and the Allies*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1995.

Evans, R. J., *Le Troisième Reich, 1939-1945*, Flammarion, París, 2009, col. Au fil de l'Histoire.

Förster, J., *Die Wehrmacht im NS-Staat. Eine strukturgeschichtliche Analyse*, Oldenbourg Verlag, Múnich, 2007.

Friedländer, S., *Les Années d'extermination. L'Allemagne nazie et les Juifs. 1939-1945*, Seuil, París, 2008, col. L'Univers historique (hay trad. castellana: *El Tercer Reich y los judíos (1939-1945): los años del exterminio*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2009).

Goldhagen, D. J., *Les Bourreaux volontaires de Hitler: les Allemands ordinaires et l'Holocauste*, Seuil, París, 1997, col. Points (hay trad. castellana: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus Ediciones, Madrid, 1998).

Günen, B., *Erwin Rommel — La Guerre sans haine, les carnets de Rommel*, Nouveaux Monde éditions, París, 2013.

Hilberg, R., *La Destruction des Juifs d'Europe*, Gallimard, París, 2006, col. Folio Histoire, 3 vols. (hay trad. castellana: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Madrid, 2005).

—, *Exécuteurs, victimes, témoins*, Gallimard, París, 1994, col. NRF Essais, y 2004, col. Folio Histoire.

Husson, E., *Une culpabilité ordinaire? Hitler, les Allemands et la Shoah. Les enjeux de la controverse Goldhagen*, François-Xavier de Guibert, París, 1997.

Jackel, E., *Hitler idéologue*, Calmann-Lévy, París, 1973, reedición Gallimard, París, 1995, col. Tel.

Kershaw, I., *La Fin: Allemagne 1944-1945*, Seuil, París, 2012 (hay trad. castellana: *El final: Alemania, 1944-1945*, Ediciones Península S. A., Barcelona, 2013).

—, *Hitler*, Flammarion, París, 2000, 2 vol. (hay trad. castellana: *Hitler*, Ediciones Folio S. A., Barcelona, 2003).

Longerich, P., *«Nous ne savions pas». Les Allemands et la Solution fnale, 1933-1945*, Éditions Héloïse d'Ormesson, París, 2008.

Masson, P., *Hitler chef de guerre*, Perrin, París, 2005.

—, *Histoire de l'armée allemande. 1939-1945*, Perrin, París, 1994.

Mosse, G. L., *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, Hachette Littératures, París, 2000, col. Pluriel.

Müller, R.-D., *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Oldenbourg Verlag, Múnich, 1999.

Müller, R.-D. y G. R. **Ueberschär**, *Hitler's War in the East, 1941-1945: A Critical Assessment*, Berghahn Books, Nueva York, 1997.

Müller, S. O., *Deutsche Soldaten und ihre Feinde. Nationalismus an Front und Heimatfront im Zweiten Weltkrieg*, Fischer Verlag, Fráncfort, 2007.

Ripley, T., *The Wehrmacht. The German Army in World War II, 1939-1945 (The Great Armies)*, Fitzroy Dearborn Publishers, Chicago, 2003.

Römer, F., *Kameraden. Die Wehrmacht von innen*, Piper, Múnich, 2002.

—, *Der Kommissarbefehl. Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Ferdinand Schöningh, Paderborn, 2008.

Rondeau, B., *Afrikakorps, l'armée de Rommel*, Tallandier, París, 2013.

Schumann, F. (ed.), *Was tun wir hier? Soldatenpost und Heimatbriefe aus zwei Weltkriegen*, Verlag Neues Leben, Berlín, 2013.

Snyder, T., *Terres de sang: l'Europe entre Hitler et Staline*, traducción al francés de Pierre-Emmanuel Dauzat, Gallimard, París, 2012 (hay trad. castellana: *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2012).

Sprenger, G. (ed.), y S. **Stehmann**, *Die Bitternis verschweigen wir. Feldpostbriefe 1940-1945*, Lutherisches Verlagshaus, Hannover, 1992.

Tessin, G., *Deutsche Verbände und Truppen 1918-1939*, Biblio Verlag, Osnabrück, 1974.

Welzer, H., y S. **Neitzel**, *Soldats. Combattre, tuer, combattre, tuer, mourir: procès-verbaux de récits de soldats allemands*, Gallimard, París, 2013 (hay trad. cast.: *Soldados del Tercer Reich: testimonios de lucha, muerte y crimen*, Editorial Crítica, Barcelona, 2012).

Wette, W., *Les Crimes de la Wehrmacht*, Perrin, París, 2009 (hay trad. castellana: *La Wehrmacht: los crímenes del ejército alemán*, Editorial Crítica, Barcelona, 2007).

Agradecimientos

Quiero dirigir mi primer agradecimiento a Nicolas Gras-Payen y a la editorial Perrin, por la confianza que han depositado en esta obra y por la paciencia que han demostrado.

También me gustaría dar las gracias a Timothy Snyder por su disponibilidad y sus valiosos consejos. Sus obras han sido una fuente de inspiración constante durante mi investigación.

Gracias, de todo corazón, al equipo del Museo de la Comunicación de Berlín, por su asesoramiento y su disponibilidad.

Quisiera aprovechar esta obra para expresar mi agradecimiento igualmente a todas esas personas que llevan años brindándome su ayuda en el ámbito de la investigación y la archivística, especialmente al profesor Édouard Husson, el director de mi tesis, que siempre me ha orientado y me ha apoyado en mis decisiones.

Un enorme agradecimiento también a Patrick Desbois, que me ofreció la oportunidad de trabajar en su equipo. Ha sabido transmitirme su pasión por la investigación y me ha ayudado a comprender la importancia que tienen las búsquedas sobre el terreno. Otro recuerdo para mis compañeros de Yahad-In Unum, porque nuestros intercambios diarios sirvieron para enriquecer mis reflexiones sobre la guerra en el Este. Quiero rendirles desde aquí un sincero homenaje por su implicación y por su inmensa labor,

que permite comprender de un modo más certero las masacres masivas cometidas en la Europa del Este.

Y un recuerdo afectuoso a esos investigadores que guían mis pasos en los archivos, entre ellos Andrej Angrick, Aleksandr Kruglov, Martin Dean, Felix Römer, Andrej Umansky, Martin Holler, Tanja Penter, Ovidiu Creanga, Dieter Pohl, Mikhaïl Tyaglyy, Jean-Paul Bled, Marc Masurovsky, Emil Kerenji, François Delpla, Danielle Rozenberg, Nathalie Moine y todos los trabajadores del centro de archivos del United States Holocaust Memorial Museum de Washington. Un enorme agradecimiento a Paul Shapiro y a Suzanne Brown-Fleming, por acogerme siempre de una forma tan maravillosa.

Este libro no habría sido posible sin el extraordinario apoyo de mi familia: mis padres y mi hermana Charlotte, y también mis abuelos, que supieron inculcarme el amor por la historia a través de sus relatos. Gracias por todos vuestros ánimos y vuestro cariño.

Finalmente, quisiera dar las gracias, de todo corazón, a mis amigos, por su paciencia y su entusiasmo: Anna, François, Geoffroy, Thierry, Akim, Benjamin, Ania, Alexandre, Pascale, Marc-Antoine, Néron, Mélodie, Chloé, Botra y Adrien, entre muchos otros.

Notas

[1] Organización francesa sin ánimo de lucro que trabaja en la localización de las fosas comunes de las víctimas de los nazis. (*N. de la t.*) <<

[2] La mayoría de estos soldados eran reclutas. <<

[3] Por ejemplo, se han mantenido las denominaciones «Königsberg», «Leningrado» y «Posen», en lugar de «Kaliningrado», «San Petersburgo» o «Poznań». <<

[4] Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz (eds.), *Das andere Gesicht des Krieges. Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945*, C. H. Beck Verlag, Múnich, 1983. <<

[5] Christopher Browning, *Des hommes ordinaires: le 101e bataillon de réserve de la police allemande et la «Solution finale» en Pologne*, Les Belles Lettres, París, 1994 (1.a edición estadounidense, 1992; hay trad. castellana: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002). <<

[6] Sönke Neitzel y Harald Welzer, *Soldats. Combattre, tuer, mourir: procès-verbaux de récits de soldats allemands*, Gallimard, París, 2013, col. Essais (hay trad. castellana: *Soldados del Tercer Reich: testimonios de lucha, muerte y crimen*, Editorial Crítica, Barcelona, 2012). <<

[7] El Instituto de Investigaciones Sociales de Hamburgo ha organizado ya dos exposiciones (1995-1999 y 2001-2004) sobre este tema, a las que han acudido más de un millón de visitantes. <<

[8] Wolfgang Wette, *Les Crimes de la Wehrmacht*, Perrin, París, 2009. <<

[9] Carta de Heinz R. del 10 de septiembre de 1940. <<

[10] Cartas de Franz M. del 23 de noviembre de 1941, del 5 y del 15 de julio de 1942 y del 15 de septiembre de 1942. <<

[11] 10. Carta de Karl K. del 1 de agosto de 1944. <<

[12] 11. Carta de Günther S.-A. del 7 de febrero de 1940. <<

[13] 12. Cartas del 12 y del 13 de agosto de 1944. <<

[14] 13. Carta de Ernst G. del 18 de noviembre de 1940. <<

[15] 14. Declarada «ciudad libre» bajo la protección de la SDN, esta localidad polaca se conoce hoy como «Gdańsk». <<

[16] 15. La zona de influencia que se definió en el momento de firmar el pacto debía estar delimitada aproximadamente por la Línea Curzon de 1920. Finalmente, la Alemania nazi invadió las zonas de Varsovia y Lublin y, a cambio, entregó a los soviéticos la de Vilna. <<

[17] 16. Carta de Helmuth H. del 12 de septiembre de 1939. <<

[18] 17. El poder adquisitivo de los soldados alemanes en los países ocupados era muy elevado, lo que les permitía apropiarse de recursos a los que la población local no podía acceder, dado el aumento de los precios. <<

[19] 18. Carta de Helmuth H. del 11 de septiembre de 1940. <<

[20] 19. Carta de Günther S.-A. del 29 de septiembre de 1939. <<

[21] 20. Carta de Kurt S. del 4 de septiembre de 1941. <<

[22] 21. Carta de Günther S.-A. del 29 de septiembre, escrita en Sarnica. <<

[23] 22. Carta de Helmuth H. del 11 de septiembre de 1940. <<

[24] 23. Carta de Kurt S. del 4 de septiembre de 1941. <<

[25] 24 Carta de Hans S. del 8 de julio de 1941. <<

[26] *Mi lucha*. En alemán en el original. (*N. de la t.*) <<

[27] Movimiento contrarrevolucionario, nacionalista y monárquico francés nacido a finales del siglo XIX. (*N. de la t.*) <<

[28] 25. El Tratado de Versalles otorgaba a Francia el usufructo de las minas de carbón del Sarre. Con el fin de acelerar el pago de las reparaciones, las tropas francesas y belgas ocuparon la cuenca del Ruhr desde 1923. En su carta del 15 de septiembre de 1940, Otto E. recuerda la ocupación de Bonn: «En la época de la ocupación, los franceses se apropiaron de dos hoteles». Así justificaba que la Wehrmacht hubiera tomado los hoteles parisinos en 1940 y disfrutase en ellos de un fastuoso tren de vida. <<

[29] 26. Para más información sobre las indemnizaciones que se reclamaron a Alemania, véase la obra de Keynes *Las consecuencias económicas de la paz*, 1919. <<

[30] 27. Jacques Bainville, *Les Conséquences politiques de la paix*, Nouvelle librairie nationale, París, 1920. <<

[31] 28. Carta de Otto W. del 31 de mayo de 1940. <<

[32] 29. Carta de Robert W. a su mujer del 31 de marzo de 1941. Por aquel entonces se encontraba en África. <<

[33] 30. Esta denominación genérica englobaba a las tropas coloniales de África occidental, del Magreb y del Sudeste Asiático. <<

[34] Campos en los que se mantenía a los prisioneros de guerra destinados a realizar trabajos forzados. (*N. de la t.*) <<

[35] Guerra relámpago. (*N. de la t.*) <<

[36] 31. Carta de Hans K. a su amigo Eugen de mayo de 1940. <<

[37] Banco central del Reich. (*N. de la t.*) <<

[38] Célebres cafeterías parisinas. (*N. de la t.*) <<

[39] 32. Carta de Otto E. del 15 de septiembre de 1940. <<

[40] 33. Carta de Erich B. del 6 de octubre de 1940. <<

[41] 34. Véase Götz Aly, *Comment Hitler a acheté les Allemands. Le IIIe Reich, une dictature au service du peuple*, Flammarion, París, 2005 (hay trad. castellana: *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes*, Editorial Crítica, Barcelona, 2006). Los capítulos 4 y 5 evocan concretamente los pillajes que cometieron en el Oeste los soldados de la Wehrmacht. <<

[42] 35. Carta de Heinz R. del 17 de julio de 1940. <<

[43] Estampas muy conocidas en la Francia decimonónica, producidas por la empresa Imagerie d’Épinal, en las que se representaban escenas populares y cotidianas. (*N. de la t.*) <<

[44] 36. Alemania se incorporó a la SDN en 1926. <<

[45] 37. Carta de Georg F. del 29 de septiembre de 1941. <<

[46] Grupos de operaciones itinerantes que se encargaban de la ejecución de enemigos raciales o políticos. (*N. de la t.*) <<

[47] 38. Omer Bartov, *L'Armée d'Hitler*, Hachette Littératures, París, 1999, col. Pluriel, pp. 159 y 160.
<<

[48] 39. Carta de Franz M. del 23 de noviembre de 1941. <<

[49] 40. Carta de Fritz K. del 17 de septiembre de 1941. <<

[50] 41. Carta de Hans-Joachim S. del 5 de julio de 1941. <<

[51] 42. Carta de Hans S. del 28 de julio de 1941. <<

[52] 43. Carta de Walter N. del 15 de octubre de 1941. <<

[53] 44. Carta de Georg R. del 29 de septiembre de 1941. <<

[54] 45. Carta de Karl N. del 9 de enero de 1942. <<

[55] 46. Carta de Georg S. del 9 de mayo de 1943. <<

[1] Posen era la capital de Posnania, una región con importantes minorías alemanas que en 1918 le fue arrebatada a Alemania para constituir el Estado polaco. En la actualidad, esta ciudad de Polonia se conoce con el nombre de Poznań [En castellano es frecuente verlo escrito sin tilde: «Poznan». (*N. de la t.*)]. Lowica —en la actualidad, Ławica— es la denominación del lugar en el que se encuentra el aeropuerto de Poznań. <<

[2] Desde ese punto se tiene una magnífica vista del castillo de Posen (*nota del autor de la carta*). <<

[3] Por ahora, es imposible encontrar linternas o tirantes de pantalón (*nota del autor de la carta*). <<

[4] La campaña de Polonia duró 35 días. El ejército polaco carecía de experiencia y de equipamiento, así que no pudo repeler el ataque simultáneo de Alemania y de la Unión Soviética. <<

[5] Hoy en día, Kargowa (Polonia). Antes del estallido de la segunda guerra mundial, Unruhstadt era un pueblecito situado dentro del territorio del Tercer Reich, cerca de la frontera polaca de la época. <<

[1] Hoy en día, este pueblo, situado en el voivodato de Subcarpacia, cerca del río San y a menos de cien kilómetros de la frontera actual con Ucrania, se denomina «Nowa Sarzyna». Pertenece a la región histórica de Galitzia. <<

[2] Abreviatura de *Reichsmark*, moneda utilizada en Alemania desde 1924 hasta 1948. (*N. de la t*.) <<

[3] A través del pacto germano-soviético, Hitler y Stalin habían acordado repartirse Polonia. La línea de los ríos Narew, Vístula y San sirvió de demarcación entre ambas zonas. La Galitzia occidental pasó a manos de las tropas alemanas, mientras que la parte oriental, en la otra orilla del San, fue ocupada por el Ejército Rojo. <<

[4] En esta Caja, situada en Berlín, en el número 28 de la Budapester Strasse, los soldados podían encargar uniformes y equipamientos por catálogo. <<

[1] En francés, *drôle de guerre*, expresión con la que se hizo referencia a los primeros meses de la guerra, marcados por la inactividad. (*N. de la t.*) <<

[2] *Meine Bauern* («Mis campesinos») es una obra de Ludwig Thoma publicada en 1937. <<

[3] Alusión irónica a la inercia del frente occidental. <<

[1] Actualmente, Český Krumlov, ciudad situada en la República Checa, en el sur de Bohemia. Antes de la guerra formaba parte de los Sudetes, región checoslovaca con importantes minorías alemanas. <<

[2] El monte Schöninger (Klet’, en checo) se encuentra a ocho kilómetros de la ciudad de Český Krumlov y tiene 1083 metros de altitud. <<

[3] La ciudad de Jüterborg contaba con guarniciones y con una escuela de pilotos de la Luftwaffe. <<

[1] Versión de la Biblia bajo la dirección de los padres Pedro Franquesa y José M.ª Solé, editorial Regina, Barcelona, 1965. (*N. de la t.*) <<

[2] Evangelio según San Juan, IV, 48. <<

[3] Paul Claudel (1868-1955) fue un diplomático francés, autor de textos de un marcado carácter católico. *La anunciación a María* (1912) y *El zapato de raso* (1929) son algunas de sus principales obras de teatro. También publicó varias antologías poéticas. Hans A., ferviente católico, se sintió especialmente atraído por su literatura. <<

[4] La literatura de milagros fue un género en pleno auge en el siglo XIII. Se caracterizaba por la intervención de lo divino (aparición de la Virgen o de los santos). <<

[5] Claudel sostiene que la verdadera fe solo puede vivirse en el sacrificio, ya que, de lo contrario, se trataría de un concepto vacío de contenido y pretencioso. <<

[6] Gertrud von Le Fort (1876-1971), mujer de letras alemana, escribió *Himnos a la Iglesia* (*Hymnen an die Kirche*), una antología de poemas publicada en 1924. <<

[7] Francia hizo luchar a varias divisiones de las colonias en los combates que se libraron en el continente en mayo y junio de 1940. Las tropas alemanas se ensañaron especialmente con los soldados coloniales por motivos raciales. En junio de 1940, una división de las SS ejecutó a 194 prisioneros de guerra de raza negra en Chasselay, cerca de Lyon. Ya recién terminada la primera guerra mundial, la propaganda alemana acuñó el término racista de «vergüenza negra», que Hitler retomaría posteriormente en *Mein Kampf*. <<

[8] Antoine Watteau (1684-1721) fue un pintor francés del siglo XVIII. <<

[9] Son muchas las obras clásicas que representan esta escena bíblica, del Libro de Tobías, VI, 1. Tobías es enviado por su padre, llamado también Tobías, a buscar cierta cantidad de dinero. En su camino, lo acompañan el arcángel Rafael y su perrito. El animal fue el primero en volver a casa de Tobías para anunciar el feliz regreso de su hijo. <<

[10] Peter Paul Rubens (1577-1640) fue un pintor flamenco. <<

[11] 10. El ejército alemán no dudó en apoderarse de las obras de arte que se conservaban en Francia. De hecho, en el Patio Cuadrado del Louvre se podía ver cómo las tropas cargaban con muebles y otros objetos. Además, se arrebataron a los judíos que residían en Francia más de seiscientas cincuenta mil obras de arte. Alfred Rosenberg, teórico del nazismo y amigo íntimo de Hitler, organizó el expolio de las piezas de valor y su traslado a Alemania. <<

[12] 11. Antología de poemas de Paul Claudel publicada en 1919. <<

[13] 12. Dominikus Böhm (1880-1955) fue un arquitecto alemán, célebre por sus iglesias católicas. <<

[14] 13. Antal Berkes (1874-1938) fue un pintor húngaro, autor de numerosas obras en las que se representaban las calles de París. <<

[15] Pastelillos de huevos y patatas típicos de Alemania, Bohemia y Austria. (*N. de la t.*) <<

[16] 14. Referencia al poema de Schiller «El canto de la campana» («Das Lied von der Glocke», 1799), en el que una doncella de rostro casto y ruborizado aparece ante un joven. <<

[17] 15. Extracto del poema de Gottfried Keller «Abendlied» («Canción nocturna»), de 1879: «Sin embargo, camino aún por el campo de la noche, / acompañado tan solo por el astro que ya desciende; / bebed, bebed, ojos míos lo que mis pestañas sostienen, / el abundantísimo maná dorado del mundo». <<

[18] 16. «En medio de la angustia», del Salmo 138: «Cuando camino en medio de la angustia / me vuelves a la vida, contra el furor de mis enemigos, / extiendes tu mano y tu diestra me salva. / Yahvé perfeccionará lo que ha hecho por mí, / Yahvé, tu gracia permanece para siempre, / no abandones la obra de tus manos». [Versión de la Biblia anteriormente citada *(N. de la t.)*] <<

[1] Ciudad noruega cercana a la frontera con Suecia. <<

[2] El rango de *Obersoldat* sería algo parecido a un soldado de primera. <<

[3] *Kraft durch Freude* («La Fuerza a través de la Alegría») era una organización de ocio que dependía del Ministerio de Trabajo del Reich. Para los nazis, era fundamental controlar las diversiones de la población. La KdF ofrecía talleres de deportes, cursos de corte y confección, conciertos… <<

[4] Grunewald es un barrio situado en el suroeste de Berlín. <<

[1] En la ideología nazi, los holandeses estaban muy cerca de la «raza de los señores», a diferencia de los belgas, emparentados con los franceses, que se situaban más abajo en la escala racial. <<

[2] Eifel es una provincia llena de valles que se extiende entre el este de Bélgica y el oeste de Alemania. <<

[3] Paisaje de brezales y turberas, con suelos arenosos y muy pobres, característico del norte de Europa, especialmente de Dinamarca, Baja Sajonia y los Países Bajos. <<

[4] Provincia situada en el suroeste de los Países Bajos. <<

[5] Entre los siglos XIV y XVI, los duques de Borgoña poseyeron tierras en los Países Bajos, a las que se conocía con el nombre de «Países Bajos Borgoñeses». <<

[6] Jacob Van Ruisdael (1628/29-1682) fue un pintor neerlandés, natural de Haarlem y célebre por sus obras monumentales, en las que reflejaba frecuentemente los paisajes de los Países Bajos y de Alemania. Aquí, este artista del Siglo de Oro neerlandés aparece vinculado a Van Gogh (1853-1890), que también plasmó en su pintura los paisajes de Amberes y de La Haya. <<

[1] En las raciones de los soldados franceses se incluían básicamente paquetes de Gauloises «para la tropa». La empresa Seita (Société Nationale d'Exploitation Industrielle des Tabacs et allumetes [Sociedad Nacional de Explotación Industrial del Tabaco y las Cerillas]) poseía el monopolio del tabaco en Francia. En aquel país, las marcas de cigarrillos más populares en 1940 eran Gauloises, Gitanes y Royales. <<

[2] En francés en el original alemán. <<

[3] En la batalla de Inglaterra, la Royal Air Force bombardeó en varias ocasiones Alemania, concentrándose principalmente en Berlín. La ciudad de Rostock, en la que vivían los padres del autor de esta carta, sufrió graves ataques entre 1942 y 1945. <<

[1] El *Stuka* (abreviatura de *Sturzkampfflugzeug*) fue un bombardero en picado muy empleado por la Luftwaffe durante la segunda guerra mundial. <<

[2] Sobrenombre por el que se conocía a los soldados ingleses. Esta metonimia se venía utilizando desde la primera guerra mundial. <<

[3] Entre el 20 de mayo y el 4 de junio de 1940, los británicos rescataron con sus buques, en las playas y el puerto de Dunkerque, a las tropas aliadas que estaban rodeadas por la Wehrmacht. Más de trescientos mil soldados subieron a toda prisa a los cerca de ochocientos cincuenta barcos que los esperaban y regresaron en ellos a Inglaterra. Este episodio generó un profundo resentimiento entre los franceses con respecto a los ingleses, ya que la mayoría de los soldados que se quedaron en tierra firme para ofrecer resistencia en la retaguardia procedían de Francia y cayeron como prisioneros en manos de los alemanes. <<

[4] Las raciones de los soldados de la Wehrmacht incluían bombones. Los más populares eran los Scho-ka-kola, presentados en una caja circular y elaborados por la empresa Mauxion, de Turingia. Para ayudar a los soldados a combatir la fatiga, se añadía en la receta un poco de cafeína. En Francia eran muy conocidas las tabletas de chocolate de Menier, Poulain y Suchard, empresas estas que conseguían el cacao en África occidental, fundamentalmente. Sin embargo, dadas las dificultades que entrañaba el transporte de este producto, hubo que reducir las importaciones, así que durante la segunda guerra mundial el chocolate acabó convirtiéndose en un objeto de deseo para las poblaciones sometidas al racionamiento y para los soldados. <<

[1] El rotspon es un vino de Lübeck. <<

[2] El compañerismo (*Kameradschaft*) constituía un concepto fundamental en la Wehrmacht: se insistía en la amistad y la fraternidad entre los soldados, unidos por una misma ideología nacionalista y bélica. <<

[3] La catedral de Chartres se conoce también como «Notre-Dame du Pilier» («Nuestra Señora del Pilar»). En esta joya gótica del siglo XII se coronó a Enrique IV, en 1594. En la fecha en la que se encuentra datada la carta, Jean Moulin [Héroe de la resistencia francesa (*N. de la t.*)] dirigía la Prefectura de Eure y Loir, con sede en Chartres. <<

[4] Heinrich Richard Hamann (1879-1961), especialista alemán en historia del arte, es autor de varios ensayos sobre el tema. <<

[5] Se refiere al Eure. <<

[1] La autora recoge aquí el título («En passant par la Lorraine») de una canción infantil muy popular en Francia. (*N. de la t.*) <<

[2] En la carta original, *Bilderscheck*. Se trataba de series de estampas coleccionables que se obtenían canjeando los comprobantes de compra de cajetillas de cigarrillos u otros productos. (*N. de la t.*) <<

[3] Muchos soldados de la Wehrmacht compraron cámaras fotográficas pequeñas, de tipo Leica, y enviaban los carretes al Reich, a través del correo militar, para que se revelasen. Aquellos hombres tomaron centenares de miles de imágenes de la guerra y de los países ocupados. Sin embargo, les estaba prohibido enviar fotografías en las que pudiesen verse demasiados elementos militares o estratégicos, o bien escenas de gran dureza. <<

[4] El ejército alemán entró en Nancy el 16 de junio de 1940. <<

[5] El Col de Hundsruck es un paso situado a 748 metros de altitud, en el macizo de los Vosgos (Alto Rin). <<

[1] Ignoramos de qué ciudad francesa está hablando el autor. Probablemente se trate de alguna localidad de Alsacia. <<

[2] La edición número 27/1940 de los informativos alemanes —*Die deutsche Wochenschau*— dio cuenta del avance de las tropas alemanas en Francia y puso de relieve una serie de momentos simbólicos para los nazis: la conquista de Alsacia y Lorena, la toma de Verdún, el armisticio de Rethondes… Todos ellos, indicios evidentes de la revancha que Alemania se estaba tomando contra quien había sido su enemigo durante la primera guerra mundial. <<

[3] *Geheimzeichen LB 17* («Señal secreta LB 17») es una película policíaca alemana de 1938, dirigida por Viktor Tourjansky. En ella se narra cómo el oficial de policía Terno (al que da vida Willy Birgel) investiga un intento de asesinar al ministro de Defensa y trata de desenmascarar a los traidores presentes entre sus tropas. <<

[4] Willy Birgel (1891-1973) fue un actor alemán de teatro y cine, que se ganó la admiración de Goebbels, ministro de Propaganda, y participó en numerosas películas de temática nazi, como *Kameraden* («Compañeros», 1941). El público femenino lo adoraba. Acabó centrando su carrera en los telefilmes. <<

[1] Es evidente que Heinz R. no se siente a la altura de su cargo de brigada. <<

[2] Ciudad de Sajonia-Anhalt. <<

[3] Edificaciones del casco antiguo de Bautzen, que se levantan sobre el río Spree. <<

[4] Los sorbios son eslavos de Occidente instalados en Lusacia. <<

[5] Ciudad de Sajonia. <<

[6] Para un soldado alemán, acostumbrado a oír que más allá del este de Alemania no era posible hallar signos de una civilización avanzada, aquel descubrimiento resultaba sorprendente. <<

[7] Nimburg (Nymburk, en checo) es una ciudad del corazón de Bohemia, atravesada por el Elba. <<

[8] En el castillo de Praga, que domina el barrio de Malá Strana desde la colina de Hradčany, y especialmente en la célebre catedral de San Vito, se concentraban el poder y el clero. <<

[9] Se refiere aquí al bulevar circular de Praga. La denominación de «Ring» se utiliza también para designar el cinturón periférico que rodea el casco antiguo de Viena. <<

[10] 10. Konstantin von Neurath, protector de Bohemia y Moravia (21 de marzo de 1939-24 de agosto de 1943). <<

[11] 11. Emil Hácha (1872-1945) fue un político checo, presidente de la República Checoslovaca y, a partir de 1939, del Protectorado de Bohemia y Moravia, aunque se limitó a asumir un papel de títere. <<

[12] 12. Johannes Nepomuk (1340-1393) —Juan de Nepomuk o san Juan Nepomuceno— fue canónigo de la catedral de San Vito y mártir católico. Fue beatificado y, posteriormente, canonizado, y en el siglo XVIII se comenzó a construir su tumba de plata dentro de la catedral. <<

[13] 13. Ciudad de la República Checa que hoy en día se conoce como Jihlava. En 1938, la mayoría de su población era germanoparlante. También se anexionó al Reich. <<

[14] 14. Ilegible. (*N. de la t. al francés*) <<

[15] 15. Satov, República Checa. <<

[16] 16. La Stefansdom es la catedral de San Esteban de Viena. <<

[1] En polaco, Kalisz. En 1940, esta ciudad formaba parte del *Reichgau Wartheland*, estructura administrativa anexionada al Reich. En febrero de 1940 se creó en ella un gueto en el que se confinó a aquellos judíos que no se habían deportado al Gobierno General de Polonia. <<

[2] El primer ataque aéreo de la Royal Air Force contra Berlín tuvo lugar el 25 de agosto de 1940. <<

[3] Se trata de la ciudad polaca que actualmente se conoce como Łódź. Antes de la guerra era la segunda del país en número de habitantes judíos, además de un importante centro industrial. Desde la primavera de 1940, las autoridades alemanas que se pusieron al frente de la ciudad confinaron a los judíos de Łódź y de los alrededores en un gueto cerrado con barreras de madera y alambres de púas, para impedir cualquier comunicación entre los encerrados y el exterior. Los puentes de madera a los que se refiere Hellmuth H. en su carta atravesaban la calle Zgierska. En su afán por explotar la mano de obra judía que se encontraba disponible en el gueto, los nazis abrieron en él cerca de un centenar de fábricas. Las condiciones de vida de aquel barrio eran espantosas. La mayoría de las viviendas carecía de agua corriente y en todas partes reinaba la hambruna. El gueto presentaba un exceso de población: en él se concentraban miles de judíos deportados de Alemania, Austria y Bohemia y Moravia. En la práctica, acabó convirtiéndose en una especie de campo de tránsito, por el que pasaban quienes posteriormente irían a parar al campo de exterminio de Chełmno o, ya a partir de agosto de 1944, a Auschwitz-Birkenau. Fue uno de los últimos guetos de Polonia en desaparecer. Más de doscientas mil personas pasaron por él durante la segunda guerra mundial. El 90% de ellas no logró sobrevivir. <<

[4] Los ejércitos solían difundir rumores acerca de presuntos comportamientos criminales de sus adversarios. <<

[1] Mantenemos aquí estos nombres tal y como aparecen en la carta original. Es probable que el autor se estuviese refiriendo a las localidades de Braine-le-Comte y Tournai, en Bélgica. <<

[2] Tras el final de la primera guerra mundial, y hasta 1926, las fuerzas francesas ocuparon Bonn. <<

[1] Fuerzas aéreas de la Alemania nazi. (*N. de la t.*) <<

[2] La Royal Air Force seguía atacando al ejército alemán en Francia. <<

[1] Posiblemente esté citando una canción que en alemán se hizo muy popular a través de la versión de Rudi Schuricke. (*N. de la t.*) <<

[2] Este verso no forma parte de la canción citada. Es muy probable que se trate de un añadido del autor de la carta. (*N. de la t.*) <<

[3] El primer ministro británico se refirió a la situación geopolítica del norte de África en su discurso del 9 de febrero de 1941. Destacó la importancia estratégica del Mediterráneo, especialmente del canal de Suez, que daba acceso a Oriente Próximo y a sus recursos. <<

[4] El autor de la carta se refiere aquí a los ejércitos coloniales aliados de los británicos. <<

[1] La institución de beneficencia *Mutter und Kind* («Madre e Hijo») se creó en 1934 para ayudar a las mujeres arias, especialmente a las embarazadas y a las madres jóvenes, prestándoles asistencia para las tareas domésticas, ofreciéndoles guarderías y organizando actividades para los adolescentes. Estas iniciativas formaban parte de la política familiar nazi y de su idea de que el lugar de la mujer era el hogar. <<

[2] Se refiere al *Nationalsozialistische Volkswohlfahrt* («Socorro Popular Nacionalsocialista»), fundado en 1933, en un principio para brindar apoyo a los numerosos desempleados de Alemania. En el transcurso de la segunda guerra mundial, el NSV se ocupó cada vez más de los jóvenes, ayudando a las mujeres durante el embarazo y tras el parto y organizando la evacuación de los menores de la ciudad hacia el campo, con el fin de ponerlos a salvo de los destrozos que causaban los bombardeos aéreos. <<

[1] Fortificaciones italianas construidas en Libia. <<

[1] En este caso, se trata de un inspector técnico. <<

[2] Lvov es la ciudad ucraniana que se conoce actualmente como Lviv y que se encuentra en el este de Galitzia. La zona, en su momento polaca, fue invadida por las tropas soviéticas en 1939. <<

[3] Localidad egipcia cercana a la frontera con Libia. Fue el escenario de la «Operación Battleaxe», en la que, en junio de 1941, las fuerzas británicas se enfrentaron a las del Eje en un intento de poner fin al asedio de Tobruk. <<

[4] Habla de los soldados soviéticos. <<

[5] En esta zona de Ucrania, el verano fue caluroso y seco, pero duró poco. Las lluvias de septiembre llenaron de barro todas las carreteras y, en octubre, un frío intenso y precoz congeló el suelo. <<

[1] La empresa francesa Panhard estaba especializada en la fabricación de vehículos militares y blindados. <<

[2] Ciudad que en la actualidad forma parte de la Bielorrusia occidental. <<

[3] Vilna, capital actual de Lituania, se mantuvo durante la guerra bajo el dominio polaco. <<

[4] En ocasiones, el ejército alemán fue acogido con alegría, pan y sal por la población local, especialmente por aquella que sentía un profundo rencor debido a la deskulakización que había orquestado el poder soviético y a las enormes hambrunas. <<

[1] Tierras del Este, en alemán. (*N. de la t.*) <<

[2] Probablemente se trata de algún medicamento contra el dolor y la fiebre. <<

[1] Vítebsk se encuentra en el este de Bielorrusia. El 10 de julio de 1941 comenzó la ocupación alemana de esta ciudad. <<

[2] Los alemanes del Volga eran colonos que, bajo el imperio de Catalina II, se habían establecido en los territorios del sur de Rusia que están bañados por este río. Los soldados de la Wehrmacht solían referirse a los colonos presentes en toda la Europa del Este con el término general de *Volksdeutsche* y los utilizaban con frecuencia como intérpretes. <<

[3] Los soldados alemanes llegaron a Smolensk el 14 de julio, lo que les dejaba vía libre hasta Moscú. Sin embargo, el Ejército Rojo contratacó y consiguió frenar la ofensiva y organizar las unidades de su retaguardia. <<

[1] Se refiere aquí a la campaña de Polonia. <<

[2] *Panzerabwehrkanone* o cañón antitanques. <<

[3] Empresa alemana de armamento. <<

[4] Se refiere a los nacionales españoles, que dieron su apoyo a Franco durante la guerra civil. <<

[5] Ciudad del norte de Rusia. <<

[6] Sin embargo, el gas se empleó más bien en la primera guerra mundial. <<

[7] Ciudad de la región de Nóvgorod, en Rusia. <<

[8] En la actualidad, Velíkiye Luki, en la región de Pskov, en el noroeste del país. <<

[9] El autor se refiere a los encuentros organizados en Alemania por los comunistas, antes de que los nazis llegaran al poder. Los líderes del partido pronunciaban sus discursos en salas de conciertos, teatros y cafés. <<

[1] El león, símbolo de la ciudad de Venecia, simboliza a san Marcos Evangelista. <<

[2] El «Junkers» es un avión de transporte y bombardero, fabricado por la empresa alemana del mismo nombre. <<

[3] La resistencia griega fue muy intensa y complicó la ocupación a los alemanes. <<

[4] Entre los resistentes también había soldados de los ejércitos aliados. <<

[1] Ciudad húngara. <<

[2] Ciudad polaca situada en Subcarpacia. <<

[3] Antes de la «Operación Barbarroja», circuló una orden conocida como *Kommissarbefehl*, que establecía que debía ejecutarse a los comisarios políticos del Ejército Rojo sin juicio previo y que no se perseguiría a los soldados responsables de sus muertes. La policía ucraniana participó activamente en esta política de exterminio, que se aplicó también a los judíos —quienes, según la ideología nazi, difundían el bolchevismo—, a los gitanos y a cualquier persona de la que se sospechara que había abrazado el comunismo. Los principales responsables de estas ejecuciones eran los *Einsatzgruppen*, grupos compuestos en total por unos tres mil hombres, que recurrieron a la ayuda de la policía local para cometer sus masacres. También participaron en ellas los batallones de la policía, la gendarmería y las unidades de las Wafen-SS. <<

[4] Algunas mujeres de los soldados alemanes se cansaban de esperar el regreso de sus maridos. <<

[1] Tutow es una ciudad situada en el noreste de Alemania. Durante la guerra contó con una base de escuadrones de cazas y con una importante escuela de pilotos. <<

[2] Avión bombardero de la Luftwaffe, equipado con un motor muy potente. <<

[3] Los alemanes atribuían a la Royal Air Force numerosos bombardeos sobre objetivos civiles en su país. <<

[4] Königsberg era por aquel entonces una ciudad de Prusia oriental, en las fronteras del Reich. Hoy en día se denomina Kaliningrado y se trata de la localidad más importante del enclave ruso situado entre Polonia y Lituania. <<

[5] El Ejército Rojo aplicó una política de tierra quemada para impedir que la Wehrmacht obtuviera alimentos o explotara los campos. También voló aquellas fábricas que no tuvo tiempo de trasladar hacia el Este. <<

[6] La Luftwaffe, dirigida por Hermann Göring, era todo un motivo de orgullo para Hitler. Gracias a ella y a sus esfuerzos, así como a la acción de los vehículos blindados, la Wehrmacht realizó rápidas conquistas en Polonia y en el Oeste. <<

[1] En la actualidad, Zemun, barrio de Belgrado (capital de Serbia). <<

[2] Desde el inicio de la campaña de Yugoslavia se organizaron células de partisanos serbios que libraron una guerra de guerrillas contra los soldados alemanes y los ustachas, es decir, sus colaboradores croatas. <<

[3] El autor de la carta está citando una oración tradicional de la Iglesia evangélica, compuesta por el poeta Wilhelm Hey. (*N. de la t*.) <<

[1] El Desná es un río que nace en la región de Smolensk (Rusia) y atraviesa el noreste de Ucrania antes de desembocar en el Dniéper. <<

[2] Probablemente se trata de la ciudad ucraniana de Jorol, al sur de Lubny. <<

[3] *Reichsarbeitsdienst* o Servicio de Trabajo del Reich. A partir de 1935 todos los jóvenes, tanto hombres como mujeres, estaban obligados a colaborar durante seis meses con este servicio antes de realizar el servicio militar. <<

[4] Ciudad de Baviera. <<

[1] Friwi es una marca de galletas de la ciudad de Stolberg (Sajonia-Anhalt). <<

[2] El Tercer Reich había establecido una especie de culto de Navidad en el que los preceptos cristianos se habían sustituido por los del nacionalsocialismo. En el caso de los hombres que se encontraban en el frente, las unidades de propaganda procuraban crear una atmósfera de calidez y compañerismo durante las fiestas de fin de año. <<

[3] Los soldados alemanes se lanzaron a la «Operación Barbarroja» convencidos de que la victoria llegaría pronto. Sin embargo, pasaron los meses y, con la llegada del invierno, el conflicto se estancó. Los hombres empezaron entonces a intuir que la guerra sería más dura y más larga de lo previsto y comenzaron a reclamar permisos para visitar a sus familias. <<

[1] Los *Volksdeutsche* eran ciudadanos de origen alemán que vivían en la Europa del Este, más allá de las fronteras de Alemania. A lo largo del siglo XVIII, Pedro I el Grande y, más adelante, Catalina II atrajeron al imperio ruso a numerosos alemanes. Los *Volksdeutsche* desempeñaron un papel fundamental en la administración local, ya que hicieron de intermediarios entre las autoridades alemanas y la población autóctona de los territorios soviéticos que habían ocupado los nazis. La mayoría de quienes se habían instalado en el Este conservaba la cultura y la lengua germanas. <<

[2] El «Horst-Wessel-Lied» empezó siendo un canto de guerra de las SA, pero acabó convirtiéndose en uno de los himnos del partido nazi. Se compuso en 1930, en homenaje a un joven de las SA que había caído en un enfrentamiento con los comunistas en Berlín. <<

[1] El invierno de 1941-1942 fue extremadamente duro en la Europa del Este. Por ejemplo, la temperatura media en la ciudad de Járkov, en la zona oriental de Ucrania, fue de –16,1ºC en enero de 1942. <<

[1] Hoy, Mykolaiv, en el suroeste de Ucrania. <<

[2] Es probable que estuviese trabajando en ella, dado que era estudiante de Medicina. <<

[3] Sin embargo, las autoridades alemanas ejecutaron en Kerch a unas quince mil personas, crímenes que se juzgaron en el Proceso de Núremberg. Kerch, como Sebastopol, obtuvo la distinción de Ciudad Heroica. <<

[4] Mediante este término se hacía referencia a un comando de hombres que se encargaban de inspeccionar el terreno y de organizar los cuarteles antes de que llegase el resto de la tropa. <<

[1] Las pérdidas humanas de la Wehrmacht representaron en torno al 31 por 100 de las bajas militares en Europa durante la segunda guerra mundial, esto es, 5 530 000 hombres. La mayoría de ellos murieron en combate, pero fueron muchos también los que fallecieron a causa de las heridas sufridas. <<

[2] Desde el *Anschluss* de 1938, Austria formaba parte del Reich. <<

[3] Se trataba de un departamento de la Wehrmacht encargado de asignar condecoraciones militares y otras distinciones. <<

[4] Del poema «Das Göttliche» («Lo divino»). Traducción de José Luis Reina, *La vida es buena (Cien poemas)*, Visor Libros, Madrid, 1999. (*N. de la t.*) <<

[1] Detmold es una ciudad de Renania. Basthorst, por su parte, es una localidad de Schleswig-Holstein, en el norte de Alemania. <<

[2] Ciudad cretense cercana a Heraclión. <<

[3] Antigua ciudad cretense, en la que se conservan las ruinas de un palacio minoico. <<

[4] La Cruz de Hierro era una distinción militar alemana de principios del siglo XIX. Los nazis la retomaron, añadiendo, en su centro, la cruz gamada. <<

[1] «Der kleine Postillion», alegre y popular canción alemana para baile. <<

[2] «Vier Mädchen auf der Bank» (1940), canción compuesta por Kurt Feltz y entre cuyos intérpretes destacó Rosita Serrano. <<

[3] «Es ist so schön Soldat zu sein», una marcha militar muy popular en la Wehrmacht. Era obra de Herms Niel, compositor de este género musical para el Tercer Reich. <<

[4] En sus argumentos, Heinz S. reproduce punto por punto el discurso nazi: el judío como cabeza de turco de los problemas políticos y sociales. La guerra del Este se veía entonces como una acción defensiva frente a la invasión «judeobolchevique». <<

[1] Cañones de defensa antitanques. <<

[2] Gambut o Kambut, pueblo situado en el este de Libia. <<

[3] En la batalla de Gazala fueron capturados unos treinta y cinco mil soldados de las fuerzas aliadas. <<

[1] En la actualidad, Donetsk, importante ciudad industrial de Dombás. <<

[1] Correo aéreo. (*N. de la t.*) <<

[1] Por aquel entonces, el avance alemán hacia Stalingrado estaba siendo todo un éxito. Hubo que esperar a noviembre de 1942 para que la contraofensiva soviética permitiera rodear a las fuerzas del Eje en una ciudad que prácticamente ya tenían conquistada por completo. <<

[2] Ciudad de Azerbaiyán, a las orillas del mar Caspio, conocida por sus campos petrolíferos. <<

[1] Marina de guerra del Tercer Reich. (*N. de la t.*) <<

[1] La batalla en el meandro del Don se libró del 17 de julio al 20 de agosto de 1942. <<

[2] Hungría e Italia, aliadas de la Alemania nazi en el conflicto, habían enviado unidades de combate para apoyar a la Wehrmacht. A partir del mes de agosto de 1942, se confió la defensa de las márgenes del Don a estas tropas, lo que permitió a los alemanes concentrar sus propias fuerzas en Stalingrado. <<

[3] Pueblo del sur de Alemania. <<

[1] Se trata de la actual Kelkolovo, ciudad rusa situada entre Mga y el lago Ládoga, al este de Leningrado. <<

[2] El lago Ládoga, cercano a Leningrado, era la única vía posible para acceder al exterior durante el asedio de la ciudad. La espesa capa de hielo que lo cubría durante el invierno permitió hacer llegar alimentos, así como evacuar a civiles. <<

[1] Müller era su teniente en Naumburgo. <<

[2] La cantina militar era un lugar en el que los soldados podían comprar comida, bebidas, cigarrillos y otros artículos. <<

[3] Para los soldados de permiso se acuñaba expresamente marcos del Reich especiales, que se podían utilizar en los países ocupados. <<

[4] Se trata de marcos que circulaban en el territorio del Gobierno General. <<

[1] Los órganos de Stalin (en alemán, *Stalinorgel*) eran lanzacohetes múltiples del Ejército Rojo. Debían su nombre a su ruido, muy característico. Los rusos los conocían como los «katiusha», en homenaje a una canción tradicional del mismo nombre, muy popular en las filas soviéticas. <<

[1] Pueblo de Bielorrusia situado en la región de Vítebsk, en el noreste del país. <<

[1] Abreviatura del nombre de alguna localidad del Cáucaso. <<

[2] El poder soviético había cerrado numerosas iglesias y lugares de culto en los años treinta. En algunas regiones, los alemanes los volvieron a abrir y permitieron que se organizasen oficios religiosos. <<

[3] Abreviatura del nombre de alguna ciudad del Cáucaso. <<

[4] Probablemente se refiere al monte Elbrús, cercano a la frontera de Georgia. Se trata del pico más elevado del Cáucaso, que, con sus 5642 metros, supera en altitud al Mont Blanc. <<

[1] Hitler ordenó el 24 de noviembre mantener a toda costa las posiciones en el Volga. <<

[2] El avituallamiento era una verdadera dificultad. El combustible, por ejemplo, se entregaba prioritariamente a las tropas que habían alcanzado el Cáucaso, esto es, al Grupo de Ejércitos A. <<

[3] La carta oculta las terribles condiciones en la que se vivió en la bolsa de Stalingrado: la falta de comida, el frío, los combates en las calles, las acciones de los tiradores en las emboscadas, el miedo y la miseria. <<

[1] La actriz Marika Rökk (1913-2004) se hizo muy popular en los años treinta y cuarenta. <<

[2] Película alemana de Harald Braun, de 1942. <<

[3] Célebre arteria de Berlín, también conocida como «Kudamm». <<

[4] Wilhelm Furtwängler (1886-1954) era un director de orquesta alemán. Durante la guerra dirigió muchos conciertos que se retransmitían por la radio. <<

[5] Wolfgang P. firma con el diminutivo de su nombre. Además, «*Wolf*» significa, en alemán, «lobo». <<

[1] Ciudad de Túnez situada en el golfo del mismo nombre. Gabès quedó prácticamente destruida durante la campaña de Túnez, a principios de 1943. <<

[1] *Unteroffizier vom Dienst*: el suboficial del servicio. <<

[2] Los bombardeos aliados provocaron también miles de víctimas civiles en los territorios ocupados por los nazis. <<

[3] Probablemente se refiere a las fábricas de General Motors. <<

[4] Municipio belga. <<

[1] Línea de fortificaciones entre Mareth y Tataouine, en Túnez. Los franceses la habían construido en los años treinta como sistema de protección ante la expansión de Italia en Libia. Durante la segunda guerra mundial, fue el escenario de numerosas operaciones militares, especialmente de la batalla de Mareth, en la que, entre el 16 y el 28 de marzo de 1943, las unidades del Afrikakorps y las tropas italianas del general Messe se enfrentaron a los soldados británicos y a la 2.a División Blindada del general Leclerc. <<

[2] Los soldados alemanes no se hacían ilusiones sobre el final del conflicto en el norte de África: el ejército de Rommel, ya sin medios, había tenido que batirse en retirada. <<

[1] Ya se había aplicado esta práctica durante la primera guerra mundial para que los soldados huérfanos o solteros pudieran cartearse con la gente del país. <<

[2] Calle de Berlín, situada en el barrio de Oranienburg. <<

[3] Gurnemanz es un personaje del libreto de la ópera *Parsifal*, de Richard Wagner. En el acto III, Kundry y Gurnemanz lavan a Parsifal, «el inocente de corazón puro», en un Viernes Santo para que pueda penetrar completamente limpio en el castillo del Grial. <<

[4] También dentro del ejército se publicaban informes con regularidad. <<

[5] Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1899 en Braunau am Inn (imperio austrohúngaro). En 1943, Heinrich Himmler decidió acabar con el gueto de Varsovia el 19 de abril, para celebrar el cumpleaños del *Führer*. Fue lo que prendió la mecha del levantamiento de los judíos confinados en el barrio, que hasta entonces habían conseguido evitar que los deportaran al campo de exterminio de Treblinka. <<

[6] No fue así… <<

[1] Postre elaborado a base de gelatina. (*N. de la t.*) <<

[2] Era muy frecuente que los soldados de la Wehrmacht se alojaran en casas de la población local. <<

[3] Tchepel era un pueblo de la región de Járkov, en Ucrania. <<

[4] Sobrenombre que los alemanes daban a los soldados rusos. <<

[5] El ataque a las cocinas militares era una técnica muy común con la que se intentaba desmoralizar al enemigo. <<

[1] Campo de prisioneros de guerra, en inglés. (*N. de la t.*) <<

[2] En inglés, «prisionero de guerra». <<

[1] Municipio de Baviera. <<

[2] Novela de Edward Bulwer-Lytton, publicada en 1834. <<

[3] Literalmente: «Lamedme el culo». Cita tomada de *Leck mich im Arsch*, un canon para seis voces de Mozart, cargado de humor libertino y escatológico. <<

[1] El mayor ataque aéreo sobre Colonia (con mil bombarderos) se produjo en la noche del 30 al 31 de marzo de 1942. Hamburgo fue bombardeada del 24 de julio al 3 de agosto de 1943. Hubo cuarenta mil muertos. <<

[2] Este establecimiento, fundado en 1880, se encuentra en la rue de Clichy. Si bien las autoridades alemanas lo cerraron en la primavera de 1940, volvió a abrir rápidamente sus puertas durante la ocupación. Ofrecía espectáculos de Maurice Chevalier y de Mistinguett. <<

[3] El Tabarin, situado también en el distrito IX de París, atraía a muchos oficiales alemanes. En la actualidad ya no existe. <<

[4] Les Folies Bergère, en la rue Richter, se hizo famoso en el mundo entero por sus espectáculos de revista, entre ellos los de Joséphine Baker. <<

[5] «Vals vienés». Opereta de Alfred Maria Willner, Heinz Reicher y Ernst Marischka, con música Johann Strauss hijo. (*N. de la t.*) <<

[1] Ciudad de Argelia a orillas del Mediterráneo. <<

[1] Cada vez eran más los partisanos que combatían a los ocupantes alemanes. Se ocultaban en los bosques y también en las ruinas de Minsk. <<

[1] Los Aliados intensificaron sus bombardeos sobre Alemania, con la intención de dañar las industrias estratégicas y minar la moral de la población. <<

[2] Los estadounidenses trasladaron a parte de sus prisioneros hacia centros de detención de Estados Unidos. <<

[1] Ciudad del departamento de Côtes-d’Armor. <<

[2] Se refiere al *Berliner Börsenzeitung*, un periódico especializado en noticias de economía. <<

[3] Diario alemán que apareció en 1861 y se mantuvo hasta 1945. Durante el período nazi, estuvo estrictamente controlado por el Ministerio de Propaganda del Reich, a la cabeza del cual se encontraba Goebbels. <<

[4] No se permitía describir los componentes del Ejército alemán por miedo a que las cartas cayeran en manos del enemigo. <<

[1] Ciudad que pertenece actualmente a Bielorrusia y en la que se firmó el tratado por el que se puso fin a la guerra entre el imperio alemán y la Rusia bolchevique el 3 de marzo de 1918. <<

[2] Hoy en día, esta ciudad forma parte de Polonia y se llama Zbąszynek. <<

[3] Provincia que se extiende por el noreste de Alemania y Silesia, y habitada fundamentalmente por los sorbios, una minoría eslava. <<

[4] En su retirada del Este, los alemanes también evacuaron a un gran número de colaboradores locales y *Volksdeutsche*. <<

[1] Paisaje característico de Normandía, sembrado de pequeñas parcelas irregulares, separadas por muros y setos. *(N. de la t.)* <<

[2] Los ejércitos aliados desembarcaron entre El Havre y Cherbourg el 6 de junio de 1944. Sin embargo, no se consiguió liberar Saint-Nazaire hasta después de la capitulación nazi, el 11 de mayo de 1945, ya que las fuerzas alemanas habían organizado en aquella localidad un foco de resistencia. <<

[3] La liberación de Cherbourg era el principal objetivo de los contingentes estadounidenses que habían desembarcado en Utah Beach. Aquel puerto de aguas profundas era fundamental para garantizar el apoyo logístico de las tropas aliadas. La ciudad se liberó el 26 de junio de 1944, después de una fase de combates en las calles. <<

[4] Bebida alcohólica típica de Bretaña y Normandía, elaborada a base de manzana, aunque con un sabor más amargo que la sidra española. (*N. de la t.*) <<

[5] El apoyo aéreo de los Aliados era considerable: contaban con más de siete mil quinientos aviones. <<

[6] Probablemente se trate de un rumor: por aquel entonces, la Luftwaffe carecía de combustible y había perdido el sistema de radares que había instalado en las costas francesas. <<

[1] Durante la segunda guerra mundial, los ocupantes alemanes condenaron a muerte y fusilaron a unos tres mil miembros de la resistencia francesa. <<

[1] El skat era un juego de cartas muy popular entre los soldados alemanes. <<

[1] Estofado de carne muy típico de Europa Central, especialmente de Hungría. <<

[2] Albóndigas de patata. (*N. de la t.*) <<

[3] Los sistemas de comunicación del ejército alemán se vieron muy afectados por el desarrollo de las operaciones militares. Además, se tendía a ocultar aquellas noticias que pudieran sembrar el derrotismo entre las tropas. <<

[1] Pueblo de Sajonia, cerca de la actual frontera con Polonia. <<

[2] Se refiere a la LVF, la Legión de Voluntarios Franceses, una unidad que se creó en julio de 1941 para reunir a aquellos franceses que querían librar el combate contra el bolchevismo desde dentro de la Wehrmacht. <<

[1] El padre de Karl K. fue llamado a filas el 1 de agosto de 1914 para participar en la primera guerra mundial. <<

[2] El Alamein, en Egipto, fue el escenario de dos batallas entre las fuerzas del general Montgomery y las del Eje. El objetivo era frenar el avance alemán, que suponía una verdadera amenaza para el imperio británico. <<

[3] Pueblo cercano a Fráncfort. Los bombardeos sobre esta localidad provocaron importantes pérdidas materiales y costaron la vida a unas cuatrocientas personas. <<

[1] Se trata de un pueblo que hoy en día pertenece al municipio de Steinberg, en Schleswig-Holstein, a las orillas del mar Báltico. <<

[2] El *Generalplan Ost* —Plan General para el Este— preveía convertir el Gobierno General en una colonia alemana: los granjeros de Alemania se instalarían en las tierras y las explotarían, mientras que los eslavos que quedasen en ellas se transformarían en esclavos. <<

[1] Dadas las graves pérdidas de la Wehrmacht, se decidió acelerar la concesión de rangos. <<

[1] Hoy, Kornevo, una ciudad de la región de Kaliningrado (Rusia), que anteriormente pertenecía a Prusia oriental. <<

[1] En su discurso de Nochevieja, Joseph Goebbels prometió a los alemanes «la victoria final». <<

[2] Se refiere al Protectorado de Bohemia-Moravia. <<

[1] Pomerania era una provincia de Prusia situada en el noroeste de la actual Polonia, a orillas del mar Báltico. <<

[2] Ciudad de Brandeburgo, en Alemania. <<

[3] Está citando la cantata «BWV 133» de Johann Sebastian Bach. <<

[1] Capital actual de Bosnia. <<

[2] Se refiere probablemente a Gevgelija, en la frontera greco-macedonia. <<

[3] Strumica, en Macedonia. <<

[4] Estas tres ciudades pertenecen a Kosovo. <<

[5] Novi Pazar se encuentra en Serbia. <<

[6] Višegrad, actualmente en Bosnia-Herzegovina. <<

[7] Rogalj, en Bosnia-Herzegovina. <<

[1] Ciudad de Toruń, en Polonia, junto al Vístula. <<

[1] Breslau es la actual Wrocław, en Polonia. <<

[1] Barrio de Ulm, en Alemania. La ciudad quedó muy afectada por los bombardeos de los Aliados, a partir de diciembre de 1944. Unas veinticinco mil personas perdieron su hogar. <<

[2] El Berliner Sparkasse y el Schieratzer Sparkasse eran bancos. <<

[1] Hoy, Nidzica, ciudad de Polonia. <<

[2] Ciudad de Brandeburgo. <<

[3] El *Führer-Begleit-Bataillon* se creó para garantizar la seguridad de los cuarteles de Hitler y del propio *Führer*. Posteriormente se utilizó como tropa de combate. <<

[1] Barrio de Potsdam, cerca de Berlín. <<

[2] En Babelsberg. Era allí donde se encontraban los estudios de cine de la propaganda del Reich. <<

Document Outline

- Cartas de la Wehrmacht
- Introducción
- Prólogo
- Primera parte
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15
  - 16
  - 17
  - 18
  - 19
  - 20
  - 21
  - 22
  - 23
  - 24
  - 25
  - 26
  - 27
  - 28
  - 29

    - 31
    - 32
    - 33
    - 30
    - 34
- Segunda parte
    - 35
    - 36
    - 37
    - 38
    - 40
    - 39
    - 41
    - 42
    - 43
    - 44
    - 45
    - 46
    - 47
    - 48
    - 49
    - 50
    - 51
    - 52
    - 53
    - 54
    - 55
    - 56
    - 57
    - 58
    - 59
    - 60
    - 61
    - 62
    - 63
    - 64
    - 65

- 66
- 67
- 68
- 69

- Tercera parte
  - 70
  - 71
  - 72
  - 73
  - 74
  - 75
  - 76
  - 77
  - 78
  - 79
  - 80
  - 81
  - 82
  - 83
  - 84
  - 85
  - 86
  - 87
  - 88
  - 89
  - 90
  - 91
  - 92
  - 93
  - 94
  - 95
  - 96
  - 97
- Bibliografía
- Agradecimientos
- Notas